

Archivo General de la Nación
Volumen CCCXLVI

De abril en adelante

Protonovela

Marcio Veloz Maggiolo





DE ABRIL EN ADELANTE

PROTONOVELA



Archivo General de la Nación

Volumen CCCXLVI

Marcio Veloz Maggiolo

DE ABRIL EN ADELANTE

Protonovela

Santo Domingo

2018

Cuidado de edición: *Orlando Cordero*
Diagramación: *Carolina Victoria Martínez Paniagua*
Diseño de cubierta: *Orlando Cordero*
Motivo de cubierta: Marines norteamericanos en una calle de la Zona Colonial. Fuente *Diario dominicano digital*.

Primera edición, Editora Taller, 1975
Segunda edición, Editora Taller, 1984

© Marcio Veloz Maggiolo

De esta edición:

© Archivo General de la Nación (vol. CCCXLVI), 2018
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz No. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gob.do

ISBN: 978-9945-613-01-8
Impresión: Editora Búho S.R.L.

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	
<i>Orlando Cordero</i>	9
¿CAPÍTULO I?	15
<i>II- 28 de abril de 1965</i>	24
<i>28 de abril de 1865</i>	25
<i>28 de abril de 1605</i>	26
SUBCAPÍTULO	49
CAPÍTULO.....	59
ANTI - II.....	70
SUBCAPÍTULO.....	84
CAPÍTULO.....	91
ANTICAPÍTULO	99
CAPÍTULO.....	107
SUBCAPÍTULO.....	121
DOCUMENTO I.....	123
SUPLEMENTO	127
COMPLEMENTO	129
IMPLEMENTO.....	132
CAPÍTULO.....	139
SUBCAPÍTULO.....	148
ANTICAPÍTULO	154
CAPÍTULO.....	168
CUADRO	176
ANTICAPÍTULO	180

ALBERTO	191
CAPÍTULO	194
ANTECAPÍTULO.....	200
CAPÍTULO.....	203
INFRACAPÍTULO – CUADRO.....	208
INFRACAPÍTULO	215
SANLUIS.....	218
CAPÍTULO.....	222
CAPÍTULO.....	231
ANTICAPÍTULO	241
CAPÍTULO.....	245
SUBCAPÍTULO.....	250
INFRACAPÍTULO – CUADRO.....	252
INFRACAPÍTULO	267
POSTCAPÍTULO	272
FINAL	281
OBRAS DE MARCIO VELOZ MAGGIOLO	287

PRESENTACIÓN

El viaje estético *De abril en adelante*

Publicada inicialmente en 1975, *De abril en adelante* es una de las obras capitales de Marcio Veloz Maggiolo, narrada con un lenguaje dotado de una expresividad alucinante y de una fascinante estética formal. Esta novela constituye un hito, debido a que es una de las que da pautas al dogma posvanguardista en el acontecer literario nacional. La novela de Veloz Maggiolo explora diversos temas, diversos registros discursivos que atrapan la esencia viva de una época marcada por las anomalías y frustraciones del carácter sociopolítico de la posdictadura, y en ella el autor explora la tradición experimental y despliega la evocación histórica a una escala mayor.

La dialéctica entre historia y ficción alcanza en la obra de Marcio una atmósfera magistral. La dualidad discursiva es latente, y ostenta un carácter decisivo, desafiante y combativo en la concepción del tiempo histórico evocado, dualidad que Carlos Fuentes, en su *Geografía de la novela*, nos obliga a preguntar: «¿Puede la literatura oponerse, quizás a sabiendas de su fracaso, al proceso de des-historización y des-socialización del mundo en que vivimos?». La respuesta la encontramos en

la narrativa desdoblada y cognitiva de Veloz Maggiolo, que se nutre de la intrahistoria y articula diversas variantes de la dominicanidad. Los personajes de esta novela, Paco, Perucho, Zinia, Ramón, Sanluis, Melissa, Marjorie, Mignon, Samuel, cobran una dimensión especial, construyen y deconstruyen un mundo en el que aflora el debate sobre *la pérdida de identidad revolucionaria* y el abordaje crítico del sistema a través de la sátira; asimismo, emerge la contradicción, el humor chispeante, la frustración, y allá en el fondo, en cada ápice de la dominicanidad, la sombra implacable del genio civilizador, el Benefactor y Padre de la Patria Nueva.

La visión bizarra en *De abril en adelante*, con su carga semántica, se proyecta como un viaje que suele llevar consigo una metáfora aguerriada, atravesada a su vez por un armazón lúdico que sustenta una formidable narración, en donde los recursos estilísticos priorizan, a veces, la acción, y hacen patente el dinamismo que va redefiniendo y resituando el viaje estético a través de varias gestas (las de 1605, 1865 y 1965) a las que se les puede aplicar el aserto de Ray Bradbury: «¿Y el viaje? Exactamente la mitad terror, la mitad júbilo».

El propio autor nos revela algunas pistas sobre esta novela en una entrevista concedida en el 2002 al periodista José Carvajal, en donde expone algunas claves que gravitan alrededor del texto:

En *De abril en adelante*, que había quedado entre las finalistas del premio [de novela] Seix Barral de 1970 (se llamaba originalmente *Esta tierra caliente*) cancelado por diferencias entre los integrantes de la empresa, retomaba las formas de la ruptura, y usaba de las experiencias personales del conflicto armado que generó la invasión gringa de 1965. *Materia prima* te da la evidencia de lo que pasó luego de esa guerra. La ruptura de un lenguaje barrial e ideológico, la pérdida de la identidad revolucionaria, y la presencia de

un poder que sucede a Trujillo con las características de lo que Vallenilla Lanz definía como «cesarismo democrático». No se trata, como ves, de literatura por literatura, sino de literatura que tiene origen en cicatrices nacionales profundas.

La trama de esta novela es variopinta, y en un principio el autor nos revela las peripecias cotidianas, y si se quiere, existencialistas de un grupo de amigos de diversas procedencias, con intereses comunes, que inicia un viaje marcado por las aspiraciones literarias y la tendencia militante de corte izquierdista, y que en esencia contrasta con Paco, quizás el personaje central de la novela, hijo del infame coronel Aguirre, un siniestro militar procreado en las mismas entrañas de la Era de Trujillo que trashuma como un fantasma las llanuras de un historicismo fragmentado, pero vigoroso, y se oculta en un amasijo de sentimientos encontrados, que va bordeando a la propia narración en sucesivos episodios que rompen la linealidad, donde el autor, con extraordinaria sagacidad, va desentrañando la tragedia que marcó los acontecimientos de la gesta de abril de 1965 y todo el entramado de aquella época, y asimismo la especial aparición de la inverosímil tropa de enfermos de tuberculosis; por otro lado, la férrea memoria de La Restauración de 1865, donde «Sonó el conocido cañoneo. Las tropas españolas disponían de un buen cuerpo de caballería. Habían cruzado la isla de Santo Domingo de punta a punta perdiendo hombres y pudriéndose en las ciénagas y cañadas. Paludismo, sífilis, deshidratación, tumores enormes, balas y emboscadas las menguaban»; y la incidencia de las devastaciones de 1605, en la que encuentra a un Hernando Montoro [que en su rebelión] «con gruesas polainas hasta la rodilla, sombrero de ala redonda y látigo en mano [traza otro viaje] y mientras suena el siguiente cañoneo [desde la emotiva evocación de *Cuando amaban las tierras comuneras*, suspira y acota]: creen que nos van a intimidar».

De abril en adelante, con ese trasfondo conspicuo que marca lo mítico, lo onírico y lo eufórico, expone las prodigiosas vivencias de su Villa Francisca, presente en casi todas las narraciones de Marcio Veloz Maggiolo. Y así, con sus consabidos capítulos, subcapítulos, infracapítulos y anticapítulos, va constituyendo una novelística de profunda exploración, dotada de tal dinamismo en cuanto a sus recursos estilísticos, que induce al lector a cuestionarse, y a asumir una posición crítica ante los enfoques históricos que enuncia. Por otro lado, la *poesía desgarradora y colmada de pesimismo* obtiene un nicho explícito y catalizador en uno de sus infracapítulos, donde Veloz Maggiolo hace una apología de esta poesía combativa al incluir poemas de Ramón Francisco, Miguel Alfonseca y Juan José Ayuso.

Marcio Veloz Maggiolo es poeta, cuentista, novelista, crítico, antropólogo, investigador arqueólogo, Premio Nacional de Literatura de 1996, celebrado contertulio de los años 60, maestro de generaciones y artífice de una obra cardinal que enriquece las letras latinoamericanas. Con la redición de esta novela, se enriquece el catálogo del Archivo General de la Nación, cuyo propósito es dar a conocer el acervo cultural y difundir la memoria histórica de la República Dominicana.

ORLANDO CORDERO



Norma, quien me alentó en este empeño, y
junto a quien viví gran parte del mundo que
narro;

A Ramón Francisco, poeta y visionario;

A todos aquellos que de una u otra manera son nervio de estos
relatos inmisericordes que buscan ser novela, ya porque su pro-
ducción literaria de entonces me alentara, o porque su decaden-
cia y desamor impulsara mi desaliento;

A los que murieron en abril, héroes justos y héroes equivocados;

Al pueblo dominicano, que se detuvo a vernos morir, impasible
en su desesperación;

A los que no habrán de protestar porque sus textos literarios
aparecen insertos en mi prosa sin cita previa;

A los que sí han de protestar;

A todos aquellos que juzguen sin rencor este libro triste;

A mis enemigos: razón final de mi éxito en todo momento.

Todo se revuelve en la vida y unos se acuerdan de unos y otros no se acuerdan de otros. Así es. Contra eso no se puede hacer nada.

Esteban Montejo
(*Biografía de un cimarrón*, por Miguel Barnet)

Con cuchillo y en tierra de ciclones, Dios ha tenido, para ser decente, que venir por aquí con pantalones.

Manuel del Cabral

No escribo aquí todo lo que pienso. Rara vez apunto un pensamiento la primera vez que se me ocurre.

Hjalmar Söderberg

Para que haya una transformación química es necesario que las moléculas, o las especies que sean, choquen unas con otras. Pero no todos los choques entre las partículas reaccionantes dan lugar a un cambio químico; las hay que chocan sin transformarse.

Atlas de Química, por Febrer Canals

¿CAPÍTULO I?



oy a escribir una novela impulsado no sé por qué fuerza sobrenatural; quizá por el odio y por mi maldito mundo de segunda mano. Mis amigos me han colocado las manos sobre la cabeza cansada diciéndome: anda, mojón, escribe una novela. ¿No ves que Zinia dice que ha quedado finalista? Zinia es mi amiga. Yo jamás he escrito nada de importancia, pero cumplidos los treinta y dos años no se puede hacer de intelectual y quedarse al borde del camino comiendo yerbas y viendo pasar a los demás. Siento como si detrás mío alguien me punzara las nalgas para obligarme a escribir. Entonces no tengo otra alternativa: he de dejar las tertulias del Sublime —ronda de literatos de suplemento dominical— y empezar a pensar en algo serio. He escrito cuentos y alguno que otro articulillo de periódico, pero ya eso no basta; ya no basta la forzada fotografía con la que debes figurar en los diarios. Ahora hay que hacer el esfuerzo, el maldito esfuerzo. Debes copiar a alguien, tomar un argumento prestado, revelarte en largas páginas, de lo contrario quedarás convertido en un pendejo más...

He tomado el habano —me gustan los habanos— y lo enciendo. Dicen que las volutas son buenas para hacer de las ideas magníficos retablos. Dicen que se pinta con el humo y

que algunos visionarios leen el destino en sus círculos blancos. Hoy he vuelto a meditar en el asunto novela. He pensado en muchísimos temas. Pero una novela no se puede hacer porque sí. Es como si mi padre viviese hoy y se decidiera a ser honrado después de haber sido perro de presa de la Dictadura durante más de veinte años. Es como si el coronel Aguirre —mi padre— decidiera de improviso salirse de su mentalidad hecha a la medida del crimen y se pusiera los hábitos de franciscano. Por cierto, esta noche he leído algo sorprendente: un joven escritor publica en uno de los periódicos de la tarde una justificación, o mejor, una explicación del tema de uno de sus cuentos; probablemente afectado por las opiniones ajenas y por el hecho de que uno de sus hermanos, que murió asesinado recientemente, fue identificado con el personaje de la narración. Mi situación de hijo de un atropellador me hubiese llevado a lo mismo. Por suerte encontré mi vocación a tiempo y aquí estoy. Mi novela será difícil, creo, pero tengo que hacerla. Especialmente ahora que Zinia ha ganado, sería vergonzoso que no me dedicara a superarla, cuestión casi de honor. Lo digo porque ella vive predicando su genialidad y aunque nadie crea que es genio ni cosa parecida, como finalista tiene material para estar jodiendo diez años. Diez años y más.

Mira, Perucho, esto de los grupitos y las tertulias me comienza a encojonar ¿sabes? Me comienza a molestar. Te toman el pelo constantemente; te agarran de pendejo y te comparan con otro. Sale un articulista y juzga tu trabajo con una mala leche... no recuerda que en otras ocasiones no has sido reaccionario, que estuviste en la revolución de abril, que armado de una ametralladora te olvidaste de los literatos y te fuiste a luchar —trauma o no trauma— junto a los que se enfrentaban a los yanquis, a los cuarenta y dos mil marines que mandó Lyndon Johnson para proteger a los dos mil ciudadanos, también yanquis, de Santo Domingo. Nadie recuerda eso, Perucho. Nadie te dice que eres un héroe —aunque no lo soy, ni quiero serlo— ni que te portaste como un tremendo. Nadie

reconoce que has evolucionado y que eres un tipo con sentido de la realidad. Lástima grande que en abril del sesenta y cinco tantos comemierdas hayan cogido el fusil para el asunto del figureo y de la fotografía. Yo he visto por ahí muchos álbumes cargados de fotografías y muchas películas de ocho milímetros. Todo el mundo fue revolucionario. Y cuando comenzaron a matar combatientes en las calles —luego que los yanquis impusieron su gobierno provisional— y en los sitios oscuros de Santo Domingo, solo pocos hacían alarde de su revolucionarismo. No me callo, Perucho, sabes que es así. No, no es la cerveza; la cerveza no me pone a hablar pendejadas. Es la verdad. Mira, yo tengo mis responsabilidades y me cago en los que se dicen muy intelectuales y muy revolucionarios ahora, cuando ya la pólvora no hiede. Conozco a un abogado que andaba con su metralleta al hombro en la revolución. Nunca hizo un disparo y cuando el bombardeo yanqui, en días posteriores al 14 de junio, se metió debajo de un escritorio. Luego lo vi salir y hablar y hablar mierda en las esquinas de la calle del Conde. Si hubiese yo sido perro me le meo en los pies, el desgraciado hablaba de sus hazañas y repetía y jodía la paciencia. Me olvidé de mi intelectualidad... realmente, esto de escribir... tú sabes... Después nos encontramos este y yo en la universidad. Eran los días de firmar documentos, pues igual: el abogado revolucionario se negó a firmar. Y ahora anda metido en deshacer matrimonios de la oligarquía y a crear asociaciones de abogados paralelas; se ha convertido en un maldito rompehuelgas y si antes fue desalojador de infelices —que lo fue— ahora vive diciendo que nadie es más honrado que él, cuando es posible que hasta alguna carta lo califique como agente de la CIA. Mira, no me gusta acusar a nadie de acercarse a la CIA, pero tú sabes que aquí, en la zona rebelde y constitucionalista se metieron muchos que dizque eran revolucionarios, que dizque habían sido entrenados. Después consiguieron empleo y fueron los primeros en oponerse a que los revolucionarios pudiesen disfrutar de un pequeño cargo en la administración.

Todo lo resuelve el grupito, y tú lo sabes, Perucho. Y yo me estoy cansando de esto; pero no me voy a largar del país porque me digan que confundo literatura con política y que escribo cuentos que nada tienen que ver con la literatura. Me nutro de la realidad, Perucho. Ahora los grupitos comienzan a pincharme, a remover la mala sangre para que reviente; eso no lo van a ver. Se creen que no tengo hálito, que no soy capaz de escribir mil páginas... Porque mira, lo que está pasando te lo cuento sin miedo de que lo riegues por ahí. Mira, lo que está pasando es que muchos de estos revolucionarios de nuevo cuño, no desean ver a un hijo del coronel Aguirre como hacedor de versos y novelas; piensan que si mi padre fue un matón, yo debo seguir siendo su imagen. Pero... mira, Perucho, esas cosas imbéciles y románticas que a veces pasan... Mira, te lo digo sin remordimiento: si cojo a papá en plena guerra de abril, lo relleno de plomo. Pregúntale a Polito. Salimos a buscarlo una noche (y esto me trae un golpón de recuerdos...). Tú sabes que hay toda una maldita historia que me niego a recordar. Y esto de querer verme como al hijo del matón es una verdadera vaina. Sí, debo pensar como intelectual, de acuerdo. Pero ve bien, soy de carne y hueso y así como no me perdonan haber llegado a la izquierda desde el seno de la derecha, yo no les perdono que me enrosten una situación de la que no soy culpable. En el fondo, tengo la experiencia del que ha visto por dentro los dos mundos y eso me mantiene en pie. Me refugio en la literatura y, ya ves, vivo bajo un constante ataque; se pasan la vida poniéndome trampas y zancadillas. Si nos reunimos, me miran con recelo. Mira, el otro día ¡es el colmo! en una de esas reuniones del grupo a las que a veces van ciertas damas, cuyos cuernos están en manos de los más revolucionarios, cuando discutíamos de arte y de otras tantas cosas —que si el grupo va tomando fuerza, que si va siendo importante, que si domina los periódicos con su producción— se aparecen dos damas de ésas, de alto copete. Yo conozco bien eso, chico. Estas tipas no pierden oportunidad para escalar

posiciones. Una de ellas, a la que conocía durante toda la vida como cajera de un banco, me llevó un par de poemas. Lástima grande que no me dejaron decirle lo que pensaba de la cagarruta que nos presentaba. Buena hembra, eso sí. Imagínate. Comenzó la cosa por ver quién se la tiraba. Alberto la llevó a un rincón aparte y allí le hizo un elogio de su capacidad. Lo mismito que habían hecho los que visitaron su casa dos noches antes y le extendieron invitación para presentar sus poemas en el grupo. Total, que a la semana Alberto le puso cuernos al marido y desde entonces sus poemas salen domingo a domingo —con putísima insistencia— en las páginas de los suplementos. Alberto es un excelente escritor, pero eso le da pie para que relaje la literatura y de paso nos humille. Ramón se molestó con él, pero nada. Que este —Alberto— gozón y raspón no tiene medida en eso de sacrificarse en beneficio de un buen acostón. Mira, Perucho, estoy jodido con todo esto y me saldré del grupito con mi propio esfuerzo. Pide otra botella. ¡Mozo, otra!... Ojalá esté bien fría; no sé si la cerveza caliente te produce como a mí dolor de cabeza. Yo no la paso. Pues sí, mira, ayer leyendo a Marx pensé en la importancia que tiene la moral en todo proceso revolucionario... No, lo de papá quedó así, nunca lo encontramos. Estaba del otro lado y hasta habló por la radio. Pero esa no es la única que hizo el viejo... no me pongas a contar lo que más me duele en la vida... son situaciones catastróficas, viejo. Lo impulsan a uno a reflexionar y... a beber tragos. Oye... Es la sirena del cuerpo de bomberos. A esta hora, el 15 de junio, estaba yo sentado en la acera del edificio Copello. Francis me había llamado y me avisó que los yanquis estaban tirando pa'lante y que Pichirilo los estaba quebrando en Santa Bárbara. Corrí a Santa Bárbara y pasé antes por el comando de Barahona; sí, el del accidente de la carretera de Boca Chica. Le pregunté a Barahona cómo veía la cosa. Contestó que los yanquis tenían que retroceder o joderse. Después, meses después, le conté a papá cómo quebramos ciento un gringos en Santa Bárbara —ya Pichirilo había sido asesinado—

y él me contestaba siempre que eran suposiciones de nosotros, los comunistas. Te lo juro, yo quise tener algún nexo con el viejo, tenía la esperanza de hacerlo cambiar. La noche de su suicidio había estado conversando con él luego de semanas sin vernos. Me mandó a buscar y me dijo que se sentía orgulloso de mí. No sé qué demonios le pasaba. Se había afeitado media hora antes y olía a lavanda. Me enseñó una Beretta treinta y dos y me dijo que era un arma poderosa. Yo tenía un revólver Smith-Wesson, pero no dije nada. Durante un buen rato me habló de sus aventuras; me explicó cómo había exterminado a los presos en 1959, cuando la invasión de junio, cayeron en su poder al fracasar la invasión por el chivateo de un tal Carter, agente de la CIA. Me habló de la muerte de Manolo Tavárez en 1963. Sufría de un morbo horrible, era el derechismo absoluto. En aquella noche fue que me dijo: tienes las mismas ideas de exterminio que yo, solo que al revés. En efecto, al revés, pero con el convencimiento de que para cambiarlo todo hay que violentarlo todo en beneficio de los oprimidos. Esa noche comprendí que él estaba equivocado. No justifiqué jamás su crueldad, pero supe entonces que el fanatismo era el que guiaba sus actos. Todavía, por respeto, no me atrevo a calificarlo. Y me molesta —no puedo evitarlo— que si yo, su hijo, no se atreve a juzgarlo, otros lo hagan sin reparo. Sí, reconozco que el viejo fue eso que dices. No tengo duda sobre eso; pero no puedo evitar molestarme cuando lo critican y me lo echan en cara, me lo escupen en el rostro. No sé el motivo, no sé... Zinia queda finalista y vienen todos estos carajos a punzarme. Que no hago nada, que si no pienso escribir... todas esas vainas, sabes, vainas que ponen a uno en contra de todo el mundo. Jamás había pensado escribir algo intenso, largo. Tengo que sentarme a hilvanar datos y a sacar fechas y a tomar citas de aquí y de allá. Sé que no es este el modo de hacer novela, pero es una manera de documentarse: llámame por teléfono a Pedrito y a Luis, llámatelos; esta noche hay

show en El Napolitano. Sí, díles que los esperamos. Y uno: Pedrito —Perucho, estás como embobado— ¿qué haces esta noche? Bueno, a las once en El Napolitano. Sí, en el piano bar. Yo firmo. Ya sé. Llévate a Luis. Sí, ya sé que no sale de allí.

Llegamos a El Napolitano a la una de la madrugada. Pido un litro de ron, para empezar. Pedrito bebe a increíble velocidad. Quiero explicarle... mientras Luis, con todo su saber, después de dos tragos comienza a cabecear. Afuera, el mar... Es el mismo restaurante —Césare— donde se reunía la tropa constitucionalista en la guerra de abril. Entonces la terraza no estaba cubierta y había pocos carros en el aparcamiento. Vuelvo atrás y me parece ver a Enriquillo en el piano: cantábamos a coro: «la plaza roja desierta y junto a mí, Nathalie; rubio era el cabello de mi guía, Nathalie, Nathalie»... y seguía pensando en aquel poema de Gilbert Beaud, casi un himno revolucionario. En aquella época escribía sonetos y Alberto compuso un magnífico poema y Samuel todavía andaba de manos de aquella americana rubia con la que tuvo un hijo y que le fuñó parte de su juventud. Recuerdo casi de memoria a Enriquillo y aquel himno con que Aníbal infundía ánimo en la ciudad cercada: «a luchar, soldados valientes que llegó la revolución; a imponer los nobles principios que proclama la constitución. Encendió la noche serena, la sirena de la libertad, el clarín que llama a la guerra...». Ahora no es Enriquillo quien toca el piano, sino Danilo. El lugar es hermoso. Los músicos giran en una plataforma luminosa y Danilo interpreta «El barquillo», pero no sé por qué, me recuerda todo esto como una especie de farsa. Estoy aquí, con Pedrito y sé que de aquí partiremos a casa saliendo el sol; y que allí continuaremos la fiesta, nos exterminaremos. Danilo interpreta un bossa nova y otro y otro. Luis habla poco, cayó en la somnolencia. Mira, Luis, le digo, eso le sucede a cualquiera. Ya sé. ¿Entonces? La mujer se largó para Italia, mejor dicho, Luis la envió después que la encontró establecida en la parte alta de la ciudad. Había desaparecido hacía meses. Le dejó los niños y un terrible malestar anímico. Vamos, vamos, le digo, coja

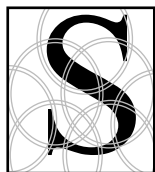
la batería. Luis se levanta y comienza a hacer vibrar la batería. Pedrito toma la guitarra y ambos acompañan a Danilo en algo de Brubeck. Alguien abre la puerta del salón y entra la brisa salada. El mar difunde su olor a yodo y el ruido de su oleaje, tibio, embotado de golpe. «[...] Día de luz, fiesta de sol, un barquillo ha de llegar deslizándose en el mar [...]» canta Alejandro Dandrades. Luis ha dejado la batería y Pedrito ya no quiere oír más música de piano-bar. Son las cuatro y media. Perucho se ha quedado dormido. Vamos, vamos a casa. Montamos en el coche y remontamos hacia el norte de la ciudad, luego hacia el este. Guardias embozados y agentes policiales la transitan. Paramos, porque Luis quiere vomitar. Atravesamos el puente Juan Pablo Duarte y regresan de golpe los recuerdos: (Entre la niebla, los aviones ametrallando a la multitud indefensa. Las seis de la mañana y el ejército rebelde ha tomado la ciudad. He corrido hacia el inicio del puente y consigo una ametralladora, una Thompson. Miles de personas con fusiles. Ozuna habla a los insurgentes y enciende los ánimos. La aviación comienza a disparar de nuevo. Sobre los techos de las casas de la ciudad colonial, tomada efectivamente, cientos de militares constitucionalistas; en las calles gente de todos los estratos. Hombres con ametralladoras colgando del pecho; niños con machetes; mujeres con piedras en las manos. Los P-51 hacen su picada mortífera y descargan sus ametralladoras cincuenta. Cuando terminan su vuelo rasante hemos descargado ya las armas, solo nos queda recoger heridos y cadáveres. Sin embargo viene más y más gente. La multitud sabía que las tropas enemigas harían su entrada de este a oeste. Se emplaza un gran cañón y pronto aparece la infantería enemiga. No recuerdo ya el día ni la hora... se me confunde el mundo... sé que si los yanquis no desembarcan, la revolución hubiese sido un hecho... Llegaron, cercaron las ciudades con alambre de púas; iniciaron su cacheo salvaje, su maldito cacheo. Hicieron vigente el llamado corredor, abastecieron al enemigo y lo empujaron, lo empujaron contra nosotros...).

Hemos entrado a casa. Pedrito toma la guitarra. Quiero hablarle de mis proyectos, de la novela, pero él está empeñado

en ponerle música a un poema de no sé quién: *un portaaviones norteamericano y una catedral gótica pelearon en medio del océano Pacífico; mientras la catedral se hundía el sacristán seguía tocando el órgano: ahora los ángeles y los aviones no saben dónde aterrizar...* Insiste en colocar eso dentro de un ritmo musical. Luis me mira. Aquella reunión de borrachos, provocada para que los demás me diesen ánimo, me ayudasen a iniciar mi trabajo, se diluía, se salía de mis propósitos. Oye Pedrito, quiero hablarte de un asunto... Profesor —me decía profesor— literatura no, déjese de pendejadas ahora. Luis buscó una lata de galletas de soda vacía e improvisó un bongó; comenzó la bachata. A las 10 de la mañana sentimos hambre y ordenamos a la criada que hiciera unos espaguetis con lo que fuera. En fin, un fracaso. Cuantas veces intenté presentar mi problema a los demás, lo rechazaron. Luis se puso necio y se sintió ofendido cuando expresamos nuestra opinión sobre el bongó. Juró no volver a tocarlo. Se retiró a un rincón, tomó un gran trago de vodka puro y se sumió en una nostalgia que ya conocíamos. Nos reímos, tratamos de que volviese a lo del bongó, pero se negó rotundamente. Lo mandamos al carajo. Sonó fuera una bocina y salimos a ver quién llegaba. Eran Samuel y Eulalia, la noviecita con que luego se casó. Traía unos cuentos de Cortázar y hablaba constantemente de *Rayuela*. Samuel Rayuela, acabamos por decirle en secreto. Impulsivo, tenaz, al ver la irrefrenable atmósfera alcohólica que nos acompañaba se retiró en pocos minutos, dijo que iba en busca de cigarrillos y desapareció. Habíamos encendido el aparato de música y Pedrito escuchaba la orquesta Ipanema. Volvía el bossa nova, volvía el jazz, volvía Joan Báez con su voz terriblemente afable, volvía Bola de Nieve. La casa estaba llena de humo, sus espirales ascendían entre los cuadros bien colocados, entre los libros acomodados en grandes estantes adosados a las paredes color caoba. De vez en cuando Luis emitía una frase soñolienta. Pedrito empezó a cantar las últimas composiciones de Manuel Troncoso. Comprendí entonces que mi proyecto de interesar a los demás, de manifestarles que intentaría escribir una novela, que necesitaba hacerlo, que requería su ayuda, se deshacía. No insistí.

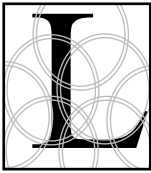
II

28 de abril de 1965



onó el conocido cañoneo. Por debajo de los puentes de madera crujieron las raíces de una primavera sorda. Miramos al cielo. Los aviones tenían la forma de enormes gavilanes encaramados en el infinito. Ni sol, ni luna. La sombra, mejor dicho, semisombra ardía en las calles y nuestras pisadas se hacían más densas por momentos. Gritábamos o reíamos. Ansiosamente nos tomamos de las manos y en medio de la oscuridad vimos el mar, sereno; su luz nos quebraba el rostro con vehemencia. ¡La guerra! Ahora la conocíamos: las tropas norteamericanas habían puesto pie en las playas de Santo Domingo. Tanques de guerra, como enormes dinosaurios de crujiente metal hundían el pavimento con estruendo de cadenas en lucha consigo mismas. Tuercas, gases y gestos primitivos en las caras rubias. Miramos el letrero: US ARMY y entonces corrimos, corrimos por las callejuelas cercanas al Mercado Modelo. Íbamos avisando de puerta en puerta, gritando ventana tras ventana. De pronto escuchamos las ametralladoras, se reían con ronco estrépito, se reían como si alguien les hiciera cosquillas en un sobaco mojado de pólvora. Y de repente la luz. Salíamos de nuevo a la luz. La esperanza nos aletargó. ¡Qué hacer, qué decir, qué cantar, qué vivir, qué de todo, de todo!...

28 de abril de 1865

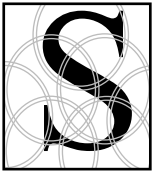


os cañones enemigos sonaban en el casco de la sabana y ellos, mirones, pobres soldados, alzaron el rostro, el cansado rostro campesino.

Desde la frontera se escuchaba el ventarrón arrollando los pastizales cuajados de tórtolas y garzas cenicientas. A lo lejos, algún arrozal verdeaba, empujado por las aguas de la laguna. Nubes de polvo y agua se entremezclaban convirtiendo en barro las pocas gotas de lluvia. El general abrió los brazos. Por un momento semejó una cruz coronada con sus enormes charreteras doradas. Abrió los brazos, digo, y se quedó mirando al infinito. Aquellos días el sol se metía bien rápidamente en el bosque. Llegaba la noche y había que urdir el próximo plan.

Sonó el conocido cañoneo. Las tropas españolas disponían de un buen cuerpo de caballería. Habían cruzado la isla de Santo Domingo de punta a punta perdiendo hombres y pudriéndose en las ciénagas y cañadas. Paludismo, sífilis, deshidratación, tumores enormes, balas y emboscadas las menguaban.

28 de abril de 1605



onó el conocido cañoneo. La gente de Bayajá, sentada junto al terrateniente mulato ya había recibido la noticia: el gobernador, por orden del rey, disponía la despoblación, el traslado de los bienes, la destrucción de las ciudades del norte de la isla. Algo había que idear. A lo lejos, el mar soportaba el peso de un último buque flamenco que había estado once días anclado en la ensenada.

Hernando Montoro, con gruesas polainas hasta la rodilla, sombrero de ala redonda y látigo en mano, gesticulaba en medio de la noche; de improviso surgía de las tinieblas, giraba sobre sí mismo. Esclavos y seguidores le miraban con temblor en los labios. Hablaba y hablaba como un endemoniado, se oponía a la decisión real. Crecido en sus cinco sentidos de hombre quemado por la sal marinera, quebrado por el sudor, portaba sobre el faldón casi medieval, junto al cinturón de cuero legítimo, al lado derecho de la cadera, un largo puñal con mango de oro. Alto, casi negro, curtido por el sol y el yodo, joven en sus cuarenta años, Montoro había encendido con sus palabras arrogantes el ánimo de la comarca.

Oíd el cañoneo —dijo— creen que nos asustaremos.

* * *
** ** **

«Éramos once y estábamos allí, en el hospital para tuberculosos. Por la radio, que acostumbrábamos oír sábados y domingos, escuchamos aquella tarde lo difícil que estaban las cosas para el gobierno. Primero supimos de la rebelión y más tarde, cuando los médicos abandonaron el hospital, la voz vacilante de las emisoras oficiales anunció que la rebelión había sido sofocada, los campamentos militares recién levantados serían bombardeados por la aviación y el peligro desaparecería. No era cierto. El veinticinco de abril, a casi treinta kilómetros de distancia, oímos por la mañana el ruido de las ametralladoras. Me puse el pijama y reuní a los demás enfermos. Era algo imprevisto, les dije. Nos habíamos quedado solos con nada más que nuestros microbios y nuestras flemas en un hospital del Estado cuyos médicos habían huido para ponerse a resguardo. Decidimos: si no retornaba el personal de vigilancia nos iríamos hacia cualquier parte. Sin comida, agua y atenciones no merecía la pena quedarse. En igual situación se encontraban, creo, los internos del manicomio vecino. Al tercer día de la rebelión los enfermos habían huido y asaltado un camión Santiago-Santo Domingo con el fin de perderse en los barrios aledaños a la capital. Unos pocos se quedaron muertos de hambre y frío en los recovecos del kilómetro 28. Esa noche organizamos la reunión. Explicué a los compañeros que la situación no era como decía la emisora del gobierno. Les dije —esto era cierto— que no podíamos permanecer allí; que no teníamos contacto con la capital y que no podíamos esperar recibir alimento en mucho tiempo. Lo mejor era, consideraba, abandonar el recinto y que cada uno tomara el camino que mejor le conviniese. Algunos —los del interior del país y los que procedían de pueblos muy alejados de la capital— protestaron, pero otros me dieron la razón. El poeta tiene la verdad, dijo Aníbal Ramos, un desahuciado. Me llamaban el poeta, nadie sabe por qué. La mayoría de los enfermos opinaba que me expresaba muy bien; mis estudios de bachillerato y mi afición por la lectura me permitían una aureola de sabiduría.

Aníbal Ramos había perdido un hijo, el mayor, en tiempos de la tiranía. Resentido, radical —tuberculoso incurable como yo— resultaba un gran apoyo, el mejor seguidor de mis ideas. Yo le había enseñado —no obstante su edad— la importancia de la lucha armada. Tenía ese don natural de comprensión que caracteriza al campesino dominicano. Sabía que al final, el asunto tendría como límite el campo de batalla. Dijo que tenía miedo de morir de hambre y de sed en el sanatorio y que prefería morir con un fusil y combatiendo con los sublevados. Parecía adivinarme el pensamiento. Se nos presentaba ahora, en la realidad, aquello que nos había llevado tan largas horas de comentario y de fatiga. Aníbal Ramos, viejo, amarillo, resultó ser mi único y mejor alumno. Trepado en una banca arengó, con intenso fuego en los ojos y en la voz, al grupo desconcertado. La mayoría de los allí encerrados, dijo, era gente sin cura verdadera. Señaló que la sociedad tenía la culpa de nuestros males. Criticó con tono afiebrado y encendido a los ladrones y buhoneros —así los llamó— que se sientan en el poder ofreciendo siempre primero, explotando después. Aníbal Ramos sacaba insospechadas fuerzas de su voz. Cubría con densas palabras su odio hacia los que mataron y extirparon tanta juventud, hacia aquellos representativos de grupos que se alzaron con el poder una vez muerto el Generalísimo y que no efectuaron jamás un juicio valedero contra el escarnio y el asesinato.

Caída la tarde ya habíamos planeado el asunto: tomaríamos la ambulancia que había quedado abandonada en el patio del hospital y con ella repartiríamos a los enfermos en poblados cercanos a la capital; en Herrera la mayor parte, en Bayona los demás. Ninguno debería decir su procedencia. Aníbal Ramos, Bejamín Matías —el chofer— y yo seguiríamos hasta la capital; allá nos incorporaríamos a la lucha. Nada más.

La ambulancia se detuvo en el cruce hacia San Cristóbal por falta de gasolina impidiendo que lleváramos a cabo nuestro plan. Allí desalojamos el vehículo. Cada uno tomó su camino. Aníbal, Matías y yo llegamos a pie a la capital, entrada la noche. El viejo me miró como con recelo: «¿Qué, tienes miedo? le dije. No, mierda, miedo de qué, me contestó».

* * *
** ** **

La noche siguiente no pude dormir. Ante el insomnio me dispuse a escribir y casi vomité estas páginas. Se trataba de hacer una novela cuyo material fuera puramente criollo. El material existía, pero la dificultad estaba en coordinarlo, en hacerlo asequible. El domingo por la mañana bien temprano, mientras me afeitaba, pensé en el finalismo de Zinia. Todos dizque teníamos obras inéditas. Éramos genios sin descubrir. En el fondo lo que había era un juego snob que no nos permitía concentrarnos. La literatura es una especie de masturbación encerrada en títulos que no existen y en capítulos que jamás aparecerán, lo sé. Mientras me afeitaba —harto de reuniones, de ron, de guitarras, de piano-bar y de tantas vainas— planeaba cómo actuar frente a Ramón: le hablaría de mis proyectos; averiguaría su posición frente a Zinia (Ramón tiene una enorme sensibilidad crítica). Trataría de convencerle de lo que yo planeaba para lograr mi objetivo. Además, seguro, tendría que esperar a que este levantase... (por cierto, hoy llamó mi madre para decirme que dentro de algunos días mi padre cumplirá un año más de muerto. Nunca he comprendido bien esto de recordar una vez y otra y otra a los muertos, mamá se empeña en seguir el ritmo de una vida que odió profundamente. Me parece hipócrita su actitud de llevar flores y ordenar misas cada vez que se acuerda del coronel Aguirre. Entonces se reúne con las amigas y empiezan a hablar de lo bueno que era el viejo, de las tierras que dejó, de las joyas que le compró, para terminar recordando los buenos tiempos de la tiranía, cuando me llevaban en Cadillac al colegio de La Salle, mientras mamá jugaba canasta con sus malditas amigas, aburrida de todo. También terminan lanzando contra mí críticas acerbas, duras: que es increíble que Paco se haya hecho comunista, que su padre no lo hubiese permitido. Mi

madre tiene que volver a explicarles que nunca fui amigo de la Dictadura, que en 1960 los Servicios de Inteligencia Militar me persiguieron constantemente y que mi padre, entonces del Cuerpo de Ayudantes Militares, me amenazó de muerte cuando se enteró de que Pipe Faxas y yo encabezábamos, en la Facultad de Filosofía, un movimiento antigubernamental; eran los días en que el otro Paco y yo planeábamos colocar bombas en los cines y en las heladerías. Era la época en que los mimeógrafos reproducían constantemente las páginas del periódico clandestino *Libertad*. Ha pasado mucho tiempo, pero estas viejas cuerneras insisten, molestan, viven con el teléfono en la mano concertando citas. Y mamá, cobarde e hipócrita, no se atreve a hacerles las confesiones que me hiciera a mí —y de las que yo ya tenía noticias porque presencié varios altercados entre el coronel Aguirre y ella—; confesiones que confirmaron mi odio hacia ese maldito pasado que hoy, los mismos ladrones, quieren resucitar.

El coronel Aguirre... mi madre y yo le seguimos llamando así. En 1957 tenía yo 20 años y me habían aceptado como cadete militar en la Academia Batalla de Las Carreras. Solo estuve unos días, pero mi primer llegada a casa en uniforme fue la causa de aquel también primer gran impacto, el más fuerte de mi vida: el coronel estaba sentado en su mecedora de mimbre; leía un periódico que traía al Generalísimo y todo su cuerpo de ayudantes militares en primera plana. Aguirre ocupaba el centro de la fotografía. El Generalísimo —decía el diario— acababa de recibir el «apoyo incondicional del pueblo que pedía su reelección». Ya entonces habían empezado a funcionar las cámaras de tortura y se conocían los atentados contra políticos en toda el área del Caribe. Era la época en que el Generalísimo ya acusaba, con incontenencias renales, los efectos del whisky que se comentaban por todos pero que nadie conocía en particular. El coronel Aguirre me observó por encima de las gafas de sol —era día de licencia y muy de mañana—: ¡Hola papá! le dije. Mis palabras lo irritaron, lo sacaron de quicio.

Lanzó las gafas contra el piso donde se hicieron pedazos los vidrios verdiazules. Mire, carajo, dijo gritando. ¡Póngase en posición de atención! Qué papá ni qué papá, ¡coño!... está usted frente a un militar de carrera al que se debe, como simple cadete, respeto ¡coño!... y volvió a sentarse molesto, irritado, tenso, cuajado el rostro de enormes manchas rojas. Respiraba profundamente y con rapidez. Se me anegaron los ojos de lágrimas... desde entonces le llamé: el coronel Aguirre, como mamá...) sí, tendría que esperar a que Ramón se levantara. De seguro que la trabajadora me preguntaría si deseaba un poco de café. Y Ramón, con el pretexto de que no tiene teléfono, se excusaría —estas navajas de afeitar son cada vez peores... dizque mil afeitadas por veinte céntimos, mentira... propaganda yanqui— diciendo que no pudo esperarme levantado porque anoche... Mira, anoche estuvieron aquí Samuel y Carlos Julio; ese muchacho es bueno, hizo un formidable análisis de Proust y de Mann, ¿tú sabes que la novela de Zinia es finalista, no? Zinia se las trae... Es lo que yo digo, hay que tener arrancada y ponerse a escribir y nada más. Mira, mi último poema surgió así, planeado. Yo creo que mientras no escribamos largamente no podremos expresar nuestros problemas, los problemas nacionales... Trataré entonces de explicarle que quiero hacer algo en grande. Le explicaré (¿adónde habré metido la toalla?) que mi interés no es otro que tomar una serie de temas históricos e ir buscando su relación, su profunda relación, indagando su denominador común, su línea general... denominador común... sí... la profesora de matemáticas —todos mirábamos por debajo de su mesa, sobre el entarimado donde colocaba la silla porque abría las piernas más de lo corriente— quiso hacerme un examen sobre denominadores comunes y me negué. Era mi época de estudiante bien, respetado por todos los compañeros, menos dos o tres que se cagaban en los militares y en los hijos de los militares; uno había perdido a su padre en 1949, cuando la redada posterior a la invasión de Luperón y de Cayo Confites. Me odiaba. Un día lo atrapé meando en el

patio y le dije: oye, coño, qué es lo que te pasa conmigo. Me encojonan los blanquitos como tú, me contestó. Después fuimos buenos amigos, me enseñó a odiar la sangre. Nos dejamos de ver durante años... un día lo encontré trabajando en el Centro de Malariología. Había hecho unos cursillos y conseguido el empleo. Comenzó a formar células hasta que en 1960 desapareció misteriosamente. Durante aquellos días de mi «enganche» como cadete tuve la mala suerte de encontrarlo. Se asombró, me dijo que si estaba loco. Le expliqué que era cosa del coronel, pero él repuso que lo mismo había querido hacer con él su familia metiéndolo a cura en Bonaó, pero se había negado. Luego volvimos a vernos. Cuando lo apresaron tenía un niño de seis meses con una santiaguera de la avenida Trujillo Valdez casi esquina Héctor B. Trujillo, con la que dizque se había casado en 1959. Vivía en un dormitorio situado en ese sector, bullicioso y fanático. Cuando lo apresaron, digo, busqué a la mujer, a Eduvigis. Previo había hablado con mamá comunicándole que había tenido un hijo con una prostituta y que deseaba reconocerlo. El coronel Aguirre estuvo a punto de caer en el paroxismo (después conocí a dos hijos, mis hermanos, tenidos así por el coronel y no reconocidos); todavía no llegábamos a diciembre de 1960, cuando tuve que largarme del país. Además, mamá esperaba un niño después de veinte años y eso complicaba aún más la situación. Localizar a Eduvigis me costó lo indecible, aunque al sector lo conocía perfectamente. Muchas veces visité El Pino y otras muchas presencié allí enormes discusiones y guerras entre putas y parroquianos. Los sábados acostumbraba caer por allí; visitaba el lugar con Antonio, un compadre que murió de una borrachera en Puerto Rico. Un día se acercó a nuestra mesa un soldado medio borracho y nos pidió un trago, luego se sentó a la mesa, pidió un vaso limpio y comenzó a tragar. A eso de la una de la madrugada decidimos marcharnos y pedimos la cuenta. Estábamos borrachos, por supuesto. Eran doce pesos. Calculamos cuatro y medio para cada uno de nosotros y tres para el guardia.

Pero este se negó a pagar. Sacó de bajo la camisa una bayoneta oxidada y me lanzó una estocada. Esquivé el golpe y lo pateé en los testículos. Antonio —el piso era de tierra y arena— le llenó los ojos de basura y le dimos de botellazos. Huimos por la puerta trasera pero tuvimos que saltar una tapia enorme. Momentos después oímos los disparos. Había llegado la patrulla. Guardias de a caballo se habían desmontado y rifle en mano repartieron culatazos a diestra y siniestra. Corrimos. Ya en la parte alta de la ciudad cada uno buscó su camino. El dueño del café nos dijo después: «ese maldito guardia se merecía que lo cajetearan, porque viene aquí a joderme el negocio cada vez que se da dos tragos [...]». Luego volvimos varias veces a El Pino, pero el soldado había abandonado la plaza. Una vez, poco después de la caída del Generalísimo lo encontré en El Conde, agitando, vestido de civil, con una gorra de beisbolista y unos zapatos rotos. El hombre había cambiado. Cuando le recordé el incidente me dijo que al día siguiente no se recordó de nada y que cuando supo que yo era hijo de Aguirre abandonó el lugar. Él se asombró de encontrarme en aquella manifestación tanto como yo de encontrarlo a él. Durante ocho o diez años había sido mecanógrafo en la base aérea de San Isidro y lo había hecho por necesidad, venía del campo (¿dónde habré puesto la colonia, el after shave?) y no tenía otra alternativa. Así, cuando salió un aviso en la prensa ganó el concurso y lo nombraron asimilado; luego le dieron dos rayas y siguió como cabo hasta que presenció, por órdenes del General, las torturas y los fusilamientos de 1959, al fracasar la invasión del 14 de junio que ese año desembarcó por Constanza. Entonces, dijo, se sintió cómplice de aquello —como deben haberse sentido todos los que callaron cuando el atropello— y decidió salir del Ejército.

Busqué a Eduvigis en el sector. Me llegué al dormitorio y pregunté a un chino que lo atendía. Me explicó que la Eduvigis ya no vivía allí, que vivía en la calle Morgan y me dijo el modo de llegar. El negocio estaba en un patio interior y lo

administraba una tal Luz cuyo oficio de maipiola era conocido en todo Santo Domingo. Eso quería decir que la Eduvigis todavía se encontraba en la escala más alta del oficio; al contrario del asqueroso dormitorio del chino, era parte de un grupo de prostitutas más reservado, tenía una administradora famosa y residencia en habitación con radio y teléfono. Yo conocía bien aquel ambiente, en los sectores aledaños a la Escuela Normal de Varones y al Liceo Secundario Presidente Trujillo, volcadero de adolescentes que se lanzaba —del colegio y de la escuela pública— a la búsqueda de románticos, libidinosos y desconocidos encuentros sexuales. Yo asistía, pero me escondía. No quería que el coronel Aguirre —raspón y singón, por qué habría yo de heredarlo— se enterara de mis andanzas. Los adultos de noche, los adolescentes de día. Un mundo que no se daba abasto. Una dueña me dijo una vez que así había sido planeado: de noche los adultos, de día los párvulos. Las tarifas también eran diferentes; y esa era la explicación de por qué existían tantos cafetines en el sector. Las autoridades nunca intervinieron y los que frecuentábamos esos lugares acabamos por darles prestigio propalando en corrillos estudiantiles y grupitos lo bueno que era alternar la química con una voluptuosa e hipócrita cadera de campesina recién contratada para el quehacer hogareño.

Luego de recorrer media ciudad llegué finalmente a donde el chino me había dicho que vivía la Eduvigis. Era una casa enorme, de dos pisos, puertas blancas y balcones amarillos. Se podía llegar hasta el patio interior por un callejón (coño qué pendejada, ahora no quiere encender este maldito carro) formado por el propio edificio y la casa contigua. La calle no estaba pavimentada y charcos de varios días eran lanzados violentamente fuera por un vehículo de vez en cuando, salpicando a los transeúntes. Había optado por llamar a la puerta principal, pero al no obtener respuesta me entré por el callejón hacia el patio central. Toqué una de las puertas. Una voz soñolienta, una cabeza despeinada de ojos legañosos y cutis grasiento, dijo secamente: ¿qué quiere? Quiero hablar con la Eduvigis, dije.

Con cuál Eduvigis, mi'jo, si aquí hay como tres... Con la que tiene un hijo, respondí. No di más detalles. Una muchacha alta, morena, de pelo muy recortado sobre las orejas, salió de la habitación contigua. No es contigo, Amelia, dijo. Amelia cerró y Eduvigis me invitó a pasar a su habitación. Observé de primera intención el recinto. Buscaba la foto de mi amigo, quería encontrar algún detalle íntimo que me permitiese (Ramón de seguro me leerá uno de sus largos poemas, debo acelerar. Adiós, adiós; ve tú este pendejo sentado de día y de noche en la puerta de la casa...) iniciar la conversación. Ella dijo haber abierto porque tenía un hijo, pero que allí no se sabía, si no, tendría que largarse... y me instó a callar. Le hablé de mi amigo. Comenzó a llorar en seguida por Pipí, así le llamaba ella. Tú y Pipí tuvieron un hijo, ¿dónde está?

Mira, tú, como te llames, déjame quieta, no quiero recordarme de eso, dijo, y siguió llorando. Yo vengo por el niño —aclaré— tal vez me lo dejes tener. Pipí y yo éramos amigos... le pasé el pañuelo —era un pañuelo con las iniciales del coronel Aguirre, cosas de mamá, que me ponía pañuelos en el bolsillo sin discriminar—. Ella se sonó. Luego observó las iniciales y me preguntó por mi apellido. Aguirre, le dije. Me miró profundamente. Así dicen que se llamaba el coronel que apresó a Pipí y lo interrogó y lo mató... y, el chico no era de Pipí, sino de un capitán de la Marina, pero quería tanto a Pipí que le había hecho creer aquello del niño. No me lo podía llevar, porque su padre lo había reclamado luego que Pipí había desaparecido. Ella le había dicho la verdad al capitán... Me levanté violentamente del asiento. Ella debió pensar otra cosa (coño, por poco le quiebro una pierna a este de la bicicleta; malditos ciclistas siempre en medio), debió pensar que yo me molestaba, que pensaba que todo aquello era una mentira, una farsa para no entregar al chico. Salí corriendo por el callejón y cuando quise secarme el sudor, muchas cuadras después, me di cuenta que el pañuelo del coronel Aguirre se había quedado con Eduvigis. Pensé en interrogar al coronel. No dudaba

ya de su crimen... No sé si Ramón estará disponible para leer estos originales sobre la guerra civil, trataré de explicarle que es una narración con acciones paralelas. Tal vez me encuentre similitudes con Carpentier, ahora que lee a Carpentier todo lo quiere comparar con él. Joyce-Carpentier, Carpentier-Joyce. Tal vez el «finalismo» de Zinia se debe a que supo conjugar a Carpentier con Joyce o viceversa. Imagínate, tener que releer a Joyce —porque todo es Joyce— y a Carpentier. Hay que leer a tres o cuatro autores ahora. Zinia dice que Cortázar, Carpentier y Onetti... (voy a encender el maldito radio del auto, así descanso del maldito paisaje: ...yanquis en Vietnam. Se dice que los comunistas han tenido doscientas bajas y que las tropas norteamericanas solo un muerto (se dice, hijo de puta, siempre se dice...); sin embargo, un cable de Tass anuncia que seis helicópteros norteamericanos fueron derribados ayer en la zona desmilitarizada... durante el combate de los últimos tres días; según Tass, los norteamericanos han sufrido unas mil doscientas bajas. El jefe comunista Ho Chi Minh declaró ayer que VietNam y el Frente de Liberación no tenían nada que perder y que la guerra continuará. Señaló que el descrédito de la guerra ha comenzado a resquebrajar los cimientos morales de la sociedad y el digno pueblo norteamericano. Señaló también que los últimos desembarcos yanquis en Santo Domingo, para aplastar el movimiento encabezado por Francisco Caamaño Deñó, son, sin duda, una muestra del temor que tiene el imperialismo a los pueblos libres...) Vargas Llosa y Fernando del Paso. Yo creo que eso no es otra cosa que la influencia del grupito Mundo Nuevo. El circulito cerrado donde no entran más escritores que los Sarduy, los Goytisolo y Rodríguez Monegal... Temprano, en domingo, la ciudad está casi vacía. (Tomaré por el malecón —aunque sea más lejos— para ir respirando el olor del mar... Y pensar que en abril hasta el mar fue dividido por los yanquis. ¡Increíble! Lo que no soporto es que Zinia venga ahora a hablar de su obra, de sus aciertos, de su conocimiento, de su grandeza. Si se aparece allí me largo.

Me largo pero a la carrera. No es envidiosa mi actitud, es que me jode que Zinia quedara finalista en un concurso internacional y que... bueno. El más sensato del grupo es Juan. Si Ramón no quiere opinar sobre estos capítulos... (¡Eh! ¿qué pasa aquí? ¡Cuánta gente! Siempre que hay mucha gente reunida en torno a los farallones tienes que pensar en lo peor: un ahogado, un tiburón o un naufrago... casi siempre un feto o un crimen político... a veces algún cetáceo buscando dónde morir. Pero siempre la muerte). Samuel está entre el gentío y me ha visto. Ahora querrá venir conmigo adonde Ramón. ¿Qué pasa, qué pasa? Acaba de llegar la policía: dos coches patrulla —lomo gris e insignias negras— se detienen ante el contén. Samuel se acerca. La policía me pregunta. No sé nada, digo, acabo de llegar. Samuel se aleja al ver a los policías. Busca material para sus cuentos. Yo también, aparentemente. Están sacando al ahogado: es un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años. El vientre abultado, las carnes blanquecinas. Pestañas y párpados comidos por los peces... lo acercan al farallón con una vara larga de bambú. Un pescador consigue engancharlo del pantalón fuerte-azul con el anzuelo y lo arrima. La policía abre campo, empuja, pregunta, desciende, ayuda. Al fin el cuerpo está en tierra. Samuel se me acerca cautelosamente. Es Don Pío, dice en voz baja. Don Pío es un recalcitrante derechista, comprendo que se trata de una represalia contra el chivateo. Vuelvo al coche, trato de que Samuel no se entere hacia donde voy. Me aborda: ¿a dónde vas? Donde vayas, no tengo ruta fija, dice. Se jodió esto, pienso. Arranco. Comenzamos a rodar por la ciudad desierta. En el radio, la voz de Marco Antonio Muñoz en todo el dial: «Tú serás mía, para que veas, cómo te quiero yo a ti... Si no estás conmigo, nada importa; el vivir sin verte es morir...». Miro a Samuel. Se ha dejado crecer las patillas; le gustan los pantalones apretados y las hebillas grandes. Entre el ye-ye y la revolución, entre el go-go y el socialismo. No puedo explicarme cómo se predicán ideas revolucionarias vestido como un señorito de

la burguesía. Oye, me dice, creo que Alberto piensa escribir novela; dice que los cuentos... ¡Bah!, que la novela es lo que vale. Ahora está enfrascado con Luckas. Dice que no quiere caer en lo de Zinia, esa novela híbrida que no se desarrolla en ningún sitio ni en ningún tiempo. Ni en lo de Persio, porque hacer novela así no vale la pena. ¿Sabes cómo hizo Persio su novela sobre Manaclas? Seguro que lo sé —pienso. Mira, dice, se escribió un capítulo soñoliento y de allí sacó quince o veinte palabras. Después empezó cada capítulo con base en una de esas palabras, dejándose llevar por lo que la palabra le sugería —a lo sicoanálisis, si quieres—; calculó el número de páginas que cada palabra debía producir y dejó lista: Nexus 15. No te niego que la novela es técnicamente interesante, pero... Mira, Samuel —pienso decirle y no lo digo— cada quien escribe como le viene en gana y Persio hizo lo que mejor le parecía. Persio sabía lo que tenía entre manos. Primero criticas a Persio, luego lo elogias. Te pasas la vida diciéndole que es bueno, que escribe bien, que es un fenómeno y detrás vives acabando con él. Desde luego, las novelas de Zinia... y empieza a hablarme de novela. Yo sigo dando vueltas y vueltas sobre la ciudad. ¿Tomamos un café? Creo que haciéndolo bajar del coche puedo evitar que me siga hasta donde Ramón. Dentro de unos momentos llegará el querido Alberto, el Sublime, y lo podré dejar en sus manos. Podré largarme adonde Ramón a mostrarle mis capítulos sobre abril del 65, Hernando Montoro y la guerra de Restauración. Porque quiero hacer de mi novela una especie de mundo donde se entremezclen diversos momentos históricos. Lo que temo es que Ramón me hable de *Viaje a la semilla*, y me diga que Carpentier esto y que *El acoso* lo otro. Esa cosa terrible de pensar que solo Carpentier puede escribir novelas, que solo Persio. Se oye en el radio: atención, atención... Imagino que van a dar la noticia del muerto en el farallón. Miro a Samuel mientras freno y aparco. Desconecto el gramófono, como diría Ramón. No sé por qué esto me recuerda la letra de una canción que interpretaban los Matamoros allá por mi

infancia: «Qué te parece Rufina, parada en el farallón, porque al sonar el trombón, el cuerpo se desafina [...]» guaracha o mierda. Aparco pensando en el coronel.

Era un simple raso del ejército y vivíamos en la calle Ravelo. Casa de madera, techo de zinc a dos aguas. Tres piezas. En la del centro, vivíamos. En la parte de atrás, luego de una empalizada de zinc y madera, se levantaba el Habana-Madrid, cinco pisos de prostitución. En el techo, un ático amplio que era el salón de baile y que los más jóvenes desconocíamos. Cuando el raso Aguirre comenzó a ascender nos mudamos de lugar, pero me quedó aquel run run en el corazón, la letra de aquella guaracha: «qué te parece Rufina, parada en el farallón...» y otras, la música de muchas canciones que he olvidado. Pero que, además, traía consigo el recuerdo de Marcelo. No tenía más de cinco años cuando murió. Mi madre callaba el motivo y el raso Aguirre decía que lo había matado una gonorrea que no quiso decir a tiempo. La palabra creció conmigo, su sonoridad, su estructura de espiral que se deshace y no tomó cuerpo sino hasta cuando pude comprender cómo Marcelo, de apenas 16 años, había muerto de aquella enfermedad. No comprendo cómo varía la mentalidad del hombre a medida que asciende. Asciende y olvida y abandona a los que empezaron a luchar abajo, junto con él. Regreso a aquel barrio de vez en cuando. Voy a la fuente del parque y recojo clavellinas y campanitas, como cuando el limpiabotas nos cruzaba de una acera a otra. Está allí el mundo. El mundo que olvidamos adrede, el mundo que no nos conviene revivir. De Marcelo, solo recuerdo su caminar echado hacia adelante; su experiencia en el juego de las canicas; su dentadura grande y echada hacia afuera y un pequeño sombrero de ala muy corta que usaba con un «cuadre» especial, que, supe después, era el estilo de todos los chulos de cabaret.

—¿Nos sentamos aquí?

Samuel dice que sí; le gusta ver la calle, le encanta ver los domingos pasar a las chicas. Es temprano, hace poco que las

puertas de la cafetería se han abierto y el italiano gordo y brillante, encargado del negocio, da la orden de que funcione la máquina del café express.

—¿Sabes una cosa? le digo a Samuel. «Me estoy cansando de esta vida de grupito en la cual no eres nada si los otros no te reconocen. Me estoy hartando». Mira, tú sabes que los grupos son una vaina —grandes o pequeños— sabes que vengo de la derecha, que estuve metido de lleno en los grupos de la derecha. Pero ahora estoy claro; consciente de que la izquierda es lo mejor; consciente de que nuestros pueblos no saldrán de su miserable estado de explotación sin una guerra de liberación; ahora estoy convencido de eso, pero empiezo a deplorar este asunto de los grupos. Me molesta la división tribal que ha consentido la izquierda en América Latina. Me molesta que la lucha no se plantee con base en un objetivo común. Ya ves, tenemos diez o doce grupitos; cada uno vociferando por su cuenta, cuando lo que debíamos hacer es unirnos y dirimir nuestras diferencias —dar rienda suelta a nuestra antropofagia contenida— después que se produjese el proceso revolucionario... No sé, esto de huir de los grupos políticos —sin renunciar a mi ideología— me hace huir también de los grupos literarios. Se van convirtiendo en lo mismo. No puedes vivir sin la opinión del otro; no puedes hacer nada sin que el otro te dé su asentimiento; ni siquiera te sientes seguro de ti mismo si el otro no te asegura... No sé qué piensas de todo esto... Es más, te voy a decir algo: lo de Zinia, su finalismo, como le he llamado, me jode, me molesta. Y también me molesta que ustedes tomen la literatura como una guerra fría... Bueno, tienes razón, pero no me interrumpas. Mira, es una guerra fría y no estamos trabajando en serio. Publicamos un cuentecito de domingo en domingo; salimos en el periódico y anunciamos nuestra gran producción inédita. Si alguna hembra se acerca a nosotros, le escribimos un poema anties-tético, solo para irnos a la cama con ella lo más pronto y hasta publicamos un mal libro si hemos de conseguir con ello lo que

calificamos de un buen sexo... El caso de Alberto, lo conocen... Tiene cosas mejores; sabes que ese libro es malo comparado con sus poemas sueltos. Él mismo lo reconoce, pero está satisfecho y sería capaz de publicar veinte libros iguales, con tal de tener debajo otras tantas hembras como esa... Él sabe que hace bien el cuento. Su influencia la tiene —déjame terminar, no me interrumpas— la tiene, pero como cuentista es mejor que como poeta. Pero ¿cuándo va a publicar sus cuentos en un solo volumen? Pues cuando la puta esa con que coquetea se acueste con él y le obsequie lo de la edición. Me dirás que es un modo de hacer las cosas en un país donde no existen editores y donde cada autor tiene que pagar la edición de sus libros, venderlos y hasta leérselos a los demás si es preciso. Donde cada uno es su propio agente de relaciones públicas. Sí, pero hay otros modos. El Partido quiere hacer una editora y los que dizque somos de izquierda tenemos miedo de publicar en las imprentas del Partido... Tenemos miedo al anticomunismo del Estado. Y los que se dicen liberales también temen que los llamen comunistas, nueva denominación yanqui para todo el que protesta contra sus métodos. Te lo digo por lo de Zinia, por eso te lo digo... Sí, sí, eso de que la literatura no tiene nada que ver con la política está bien, pero no puedes negar —no hombre, ya sé que no eres un reaccionario— que toda literatura es en el fondo, política. Mira, quería decirte esto —¡Mozo! más azúcar por favor; bien, así está bien. ¿Te has fijado en lo usadas que están estas tazas? Coño, parecen escupideras antiguas—: lo de Zinia me ha impulsado a escribir una novela, por lo menos a comenzarla; así cuando nos encontramos en el malecón hace unos momentos iba embalado para donde Ramón. Le llevaba los capítulos iniciales. No quiero que interpretes el asunto de mala manera, tú eres de los que aquella noche se rió de mí cuando supimos lo de Zinia. «Ustedes los poetas, con el cuento de la síntesis, creen que han ocupado su terreno definitivo en el cielo...». Pero mira, yo creo que vale hacer algo objetivo, lo

de Zinia es híbrido. No sé si debieras acompañarme adonde Ramón, no sé...

Vueltos por el camino del mar recorrimos nuevamente la autopista circundada por las enormes palmeras. Samuel llevaba el pelo envuelto. Hablábamos de Mignón, la neurótica Mignón a la que Alberto cultivaba envidiado por Sanluis y Noble, y quizá por el propio Samuel, tan amigo de Mignón y tan silencioso a ratos. Doblamos a la derecha y enfilamos la cuesta que lleva a casa de Ramón. Al doblar a la izquierda, poco después, caímos de improviso en una calle repleta de hoyancos. Avanzábamos a saltos. Finalmente, aparcamos frente a la casa de Ramón: el querido Ramón, amigo, crítico, poeta, novelista inédito, cuentista, excelente persona. El jardín, con su grama verde esmeralda invitaba a tomar un baño de sol, a tirarse allí; a no ser por el picante sol tropical que se levantaba aquella mañana sin nubes ni pájaros. A la distancia parecía escucharse el ruido del mar y, de vez en cuando, una ráfaga marinera, salada, se filtraba por entre las calles de aquel sector de la ciudad, todavía soñoliento en la mañana de domingo.

Llamamos a la puerta principal. Pese a que habíamos llegado mucho más tarde de lo que yo había planeado, Ramón parecía estar durmiendo todavía. No se oía el melódico acorde con que la moderna consola de Ramón recibía a los invitados: a veces Bach, otras Pergolesi y los días de depresión, Joan Báez. Suponiendo que aún dormía nos acercamos a las persianas y por las juntas vimos la sala a oscuras. Volvimos a llamar moderadamente. Nos recibió la joven muchacha, la trabajadora que no escapaba a las miradas calenturientas de Sanluis y de Alberto. Nos trajo el acostumbrado café dominguero y nos dijo que don Ramón dormía, pero el poeta, envuelta su piel negra en una bata gris nos hizo una señal desde el pasillo. Esperamos. La hora avanzaba y no era de mi interés el que se conociese mi intento por todo el grupo. De modo que, mientras Samuel buscaba un disco de la Báez, abordé a Ramón y le pedí que terminara cuanto antes de sus malditos aseos matutinos.

Él me dijo que aquel día se había escogido para la lectura de varios poemas. Silencioso me entregó un texto corregido de un viejo relato mío, mal terminado y flojo. Llévaselo a Persio, me dijo. Que lo vea. Mi opinión es que tienes que arreglarlo, darle forma. Está muy verde...

...Verde (El veinte de diciembre de 1960 Ramón y yo estuvimos juntos). La literatura era cosa verde entonces, como ahora. Él escribía poemas, yo también pero era entonces mucho más hijo del coronel Aguirre. Había comunicado a mis mejores amigos que tenía que irme... Pese a la posición de mi padre, los Servicios de Inteligencia de Trujillo me perseguían... mis pasos estaban contados. Los asesinatos de Constanza habían rebozado la copa. Aún no había izquierda. Éramos un grupo homogéneo, sin ideología, sin verdadero sentido político — treinta años de antibióticos políticos nos habían purificado, nos habían convertido en seres sin defensas morales— no conocíamos los libros revolucionarios y se nos censuraba hasta la respiración. Éramos simplemente antigobiernistas, luchábamos contra la inmoralidad de las dictaduras en los pueblos latinoamericanos dominados por los Estados Unidos. Pese a todo esto, no sabíamos cómo esa dominación existía y cómo manipulaba todo en su beneficio. Creíamos en la democracia y nos habían infiltrado en la sangre el germen del anticomunismo, sin embargo, luchábamos. Recuerdo aquella reunión que fue como la catapulta que me lanzó a ponerme en contacto con un mundo nuevo. Rebelado contra el sistema y contra el coronel, mi salida era de un antigobiernismo recalcitrante. Aquella noche fue fundamental. Ahora, en el recuerdo, veo que tenía la unidad del objetivo: eliminación de la dictadura. Dentro de esa unidad luchábamos sin conocer el sentido de lo ideológico.

Ramón leyó aquella noche sus últimos poemas que eran, ahora lo veo, casi los primeros. Era una poesía desgarradora y colmada de pesimismo —siéntate Samuel, deja ya de revisar la discoteca—; hablaba de hombres sepultados bajo

enormes techos que les impedían contacto con las estrellas; hablaba de Mimí... Allí estábamos: Julio, líder obrero de la izquierda revolucionaria; Henry, más tarde también líder de los grupos socialcristianos; García, carne de cárceles y violencias, por su posición extremista ante los gobiernos de la derecha; Juan, hoy casi en la ruina por el uso de la fragmentación de la izquierda como arma política de subsistencia y Pablo, en cuya casa nos reuníamos aquella noche, con su cristianismo que le sigue produciendo dólares. Ninguno de nosotros sospechábamos entonces lo que más tarde haría con nosotros la vida. Ramón leía sus poemas y... eso parecía ser todo.

La noche anterior los coches del Servicio de Inteligencia Militar se habían acercado a la residencia del coronel Aguirre y este le había manifestado a su hijo (yo) que se fuera a la mierda, que no quería problemas con el Generalísimo. Mucho le había costado aquel puesto y la «honra» del coronelato; y si había que matar a mil Pipís, los mataría; y si había que entregar a cien hijos, los entregaría... Él consideraba como una traición el que un hijo suyo se rebelase y no aceptara aquel mundo de crímenes. Me sentí desamparado. Pero sin saberlo, el coronel Aguirre me había dado la pauta. Yo sabía que tres de mis compañeros de célula habían caído (el diario gubernamental donde trabajaba estaba lleno de espías). Nuestra misión era transmitir por teléfono a otras células los cables de prensa que la dictadura censuraba, simplemente. El asunto había sido descubierto. Me acerqué al director del periódico y le manifesté mi deseo de tomar vacaciones. Los Estados Unidos eran la única salida. Pensé en Nueva York —amigos numerosos y oportunidades de trabajo—. Conseguí una carta y un rápido visado y el 25 de diciembre de 1960 crucé el océano por primera vez.

Ramón ha traído una botella de ron y Samuel la descorcha. La muchacha va de un lugar a otro limpiando, realizando los oficios. La observo por encima de las gafas de sol. Tiene un bello cuerpo y un color asentado. Facciones delicadas y manos finísimas. Es un ejemplar interesante, comento con

Ramón. Ríe. Abre la puerta y entra el sol agobiante, violento, que espanta las moscas y hace desaparecer las hormigas. Se ha quedado con mis cuartillas en las piernas mientras observa algunos poemas. Yo le digo que no, que mejor prosa que algún pasaje. Los poemas de Ramón son largos y temo que durante su lectura se aparezca la *troupe* de los domingos. Accede y empieza a leer: lecturas en la columna trajana, de Darie Novaceanu.

(Cuando aterrizaba en el aeropuerto de Nueva York sentí los labios amargos. Iba a conocer lo que muchos llamaban «el exilio». Había puesto un cablegrama. Me esperarían dos amigos. *(Caen hojas amarillas en el Fórum Trajano y la yerba se seca encendida por el siroco como la arena de los desiertos. Es el comienzo del otoño y la ciudad de Roma tiñe vagamente de soledad el aire que la envuelve)*. Desde el avión la ciudad tenía una imagen de fábula. Un piélagos de luces, una inmensa alfombra de resplandores era Nueva York aquel 25 de diciembre. ¿Cómo vivirán los de ahí abajo? pensé. ¿Cómo se puede vivir dentro de un mundo tan lleno de luces y destellos? *(El pasado año, a la guía de la puerta le enseñé a decir en rumano “bneazti venit” —bienvenida— y tanto le gustó que me repitió la frase a la salida. Pero esta vez no me reconoció. Ya no estaba allí. Solo Luigi... Giuseppe...)*. El avión puso ruedas en tierra y pensé en el coronel Aguirre, en el gesto de su cara cuando se enterase de mi huida, de mi salida del país y atravesé los largos pasillos cubierto con un abrigo viejo, comprado a un viajero días antes, apolillado y remendado. Venía conmigo Eddy, de triste historia: su padre, militar, músico del ejército —oficial— había voceado públicamente ¡Viva Fidel Castro! el día en que Fidel tomó La Habana. Pobre oficial... pobre músico... Poco después, cuando el Generalísimo quiso reafirmar su anticomunismo, los servicios de inteligencia buscaron al padre de Eddy. No volvió a aparecer. Eddy tuvo que abandonar a su hermano en un sanatorio donde murió, probablemente asesinado por haber protestado por la desaparición de su padre. Eddy solo, en el Santo Domingo brutal, vivió

de la caridad pública hasta que su madre, residente en Nueva York, pudo enviarle un pasaje. Este Eddy me acompañó en el viaje. Había sido también mi compañero de infancia. Al principio, por ser yo hijo de Aguirre, me temió. Luego conversamos, recordamos los años de infancia y me refirió su tragedia. (*Voy pisando yerba seca y hojas amarillas por entre trozos mudos de mármol. Es como si me marchara sobre un planeta sagrado. La soledad, que siento a unos pocos pasos a mi espalda buscando un camino hacia mí, intenta engañarme. Le tiendo encrucijadas y le dibujo sonrisas. De vez en cuando alzo la cámara fotográfica que viene meciéndose detrás de mí, como una perra harta de paisajes, y la obligo a olfatear mi soledad. Giuseppe me está mirando, creo que indeciso. Acaso yo debería hablarle más. Por ejemplo, debería decirle que los vencedores siempre se apoderan de todo, pero que esto les resultaría imposible si no existiesen los vencidos. Que Trajano no significaría nada hoy en este Fórum —¡Ruinas maravillosas!— si no hubiera existido Decéballo. Pienso que le hubiera sido imposible comprenderme, tal como ocurrió cuando le dije las dos palabras en rumano, y que se hubiese quedado maravillado y confuso*). Entramos a una sala grande. Éramos los pasajeros del vuelo número tal. Nos vigilaban desde arriba. Busqué en aquella aduana algún signo, alguna cara conocida. Nadie. Estaba solo. Eddy salió con sus maletas sin siquiera despedirse (había descubierto a su madre tras los cristales y corrió hacia allá con los ojos llenos de lágrimas. Yo buscaba mi equipaje y cuando volví el rostro Eddy había desaparecido. Nos encontramos veinte días más tarde en el metro. No se atrevía a comunicarle a su madre la muerte de su hermano, necesitaba que otra persona lo ayudara. La madre vivía en el Bronx, se había casado por cuarta o quinta vez, ahora con un italiano acaudalado y vivía en un apartamento de lujo. Tomamos el maldito metro con sus vagones repletos de autómatas y después de cambiar en varias estaciones salimos a Fordham Road. Varias cuadras abajo estaba el edificio. La madre de Eddy me recibió con cariño, no me veía desde la infancia. Titubeé... vengo a decirle que...) (*Esta sería, por orden, la cuarta página de soledad. Con el pulgar metido ligeramente*

en el cinturón, con la mano derecha levantada en ángulo recto a la altura del rostro, vuelto un poco hacia la derecha, junto a sus consejeros —para ellos también los artistas realizaron un molde previo, pues siempre son iguales— está Decéballo. No sé lo que habrá dicho en aquel instante. La escena tiene algo como de una ceremonia fría en la que se pronuncia un discurso relampagueante. Parece como si el orador estuviera leyendo, punto por punto, su acta de nacimiento, su testamento. El testamento de Decéballo. Imposible reconstruirlo hoy con palabras pero desde aquel entonces siempre se traduce a través de los siglos, por todos los jefes rumanos en hechos de supremo patriotismo). Buscaba, en el enorme aeropuerto a mis anfitriones. De pronto comprendí. Unas manos enguantadas y un hombre pequeño me hacían señas desde el cristal. Mi amigo Frank me esperaba. Respiré profundamente. (*Historia muda en piedra elocuente. Estilo episódico, continuo. Panorámico. Los romanos no tuvieron necesidad del cine. Ellos sabían leer las imágenes estáticas e imaginar sus movimientos en todos los planos*). Cómo estás, me abrazó. Estudiaba medicina en Nueva York, de vez en cuando, cantaba. En el taxi comenzó el interrogatorio político. Aprensivo, no me atrevía siquiera a hablar en español. Vamos, habla, me dijo Frank. Aquí no hay problemas. ¿Te crees que este chofer yanqui es un *caliê*? Esa noche recalamos donde su hermana. Bebimos cerveza y salimos en busca de hotel. Al día siguiente me buscaría trabajo. Ahí, en Broadway con la calle 72, me ubicaron: Nevada Hotel. Habitación estrecha, colchas remendadas, calefacción, cuatro dólares diarios. A medianoche escuché ruidos y algarabía. Me asomé a la ventana y pude ver el espectáculo de una ciudad cubierta de nieve y miles de personas que ascendían o descendían por ella alegremente. Yo había olvidado que era Navidad. Aquel gentío, alegre, me hizo un nudo en la garganta. (*Una soledad vacía, desierta, sola... Como una muralla imposible de atravesar que circunda al olvidado, al vencido. Vae victis se cuenta que dijo el galo Brenn, echando su espada, de peso descomunal, en el plato de la balanza que pesaba el oro de Roma. Pero si había dicho exactamente*

estas palabras, el vencido era él mismo porque usaba el idioma de los vencidos...).

Oye Aguirre, creo que estos capítulos son muy esquemáticos. Deberías haber hecho algo más amplio. La parte correspondiente a Montoro, por ejemplo, deberías ampliarla lo mismo que la relativa a la Restauración, dice Samuel quien ha tomado los papeles de las rodillas de Ramón.

(Al día siguiente salí del hotel. Durante dos meses busqué trabajo, hice contactos, viví de prestado, conocía los líderes del exilio, encontré dominicanos durmiendo en los vagones del metro por falta de sustento, recibí los insultos de los «boos» que te obligan a trabajar sin más descanso que quince minutos para el *sandwich*, aprendí a beber continuamente para matar el frío y la angustia de las grandes nevadas, visité a los fumadores de opio y marihuana impulsado por la curiosidad, vi ancianas congeladas en medio de las aceras y sesiones de saxo en pleno Harlem, el exilio me alejaba del problema vital. Volé entonces a Puerto Rico y, lo mismo. Hasta que una tarde, me dieron la noticia de la muerte del Generalísimo. Tomé el primer avión. No había en el aeropuerto cristales altos, ni luces, ni amigos recibéndome, era otro aeropuerto, el mío)... (*Decéballo está viejo. Delante de él avanzan los más jóvenes. Una sombra de tristeza corre por su cara de mármol. En la izquierda lleva el escudo en alto, con la derecha se apoya firmemente. El ataque será breve, fulminante, definitivo*).

SUBCAPÍTULO



í, naturalmente. Debe llevarlo a un lugar donde no pueda ser localizado. (Las palmeras baten la brisa del mar. La casilla del teléfono, en el hotel Hamaca, acusa el gastado esmalte, las enormes manchas del salitre. El coronel tiene la gorra húmeda. En la playa lo espera Brunilda, su último amor. Desde la casilla telefónica el coronel ve pasar raudos los automóviles en la carretera cercana. El cabo, su hombre de confianza, quiere saberlo todo. A lo lejos una barca de vela rompe la espiral de un sol rojo como una brasa. El coronel respira hondamente, como una fiera enjaulada. Algo le atormenta, le atenaza, le hace gesticular. Si se le observara detenidamente se podrían apreciar las grandes arrugas del cuello sudoroso).

—No. No, cabo Ramírez. Usted debe cumplir mis órdenes y nada más. No tiene qué temer. Usted es mi recomendado. Trátese de lo que se trate. No importa. (Brunilda desespera. Se levanta de la silla de playa no sin antes haber escanciado un trago de buen ron dominicano. Es alta, joven, quizá veinte años más joven que el coronel... En tanto, el coronel da la vuelta sobre sus talones buscando, como sospechando que alguien pudiera estar escuchándole. No se le salen del recuerdo las balas en medio de la montaña. No olvida la cara de sus subordinados. No quiere testigos. Suda copiosamente. Observa

a Brunilda en la lejanía. Esta se detiene. Le hace una señal de espera. Ella vuelve a su sitio. Se imagina desnuda frente al coronel. Junto al cuerpo de este coronel que le ha prometido matrimonio, que la ha pedido a sus padres. Hace ya muchos años que él goza con ella y ella con él. Cae en cuenta de sus pensamientos y se ruboriza, pero en el fondo ella está contenta de pensarlo, sabe que vale la pena esperar. El coronel se casará con ella y aunque pobre y de familia humilde él sabrá reconocer su cariño. El traje de baño azul, resplandece como un trozo de mar en mitad de la playa. Es el traje que le obsequió el coronel cuando decidió “mudarla” a un barrio de la ciudad y poner a su disposición un chofer del ejército y un centinela para que nadie entrase en el recinto. Es el traje de baño con el que debe tomar el sol, por órdenes del coronel, todas las mañanas, a las nueve, cuando él, de paso para el cuartel, la visita en su residencia con dos teléfonos, uno de los cuales solo conoce el coronel. El coronel ha ordenado que nadie toque el timbre de esa casa sin su consentimiento...).

—He dicho que debe cumplirlas. No importa que sea un hombre conocido dentro de las filas... Nadie, nadie sabe que ha sido apresado. Tenga confianza, no se olvide que es usted mi recomendado...

(Una gaviota gira sobre la superficie verdosa del mar... el coronel recuerda los aviones volando sobre la montaña y vomitando fuego contra los guerrilleros desembarcados en Constanza, luego en Estero Hondo y en Maimón. Durante algunas horas el coronel pensó que la dictadura del Generalísimo había concluido. Pensó en su chamarra y en su pistola 45 y en su esposa y en su hijo pequeño; y hasta pensó en Paco, el hijo traidor, pasado luego al enemigo, o antes, quién sabe... La gaviota se posa lentamente en un poste del tendido eléctrico... Enormes estrellas de mar flotan cerca de la playa y una hidra morada, gelatinosa, se mueve al vaivén de las olas y de la espuma, como leche batida.

Brunilda enciende un cigarrillo Palmer —puro tabaco de Virginia, obsequiado por el coronel—, sorbe deliciosamente el

humo y piensa que ha sido una gran idea del coronel esto de pasar un día en la playa luego de haberlo tenido tan lejos, en el interior del país, por varios días. Recordó el incidente de julio. El coronel Merilio, sobrino del Generalísimo, obligó al centinela a dejarlo entrar y quiso forzarla. Después recibió flores y excusas. El Generalísimo en persona se presentó a decirle que cómo era aquello... que una mujer tan joven y de querida... que debía irse con su familia... Recordó la entrevista: las palabras del viejo —rápidas y entrecortadas— le produjeron cierta sensación inexplicable. Comprendió que el viejo quería también tenerla y, desde luego, allí mismo se entregó. Guardó el secreto hasta que el propio Generalísimo burlándose contó el episodio. El coronel manifestó que era honroso para él la distinción del Generalísimo y que estaba dispuesto a cedérsela. El Generalísimo se rió a carcajadas y dijo que solo había querido probar si todavía era hombre en quien se podía tener confianza. El coronel también rió a carcajadas, dijo sentir un cariño de hijo por el Generalísimo y que un hijo como él jamás se resentiría contra su padre).

—Hola, hola... ¿Cabo Ramírez?, ¡maldita comunicación!, ¿cabo Ramírez? Ah, sí. Oiga, tengo mis motivos. Reténgalo y no diga nada a nadie, hace tiempo que espero esta oportunidad. Cumpla con lo que le digo. Usted será el responsable de que esto llegue a oídos de las autoridades o de que se quede...

(El cabo Ramírez no hablaría, se moriría sin hablar. Era hombre fiel. Pero aquello de encerrar a un oficial superior sin órdenes de arresto... El coronel miró hacia el horizonte. Colgó el teléfono y encendió su pipa inglesa. Bajó a la playa y comenzó a desvestirse frente al mar ahora desierto: sin barcas, sin gaviotas, sin nada. Se quedó en malla y miró a la mujer casi enterrada en la arena, saboreando, con su cuerpo tostado, el húmedo calor de la arena cenicienta. Se arrimó a ella y pasó la mano por el muslo ardiendo. Luego, recostó la cabeza sobre la arena y miró hacia el cielo, donde le parecía que enormes burbujas transparentes reventaban sobre el infinito. Pensó en

el cabo Ramírez: era un hombre de suerte, un recomendado. Esta misión sería, sin duda, una dura prueba. Recordó la lujosa mansión del cabo en el barrio de Mejoramiento Social. Un hombre con suerte, sin lugar a duda, se dijo. Cuando el coronel Aguirre obtuvo las rayas de cabo vivía en un suburbio de la capital; tras la empalizada de zinc que cercaba el patio de su casa sonaba día y noche el ritmo estrepitoso de una vitrola de cabaret: «qué te parece Rufina, mirando en el farallón...»).

—Brunilda, dijo, ¿qué opinas de un cabo, qué opinión tienes?

—Bueno, coronel, un cabo es un infeliz. Imagínese, tan poquito como gana...

—¿Crees que debería ganar más? ¿Sabes que alguna vez los coroneles fuimos cabos, eh, Brunilda?

—Bueno, este... yo no sé coronel. Pero los cabos siempre viven mal.

—Aquel cabo que te cuidaba ¿vivía mal?

—No sé, coronel, nunca se lo pregunté.

La muchacha tragó en seco. Conocía el carácter iracundo del coronel y lo que pretendía sugerir. Sabía que desde varios días antes, el cabo había sido relevado por un sargento mayor que apenas hablaba.

—Yo, yo realmente no sé lo que me quiere decir, coronel.

—Desde que te sale el miedo me dices coronel. Me llamo Aguirre, lo sabes.

—Bueno Aguirre, sabes que te quiero, te quiero mucho. No sigas con eso.

—¿Y lo del coronel?

—Te he dicho mil veces que con el coronel Merilio no hubo nada. Que no. Él quiso y yo no... no me dejé...

—Te voy a decir una cosa, Brunilda. Trata de olvidarte de lo de Merilio. Lo del Generalísimo pasa, tú sabes por qué... Trata de evitar que... Tú sabes que no puedo interponerme entre los deseos del Jefe o de algún familiar. Eso me jodería, definitivamente. Sabes lo que quiero decir...

La mujer comenzó a gemir. El interrogatorio, se repetía continuamente. Era el interrogatorio del impotente, del coronel Aguirre, un hombre fiel a su Generalísimo.

—Vamos al agua, dijo, ahora que oscurece el sol se hace suave...

(Entraron lentamente en el agua mansa. Las palmeras de Juan Dolio se veían ordenadas y firmes desde el alto de la playa. Sus siluetas se recortaban en un cielo gris perla, mojado en la lejanía por un mar ahora casi blanco, casi gris, como de plomo derretido. El agua era tibia y refrescante a la vez. El coronel, algo obeso, sentía bajo sus pies el deslizarse de la arena finísima. Había dejado el jeep a la orilla de la carretera y pensó, de improviso, que cualquier chivato podría denunciarlo. No supo si moverlo o dejarlo allí mismo. Brunilda le preguntó qué le pasaba. Aguirre dijo que pensaba en el trabajo que le esperaba las próximas horas. El hijo del Generalísimo le había encargado hacer la lista —biográfica— de los muertos en la invasión; y la reorganización de las cámaras de tortura del kilómetro 9, de la carretera Mella, donde no se escuchaba a cinco pasos el grito de los reclusos ni el gemido de los torturados.

Allí había conocido al cabo Ramírez, hombre de confianza de la tiranía: sádico, estúpido, perfecto para la técnica de la tortura, de gran oficio en el uso del bastón eléctrico.

Tenía, además, el coronel, el cargo de supervisor del criadero de perros shermans y dobermans, situado en la base militar de San Isidro. Aunque el Generalísimo no confiaba en los perros. Debía también codificar un mensaje para el doctor Marín, en Nicaragua, quien se había negado a cumplir la orden de eliminar al sargento Bautista y el teniente Arosemena, complicados en un atentado al coronel Arana, de Guatemala. Y otro mensaje más para Daniel Pérez, en Caracas, donde se planeaba algo «en grande». Algo así como dar muerte al presidente. Y aunque aquel mundo de complicaciones no se resolvía con un baño en el mar, el coronel creía que traía buena suerte... El Generalísimo tenía sus cosas, pensaba Aguirre,

yo le he llevado a las sesiones espiritistas de doña Olimpia en Gascue, y muchas veces decidía cualquier situación basado en esas consultas.

Pero Aguirre tenía, además, otro compromiso: estaba invitado por la noche a la fiesta que el hijo menor del Generalísimo daba a sus cofrades en la finca Fundación, junto a la hacienda Pomarrosa. Allí, el capitán se reunía con sus amigos para brindar por la «felicidad» de los dominicanos.

El coronel miró de reojo a Brunilda, se estaba cansando de ella, pensó. Había adquirido el hábito de «no zozobrar dos veces en el mismo puerto», como decía el Jefe. Esa noche, trataría de dejar la nave a la deriva. El capitán quería que Brunilda fuera a la fiesta, se lo había sugerido días antes en una amable invitación impresa en papel de hilo: El capitán tiene el honor de invitar al coronel Aguirre y a Brunilda a la fiesta entre amigos que celebrará en la finca Fundación la noche del 25 de julio de 1959. El coronel se sentía orgulloso).

Con el agua a la cintura y la pipa en la boca le dijo:

—El capitán nos invita a su finca esta noche. Si el capitán se muestra simpático sé simpática con él, es un gran muchacho.

(Aguirre sospechaba que detrás de aquella invitación el capitán tramaba una de sus «bromas». Era así, juguetón hasta el sadismo. Visitaba con sus amigos las cámaras de tortura del kilómetro 9 y de la calle 40 y se entretenía en apagar cigarrillos sobre las espaldas de los enemigos de su padre. Total —decía—iban a morir, una tortura más o menos que importaba. Sus compañeros le imitaban. Unos para no perder su favor, otros porque sí. Después de cada noche de sociedad —y luego de haberse acostado con hijas de ministros y embajadores, de directores y diputados— el capitán, nunca saciado, calmaba su sadismo observando las torturas, muy interesantes, decían sus amigos. Había facilitado ideas para la reinención de una silla eléctrica que proporcionó interesantes resultados para la subsistencia del régimen.

Cosas de muchachos, pensaba el coronel. Total, divertirse así en un país donde no había grandes espectáculos como en Miami o en La vieja Habana, era un entretenimiento como otro cualquiera... al fin y al cabo es bien sabido que un condenado a muerte no vale gran cosa.

Realmente el capitán era simpático. Según el coronel había heredado la enorme simpatía que rezumaba el Generalísimo. Podía ser más brutal, pero no lo era, pensaba el coronel. Eso de los cigarrillos era apenas una tontería que se le ocurría solo después de una noche de tragos, de una parranda; lo que demostraba que el capitán no tenía muy en cuenta aquello de las torturas y también demostraba que no pasaría de una inútil diversión.

Brunilda percibió en todo su oculto sentido la insinuación del coronel y comprendió que aquello había llegado a su término. Volvió a sentirse aprisionada, envuelta entre tinieblas. La primera vez que asistió a una fiesta del general, en San Isidro, comenzó a sospechar que el ser querida del coronel era algo importante. Todos la habían mirado. El general, más sensible que su padre, había tomado la guitarra y cantado dos boleros de su inspiración. Era medio poeta, medio músico, medio de todo. Pero la noche fue subiendo y también la borrachera. El amplio salón de estilo imperial aparecía adornado con enormes jarrones con claveles y rosas. En cada rincón había una tinaja de barro llena de cerveza fría. Y la orquesta de la Fuerza Aérea no cesaba de interpretar el merengue y la manguina, el bolero y el son cubano, el chachachá y la rumba. A la una, el general abrió la billetera, obsequió a cada músico con doscientos dólares y la orquesta se despidió. Se apagaron las luces. Los invitados pasaron a la piscina donde siguió la fiesta. A las tres se escuchó un tenso golpe en el agua. Se encendieron las luces y una risotada general recibió a la figura un poco obesa del coronel Aguirre, braceando para alcanzar el borde de brillantes azulejos. No se inmutó pero en su rostro había señales de disgusto. Comprendió que el general quería

que se marchase. Era un modo corriente de manifestarlo. Buscó a Brunilda, pero fue informado: había salido a dar una vuelta con el capitán. La hija del ministro de Cultos, en brazos del general, semidesnuda, gritaba frenéticamente un «te quiero» que hizo estallar en risotadas al grupo. Cuando el capitán regresó con Brunilda preguntó por el coronel Aguirre y dijo, riendo, que le traía su hembra; que esta maldita hembra era difícil y que tuvo casi que forzarla... Brunilda también reía. El alcohol y las sombras apenas permitían ver los bultos tumbados al borde, bajo el amplio toldo. Entonces el coronel Verick, de origen holandés, rompió el impasse presentándose en el trampolín, para iniciar, dijo, el desfile de modas... ¡Bravo, coronel Verija! gritó el general y volvieron de nuevo las risotadas. Inició la ronda la hija del doctor Sates, médico del Generalísimo. Era una italiana alta, rubia, de cuerpo grueso y amplias nalgas. Iba desnuda y con una improvisada hoja de parra más pequeña que el pubis. Subió al trampolín entre miradas indecentes y comentarios mordaces. El general, borracho, preguntó a los concurrentes: «¿Quién es el dueño de este culo tan sensacional? [...]» Esta mujer es una cosa muy seria. ¿Es debutante, no? ¡Eh!, oye, tú ¿eres debutante? La hija del doctor Sates le mostró las nalgas en señal de aprobación, se pasó la lengua por los labios en sabroso ademán y contestó: «*Io sono una povera ragazzina* [...]» y se lanzó al gran charco de la piscina donde sus grandes senos revolotearon de un lado a otro como grasicientas mariposas. Desfiló también la mujer del general Sanchís, borracha e impúdica. A las cuatro, cuando Brunilda manifestó al coronel sus deseos de «largarnos», tropezaron con los cuerpos de los oficiales borrachos echados sobre las mujeres que la oscuridad no permitía identificar. El sexo y el desenfreno quebraban el sentido de la propiedad privada en aquellos que se decían sus mejores defensores. Aquel era un experimento del Generalísimo, al cual se incorporaba mes a mes la mejor sociedad de Santo Domingo. Al principio dominaba la repulsión, pero luego la costumbre hacía ley y no

era ya raro que al día siguiente, en los salones de canasta y té se comentara la fiesta con la mayor normalidad: «El que me puso las peras a cuartas anoche fue el capitancito ese nuevo que acompaña ahora al general. Chica, es un fenómeno. Imagínate, lo mío fue de película, diez posiciones diferentes, mi marido se queda chiquito, te lo digo...» No, no, nada de eso. La esposa del mayor Eufaltes dice que tiene un tenientico que para qué lo cuenta —dame un trago, así se me va la resaca—, dice que en la fiesta de doña Antera, la que lee la baraja al Generalísimo, lo conoció. Se lo presentó esta muchacha de Santiago, la hija de don Arnaldo, el dueño de la finca Pimpollo, desde entonces... Lo mío es otra cosa; tú sabes que mi marido tiene dos queridas y que no nos hemos divorciado porque sería un escándalo; además, el Jefe no alienta esas cosas, de modo que yo le permito que haga lo que le viene en gana y él no se mete con mi vida. De otro modo el matrimonio se hubiera ido al desastre. Él hace, yo hago. Y qué. Todo perfecto, cuestión de entenderse, porque ve tú lo que le ha sucedido a Vetilia, con todo su dinero y con todas las tierras que le dejó su padre. Se metió como querida del Generalísimo y ahora el viejo, por quitársela de encima, la casó con un contable que se atrevió a enamorarla sin saber que era del viejo...).

El coronel Aguirre salió del agua, le dijo a Brunilda que se vistiese y que regresarían a la capital para continuar desde allí a la Fundación.

A las diez de la noche el automóvil iba camino de San Cristóbal. La carretera no estaba del todo bien y el vehículo avanzaba a saltos.

—La maldita carretera, dijo el coronel como para sí mismo. Desde que llegan las lluvias aparecen los baches. Y eso que el Generalísimo se ocupa de que estas cosas no sucedan. Se me va a joder el Rolls Royce un día de estos.

—Aguirre, ¿por qué te empeñas en ir a esta fiesta? no me siento bien...

—Déjate de pendejadas, ¿tú crees que se puede decir que no a una invitación especial del capitán?

(Aguirre reconstruía en su pensamiento, palabra por palabra, la conversación sostenida con el cabo Ramírez hacía unas horas: ¿Sí? Naturalmente. Debe llevarlo a un lugar donde no pueda ser localizado... No, no, cabo Ramírez, usted debe cumplir mis órdenes y nada más... no importa que sea un hombre conocido dentro de las filas...).

Cuando entraron a la finca escucharon la orquesta. Un hombre desnudo bailaba, borracho, sobre una mesa repleta de vasos y botellas volteadas que se hacían añicos. El capitán salió a recibirlos. Los campesinos del lugar trozaban con sus machetes cocos indios para los invitados. El capitán saludó al coronel con desparpajo poniendo un ron-coco en sus manos: ven Aguirre, siéntate con nosotros...

¡Hola! dijo a Brunilda, qué bien te ves...

CAPÍTULO



e estado casi toda la noche revisando los primeros originales, las primeras redacciones. No sé si ampliar, si tachar o hacer algo menos complicado. Dicen que la novela de Zinia será publicada en España, Argentina y México. ¿Cómo es posible? Está bien que resultara finalista, pero eso de que han de publicarle en varios lugares a la vez no es serio. He leído parte de su novela y me parece híbrida, fuera de lugar, desajustada al medio. Ramón opina lo mismo. Deberíamos publicar algunos artículos denunciando la farsa o en todo caso hacer algo mejor. El problema es que no todo mundo tiene suerte. A veces un jurado escoge lo peor, lo que está de acuerdo con su mediocridad, eso nadie puede evitarlo.

Ayer nada pudo hacerse donde Ramón, absolutamente nada. Momentos después que llegamos arribó la *troupe* de los pintores y los críticos. Sanluis es absorbente y Russo muy silencioso. El primero había publicado ayer mismo un artículo sobre la pintura del segundo y todo fueron comentarios. Luego llegó Carlos Julio y habló de Hessen y de Thomas Mann y finalmente de Proust, cuando llegaron dos desconocidos: un profesor de química y su esposa que deseaban asistir a nuestras reuniones. Pero el asunto empezó a degenerar

cuando llegamos a una discusión sobre los quantos lumínicos y su importancia universal; y además de que me aburría muchísimo, eso echaba por tierra mi proyecto. Ramón me dijo aparte y muy discretamente que mejor sería otro día. Asentí, pero media hora más tarde me largué.

Me he quedado en casa pensando en el asunto. Si no consigo el apoyo necesario temo no llegar al final. Esta noche vienen a casa dos viejos amigos: Raúl y Melissa. Raúl Antero y Melissa, su amante. (Día perdido-noche perdida). Raúl que tiene plata para tirar vendrá a plantearme otra vez el problema de su divorcio. Después de haber estado casado con una prima del Generalísimo, de la que se divorció porque esta se acostaba con todo el mundo, volvió a casarse, esta vez con una mujer algo mayor que él, pero con buena plata. Dicen que después a Raúl le dio por las drogas. Y ahora, que dejó el vicio, se buscó a Melissa; es una chica que conocí en el barrio hace años, hija de un hacendado de Santiago. Ella fue amante de El capitán, hasta que este se cansó de ella. Raúl lo que quiere hoy es divorciarse y quedarse con Melissa, pero su esposa solicita la mitad de los bienes que son algo así como dos millones de dólares... Tendré que decirle que se deje de vainas y afloje los millones si quiere deshacerse de la vieja. Pero sé que volverá a lo mismo: que mamá tiene buenas relaciones, que con este gobierno, pese a la muerte del coronel Aguirre mi madre puede conseguir lo que quiera, que los hombres que gobiernan ahora son los mismos que lo hicieron junto al Generalísimo. Me propone que pida a mamá comprar algunos jueces. Le digo que eso es fácil hacerlo, que la justicia aquí no resiste los dólares unos encima de otros. Pero él no quiere hacerlo directamente porque no quiere ver metido en un escándalo a su hermano, que es catedrático en la Universidad y candidato a rector en las próximas elecciones... Entonces me llamará mamá y tendré que decirle lo que quiere Raúl. Mamá se quedará silenciosa, perpleja, mientras Raúl me observará con interés, mordiéndose la punta de los dedos. Sé lo que responderá la vieja: dile a

Raúl que el coronel Aguirre murió y que ya esos métodos no se practican en esta casa. A mamá le ha dado ahora por ser más honesta de la cuenta. Yo, por mi cuenta, pienso que aceptando la proposición de Raúl se le podría dar un golpe mortal a este gobierno; aunque, claro, sacrificando a Raúl y de paso a su hermano; pero bueno, el fin justifica los medios. Cuestión de sobornar a los jueces y luego publicar toda la documentación.

Después de todo Raúl vive en un maldito mundo de fiesta y orgías. Tentando a todo el mundo con su plata. Ahora resulta que esta Melissa —muy inteligente y audaz—, antes de enredarse con Raúl consiguió casa y finca cerca de Fundación, en San Cristóbal. Dicen que bailaba desnuda en las fiestas de El capitán y que hasta hizo espectáculos de lesbianismo para divertir a los amigos del general. A mí me lo dijo uno de los cantantes de la Fuerza Aérea en una ocasión en que nos encontramos en la calle Hostos. Yo iba con Melissa a comprar unos sellos fiscales y José, que era teniente asimilado nos vio juntos. Me llamó: ¡Eh, Paco! Crucé la acera y me dijo: «Cómo está la cosa, viejo, ¿ahora te estás cepillando a la Melissa?» Y me narró en cinco minutos todo aquello, gozando, pensando que destruía mi felicidad... Ustedes los comunistas, dijo para terminar, dizque son muy honestos, pero viven recogiendo la basura de los grandes... Le dije entonces la verdad, que ella vive con Raúl Antero y que yo soy de Melissa un buen amigo, nada más. Y además, que no soy un lameplatos. Cuando regresé donde Melissa esta sudaba. Sospeché entonces que lo dicho por el cantante era verdad y lo comprobé más tarde, cuando pasamos por la puerta del hotel Comercial: Melissa me tomó de la mano y me hizo entrar al hall. Nos sentamos en un amplio sofá de piel que había allí. Yo, que no me explicaba su actitud, por un momento me imaginé frente a aquel cuerpo, cuya mano cálida me acariciaba la mano, tendido en el lecho, entregándose sin reservas. Pero ella dijo entonces: Mira, Paco, todo lo que te dijo ese guardia es cierto, pero por favor no vayas a decirle nada a Raúl. Sabes que me gustas, que siempre

me has gustado, sin embargo, no me he atrevido. Porque debo conservar a Raúl. Raúl es bueno, no es mi hombre, pero debo conservarlo. Necesito paz, no voy a estar siempre de querida... Comprendí que seguiría siendo infiel a Raúl, aunque estaba haciendo un desesperado esfuerzo por estabilizarse. Me hice el desentendido, aunque el calor de su mano seguía flotando sobre mis dedos; todavía lo puedo recordar si cierro los ojos y pienso en aquel día de sol. Le prometí que no diría nada a Raúl, aunque por su parte, este lo supo por Cristina —una amiga íntima de Melissa— que se dedicó a amante de Raúl cuando Melissa estaba en Puerto Rico. Llamé a Persio, dije que le gustaría ver los originales. Le dije que son pocas páginas y que lo que me gustaría es plantearle el propósito de la novela. Contestó que supone que lo de Zinia me ha impulsado a escribir, pero tiene sus dudas sobre si puedo escribir algo de calidad en revancha, como respuesta al quehacer de otro. De todos modos, dijo, me dedicaría unas horas. Temo la opinión de Persio, para él todo tiene que ser perfecto. Es un exigente del carajo, como si su literatura fuera la mejor de la tierra. Sin embargo quiero explicarle el proceso de mi trabajo. Quizá tenga primero que planear los capítulos...

Han llamado a la puerta, seguro que son la patrulla de borrachones de siempre; no me dejan pensar, no me dejan leer un libro...

Juanito y Luis, pasen, pasen, traen sendas botellas de vodka y fundas con viandas, de todo. Me toman desprevenido, como siempre. Dos damiselas los acompañan. ¡Viva Marx! grita Luis para irritarme. Ponen su cargamento sobre la mesa y se acomodan en las mecedoras de ébano. Traen la guitarra, varios discos y el equipo de amplificación. Ninguna alternativa... hay que atenderles. Son mis amigos... que no han cambiado de mentalidad y no puedo exigirles que piensen como yo, ahora. Dicen que soy «un aborto de burgués», «feto de oligarca». Acuñañan constantemente frases para joder, son unos comemierda de primera fila. Nada... debo atenderlos. Juanito conecta la

guitarra eléctrica. Va luego al coche, abre la cajuela y extrae tres botellas de whisky. Total, que en la mesa hay ahora siete u ocho clases de bebida y un abundante equipo culinario; ¡vamos a la comilona, compañeros!... Ya está el bossa-nova y luego Brubeck y Elgarth y después la guitarra eléctrica y... nada, que no puedo hacer nada. Luis se encarga de la cocina, prepara un sabroso plato árabe. La bebida, formidable. Y a poco ya no puedo pensar en otra cosa que en este mundo miserable que siempre me agradó y que trato de extirpar sin lograrlo. Para evitarlo, aquí están mis queridos burguesitos, rodeándome, brindándome su calor y su alcohol; tan necesario muchas veces, porque, desgraciadamente, nos quedamos a la orilla de la revolución. Siempre que pienso en eso envidio a Russo, tan sobrio, tan orgulloso de su humilde procedencia, tan convencido de que su hermana tuvo que seguir siendo querida por el solo hecho de proceder de un barrio de mala muerte del que no se avergüenza. Yo en cambio, estos son mis amigos. Estas, las amigas de mis amigos. La morena ¡qué muslos! lleva el ombligo fuera, arriba del pantalón ajustado que se inicia en las caderas. Perversa, sombra de perdición diría mi tía. Observo, apenas respiro... el vodka empieza a nublarne las entrañas... de repente, ya no me importan los personajes de novela; ya no odio las noches de piano-bar ni los problemas matrimoniales de Luis; me cago en Persio y en Samuel y estoy decidido a olvidar mis arrebatos políticos, vuelvo a ser reaccionario; pero, justo allí, me rebelo y otra vez comienza la lucha. No puedo, no puedo con este maldito mundo. Donde quiera que asomo la nariz veo rostros podridos y pareciera que el coronel Aguirre se ríe, se justifica en cada trago de vodka. Me levanto, casi sin darme cuenta tengo entre los brazos a la chica del ombligo de fuera y los pantalones a la cadera, bailamos... De vez en cuando Juanito grita desde la cocina: ¡Viva la revolución!... Eso me jode y ellos lo saben, lo han planeado todo. Llegan Raúl y Melissa, no se esperaban esto, pero se sienten complacidos. Melissa se alegra, canta, camina contoneándose por la sala con

una putería que me hace hervir la sangre, por Raúl que soporta todo esto. Alberto que no sé cuándo entró, se acerca y baila con ella. Yo no puedo más... en la próxima pieza bailo con ella. Raúl nos observa con muchos tragos dentro. Melissa comienza por tocarme la nuca; siento su aliento, caliente de ron, mezclarse con el mío saturado de vodka. Raúl ha salido a comprar hielo y no sé qué más y nos vamos al jardín. Ella me repite entonces, más claramente, lo de aquella vez, en el hotel Comercial... La beso, pongo mis manos entre su pecho para sentir sus pezones, ella desliza sus manos entre mis muslos y entonces... alguien llama desde la sala quebrándonos el instinto... Volvemos... el maldito sabor a tragedia debajo de la lengua, en los labios hinchados (¿por qué todo lo que hago lo hago hipócritamente? ¿Por qué no puedo renunciar a mi condición de niño criado entre ricachos, acostumbrado a calumniar a las sirvientas cuando no accedían a mi deseo de echármelas desnudas en su propia cama?) Vuelvo a la sala, donde todo mundo come; se hartan: el guiso de Juanito quedó sabroso, el de Luis, el de no sé quién más... Melissa me mira, comprendo que debo ayudarla, que Raúl, como ella dijo, no es su hombre y me entristezco. Me viene a la memoria la tonada: la Melissa-me me-li-lí-ssá-ssá: Melissa... Trae en la mano un plato de guiso y me dice guiñando el ojo con una borracha perversidad: ¡Hum!, esto para el buenísimo de Raúl, le va a encantar.

Vuelvo a pensar en Persio. Se trata de revisar las fuentes, mañana o cuando sea posible. Hoy me siento agotado, son las dos de la mañana...

Fuera, mientras Juanito preparaba el guiso, su damisela aprovechaba el tiempo con Alberto. El gran Alberto, poeta, raspón, marido de todas las viejas cuernereras... Cuando salí con Melissa vi lo juntos que estaban... El pendejo de Juan en la cocina mientras este le come la mujer. Riesgoso, como en Nueva York aquella noche en que mi amigo Manuel le guiñó un ojo a una rubia francesa y recibió en respuesta una tarjetita con la dirección y el teléfono de la chica. Yo le dije a Manuel

que era peligrosa aquella entrevista de primera intención con alguien a quien no conocía; más todavía cuando, como en su caso, los perros de presa de la dictadura trataban de tender una celada a todos los que habían participado en el desembarco de Maimón en 1959, y a él en particular. Pero el pendejo de Manuel se enlió con la francesa y a la segunda cita le hicieron dos disparos casi a quemarropa, uno de los cuales le partió el omóplato derecho. Cuando llegué a su casa me encontré con los quince o veinte sobrevivientes de Maimón; todos habían sido avisados. Cabrera y Mota, dos de los supervivientes entrenados en guerra de guerrillas por el propio Che, juraban que harían trizas a la maldita francesa. Me uní al grupo, aunque no se me tenía mucha confianza porque acababa de llegar a Nueva York. Decidimos raptar a la mujer que se llamaba, decía Manuel, Marjorie. Tomamos un taxi y nos detuvimos en un estanco de la calle 14. Dos cuadras adelante, en un edificio con ventanas cubiertas por cristales grises, de esos que impiden ver desde fuera, vivía la francesa. Llevábamos dos compresas empapadas con éter y una mascarilla. Mota, que era alto y rubio y parecía yanqui subió con ellas en un maletín. Los demás fuimos subiendo uno por uno. Cabrera había traído de otro lado un auto que nos esperaba frente al edificio. Nos acompañaba Mariella, quien debería, en caso de que algún vecino lo notase, hacer creer que Marjorie se encontraba enferma. Mariella hablaba un inglés perfecto. Ya en el apartamento Mota pulsó el timbre por más de quince minutos sin que nadie respondiese. Entonces imaginamos lo peor. Conocíamos los métodos del Generalísimo. Abajo sonó una sirena de policía y cada uno buscó por su cuenta cómo descender. Por la noche cayó una nevada que paralizó el tránsito, de modo que cada uno buscó solo la manera de llegar al 46 de la Broadway 8920. Nos fuimos reuniendo allí poco a poco, en el cuarto de Manuel. Wini, su mujer, una vieja puertorriqueña que lo mantuvo en tiempos de escasez laboral, nos recibió con cara de pocos amigos. El tren en que yo viajaba se detuvo por la nevada a unos diez bloques

de la 165 y como había salido con zapatos bajos, se me helaron los dedos de los pies al caminar. Soplaba un viento infernal en las bocacalles del Riverside y se iba acrecentando. No había luces de neón ni nada en aquel febrero brutal. Llegué el último, con los pies semicongelados que hubo que fricciónarme, las uñas moradas y una punzada intensa en el tobillo derecho como si la pierna se me hubiera desprendido por completo. Total, un fracaso. A las seis de la mañana Mariella telefoneó para darnos la noticia: «una tal Marjorie, de nacionalidad belga, había sido encontrada semicubierta por la nieve a solo dos cuadras del edificio de las ventanas grises». Se hizo el silencio. Manuel permaneció con el anguloso rostro bajo, como avergonzado; y Wini, la vieja, nos llena de insultos. Imaginaba el pensamiento de Manuel: su infancia en Santo Domingo o tal vez en su Puerto Rico natal de donde salió pequeñito. Tal vez recordaba la cara huesuda de su padre, un marinero portugués al que nunca volvió a ver, después de haberlo dejado hospedado en casa de una querida, en Ciudad Trujillo. Quizá pensaba en los barrios de la capital y en los amigos de infancia; en Daniel, que había logrado graduarse doctor en Derecho y que, según decía, era comunista. Tal vez veía las costas de Maimón y Estero Hondo bombardeadas por la aviación el 18 de junio, relatos que me había hecho una vez y otra y otra con enferma insistencia: «Salimos amparados por la fragata Maceo. El día 14 se habían tirado los muchachos en Constanza. Nos retrasamos por falta de contacto. Cuando las lanchas se acercaron a la costa no se veían los aviones del Generalísimo. Dejaron desembarcar el primer grupo y ahí mismo comenzó el bombardeo... nos esperaban... Era fuego líquido. De alta mar vimos arder las poblaciones de la costa y hasta las montañas. Los más valientes decían que debíamos seguir hacia la tierra, los cobardes pensamos que aquello era el suicidio. Habíamos sido denunciados. Se apoderó de nosotros la inconformidad, el miedo. Exigimos que se nos pusiera a salvo, que se nos llevase a un lugar seguro. Luego, ya en tierra, vinieron los reporteros americanos y nos

fotografiaron en las celdas. Querían demostrar que Fidel Castro enviaba estos hombres a la muerte... comenzar a ver otra vez con su rollo del comunismo, como después... Un periodista me habló de una entrevista y una foto. Me negué. Luego alguien me brindó un cigarrillo, cuando la luz del encendedor iluminó mi cara alguien disparó la cámara. Aparecí en periódicos y revistas... Allá en las playas, en el Santo Domingo que amamos, quedaron muchos compañeros sacrificados. Luego supimos cómo el coronel Aguirre se cebó en ellos: los torturó, los descuartizó, todo para agradar al Generalísimo y a su gente [...]

Las fuentes son importantes, por ejemplo, las recopilaciones de las Reales Cédulas donde se habla del Santo Domingo de las Despoblaciones y de Hernando Montoro. El problema es que no se sabe dónde murió Montoro ni se tienen muchos datos, por lo menos suficientes para reconstruir su biografía. Por ejemplo, quizá sería muy artificial copiar primero los puntos fundamentales de las Cédulas para demostrar que la rebelión de Montoro contra Felipe II fue la primera rebelión clasista de América.

Luego, lo de los tuberculosos serviría para pasar revista a la guerra de abril del 65. Porque eso de los tuberculosos es bien cierto. Pero, cómo meterlo en una novela de manera verosímil, eso ya es otra cosa. Es lo que dice Ramón la literatura novelesca ha de ser verosímil aunque no sea verdadera. Y esto, lo de los tuberculosos, siendo tan real parece difícilmente verosímil.

Se trata de fundir tres relatos en uno: el del pobre oficial de la guerra de Restauración; el de Montoro y el de los tuberculosos. Son, a fin de cuentas, tres capítulos de una misma tragedia: la intervención armada en Santo Domingo, la violencia, la represión contra los débiles, su aplastamiento, porque afectan el poderío de los malvados de dentro y de fuera. En el caso del sargento Honorio López, que es cierto, está viva la trama de todo ese acontecer sombrío. El problema es

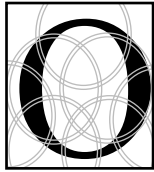
saber mezclar todo eso y lograr que el resultado sea coherente. Esto requiere una técnica...

Mira, Persio, tú conoces la historia de Honorio López, que siendo sargento de la guerra de Restauración en lucha contra España, fue engañado por un compañero de armas que quiso hacerle una broma; era día de los Santos Inocentes y Honorio López estaba en su hamaca fumando su cachimbo, cuando se le acercó un tal Lezcano y le dijo que tenía algo importante que comunicarle... Pero mejor no te cuento el argumento y luego ves el texto, cuando ya tenga alguna forma. Lo de los tuberculosos es lo menos complicado. También podría aprovechar el asunto de la zona norte...

Maldito teléfono... Sí mamá, soy yo, desde luego vieja, desde luego. (Quiere que vaya a la misa de la hija de don Vicente; mi madre tiene ya el afán de todos los viejos: cumplir con los compromisos sociales. No le fallo para no despecharla). Dile a Matilde que me llame, que necesito urgentemente su llamada. No te olvides, vieja. Sí, sí, iré a la misa. Sí, traje negro y corbata oscura, de acuerdo. Sí, dile a Matilde que me debe cien dólares y los... (¡Huf!, se necesita calma... Revisaré los datos que da Lugo sobre la rebelión de Montoro: Los tres lugares que están en los puertos de Puerto Plata, Bayahá y La Yaguana, que son en la banda del Norte de esa isla y están muy distantes y apartados de la ciudad de Santo Domingo donde reside esa Audiencia y está la mayor población de esa isla, a las cuales acuden más de ordinario los enemigos para hacer sus rescates, y donde son acogidos y proveídos de lo que les falta por los vecinos de dichos lugares y tienen su almacén...) los necesito con urgencia. No, no, nada de tragos. Necesito unos libros y unas piezas de paredones para mi colección... bueno, no... (si se mudasen de donde ahora están pobladas a la tierra adentro, en contorno de esa ciudad de Santo Domingo, a cinco, seis y ocho leguas, se les quitaría la ocasión de rescatar con los enemigos por la dificultad con que lo podrían hacer estando a la vista de la Audiencia y tan dentro de la tierra...)

sí, sí, dile a Matilde que no deje de llamarme, que se deje de esconder, que no tiene derecho por ser mi prima a quedarse con los cien dólares... Si se largó a Puerto Rico a comprar y ya realizó su negocio que me pague... ¿No lo crees justo? Vieja... (—Dice Osorio que él hizo muchas diligencias por reducir a los vecinos de la ciudad de Bayahá y del Valle de Guaba a la obediencia, sin lograrlo. Haciendo tumulto y alboroto, muchos se juntaron y congregaron en dicho valle, y tomaron por cabeza a un caudillo, a un vecino de Bayahá, llamado Hernando de Montoro. Envióles Osorio perdón y salvoconducto y no los aceptaron...) ¿me oyes? quiero que me prometas lo de Matilde; es más, dile que me llame. O mejor me das el teléfono de su oficina o el nuevo ¿tienes los dos? mejor, los anoto... anjá. Ahorita mismo me comunico con ella.

Anti-II



nos le odiconoc oenoñac. Rop ojated ed osl setneup ed aredam noreijurc sal seciár ed anu arevamirp adros. Somarim la oleic. Sol senoiva naínet al amrof ed semrone senalivag sodamarancne ne le otinifni. Ni sol, ni luna. La sombra, mejor dicho semisombra ardía ne sal sellac y sartseun sadasip es naicah sám sased rop momentos. Gritábamos o reíamos. Etnemasoisna nos tomamos de las manoooooooooos y en medio de la dadirucso somiv le ram, oneres; us zul son quebraba el rostro con vehemencia. ¡Al arreug! Aroha al somaíc-onoc: sal saport NORTEAMERICANAS habían puesto pie en las playas de SANTO DOMINGO. SeuqnaT ed arreug, como enormes DINOSAURIOS de etnejurc latem hundían el pvamiento con odneurtse ed sanedac ne ne ne... No sonó el conocido, ni la gente de Bayahá estuvo sentada nunca junto al terrateniente mulato, ni había recibido la noticia. Ni el gobernador, ni por orden del rey, disponía (ni) la despoblación. Ni el traslado de bienes. Ni la destrucción de las anticiedades del antinorte de la antiisla. No había que idear nada. A lo lejos el mar no soportaba el peso de ningún buque flamenco que ni había estado antionce días antianclado en la antiensenada— lucha consigo mismas. (Nota. Léanse los puntos como antipuntos, las comas como anticomas, las vocales como antivocales, los puntoycomas como antipuntoycomas, y así...) Pues bien: Tuercas, sesag y sotseg primit-sovit en las

caras RUBIAS. MIRAMOS EL LETRERO: US ARMY Y ENTONCES CORRIMOS, CORRIMOS POR LAS CALLEJUELAS CERCANAS AL MERCADO MODELO... Los cañones antiamigos no sonaban (82 ed abril ed 5681) en el casco de la mini-sabana y ellos —y ellos, a por ellos, de ellos— alzaron el rostro, el cansado rostro campesino. Desde la frontera no se escuchaba absolutamente nada. ¿Por qué habría de escucharse nada? Todo es mentira. Todo mentira, mentira. El ventarrón ni arrollaba los patizales que, por supuesto, no estaban cuajados de tórtolas como se dice, ni de garzas cenicientas como se dice y se está diciendo por ahí. No había arrozal alguno en las cercanías ni en la lejanía. Ni podría, naturalmente, verdear empujado por las aguas de la laguna. Polvo, eso sí, nubes de polvo. El antiagua rompía con los pulmones. El general no abrió los brazos; para qué, si era manco y no podía semejar una cruz coronada con enormes charreteras doradas. No abrió los brazos, digo, ni se quedó mirando al infinito. Durante aquellas noches el sol se metía detrás de la luna, o más bien detrás del prebosque. Venía el día y no era necesario urdir plan alguno. No había sonado el desconocido cañoneo. Las tropas españolas disponían de un buen cuerpo de cetrería. Habían cruzado la isla de Santo Domingo, pero no realmente, porque había paludismo y sífilis, y enormes pretumores; bolas, balas y emboscadas las desdismenguaban... ÍBAMOS AVISANDO DE PUERTA EN PUERTA; GRITANDO VENTANA TRAS VENTANA. *Ed otnorþ* escuchamos las *sarodallartema*; se reían con ronco estrépito; se reían como si alguien *sel areicih* cosquillas en un *ocabos odajom* de pólvora. Y de repente la luz. Salíamos de nuevo a la luz. La pre-esperanza *nos ógratela*. ¡Qué hacer, qué decir, qué cantar, qué vivir, qué de todo, de todo!; y después: ¡qué antihacer, qué antidecir, qué predecir, qué precantar, qué previvir, qué predetodo! y así...

Oidel cañoneosaben que nosasustaremos...

Luego el cuento: que si estábamos allí, que si en el hospital para tuberculosos. Que si éramos once. Que si aquello del hospital

que venía (ahí Luis, bongó en mano, comparsa) desde otra selva negra. Y aquí estamos escanciando algún vino que hace tiempo no sabíamos beber, o comiendo legumbres enlatadas y es que hubo una vez un pueblo llamado numancia... Y Aníbal Ramos había perdido un hijo —pero, ¿tenía hijos, doña siña Juanica, tenía hijos?—, el mayor, en tiempos de la tiranía. Y la mayoría de los tuberculosos no opinaban nada, porque Aníbal Ramos se fue a su comando y jamás arengó a nadie, y cuando se le metió aquella bala en el pecho, peleando en la zona norte, en el momento del ataque a la Escuela Normal de Varones, dijo que se había suicidado porque era incurable. Y qué... sus razones tendría. Resentido y radical murió cerca de Túbano, aquel negro alto que era boxeador y que escondía la ropa de los adolescentes cuando iban a bañarse a la Zurza y luego les cobraba por buscárselas... Sí, el mismo. Se comportó bien luego: que en paz descanse y pongamos su nombre a una calle. Y así... No es que estos sean los antihechos, sino los pre-hechos, los hechos raíces; después veremos qué hacer con ellos, Persio, no te das cuenta. Paco, no te das cuenta; es que Paco no es Paco ni Persio... Es que por fin Aníbal Ramos tenía ese don natural de comprensión que caracteriza al campesino dominicano.

anti X— anti X— anti X— La noche siguiente sí que había podido dormir. Nada de esto te importaba y estas páginas nadie las vomitó, nadie las escribió, se escribieron ellas solas. La verdad es que el material existía porque sí, porque existe, porque nada más y nada menos, existe. Entonces, de qué hablas. De qué asequibilidad y de qué coordinación si ya la vida está hecha y todo tema ya es antitema y antívida.

Te narraré tal

y como te veo desde el Anti II. Así:
Pensabas en el finalismo de nadie,
porque nadie era finalista.

No mientas. Pensabas en tí mismo que no eras ni Paco ni Persio.
Pensabas en alguien que no eras tú mismo
y en Carlos Julio, que no era el mismo,
y en Thomas Mann, que no era el mismo...

Y no vengas a decir que te impulsaba lo de Zinia, porque todo esto es destructible, porque esto puede irse abajo, puede ser derribado con solo una afirmación del primer analfabeto que te conociera. ¡Genios inéditos!

Llueve: estás junto al alféizar de la ventana y piensas en Melissa que sí existe; y en Raúl, el de las drogas...

y piensas en dar una vuelta, en que lo que debería hacer Carlos Julio es escribir una novela y llevársela a Ramón.

Y piensas en lo que Ramón dirá a Carlos Julio

y en lo que dirá Russo

y en lo que dirá Sanluis, que no son ni Russo ni Sanluis, naturalmente...

Y llueve...

Y la noche siguiente sí que pudiste dormir, y por cierto que no llamó tu madre por teléfono porque no tiene teléfono y por cierto que tampoco pienso que sea necesario eso de recordar a los muertos y eso de la misa y aquello del coronel Aguirre. Entonces las amigas de la madre de Eddy no se reunirían aquí sino allá, en Nueva York, donde Eddy preparaba todo un conjunto de células revolucionarias para regresar a Santo Domingo; y donde Manuel, el que ahora no está inválido, ni medio inválido, hablaba de los de Maimón y Estero Hondo, porque la cosa no fue como él la narró sino que fue de este modo o manera: las lanchas se acercaron a tierra y los que regresaron lo hicieron mareados. Dijeron que no podían desembarcar porque habían vomitado hasta la bilis.

No te olvides de eso.

Nada de aviones —que sí los hubo— bombardeando las playas y los campesinos; es decir, no fue por lo de los aviones que dejaron de desembarcar, fue por aquello de los vómitos y por el miedo, porque al ver de cerca la situación muchos decidieron que no se iban a morir allí y no fueron capaces de

imitar a los primeros, que sí desembarcaron, a aquellos que iban decididos a morir como fuese.

Entonces, después de todo, allá por 1968 fue cuando se te ocurrió aquello de:

...esta tierra. Hay una isla que se llama Santo Domingo. Está poblada de gorilas y miedo. Siembras allí pólvora y a los tres meses, tiempo de la mandioca y del maíz, nacen, crecen y se reproducen las ametralladoras Thompson.

Lo de Eddy fue de otro modo. Nunca llegó a cadete, ni Paco. Y el coronel Aguirre, que antes fue cabo junto al cabo Ramírez, que siguió siendo cabo, porque no quisieron ascenderlo nunca, lo mandó al carajo y desde entonces fueron enemigos. Porque Eddy le exigía al coronel que se casase con su madre, que nunca tuvo bibliotecas y que jamás jugó canasta en Santo Domingo, sino en Nueva York; donde se casó —no seis veces— una sola vez, con un italiano que murió de un infarto cardíaco y al cuarto mes del matrimonio y con el cual no tuvo hijos, lo cual —como decía Pepín (aquel amigo puertorriqueño que encontramos en Nueva York y con quien cenamos aquella vez)— es muy importante, puesto que dejó bastante dinero. El coronel Aguirre no usaba gafas y es cierto que tenía queridas, como todos los coroneles. No dijo aquello de: Mire, carajo, póngase en posición de atención, que está usted frente a un militar de carrera. Ni dijo: qué papá, ni qué papá, ¡coño!... Nada de eso dijo. Tú sabes que era así porque en aquella reunión espiritista donde Trini, la que leía la baraja, conversamos por encimita del problema. Tú lo sabes, entonces no debes ocultarlo. Tú lo sabes y ocultas tantas cosas.

Porque mira, cuando te afeitabas aquella mañana comenzaste a imaginar lo que le sucedería a Carlos Julio si se le antojase escribir una novela;

Y pensaste en los grupos,
pero los grupos son todos iguales, ¿verdad?
¿Qué más da un grupo de borrachones que un grupo de
intelectuales?

Son los mismos.

Entonces ¿por qué inventar todo aquello de Samuel, y de
que odio y de que lo otro?

Lo del análisis de Proust y Mann, cierto.

¿Pero por qué repetir hasta la saciedad ese referirse a
Mann de Carlos Julio, si sabes que él es muy joven y está
entusiasmado? Y aquello de Zinia... aquello de que Zinia es
de cuidar resulta una constante, un trampolín, una cuña.

Y lo de la problemática nacional...

Y lo de la profesora de matemáticas y lo de malariología,
y lo del pobre Pipí, que en realidad se llamaba Ramón
y que era mucho más viejo que nosotros, que tú, que yo,
que vosotros y que ellos. Aquel Pipí sin hijos, sin mujer, sin
nada, creo que hasta sin familia. Bajo, zurdo, simpático,
delgado, fino, buen amigo.

Luego se supo que cayó en la redada anterior a la muerte
de las Mirabal.

Se enamoraba constantemente y siempre iba sudado.

Desapareció un día, pero nada más. (Debemos empezar
por colocar las bombas en los establecimientos públicos.
Debemos. E íbamos por las tardes adonde el jesuita cubano
que nos enseñaba a preparar bombas de tiempo y nos
instruía sobre los materiales a usar. Y sabemos que Ramón
(Pipí) estaba en eso hacía tiempo. Después entró a trabajar
en malariología, en una oficina del gobierno y cometió, tal
vez, el error de tratar de enrolar a otros allí. Quizás salió
preso. Y alguien, a lo mejor, lo vio en las cárceles de la isla
Beata y luego en las más cercanas a la capital y después,
todos dejaron de verlo para siempre.

Y ese era Pipí.

Y bien ciertas son las andanzas por los prostíbulos, pero hay que decir también que los hermanos y hermanas del Generalísimo controlaban la prensa y la radio, y que muchas bailarinas y actrices pasaron desde esos centros a formar parte del elenco artístico de la radiotelevisora oficial. Todo eso debe decirse.

No hubo enganche como cadete.

Definitivamente, no.

Eddy salió del país y Aguirre se convirtió en enemigo del régimen ya en la cárcel y lo degollaron un buen día porque quiso levantar los presos y romperles la cara a dos carceleros. El coronel Paz siguió viviendo y fue su émulo y para muchos era la continuación de Aguirre, la misma cosa.

Pero por qué entrar en detalles sobre el coronel Paz, si todo lo que puede decirse de Aguirre antes de su enfrentamiento con el Generalísimo es lo mismo que podría decirse del coronel Paz, con ligeras variantes, naturalmente.

Y es lo mismo que puede decirse del coronel fulano de tal, sutanejo de cual o perenganejo de tal... Pues, como bien se dice por ahí, siembras pólvora y balas y nacen, en el tiempo de la mandioca y el maíz, ametralladoras y flores de ametralladoras, enredaderas que producen enormes balas calibre setenta con sus coroneles al lado, y este es el problema: que también desde la tierra misma nacen coroneles y como vienen desde bajo mismito de la tierra, es una isla donde se pisa la dinamita en cada esquina. Tienes que andar con cuidado, porque sin saberlo, sin sospecharlo, puedes estar pisando un coronel o un amigo del Generalísimo o un amigo del coronel que es amigo del Generalísimo y esto podría hacer estallar a toda una ciudad capital y más...) Todavía no se llegaba

a 1960,
fecha en que Eddy
tuvo que largarse del país.
Y se recuerda aquello de jugar
en las glorietas del parque de Villa Francisca,
que se llamaba Altagracia Julia Molina Viuda Trujillo,
pero que antes se llamó Enriquillo en honor de un cacique
indio rebelado contra los españoles. Y se recuerda aquello de
bañarnos desnudos en las piletas de agua sucia
del parque mientras los demás
vigilaban la presencia
de la policía, cuyo
puesto
más

cercano estaba a unos cincuenta metros del parque y, avisar, además, cuando la policía había decidido hacer la redada. Y entonces era el momento de correr desnudos, chiquillos de ocho o diez años de edad por las calles de los barrios pobres y saltar tapias y enrejados y meternos en los patios con el pantalón y la camiseta entre las manos o a medio abotonar, y pasar por las habitaciones —donde niñas, o mujeres, u hombres se vestían y desvestían y nos miraban sorprendidos— atravesar las casas de patio a puerta de la calle; y les decíamos que la policía nos perseguía, que habían apresado a nuestros padres y querían también apresarnos a nosotros. Y en aquel ambiente de terror inaugurado por el Generalísimo años antes, los vecinos creían en nosotros y nos protegían y hasta hubo ocasión en que nos dieron desayuno y cena y nos dijeron que podíamos «contar» con ellos. Y así todas las tardes —de los sábados—, hasta que atraparon a Romeo, que hubo de estar más de un día preso y barrer el patio de la comandancia, mientras Consuelito, su madre, nos interrogaba y nosotros que no, que nada sabíamos de su hijo de nueve años.

Y era lo mismo que decían los que vieron a Ramón (alias Pipí o como se llame) muerto. Lo mismo.

Y aquello de Antonio, tan cierto como incierto. Brumoso y no brumoso a la vez. Porque El Pino estaba lleno de borrachos y el lío no se supo cómo comenzó... Entonces, por qué decir que fue de este modo o del otro cuando no se sabe cómo fue. Lo cierto es que cuando se inició la reyerta todo mundo huyó a los orinaderos y alguien (Paco o no Paco, Persio o no Persio), alguien, cualquiera, el que narra o no narra, saltó la tapia, salió a la calle Castelar y encontró un auto que iba conduciendo un hombre un tanto extraño. El conductor le dijo que subiera y él subió, y cuando habían recorrido ya la parte alta de la ciudad, él (alguien) le preguntó al del automóvil hacia dónde iban y este contestó que a su apartamento, porque era maricón y necesitaba un pollito. Y él, que era (Paco, Persio, narrador o no narrador) se lanzó del coche en marcha y después que este aceleró y se perdió en la noche, bajó a pie por la calle José Martí, adolorido, lleno de rasguños, medio vencida la borrachera por lo que le acababa de ocurrir. Y llegó a su casa y la vio cerrada y en la puerta aquel coche del Servicio de Inteligencia Militar del Generalísimo, y se detuvo un momento, pero siguió de largo como quien no vive allí y volvió a la parte alta, donde los juzgados nocturnos, para ponerse a presenciar los juicios.

—El señor fiscal tiene la palabra.

—¿Quiere decir que usted (el acusado mira el cielorraso) ¡mire, usted (el acusado mira al fiscal) quiso violar a esta joven? (La joven, una prostituta pintarrajeada, pone cara de inocencia).

—Señor, ella e mi mujé dende hace quince día...

—No señoi, no señoi.

—¡Silencio, carajo!, interrumpía el juez. Y así, en aquel edificio de concreto, lleno de funcionarios muertos de sueño y de hombres y mujeres hediondos a ron. Donde el policía del juzgado decidía quién sería sentenciado y quién se quedaba en reserva hasta el día siguiente, en quién se podía confiar para permitirle

retirarse para regresar mañana y en quién no. Y así se puede volver a aquella dueña de prostíbulo y entender cómo explicaba que de día para los párvulos y de noche para los adultos...

Y de qué Eduvigis hablas.

Y de qué cita con Eduvigis, si Eddy jamás usó los pañuelos del coronel, ya en esa época el coronel no podía usar pañuelos.

(Esta maldita sentimentalidad que nos tiene carcomidos...).

Y aquél: coño, qué pendejada, ahora no quiere encender este maldito coche... si estabas sobre, junto al alféizar de la ventana y no podías hacer nada más que imaginarte ese mundo, maldito mundo en que penetrarás algún día, mundo antitodo en el que te mueves y vives urgentemente.

El poema decía: esta era una vez y dos son tres, que el que no tiene azúcar no bebe café. Y es cierto que Ramón lo escribiera (no el alias Pipí); pero y si Ramón no fuera Ramón ...y si el poema no fuera poema...

Y si no existieras, ni existieran, ni existierais, ni existiéramos...

¿Si nadie fuese nadie...?

Que dizque ella le llamaba así... que dizque buscaba una foto en algún rincón de la habitación... Pero si jamás hubo un cabaret ahí. Lo que sí, allí vivía una tal Elvira, cuyo padre era coronel del ejército, de la que todos estábamos enamorados; al regresar de la Escuela Normal de Varones nos deteníamos en la esquina y ella salía al balcón con una putísima elegancia.

Pero Eduvigis ¿de dónde sale Eduvigis?

El pañuelo del coronel no se queda en ningún lugar.

Eddy se fue de Nueva York ya enemigo de su padre...

Persio cree que lo del coronel, que todo esto... que estas nimiedades. En el fondo es el asunto de figurar lo que importa. Pensemos pues primero en términos de capítulo y luego en términos de anticapítulo: Tal vez el «finalismo» de Zinia se debe a que supo conjugar a Carpentier con Joyce o viceversa. Imagínate, tener que releer a Joyce —porque todo es Joyce— y a Carpentier.

Hay que leer ahora a tres o cuatro autores. Zinia dice que Cortázar, Carpentier y Onetti... (voy a encender el maldito radio

del auto, así descanso del maldito paisaje de todos los días... para: Tal vez el no finalismo de Zinia no se debe a que no supo conjugar mal a Carpentier con versa y vicejoyce. No te imagines tener que releer a Joyce —porque no todo es Joyce, no Joyce es todo, Joyce no es todo, todo no es Joyce, no es todo Joyce— ni a Carpentier. No hay que leer a tres o cuatro autores. Zinia no dice que Carpentier, Onetti y Cortázar... (no voy a encender el maldito radio del auto, así puedo cansarme del maldito paisaje de nunca...).

Estarás en el alféizar de la ventana pensando en lo que pudiese hacer ese día Carlos Julio o cualquiera otro. Tomarás mentalmente la ruta del malecón e irás reconstruyendo el camino que va desde tu casa hasta donde Ramón, desde tu casa no, desde cualquiera otra casa. Te imaginarás que don Pío, el que vive en Los Mina, aparece ahogado en el mar y sentirás una alegría inmensa; y pensarás en la mujer de don Pío, doña Clementina, la espiritista, invocando el alma de su esposo después de haber rezado el rosario de avemarías que reza antes de cada reunión, adonde llegan los espíritus en fila india para pedir: oraciones, maní, ron y tabaco (si la sesión no es buena) o dando consejos y hablando del futuro si la sesión es importante. Y entonces pensarás en por qué don Pío en vez de ahogado no aparece masacrado como se merece, cuando el terrorismo hace estragos y el gobierno se ha declarado incompetente para hacerlo desaparecer... Te imaginarás a Samuel allí, en la escena del ahogado, y por ende que no vale la pena ver aquello, pues Samuel que conoce tus diferencias con don Pío puede pensar que eres el autor del crimen. Luego pensarás en ese coche descapotable, ocho cilindros, que siempre has deseado y del que has hablado con Persio y con Zinia. Todo eso y además, la inevitable voz de Marco Antonio Muñoz y la de Lucho Gatica... Y luego, la maldita música en aquellos poemas que se leen en la reunión de Ramón y los suyos, que jamás podrás adivinar. Te sitúas y sitúas a los demás entre la revolución y el go-gó, pero no te atreves a comentarlo... No, no lo comentes, puede hacerte daño.

—*Dio Cassius sostiene que, después del suicidio, la cabeza de Decéballo, junto con su mano derecha (la derecha siempre levantada a la altura de la cara) fueron llevadas a Roma. De allí, a las Escaleras Gemoniae... y piensas que para qué leer esto si no lo vas a llevar nunca al grupo...—*

—*Pero he aquí, en el extremo superior del papiro vertical de la biblioteca azul del cielo romano, la última escena en la cual aparece Decéballo. La séptima. Los escultores estaban, tal vez, cansados: el relieve de mármol de la letra es más tímido... Dice que no quiere caer en lo de Zinia — oye, creo que Alberto piensa en escribir novela— ¿Qué te parece Rufina, parada en el farallón? ...porque al sonar el trombón... —Pero la escena es muy clara, limpia, elocuente; un soldado romano muestra el águila, la cabeza de Decéballo colocada sobre un escudo de batalla... de la eternidad. Un montón de cabezas romanas vueltas hacia el precioso trofeo.*

¿Sabes una cosa? no puedo cansarme de esta vida de grupitos...

Creo, pues, que Dio Cassius no ha sido objetivo: la cabeza de Decéballo fue mostrada sobre un escudo, allí, en la Dacia. Y se quedó allí en la Dacia. A Roma tal vez llevaron otra (en las condiciones de aquella época el viaje hubiera durado más de un mes), acaso degollada en el mismo instante en que la mostraron a la plebe de la Ciudad Eterna hundida en la miseria, la pobreza y la promiscuidad... aquel no era el cadáver del Generalísimo, lo sabemos, el que llevaron a San Cristóbal no era el mismo que luego fue embarcado hacia París, lo sabemos. Alberto dice que sí, yo que no, todos dicen que sí, que no, que sí, y no obstante...

Caen las hojas amarillas en el Fórum Trajano y la yerba se seca, encendida por el siroco, como la arena de los desiertos. Es el comienzo del otoño y la ciudad de Roma tiñe vagamente de soledad el aire que la envuelve... (Piso toda esta mierda entre los callejones de Santo Domingo brutal. Piso los sueños, los sueños prefabricados, los sueños que no llegarán a ser. Alberto, eso no es bueno, tiene demasiada metáfora. Bien, pues cambio de sentido, querido Persio, eres aquí el maestro y Zinia la maestra) Piso las hojas amarillas y yerba seca, por entre trozos mudos de mármol, como sobre

un planeta sagrado. Y ya no intento engañar mi soledad. Estos trozos mudos de mármol blanco son los huesos de mis antepasados esparcidos desde hace diecinueve siglos en este Fórum —¡Formidable ruina!— de donde salgo, para que Giuseppe me diga, como Luigi el año pasado: bineatzi venit. Se oye la puerta de la Biblioteca Ulpia al cerrarse, desde hace tiempo es de noche, noche de otoño romano, y el papiro vertical se viste de silencio. El voltear de sus páginas en sentido contrario (epílogo o antisoledad, diría Novaceanu) a las agujas del reloj, me obliga a creer que también así giraba la sombra del reloj dacio, es decir, en el sentido de la Eternidad y de la Antisoledad...

Eddy fue tu compañero de viaje, pero había sido también compañero de infancia. Quizás por ser hijo de Aguirre le temías al principio. Luego conversaron, recordaron la infancia y entonces fue como si pasaran yerba seca y hojas amarillas por entre trozos mudos de mármol blanco. Fue como si marcharan hacia un planeta sagrado. La soledad los perseguía a pocos pasos de sus espaldas. Nada de tenderle encrucijadas. Nada de respirar profundamente. Porque era una soledad sola, una soledad cuyo desierto, cuya sombra de tristeza corría por sus caras de mármol; en la izquierda llevaban el escudo en alto, con la derecha se apoyaban firmemente. Sabían que el ataque sería suave, fulminante, definitivo.

SUBCAPÍTULO



aco tiene razón. No creo que una misa salve tu alma si has muerto ni que te haga cambiar si estás vivo. El padre Pascual levanta el cáliz (me acuerdo: tienes los ojos llenos de terror y las manos sudadas. Entraste a mi habitación. Eres el feroz coronel que ya no besa a su mujer y que solo vive para sí mismo y para el Jefe. Veo el terror en tus ojos —¿terror? o quizá furia contenida. Nadie ha aprendido a conocer mejor que yo tus reacciones— y tus manos están sudadas sobre los nudillos encallecidos) y lo baja con lentitud. Aquí están tus amigos, te acompañan. ¿Oran por ti? Me gustaría saber qué piensa el general Rolández... (Traidoramente llevaste noticias contra él. Portabas noticias inventadas por ti y las depositabas en el despacho del Generalísimo. Fuiste siempre ruin, Aguirre. Al coronel Aguirre debo esta «jubilación»; a ti te la debo, compadre Aguirre, que me bautizaste la hija menor y le sugeriste al capitán que la mayor era buena para él...) ahora vienen a rezarte el padrenuestro que estás en los cielos cuando has de estar en el infierno, si lo hay... (Qué hago yo aquí, en un acto que ni comprendo ni me interesa? quizá vengarme, reírme de tu muerte, porque todo mundo sabe que te suicidaste porque no podías con tu conciencia... No debía yo hablar de conciencia, porque en vez de matar a mi compadre cuando el capitán

se llevó a mi hija para casarla después con un sargento de su escolta, me quedé herido, pero silencioso. No tuve valor para rebelarme y perder mis treinta años de militar... Estaba viejo y sabía que ambicionabas mi cargo, por eso sugeriste al Generalísimo que me sustituyera; supe que habías sido el ideólogo de mi jubilación al igual que fuiste quien ideó mi deshonra familiar. Somos iguales, Aguirre. Estoy aquí porque jamás te habré de perdonar y te seguiré en la muerte; el no seguirte sería renunciar a mi odio, a mi honor de militar de carrera, muy diferente al tuyo que ascendiste de cabo cuando tus protectores —el Jefe y yo mismo— te dimos la oportunidad de ir a la academia militar) Santamaría, madre de Dios... (¿qué pensará de ti la viuda Sanctis?) ruega por nosotros los pecadores (no sé realmente si eras bueno o malo, decían lo uno y lo otro. Tu mujer nunca me dijo que fueras tan malo como rumoraban) ahora y en la hora de nuestra muerte amén...

De él dicen muchísimas cosas, doña Clotilde, dicen que murió enemigo de su hijo porque se metió a comunista. Yo creo que el muchacho es medio rebelde y está metido... aparece en los comunicados y esas hojas sueltas que lanzan en la universidad los comunistas... pero (A través de las rendijas del tiempo veo tus charreteras doradas, tus labios carnosos, esos labios de los que me enamoré. Éramos muy jóvenes y decidiste hacerte militar, raso, para poder trabajar y formar un hogar conmigo. Te veo en los días felices de la pobreza, cuando nació Paco... ay, cómo duele pensar que hayamos recorrido un camino tan oscuro, que te haya acompañado por amor —o por lo que fuese— durante tanto tiempo... Cuántas veces intenté deshacer aquel matrimonio me aterrorizabas con la idea de que el Generalísimo controlaba la vida privada de todos sus amigos íntimos. Estábamos presos en la mirada del Jefe, en el capricho del Jefe; vivíamos inmersos en la vigilia constante del Benefactor de la Patria, Padre de la Patria Nueva, como le llamaban: el primer maestro, el primer anticomunista, el benefactor de la Iglesia, el primer de todo, nos observaba. Para qué te llamaron

al campo de batalla... para matar muchachos; ¡asesinato!, eso era ¡asesinato de muchachos!... Sabías que si me lo decías no te dejaría marchar. Una mujer decente no se acuesta con un hombre sucio de sangre... por eso callabas. Yo me imaginaba cuál era su función en aquel grupo de amigotes que se visitaban diariamente: aquel Johnny, el de los grandes bigotes; y el otro, el general alto, delgado. Todos planificando muertes y yo allí, presintiendo... Llevabas los párpados cuajados de sudor—padre nuestro que está en los cielos santificado se a tu nombre vengaanoseltureino—y las manos. Levanté al pequeño, te mostré su rostro ¿dónde vas papá? te dije como si te lo dijera él, por alegrarte —elpanuestrodecadadíanoslohoy— por verte feliz y casi por despedirme... Me voy a la porra, dijiste. Ya lo sabía, era el crimen y la matanza ordenados —perdónanosnuestrasdeudas, así como nosotrospardonamosnuestrosdeudoresylíbranosdelmalamén— por el Jefe, por su gente, por sus amigotes...).

Yo, no es que le tenga odio, ni que le tenga nada, pero al fin y al cabo una misa es una misa. No puede uno, como sacerdote, ponerse a juzgar las actitudes de los morales. Nuestra postura debe ser —señor no eres digno de, no soy digno de que entresenmimoradaperounapalabratuyaymialmaserácurada— imparcial. Lo interesante es ver el gentío que acude a estas misas de militares muertos. La pobre viuda qué va a hacer, su misa y nada más. Allá está el hijo mayor, Paco. Dicen que es comunista; me parece más bien un chico inquieto y nada más —elseñorseaconnosotroscopycontuespíritu—, un pobre chico incomprendido, con ese sarampión que pasan todos los de su condición, que se sienten culpables de una vida que no han hecho ellos mismos...

(Ah, cómo eras de terco, de cobarde... yo trataba de hacerte comprender que cada día te hundías más y más... Creías que no me enteraba de tus andanzas. Sabía de tus amantes, de tus queridas. Y no es que yo no pudiese hacer lo mismo, como se acostumbraba, es que en mi casa paterna, pobre y

moral, aprendí que una mujer vale más por su moral, por su bondad, y por su actitud de fuerza frente a la provocación de los corrompidos... Aquella noche comenzó lo de Constanza... Aquella noche, o la madrugada, no sé, saliste a cazar muchachitos. Entonces fue cuando renuncié definitivamente al cariño que te tenía, coronel Aguirre. Constanza rebasó mi desesperación...).

Aguirre no fue inteligente con su hijo. Si hubiese sido lo que yo para mis muchachos... No es que yo no estuviese comprometido. Si vamos a ser francos, casi todos los que firmamos el documento contra la dictadura, ya muerto el Jefe, fuimos unos cobardes. No fue arrepentimiento sino oportunismo. Muerto el Generalísimo sabíamos que, tarde o temprano, el poder quedaría en la calle. Por eso nos apresuramos en la lucha contra los herederos; era el único modo de limpiarnos, aunque en el fondo sabíamos que eso no borraba nuestro pasado. Yo que fui ministro de Justicia, de Educación, que tuve cargos en todos los niveles durante treinta años, no pude hacer otra cosa que íntimamente arrepentido de firmar aquel documento de la Unión Cívica Nacional, me quedara siendo gobiernista en el fondo. Porque allí se agruparon los antigobiernistas, pero también, los traidores al gobiernismo del Jefe, los cobardes. Aguirre siguió siendo un hombre clave, un hombre dispuesto a quemarse, él no tenía por qué ser político, debía —como debimos hacerlo los cobardes— seguir luchando por su causa, criminosa o no, y por los herederos que pudieron haber hecho posible el renacimiento de su causa. No dejo de admirar a Aguirre. No dejo de admirarlo... Allí está Paco, silencioso; pensará en su padre. Debe haber sufrido mucho. Dicen que el coronel mató a uno de sus amigos y que cuando él quiso saber su paradero (un tal Pipí) Aguirre le pegó una bofetada enorme. Pero también comentan que Paco hacía ya tiempo se había rebelado contra el régimen... Los gobiernistas nada podemos hacer, pero... cómo podría yo reclamarle a mi hijo Tulio que se haya hartado de tantas mentiras a las que yo no podía renunciar...

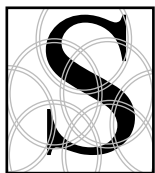
(Luego supimos, coronel Aguirre, lo que pasó con aquellos jóvenes... Y entonces, esta misa, ¿para qué? Allí está Paco, en la última fila, dispuesto a marcharse rápidamente, avergonzando de recibir pésames o condolencias, culpable en cierto modo. Se ha ido a vivir solo, recibe a sus amigos y habla conmigo diariamente por teléfono. Me visita una o dos veces por semana, no sé muy bien qué es lo que hace con su vida. Creo que quiere ser escritor. Le llaman comunista y lo acusan de traidor a los ideales de la Unión Cívica. ¿Te acuerdas? Aquella Unión Cívica que juntó a tus amigos «disidentes» y a la que me uní yo también sin decírtelo. Mi Paco fue uno de sus gestores. Después se fue asqueando. Vino el golpe de Estado y lo apalearon; protestó cuando asesinaron a su amigo Manolo en las montañas; volvió a protestar cuando los norteamericanos intervinieron en Santo Domingo en 1965 y asesinaron a tanta gente, pero esta vez protestó con el fusil en la mano. Desde entonces no tiene más fe que en la guerra; me lo han ido empujando a la violencia; lo han ido arrinconando: ni empleo, ni esperanzas, nada. De mí no acepta, no quiere aceptar ni un centavo. Le envió dinero a trasmano, indirectamente. Es columnista en dos periódicos que le pagan con el dinero que yo les envío. No son malos los escritos —me dice la gente— pero el día que descubra el truco no sé qué pueda suceder. Aguirre, hice de tu hijo un buen corazón y quiero mantenerlo así...).

Mamá se empeña en estos actos religiosos que me llenan de rabia. Toda esta cáfila de hipócritas tratará de darme el pésame, de decirme que siente mucho la muerte del coronel Aguirre. Y aquí estoy yo: de negro, con mi oscura corbata de deudo. ¡Ah! el pobre deudo. Pienso en Manuel... en el segundo atentado que le dejó inválido. Entre la correspondencia que los de la Unión Cívica decidieron quemar —porque los comprometía— encontré una nota del Generalísimo: Coronel Aguirre, si vuelve usted a fallar en el caso Suárez lo haré sustituir. El Jefe nunca la envió; acostumbraba impartir esas órdenes solo verbalmente cuando tenían ese carácter. Pero el destino quiso que esa

nota se escribiera y que fuera a dar a mis manos. Manuel tenía razón. Le he visto hace unos meses en el ensanche Ozama, en casa de una hermana. Le di la nota, en reconocimiento de una culpa que siendo tuya, coronel Aguirre, es también un poco la mía por ser mi padre. Recordamos los días de Nueva York, en que salíamos a las manifestaciones antigubernistas de exiliados. Miles de espías tomaban fotos de los asistentes para remitirlas a los servicios de inteligencia. Manuel, que no se perdía uno, está ahora paralítico, casi en silla de ruedas gracias al coronel. Y lo peor es que cambió: elogía a los yanquis, dice que él no es dominicano, sino puertorriqueño. Le han lavado el cerebro. Lo pensionaron. Se supo que recibía dinero del consulado norteamericano aquí, una trama muy bien tejida por el coronel Aguirre. Allí está ahora Manuel. Dice que los comunistas tal y cual y desbarra; me produce pena y asco... Cuando le hablé de Daniel, su amigo, dijo que no quería verlo y a mí me sugirió que mi visita podría perjudicarlo. Que se alegraba de verme, pero que todo aquello había sido una locura de juventud, que se alegraba de que la fragata, en lo de Maimón, lo hubiese devuelto a tierra y así... Mamá se empeña en mantener la imagen de la vida que ha llevado, pero yo odio todo esto... tanto como odiaba lijar maniqués de plástico en aquel primer trabajo en Nueva York. Una fábrica ubicada al sur de Manhattan —Canal Street, creo— propiedad de un dominicano también llamado Manuel, un santiagueño que se ufanaba de haber huido de la tiranía y de no haber pisado jamás la capital del país. Después de hablar de sus aportes en dinero y armas para los ya tantos intentos de derrocar al régimen, me dio empleo. Pesimista y rabioso renegaba de todo el mundo. Me presentó con el «boos» de la fábrica, un puertorriqueño de pelo crespo que hablaba inglés y español (al mismo tiempo), analfabeta en ambos. El moldeador era un tal Raposo —al que luego he visto con un gran negocio de automóviles usados en Santo Domingo— que protestaba continuamente por el sueldo de 75 dólares semanales, porque en otras fábricas se pagaban

125, y el plástico acaba con los pulmones. A los dos días de lijar maniqués había perdido el cuero de los dedos y el «boos» me presionaba constantemente, me echaba en cara mi ineptitud. Un día me colmó la paciencia, le lancé un golpe y rodó por el piso de madera hasta dar en una pila de aserrín, cuando intentó levantarse lo pateé en plena cara. Los empleados —casi todos dominicanos— se pusieron de mi parte, pero fui despedido. Pasé a una fábrica de plisado de faldas. También de allí me largué a la semana siguiente. El «boos» era un dominicano que me exigía el diez por ciento del sueldo las primeras diez semanas. Luego fui pintor de casas en New Jersey —sábados y domingos—, me ayudaba Manuel, pero me iba hartando. Fui en una ocasión a las oficinas de las Naciones Unidas a solicitar una plaza de mecanógrafo. Me hicieron una prueba y me pidieron llenar las «aplicaciones»; lo mismo hice en dos diarios en castellano que entonces se editaban en Nueva York, pero nadie deseaba contacto con antigobiernistas, no querían líos con el FBI. De modo que cuando se produjo el magnicidio regresé inmediatamente, desde Puerto Rico, adonde había llegado recientemente. Todavía el poder estaba en manos de los herederos y de un presidente civil que no sabía qué hacer con tanto poder entre los dedos. De ahí en adelante, (tú lo sabes, coronel) comencé a hacerme político; inicié esta lucha por descifrar a mí mismo que me ha ido radicalizando... Ahora vienen estas viejas, viudas del viejo régimen... Ya han besado a mamá... a mí no, a mí para qué... Yo vengo de otro mundo...

CAPÍTULO



onó el conocido cañoneo.
(Arreglar la frase. La palabra conocido resulta ríspida, no tiene suficiente fuerza).

Por debajo de los puentes crujieron las raíces de una primavera sorda.

(Demasiado romántico. ¿Qué es eso de: «las raíces de una primavera sorda»? La novela debe ser directa. Tener cierta garra. Eso parece muy vago. Hay que hacerlo más directo, más, y perdona la palabreja, impactante. Por ejemplo: «Bajo los puentes de madera crujían, sordamente, las raíces de la primavera». Es mi opinión).

Miramos al cielo. Los aviones tenían la forma de enormes gavi-lanes encaramados en el infinito.

(Me gusta la construcción: es ligera, fácil. Sustituiría «tenían forma» por «simulaban», es más directo y económico).

Ni sol, ni luna. La sombra, mejor dicho, semisombra ardía en las calles y nuestras pisadas se hacían más densas por momentos.

(Calificar como «densas» las pisadas parece atrevido. Quizá más «tensas» o «intensas». No sé exactamente qué pretendes decir. También eso de la sombra, o en su caso la semisombra, me parece vago).

Gritábamos o reíamos. Ansiosamente nos tomamos de las manos y en medio de la oscuridad vimos el mar, sereno; su luz nos quebraba el rostro con vehemencia. ¡La guerra! Ahora la conocíamos: las tropas norteamericanas habían puesto pie en las playas de Santo Domingo.

(Yo diría, porque así lo siento, que esa gente violaba nuestra isla. No sé si lo recuerdas, Paco, cuando comenzó todo, cuando nos dimos cuenta que el gobierno [títtere] había resbalado e iba de cabeza al abismo. Comenzamos enloquecidos a hablar por teléfono. La multitud se lanzó a las calles. La radio estaba en nuestro poder. Recuerdo que subí en el Opel y comencé a recorrer las callejuelas de los barrios voceando: ¡abajo el gobierno!, ¡ha caído el gobierno!, ¡a las armas! Los locutores rebeldes se dirigían al pueblo levantado. Dijeron que el movimiento se había iniciado en los campamentos del ejército. Por la tarde, cuando entraron a la ciudad efectivos del ejército y tanques para recuperar la emisora del golpe, estaba resuelto. En un extraño vuelco histórico, miles de hombres, partidarios del gobierno derrocado, derrocaban a su vez a este otro gobierno impuesto por Estados Unidos. Centenares de soldados se apostaron sobre los techos de los edificios del centro de la ciudad esa misma madrugada; los camiones repletos de armas recorrían los puntos claves de la ciudad repartiendo pertrechos y parque. Pensé que había llegado nuestra hora, el momento de hacer justicia. Improvisamos una tarima a la salida del puente Duarte y desde allí arengamos al pueblo, le expusimos lo que el partido consideraba que debía ser la lucha. Jóvenes, viejos, niños, nos escuchaban embelesados, como si no pudiesen creer que perseguíamos un estado de cosas donde las mayorías fuesen realmente quienes rigiesen los destinos de la nación, un gobierno de los obreros, de los campesinos. Recuerda que nos reunimos todos en casa de Samuel y formamos el primer comité de prensa de la naciente revolución. Nuestra nota sorda e ignorada lucha mantuvo en vilo al enemigo, un doble enemigo el yanqui invasor y los traidores dominicanos

que pidieron su intervención y apoyaron su sangrienta presencia en nuestro territorio... Hemos ido olvidando esto, Paco. Hemos vuelto a ser conformistas, a pensar que el porvenir ha de resolverse por azar; yo pienso que no y me siento gozoso de justificar aquellos fusilamientos que entonces negamos, y que debieron ser más y de mayor importancia. ¿Recuerdas cuando mataron a Oscar? ¿Recuerdas cuando Aurelio fusiló él solo a varios ladrones en un zaguán de la avenida Independencia, porque nadie se atrevía a quitarlos de en medio y estorbaban el movimiento? ¿Recuerdas que a raíz de la muerte de Jacques Viau se tomaron seis prisioneros yanquis y el coronel Francis les perdonó la vida? Daba pena verlos. Cinco jovencitos imberbes y un sargento de cuarenta años, todos gimiendo y rogando que no los matasen. Y antes, en la lucha en el norte, ¿no fueron esos mismos yanquis quienes protegieron el cañoneo que ablandó el sector? En cambio cuando entraron los regulares dieron fuego y muerte a todo el que tuviera más de quince años. ¡Ah, pero eso no se publicó jamás! Nunca la UPI y la AP dijeron nada de esto, como tampoco que en el ataque de la zona norte la Cruz Roja Dominicana, derechizada, dejó morir a los heridos para proteger a los «regulares» que, apoyados por el imperialismo masacraban al pueblo. Perdóname que hable así, Paco, pero tú sabes que no soy un principiante y no creo más que en la guerra como salida para nuestros pueblos oprimidos. Creo en la diferencia de clases y he sido un poco tu maestro: la condición de clase nos mueve, nos proyecta; hacemos lo increíble por abandonar los viejos hábitos; pero, en lo más profundo de nuestro ser hay que mantener una lucha tensa contra los clisés burgueses que pugnan por salir a relucir. Pero esa lucha interna es la que nos convierte en revolucionarios. Decir que hoy somos comunistas o socialistas es un error. Sí, ya sé que no lo crees, pero en el fondo necesitas definirte, con urgencia; sabes como yo que la nueva sociedad surgirá definitivamente, solo cuando hayamos desaparecido los que la estamos prohijando... Porque esto fue lo que sucedió. Salieron los

principios [cristianos] y los miedos pequeñoburgueses y ya no se fusiló a nadie, nos dejamos invadir por el sentimentalismo. Percibimos nuestro error cuando el 15 de junio comenzaron a bombardearnos. Mil ochocientos setenta y cinco cañones yanquis sobre la población y la ciudad más vieja de América. El coronel Francis llamó por teléfono al general hindú de la ONU y el general hindú de la ONU habló con el supuesto responsable, aquel general brasileño, viejo y desgarrado, que pusieron los yanquis como director de la llamada Fuerza Interamericana de Paz, controlada por el general Palmer, Ellsworth Bunker y el Pentágono americano. Y resultó que el jefe de la FIP —que bajo su pacífico nombre escondía cuarenta mil infantes norteamericanos— no sabía que sus cañones, sí, los suyos, habían comenzado un bombardeo inmisericorde contra Santo Domingo y su pueblo. Perdóname que interrumpa mi crítica a tus capítulos, pero no se me ha olvidado esta guerra tremenda y creo que al pueblo tampoco. Treinta y seis horas de fuego sobre la ciudad colonial. Cañones de 105 milímetros ladrando constantemente, vomitando su mortífero aliento sobre iglesias y torres coloniales, despedazando los viejos monumentos, violando la más vieja universidad del Nuevo Mundo; metiendo sus inmundas casas de campaña en medio del Alma Máter, cagarse en sus predios, bañarse desnudos en nuestras calles. De vez en cuando alguno de nuestros franco-tiradores apeaban de alguna azotea a uno de esos hijos de puta; pero sabíamos que eran cuarenta mil soldados, cuarenta y dos mil para ser exactos, «cuidando sus intereses» en contra de nuestro pueblo pobre y hambriento. De entonces se inició la desbandada. Solo quedaron algunos pocos, justos, precisos, de conciencia clara. Me opuse a que se dejase salir a la gente de la ciudad cercada, pero escapaban como ratones por la noche. ¿Cómo controlar aquel enorme manojito de nervios que fue la revolución de abril, luego del 15 de junio?... ¡Imposible! El descrédito era el arma de mayor potencia contra nosotros. Ni los cañones, ni las bazucas, ni los

disparos nocturnos desde San Soucí, no... era el desconcierto lo que nos mataba, lo que nos carcomía. Ellos lo sabían, sabían mucho más que nosotros acerca de la guerra psicológica, eran diestros. Nos encerraron en un círculo de muerte. ¿Por qué echarle en cara a Dioni su pesimismo? ¿Por qué dudar de la integridad de Víctor, cuyo comando arrastró peligros enormes? ¿Por qué pensar mal de aquellas muchachas que se entregaban noche a noche con enorme agrado revolucionario? Aquello era el vértigo... Así, en frío, el análisis resulta poco convincente para los que no vivieron la angustia de «un día más», o de ni «un paso atrás». Hubo descontrol, comprendimos que la guerra estaba perdida aunque la moral se mantuviese en alto. Héctor convocó a una reunión en la cual tú y yo, Paco, nos levantamos. ¿Te acuerdas? Propusimos a los diversos partidos representados allí que se organizase la lucha en comandos callejeros, en guerrillas urbanas, que echaran abajo cualquier gobierno provisional. Creíamos entonces en la guerra permanente, en la tesis vietnamita. Perdimos entonces la oportunidad de continuarla... No tenemos ahora cómo hacerla. Pese a las armas, se ha volatilizado momentáneamente la unidad de lucha, aquella que hizo posible que Oscar llegara hasta las trincheras enemigas disfrazado de anciana y dejara caer un fardo de dinamita que estalló en breves segundos estremeciendo la ciudad, quebrando parte de la resistencia enemiga; la misma unidad que hizo de Juan un hombre clave cuando las tropas regulares pusieron una bomba en la emisora desde la que transmitía, y que, herido y todo, reapareciera transmitiendo de nuevo a tres horas del suceso. No olvides que el coronel Aguirre se suicida [tú lo sabes mejor que nadie], convencido de que los ejércitos regulares, con toda su academia, no valen nada frente a un pueblo armado. Fue el fracaso de sus tropas lo que definitivamente lo venció; el espíritu de lucha que hizo posible que convirtiéramos simples camionetas de carga en carros de asalto, remachándoles planchas de acero alrededor y por cuyas canaladuras y huecos asomaban las

bocas de las ametralladoras 70. Era el pueblo en estado creativo; el enemigo del Norte sabía que aquello había que aplastarlo, por eso metieron tanta gente en nuestra patria... Paco... —sírvenme un trago, Paco— por eso... Luego llegó la época del aburrimiento. El tiempo de las noches sin luz y en silencio. La época de los «lumpens» del robo a mano armada. Todo eso, Paco... Y míranos, hemos regresado aquí, a nuestro antiguo sillón, a nuestra poltrona revolucionaria; nos hemos sentado a esperar que regrese la revolución... Yo sería más directo en la prosa, me dejaría de florilegios. Mira, esto ya se ha hecho, y como experimento está bien, nada más...).

Persio me mira a los ojos. Tiene los ojos inyectados y se toma un segundo trago. No sé, pienso, si hemos regresado a esta vida insípida por un instinto incontrolable, un instinto burgués, tan nuestro como el *pedigree* de un perro pastor alemán. Lo cierto es que aquí estamos y también estuvimos durante los meses del silencio, cuando nos reuníamos con Héctor, el fusil al asiento y leíamos poemas sobre la revolución...

*Ahora el mar se puebla de gargantas y no atina a cantar
y es preciso que sepamos de un timón y un ancla
lejanos, mirándonos
desde algún buque gris con mil cañones.
Ahora las viejas gaviotas se confunden con el humo de la
.....muerte
y han cerrado su vientre
porque desde el radar y el portaaviones amplio suben himnos
.....de muerte
y cercos amarillos.
Ya el mar no es ese mar; ya es otro mar, ya tiene un
.....rostro igual
al otro expresivo rostro de los mares violados,
y sin embargo estamos aquí, con el fusil,
creyendo en el milagro de hacerlo virgen nuevamente.*

Y era cierto. Las aguas del mar Caribe nos parecían un objeto familiar, un recuerdo de infancia violado por algún desconocido. Eran algo así como una ilusión de niño despojada, repentinamente de su magia, por la violenta irrupción de la verdad. ¿Recuerdas, Persio, aquellas reuniones los domingos en el Césare? Enriquillo al piano. Hasta Francis cantaba con el coro: *a luchar, soldados valientes, que llegó la revolución, a imponer los nobles principios...* De vez en cuando, sentados al borde de la acera oíamos silbar una bala y estrellarse en el agua, y quince o veinte personas entre hombres y mujeres simultáneamente tirados al piso. Era una escena familiar. Pero de tan familiar, de tanto paralizarnos una y otra vez, nos metió en el corazón el miedo a la muerte... He visto al comandante Frank, años después, lanzarse bocabajo, instintivamente, en medio de un gentío ante la explosión de un neumático. Eso dice demasiado... Nos condicionaron para estar siempre en alerta. Y con todo lo que tú dices de nuestra condición y nuestros vicios, yo creo que un sonido de bala y un grito de guerra nos serían suficientes para tomar el fusil de nuevo. Hemos quedado en pie de guerra, tú, yo, Frank, todos. En pie de guerra, aunque no lo sepamos y aunque a veces critiquemos esta maldita pasividad, este tanto zozobrar entre amigos de quienes no puedes desprenderte, y entre grupos de los que necesitas para afianzar tu personalidad, destrozada por la desesperación y el miedo.

Tanques de guerra, como enormes dinosaurios de crujiente metal hundían el pavimento con estruendo de cadenas en lucha consigo mismas.

(Lo mismo. Yo sería otra vez, menos poético. Dinosaurios, cadenas en lucha, etcétera. ¿No te parece que todo esto resta impacto a la prosa? Si has elegido como tema la lucha del pueblo esa literatura deberá estar dirigida al pueblo... No hables de dinosaurios, evita la metáfora. Te lo digo yo, que he hecho metáfora tantas veces. La metáfora sirve para escapar de la realidad o aprisionarla mejor, para decirla indirectamente, sugerirla o disfrazarla. Aquí, dentro de esta temática, no podrán mantenerla viva; llegará el momento en que la realidad dirá más que la metáfora. Este es un material verde, nuevo, no soporta la poesía; habrá un

momento en que —¿no tienes un disco, algo suave?— la metáfora se te rebelde y tengas que abandonarla. Por ejemplo eso de los tuberculosos que quieres narrar más adelante ¿cómo puedes metafóricarlo? Imposible, Paco. Se te desharía la trama; date cuenta, una literatura responde al momento que uno pretende ubicar; y una literatura sincera no acepta los trucos sino en la medida en que estos puedan hacerla más directa y asequible. Creo que debes redactar nuevamente toda la parte comentada. —¡Ah, Glinka, qué maravilla! ¿Dónde has comprado ese disco? Un músico exquisito. Oye el pueblo ahí, lo sentirás como en Dvorak, en esas baladas que componen la sinfonía Nuevo Mundo...— Si lo redactaras de nuevo y me lo presentaras tendríamos la oportunidad de discutir el trabajo más ampliamente. ¿Nos crees?).

LOS CAÑONES ENEMIGOS SONABAN EN EL CASCO DE LA SABANA Y ELLOS, MIRONES, POBRES SOLDADOS, ALZARON EL ROSTRO, EL CANSADO ROSTRO CAMPESINO. DESDE LA FRONTERA SE ESCUCHABA EL VENTARRÓN ARROLLANDO LOS PASTIZALES CUAJADOS DE TÓRTOLAS Y GARZAS CENICIENTAS. A LO LEJOS, ALGÚN ARROZAL VERDEABA, EMPUJADO POR LAS AGUAS DE LA LAGUNA. NUBES DE POLVO Y AGUA SE ENTREMEZCLABAN CONVIRTIENDO EN BARRO LAS POCAS GOTAS DE LLUVIA. EL GENERAL ABRIÓ LOS BRAZOS Y SE QUEDÓ MIRANDO AL INFINITO. AQUELLOS DÍAS EL SOL SE METÍA BIEN RÁPIDAMENTE ENTRE LOS CERROS. VENÍA LA NOCHE Y HABÍA QUE URDIR EL PRÓXIMO PLAN. SONÓ EL CONOCIDO CAÑONEO. LAS TROPAS ESPAÑOLAS DISPONÍAN DE UN BUEN CUERPO DE CABALLERÍA. HABÍAN CRUZADO LA ISLA DE SANTO DOMINGO DE PUNTA A PUNTA PERDIENDO HOMBRES Y PUDRIÉNDOSE EN LAS CIÉNAGAS Y CAÑADAS. PALUDISMO, SÍFILIS, DESHIDRATACIÓN, ENORMES TUMORES, BALAS Y EMBOSCADAS LAS MENGUABAN.

(Este párrafo está bien; lo importante será que logres encajarlo con lo otro. Trata de comenzar; de rehacer las cosas. Podrías mezclarlo todo, Paco. Vuelve sobre lo escrito. No se pueden hacer las cosas de un día para otro).

ANTICAPÍTULO



o has revisado los originales.

Todo ello es incierto.

Ocultas tu pasado y tu presente fragmentando constantemente, tu pensamiento, tus ideas, tu mundo circundante.

No dices la verdad.

Zinia, de todos modos, publicará en España, Argentina y México y para ello no tiene que ser finalista. Lo sabes.

Miras a Ramón, a Samuel, a Alberto —al que parece odiar— a Sanluis y sabes perfectamente que ellos son verdaderos intelectuales, que lo que piensas de ellos es injusto, que pese a cualquiera de sus defectos merecen ser tratados con sobriedad, con respeto.

Te llamas nadie sabe cómo. No tienes nombre. No has podido arribar a la superficie del mundo en que vives. Eres un ser solitario, subterráneo, pese a tus amistades y a tu constante afán de vida.

¿Por qué entonces decir que está bien que Zinia resultara finalista —no te importa que los demás se confundan, que no encuentren el hilo de lo que vives y narras— pero que eso de publicarla en el exterior? ¿Eres tú quien dice esas tonterías? No lo creo.

Sonarás, estás soñando en un mundo en el cual no puedes penetrar.

O estarás soñando con un mundo inexistente, que creas en tu interior sin lograr plasmarlo.

¿Eres el mismo que dice vivir en Los Mina y entre líderes obreros de base? ¿Por qué esa afirmación?

¿Por qué seguir negando que eres realmente un pequeño-burgués con más de un empleo?

¿Por qué inventar una madre y una novia que no existen?

¿Por qué mezclar lo tuyo con lo de Eddy y hacerlo de tan mala fe que aparezca lo de Eddy y lo de su padre como si te hubiese acaecido?

Ah, es que también te llamas Persio y Carlos Julio y tal vez... Russo.

Tienes dentro todos esos mundos. Y cuando caminas por las calles de la ciudad colonial no te resistes, no resistes el deseo de ir identificándote con todo lo que te place.

Pero, en el fondo ¿quién eres? ¿Cuál de todos te gustaría ser?

De seguro que no vives entre líderes obreros de base; de seguro que estuviste en la contienda de abril, como estuvimos casi todos e incorporas a tu vida los hechos ajenos porque la mitomanía te taladra. Porque eres mitómano, más que cualquier otro, con deseos de demostrar como un profesor universitario que tiene títulos que no posee, que obtiene postgrados que no obtiene...

No, no eres mitómano. Sí, eres mitómano. No, no eres mitómano. Matilde existe y se acuesta contigo a todas horas, en el momento en que lo desees; y existe Mariella —aún mira pasar los condones en las aguas del Hudson. Se ha quedado allí, pegada sobre el tiempo como una mariposa, adherida al cartón por finísimos alfileres.

Allá está el Bronx, en un Nueva York cuajado de tinieblas, en un Nueva York que hemos vivido apenas; con sus palomas en verano, sus edificios forrados de latón, su perfil desde la estatua de la libertad, sus trenes 142 B, Way, IRT, su 14 Street, su Fifth Avenue, su Central Park repleto de homosexuales y violadores nocturnos, su Empire State; y, además, con un 96 Street llena de puertorriqueños y dominicanos que trabajan por cuarenta dólares a la semana y gastan trescientos al mes. Es el Nuevajo de los

cibaños lleno de pelucas y maniqués, repleto de *specials*, de *sales*, de *jamach dis*, *jau meni ar*, y lleno de frases como «ponte la *suera*», Mariella; o como ¿te gusta mi nuevo *refriyereitor* Paco?... el Nueva York que hemos vivido.

Desde el puente se ve *Niu Yersi* y *Paliseid* y desde cualquier punto de la ciudad el Rockefeller Center —hecho con sangre latinoamericana— con su Radio City —punto obligado— donde van todos los turistas que después habrán de demostrar que han estado en Nueva York.

Pero ¿realmente forman estos hechos parte de tu vida? Has vivido en ese mundo apasionante?

Puedes recordar, sin duda, aquellos viajes a Europa, en 1962, cuando eras miembro del partido de don Esteban y te pagaban los programas radiales y los escritos con un empleo, según cuentas.

Primero: Suiza. Asistías a un congreso internacional cuya temática ignorabas. El secretario te había informado que tendrías que ir y te sentiste importante, porque te dijeron que ibas con rango de delegado y una dieta de cincuenta dólares diarios. Quince días.

Te movías en aquel círculo —por qué hablar de Los Mina y de los líderes obreros de base?— y aquel círculo parecía respaldarte.

Eso es cierto.

Es innegable.

Habías visto volar los jets, pero, ¿imaginabas que tantas horas de vuelo podían ser cansonas y emocionantes a la vez?

Te entregaron un boleto de primera clase, pero tú no sabías que en primera clase iban los pasajeros VIP (Very Important Passangers) y allí te colocaron. Comprendiste que eras *very important* sin esfuerzo alguno y miraste de reojo a la azafata francesa que traía los servicios de whisky con los que te regalaste consecutivamente: Nueva York, París, Ginebra.

Llevabas, naturalmente, tu maletín de mano repleto de libros y un informe que debías depositar en una de las secretarías de

la conferencia para que se mimeografiase y repartiase entre los asistentes al congreso. No pensabas discutirlo ni explicarlo. Para qué. A los tres días comprendiste que aquella reunión no tenía importancia; que los delegados discutían horas y horas sin llegar a un verdadero acuerdo, que cada uno defendía sus intereses —como aquél, creo de Paraguay, que aseguraba que en su país ya no había analfabetas— y que a nadie le importaba poner en vigencia soluciones definitivas.

Eso sí, durante los quince días noche a noche hubo invitaciones y fiestas y cocteles y ceremonias.

Comenzaste a saborear ese mundo high que tanto te deslumbró, al que luego fuiste renunciando. ¿Por qué hablar entonces del coronel Aguirre, de Eddy, de Sanluis, de Ramón? Déjalos, no los maltrates. Habla en cambio de tu mundo, de ese mundo en el que has vivido y del cual quieres, necesitas escapar.

¿Te recibieron los muchachos de la embajada?

Mentira, no te recibieron.

Llegaste a Ginebra, procedente de París a las 11 de la mañana. Estuviste un día en París. Querías ver la torre Eiffel, el Arco del Triunfo, Notre Dame, los puentes del Sena y todos los vericuetos turísticos con que las agencias de viajes presentan el París de las tarjetas postales. Y anduviste toda la mañana de taxi en taxi y de sitio en sitio.

Bebiste cerveza y comiste queso *camembert* en los alrededores del Sacre Coeur, en la plazoleta de los pintores, frente a La Bohemie, mientras el acordeón de un músico callejero encendía el brillo de aquel julio, cuya luz pudiste constatar cuando en lo más alto de Montmartre presentiste el resplandor de la enorme ciudad acostada en las márgenes del Sena. ¡Oh París!

Y allí Ginebra.

Por las noches añorabas el acordeón y pensabas que aquella ciudad era perfecta para vivir e iniciar una vida nueva, entre artistas.

Cuando llegaste a Orly ya no tenías avión. La conferencia comenzaba ese día, de modo que al poner pie en Ginebra te encontraste solo.

En un taxi, y con el poco francés aprendido, llegaste al hotel Bali en la plaza de Cornavain, a pocos metros del lago Lemán, en medio de una Ginebra dividida entre calvinistas, católicos y luteranos. Muy vieja y con enormes palacios de cristal y viejas mansiones medievales cuyos pórticos se derrumban de ancianidad y cuyos interiores permanecen repletos de soberbia belleza y de banalidad decadente.

Ahí llegaste. El taxista te dejó a pocos metros de Cornavain.

Viste el hotelito enmarcado en el cielo azul claro y detrás, camino del puente, la nieve de la montaña; y entonces pensaste en que Suiza no estaba tan podrida como muchos pensaban, y recordaste tu Santo Domingo lejano, casi entre brumas.

Un Santo Domingo donde empezaba a hacerse constantes las deportaciones.

Muerto el Generalísimo no había otra salida que la del bombarzo y el atentado dinamitero.

Así era. Y además, comenzaron los incendios en los cañaverales y aparecieron las bombas lacrimógenas, hasta entonces desconocidas, porque el Generalísimo tenía otros métodos.

Pensaste en la tierra lejana, en lo insignificante que se hacía cuando mirabas aquellas rubias y morenas en las orillas del Lemán quemarse al sol de julio, que calienta las montañas suizas y que revienta sus rayos parpadeantes en la punta hiriente, filosa del Mont Blanc.

Santo Domingo crecía en violencia, mientras tú allá, quince días, ignorando que tu partido y don Esteban callaban la crueldad con que el gobierno empleaba contra los muchachos de izquierda.

Era la época del despilfarro y de la buena vida.

Gobiernos colegiados y dinero que desapareció sin que se supiera cuál de los colegiados era el más responsable de la desaparición. Desvergüenza dividida entre muchos.

Y tú allá, en Ginebra, con una pipa negra que compraste para sentirse más importante, bebiendo cerveza negra y mirando pasar a las suecas; percibiendo ese mundo ciego y rabioso

de los norteamericanos que van a Suiza a acostarse con los que no son suizos. Y la Organización Internacional del Trabajo, y aquella fiesta a la que fuiste porque te ofrecieron una gringa alta y joven.

Y te hacías un lío hablando inglés, y ella se reía. Hasta que violentamente la tomaste por un brazo lanzándola sobre un sillón, mientras Enrique el salvadoreño, también de la OIT, amante de la irlandesa Marylín, hacía lo mismo con otra chica de ojos muy verdes que estudiaba francés y había confesado que nunca le habían dado un beso.

Y así las noches, entre enormes borracheras. Y por las mañanas a la conferencia, a hacer amistad con los delegados, a tomarte fotos.

Entonces fue cuando se te ocurrió hablar con los cubanos y comenzaron tus dudas. Te explicaron cómo se hacían las cosas en su país y te explicaron cómo todo iba bien allá pese al bloqueo económico norteamericano.

Y aquella noche, en el hotel, bebiendo con ellos se comentaron los diversos sistemas. Y fuiste comprendiendo que también Europa ayudaba a borrar, a limpiar el cerebro de esa mentalidad que produce la propaganda yanqui contra todas las revoluciones. Y caíste en cuenta que en Europa había una especie de comunicación con los demás imposible de encontrar en Santo Domingo. Y el amigo Max —el abogado— con una alegría infantil te confesaba cómo había entregado todos sus bienes a la revolución y cómo sus hijos estudiaban carreras universitarias en Europa a costa del Estado, y que él no necesitaba de nada para vivir como profesor en la universidad, y que si todo mundo tuviese las mismas oportunidades en América Latina, esta habría alcanzado o alcanzaría...

Mirabas aquellos rostros, sinceros, completamente simples a veces y comprendías la frase de Martí, vino amargo, pero nuestro... Y pensaste que aquella vida de muertes y atropellos no era la vida que merecían los dominicanos. Durante largas horas estuviste después mediando en aquella entrevista importante, aclaratoria, sencilla.

Pero luego lo olvidaste.

Regresaste al tráfago de las realidades directas.

Te sentiste nuevamente VIP y echaste al olvido aquella conversación, cuyo cincuenta por ciento se te quedó nublada por el whisky.

¿La olvidaste?

No, no lo creo. Fue esa conversación la que te hizo cambiar lentamente primero, rápidamente después.

Fue esa conversación la que te hizo pensar en aliarte con los que sabotearon el comité del distrito, y la que, al perder el partido las elecciones, te infundió ánimo, te brindó un respiro, porque habías triunfado sin proponértelo, aunque, un poco, presintiéndolo.

Fuiste a la reunión aquella noche y celebraste la derrota.

Entendiste la importancia de una idea, la profundidad de una acción que primero es apenas una creencia anémica, pequeña, reducida.

No fue así la noche de la entrevista en Ginebra, pero aquella conversación se fue haciendo verdad al contacto con la realidad dominicana. Y a medida que intentabas hacer coincidir el mundo que deseabas con la realidad se iban confirmando las aseveraciones de aquellos dos amigos cubanos —los dos llamados Max— de los que no volviste a saber nunca.

Y esto no lo dices, no lo has dicho.

Es tu secreto. Puede que sea una parte tan exclusiva de tu vida que no quieras referirte a ella.

Puede... Porque cuando fuiste a París, en octubre de 1962, a la segunda parte de la conferencia, ya eras otro. En vez de sentarse a contemplar a las mujeres tomando el sol, en vez de comprar una pipa y beber cerveza, recogiste con interés los materiales de los países que de un modo u otro habían hecho su revolución. Revisaste aquel mundo de papeles. Estudiaste. Y si los del comité del distrito te hubiesen dado la oportunidad de colaborar lo hubieras hecho gustoso, aunque no te la

dieron, trabajaron egoístamente, o quizá con miedo de que el plan se viniera abajo, y acaso hicieron bien. ¡Quién sabe!

Entonces, ¿por qué hablar de Los Mina, de los líderes obreros de base?

No has estado allí en los últimos años; hablas de Russo como si fuese una segunda parte de tu personalidad: la parte revolucionaria, la viva, la activa.

Y lo peor de todo, es que lo que te digo y lo que digo de ti no es cierto. Lo dicho acerca de ti, pudo haber sido... Estás todavía en una ola de indecisiones, aún crees que se puede congeniar con el enemigo, todavía dudas que, como dice Russo citando a mil revolucionarios, la esencia del imperialismo es la agresividad.

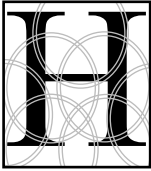
Entonces, ¿quién eres?, ¿qué pretendes? Lo sé.

Eres a un tiempo:

Melissa y Matilde, Raúl y Luis, la trabajadora y el coronel...

¡Qué tiempos, compañero!

CAPÍTULO



oy se inaugura la exposición de Russo en la galería Olinda, a las siete. Habrá coctel y a las nueve, es seguro que alguno dirá: vamos a celebrarlo.

Russo ha progresado mucho. Sigue un poco en la diagramación el estilo Siqueiros, pero tiene un colorido diferente y su temática, los niños de los barrios marginados de Santo Domingo, es interesante.

También con él he conversado sobre mi proyecto y aunque dice que no entiende de esos asuntos, el tema le parece de interés, en cierto modo.

Yo sabía que Persio vendría con su crítica puritana, perfeccionista, minuciosa. Todo le parece mal, excepto lo que él escribe, naturalmente. En verdad creo que el arranque de la novela no es tan flojo como él dice. En fin, hoy recibo dinero de los periódicos y voy a invitar a Juan y a pedirle su opinión. Como dramaturgo puede tener una visión diferente, ajena a cualquier interés de los que escriben novela, como Persio. Creo que él y yo no vamos a disentir mucho. A mi entender, Juan es el único que trabaja con seriedad en el grupo. Vive en el interior, en La Vega, pero viene a la capital sábados y domingos, de modo que mañana deberá estar aquí, o quizá hoy, porque en ocasiones llega desde los viernes por la tarde. No sé, tengo la impresión de que toda justificación de mi

trabajo puede ser falsa y sin embargo, puede ser que mi timidez y desconcierto hagan que me sienta así.

Matilde me ha pagado finalmente los dólares. Ahora tengo que ver cómo proteger los 300 pesos que suman las colaboraciones y lo de Matilde. Necesito ahorrar para costear la edición. Mil ejemplares... 500 o 600 dólares, por lo menos. Después hay que joderse con la venta. Que si compra el Ministerio de Educación, que si el Senado, que si el Ayuntamiento, que si la Liga Municipal... Recuerdo que una vez ayudé a Juan a vender su libro cuando editó por cuenta propia sus diez piezas de teatro... ¡Huf! A propósito, no sé cómo haré para cumplir con tantos compromisos. Matilde quiere que la lleve a bailar a El Embajador. No puedo ni quiero negarme; lo más probable es que luego de la exposición dé la vuelta con ella, y con Juan, si vino hoy. Anoche llamó Raúl, consiguió que la vieja le firme el divorcio, solo tendrá que aflojar un millón; menos mal. Esto quiere decir que Melissa se salió con la suya. Aunque hace días que estuvimos juntos nada me comentó. Está apetecible, esta Melissa. Aprovechamos a dar una vuelta por el Malecón y volvió a tomarme de la mano y a convertirse en la pone cuernos de siempre ¿qué habrá en el fondo de todo esto? La Melissa me hizo preguntas, dos, que me parecieron extrañas. ¿Haces el amor sin estimularte? dijo y luego: ¿qué piensas de esas drogas que dicen que son inofensivas? todo con una cara muy inocente. Desde hace unos años —desde que andan juntos— se comenta que Raúl tiene esas aficiones. Y la semana pasada que se me ocurrió visitarle sin avisar, vi en la puerta de su casa el automóvil de Méndez, un gusano que trabaja en la televisión y que dicen era contrabandista en Cuba antes de la revolución. No me detuve, pero esto me hace pensar en que la relación entre Melissa y Raúl no es exclusivamente sexual y es por eso que Raúl se muestra indiferente a los cuernos de Melissa, aunque ella lo hace todo a las claras. Es una suposición, naturalmente. Ella no deja de llamarme por teléfono. He tenido que llegar a descolgar el aparato, pero sé que en cuanto lo conecte de

nuevo sonará otra vez... (Bajamos aquella tarde Manuel y yo. Tomamos el tren de Broadway. Yo le había dicho que sí, que me gustaría ver aquello. Era la época dura, la época del desempleo. Aprovechábamos los días de trabajo para hacer contactos políticos. Mariella nos acompañaba. El dueño de aquel lugar era un santomeño que hablaba bien el castellano. Habíamos estado conversando y bebiendo cerveza y tanto Mariella como yo llevábamos en la mente una pregunta: ¿por qué una cita política en un fumadero de marihuana? Según Manuel era el lugar ideal para conversar sobre temas políticos. El *enlace* nos diría lo que opinaba del caso el entonces presidente de Venezuela, al que habíamos vuelto a recurrir para tratar de derrocar al Generalísimo. Y las respuestas nos las daría el propio dueño de aquel local, luego de conversar con el *enlace*. Teníamos que exigir que las armas fuesen entregadas directamente en playas dominicanas. Y contábamos con una carta del jefe de la filial antigubernista, filial que luego de muerto el Generalísimo comprobamos que estaba infiltrada por numerosos agentes e informadores de la dictadura. Después de la conversación que tuve tiempo después con Manuel en el ensanche Ozama, ya no dudo que él fuese el más importante de todos, pese a su heroísmo de junio del 59. Nos bajamos en la parada de la 96 Street y anduvimos siete u ocho cuadras hacia la izquierda, hasta la 132 de una plaza cuyo nombre no recuerdo —era la época en que se decía que Marichal iba a ser un fenómeno del pitcheo y que el beisbolista dominicano podría llegar a ser un Carl Hubell. Bajamos a un sótano y seguimos a Manuel, que conocía perfectamente el camino, por un largo pasillo. Una voz nos detuvo: qué tal, dijo, creo que es a mí a quien buscan. Era un hombre bajo, gordo, con una camiseta de playa listada de rojo. Manuel se volvió reconociéndolo. Entramos a una gran habitación llena de camastros donde se tendían a soñar los fumadores. Una mujer, completamente desnuda —tendría veinticinco años, quizá— se acercó y besó a Manuel en la mejilla. Es la Salomé, dijo el santomeño, cada vez que

fuma le da por hacer el baile de la sulamita. Todo esto es una pantalla —siguió diciendo— Manuel lo sabe, tengo que cubrir mis actividades políticas con el negocio. La policía lo sabe, pero cerrar el negocio significaría para ellos perder mucha información importante; así ellos lo soportan y yo colaboro, como ahora con ustedes. Pasamos a otra habitación, adornada con motivos antillanos, sombreros y esteras de cana tejida, una hamaca, varias piezas indígenas auténticas y cuatro máscaras de carnaval con cuernos y largos hocicos que me parecieron diabólicos. El asunto no está muy claro todavía, volvió a decir, pero tendrá que aclararse hoy mismo. Vendrá el *enlace* y hablará directamente con ustedes. Tómense antes un ron jamaiquino... Acercó una botella de Rhum y varios vasos pequeños. Yo no quise tomarlo. Llamó entonces a un negro alto, medio afeminado, de apodo *Mañé*, y le pidió que cantara. *Mañé*, pelo estirado, uñas largas y finas, y una enorme cadena de oro colgando sobre el pecho, la blusa de seda abierta, como un autó-mata descolgó su guitarra y empezó a tocar calipso. La fuerza de la música nos hizo evocar las palmeras, el aliento salitroso de la isla, el aroma del mar lleno de algas y luces por la noche y de soñolientas barcas por las mañanas, cuando el chinchorro colectivo detiene en la red cientos de peces y crece la esperanza del pescador. Recosté la cabeza sobre un almohadón, negro y amarillo que decía Panamá souvenir en uno de los bordes. A Mariella le sudaban las manos y la frente y *Mañé* cantaba y fumaba un largo habano de olor extraño. De pronto se levantó y abrió la puerta trasera de la habitación. Entró un hombre con sombrero de ala ancha y sobretodo amarillo. Estas son tus gentes, le dijo el santomeño y se retiró. El *enlace* era un argentino de apellido Bajo. Explicó que la opinión del grupo (del presidente) era que los norteamericanos tenían interés en eliminar al Generalísimo y por tanto ese grupo pensaba, primero, establecer contactos con norteamericanos ubicados en las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Por primera vez escuché la palabra Pentágono con una significación distinta a la de la

figura geométrica aprendida en la escuela. Más tarde, cuando se lo comenté a Manuel se desternilló de risa. El hombre del sombrero jipijapa fue escueto: «por la misma vía, dijo, les informaremos de nuestra entrevista con los norteamericanos». La noticia, era, para nosotros, buena. Solo con los años comprendí el elemento negativo de aquella noticia: el Pentágono está siempre en medio de todo... Igualmente fue después que comprendí que la experiencia política de Manuel no iba más allá de su odio mortal al Generalísimo. Con el paso del tiempo y el surgimiento de la ideología vi que Manuel no tenía formación. Yo tampoco. Hube de pasar por muchas experiencias en movimientos políticos diversos antes de comprender la postura correcta: la fórmula revolucionaria. La caída del Generalísimo —donde confluyeron fuerzas distintas, entre las cuales, naturalmente, el Pentágono— nos brindó la oportunidad del estudio y su comprobación en la experiencia directa. Después de la entrevista nos dirigimos a B. Way 8920. Llamamos a Mario (el enlace dominicano) y le explicamos la experiencia. Nos quedamos en espera de un nuevo agente, hasta que el 30 de mayo de 1961 se produjo el atentado. El enorme júbilo que nos invadió a todos no me apartó de pensar, desde entonces, en el poderío de los yanquis...). No sé por qué recordé de pronto todo esto... ¡Ah! sí, Melissa y Raúl... Lo dicho, nada más volví a conectar el teléfono y ya está sonando otra vez.

¿Sííí? Dime Matilde. Sí, sí, estoy casi decidiéndolo. Después de la exposición de Russo... Te recojo a las siete, vamos a la exposición y luego al Embajador... ¿Qué eso no lo teníamos en los planes?... Bueno, tú haces siempre lo que mejor te parece... Pero... imagínate, si Alberto y la novia se aparecen, no podré conversar con Juan sobre mi novela. ¿Qué no te había contado? Es que estoy trabajando en una novela y necesito consultar a Juan, digo, si es que llega a lo de Russo. Naturalmente, es una oportunidad. No, ya sé que no es el lugar apropiado ni vas a estar toda la noche mirándonos la cara, pero tengo que verlo... Sí, sí, me importas, pero la literatura es mi vida,

compréndelo... Sí, sí, llevaré suficiente dinero... (Paco, deberías casarte con la Matildita, es una buena niña... Mira, mamá, no me voy a casar ni con la Matildita ni con nadie; si la Matildita me quiere ya sabe lo que tiene que hacer... Además, casarse con alguien de la familia es una vaina, Vendría la tía Tele mañana, tarde y noche con sus discursos sobre la moral... se convirtió a evangélica y cree que debe predicar en todas las esquinas. Hace días la vi en la avenida Bolívar con Pasteur arengando a un grupo de amigas sobre la llegada de Cristo... Matilde no está mal, pero me complica... Si la invito a un trago quiere irse a los veinte minutos. Quién lo diría, tan puta en sus días infantiles y ahora tratando de edificar una fachada de seriedad... [nos reuníamos en su casa los domingos, y los muchachos del barrio y yo la obligábamos a bajarse las bragas para verle el sexo y los muslos... Lo hacía con agrado. También con agrado nos dejaba pasarle las manos por todas partes; eso sí, uno por uno. Todo eso en una casita, al final del patio, que con ramas viejas y tablones había levantado la pandilla. Era nuestra oficina. Uno se quedaba fuera, por turno, mientras los demás hacían cosas con Matilde. Y ella allí, de pie, con las nalguitas fuera, llena de miedo y de deseo...]. En todo eso pienso cuando mamá me dice que la Matilde es la compañera ideal. Y no es que se rieran de mí, hoy, aquellos compañeros de infancia, aquél, de cualquier modo, era un juego inocente; pero se han dispersado —Nueva York, Puerto Rico, otros lugares— uno de ellos murió en Constanza en el 59... quizá entonces fue que empezó realmente mi rebeldía. No me enteré de su muerte hasta no ver su foto en los periódicos. Le decíamos Henry (el parte militar decía Luis Enrique). Nunca lo habría identificado por su nombre de pila, pero vi su rostro redondo, su pelo grueso y abundante y comprobé que era él. Me dijeron que fue uno de aquellos infortunados que llevaron a San Isidro para ser fusilados personalmente por el General. Para esa masacre utilizaron cadetes de la Fuerza Aérea. El General deseaba comprometer a los más jóvenes. Quería inocularlos de sadismo y culpabilidad.

Los reunió en el patio de la academia y les dijo que, a pesar de que ellos eran por lo pronto solo estudiantes, era necesario que fueran teniendo sentido de responsabilidad. El país estaba virtualmente en estado de guerra, dijo, y se había decidido que allí en la base aérea, se implantara la pena de muerte. Señaló que un grupo de facinerosos, aventureros y enemigos del Generalísimo se habían lanzado en Constanza y en Maimón y Estero Hondo para derrocar al gobierno «legalmente constituido», algunos habían sido capturados y traídos a San Isidro, y se les había torturado porque era necesario conocer todo lo que sabían... Los cadetes, unos veinticinco, fueron escogidos previamente de acuerdo con sus notas y preparación militar; aseguró a los cadetes que los prisioneros merecían la muerte, que se les había ofrecido la libertad a cambio de una retractación, pero que solo unos cuantos se mostraron decididos a aceptarla. Habló del equipo de los combatientes: rifles telescópicos y un buen equipo bélico. Solo la astucia del coronel Aguirre, aseguró, había hecho posible dejarlos fuera de combate... Luego, ordenó que trajeran a los prisioneros. Un testigo de la escena (el cadete Antonio Rubio, que desertó de la Fuerza Aérea el 23 de agosto de ese año) me narró la experiencia siniestra: los fueron bajando, uno a uno, de un camión cubierto con lona. A muchos de ellos les habían arrancado o cortado las orejas con navajas de afeitar. Otros, con los párpados hinchados y purulentos, acusaban el efecto de las pinzas con que les arrancaron de cuajo las pestañas. Otros iban como bultos, atados dentro de unos sacos, solo la cabeza fuera. En suma, habían sido tratados con una saña primitiva y brutal. Los más habían caído durante la lucha y algunos, como Larancuent, habían preferido meterse una granada de mano en el bolsillo y hacerla estallar al momento de ser apresados. El General vestía esa mañana su traje con charreteras de oro y su gorra militar bordada en plata y oro blanco, de gala. Rubio lo miraba por debajo de las gafas para el sol. El General volvió a dirigirse a los cadetes, dijo que él mismo

comandaría aquella primera ejecución a su cargo y que ellos, los cadetes, dispararían los fusiles. El General sabía que dentro de aquellas filas de estudiantes, algunos se negarían a disparar; entre ellos, Rubio. Pude haber disparado al aire, me contaba Rubio después, pero ni eso, aquel crimen yo no lo iba a cometer. Primero trajeron a un prisionero alto, al que apodaron Rafi. Le faltaba la oreja izquierda y tenía un ojo completamente cerrado. Cuenta Rubio que el cadete Rodríguez se metió la gorra hasta los ojos y casi tembló cuando el condenado a muerte, luego que le quitaron la mordaza gritó: ¡Jimmy, Jimmy, no creo que me vayas a fusilar...!, ¡coño, que comemierda te has vuelto, Jimmy... Dónde están tus cojones, te vendiste, Jimmy, te vendiste a estos cochinos! El centinela lo calló con un golpe brutal de la culata. El prisionero rodó por el pavimento, pero fue nuevamente incorporado. Llevaba las manos atadas al comienzo de la espalda. El General preguntó quién era Jimmy y ordenó que Jimmy diera un paso al frente. Nadie se movió. Rubio sabía quién era Jimmy. Le habían dejado aquel apodo desde que en la piscina del parque infantil Ramfis, imitando al actor norteamericano (Tarzán) dijo que se llamaba Jimmy Weismuller. Los muchachos se rieron a carcajadas y para probar al Tarzán de la pandilla le escondieron la ropa. Tuvo que caminar semidesnudo los cinco kilómetros que mediaban entre la piscina infantil y el barrio de Villa Francisca, donde vivía. Y allí estaba ahora Rafi, negro, alto, destrozado por la tortura, recordando... ¿Quién es Jimmy? volvió a preguntar el General. Hubo ese tipo de silencio que genera el miedo en situaciones de vida o muerte. Rubio, al igual que los demás cadetes, guardó silencio. Entonces el General se acercó al preso y le dijo: ¿Conque Jimmy, eh? Quieres entretenernos... No me das miedo, mojó, dijo el preso. Eres un hijito de papá. El General no pudo contener la ira... el preso se dobló al impacto de la bala en el vientre, lo recostaron contra una pared casi inconsciente. Se dio la orden: ¡Apunten!, ¡Fuego!... El cuerpo volvió a desplomarse, esta vez para siempre.

Le encargaron a Jimmy darle el tiro de gracia. El cadete se acercó al cadáver y comprobó que solo dos balas lo habían tocado, los demás dispararon al aire. Sacó la pistola y la rastrilló sobre la sien derecha de Rafi, la masa encefálica se desparramó sobre el asfalto caliente. Traigan al otro, gritó el General, pero Rubio había ya dejado el fusil en el piso y le manifestó al General que no podría disparar, que no tenía valor. A lo mejor eres Jimmy, le espetó el General. No, mi General, contestó Rubio. Jimmy es el cadete que le dio el tiro de gracia al moreno. De allí en adelante la vida de Rubio peligró constantemente, se le consideró sospechoso. El General dijo que no servía para militar, que debería dedicarse a una profesión más fácil y lucrativa, de maricón, por ejemplo. Ordenó que se le despojase de las insignias de cadete y le encerraron en un calabozo del kilómetro 9 treinta días, desde donde podía escuchar noche a noche los gritos de los torturados, hasta que habló con el cabo Ramírez, y el cabo Ramírez le hizo el «servicio» de hablar con el coronel Aguirre y este habló con el General. Le dijo que el cadete Rubio tenía ya su merecido y que estaba dispuesto a volver por el buen camino. A la mañana siguiente, al ser puesto en libertad, cuando le entregaban su ropa y salía del recinto, al pasar por la oficina del cabo Ramírez se tropezó con un hombre esposado, un militar al que conocía de vista, el capitán Monsanto. No pudo conversar con él porque el cabo Ramírez le salió al encuentro: Has visto más de la cuenta, le dijo, este hombre está aquí por órdenes superiores. Si se te zafa la lengua te matan y me quiebran a mí, así que mejor te callas. Rubio asintió. Cuando el yip que lo llevaba a la base arrancó, Rubio seguía pensando en Monsanto, quien había tenido una participación importante en Constanza y se decía que había muerto en combate...

Sí, Matilde. Te recojo a las siete... Allá estará, desde temprano Russo. Descortés, saludando a los invitados nada más que con un movimiento de la cabeza. Odia ese mundo burgués que compra cuadros y que trata de explotarlo. Odia ese mundo, que lo elogia en los periódicos y habla de su gran capacidad como artista, pero que le prohíbe salir del

país porque es comunista; ese mundo que lo acusa de ser un sinvergüenza y un bandido por haber visitado China y Rusia y haber conversado alguna vez con Mao Tse Tung. Ahí está, sufriendo el mundo del arte, aceptando las divisas de los que han determinado que el arte, la ciencia, el amor, tienen un matiz político y ven comunismo hasta en la sopa... algún día saldremos, con ametralladoras, a exigirles el mundo que nos han vedado... Seguro vendrá la señora Salas: coleccionista, cuenera, lesbiana, con sus collares de perlas grises comprados en Brasil la pasada primavera. Vendrán también dos o tres poetisas de domingo, como la señora Crespo (viuda, adinerada, amante de Russo por unos meses) que pretende mantener a Russo atado a sus liviandades y fiestas nocturnas. Melissa y Raúl, que no se pierden ninguna actividad social. (Vendrán cogidos de la mano, bajo un cielo de verano, como en el tango, y todos comentarán el divorcio de Raúl y su posible matrimonio con esta niña famosa ya en todos los salones de la «high»). Russo, sin embargo, tiene un medio de defensa contra este falso mundo: encarecer cada vez más sus cuadros. Los ablanda quebrándoles el bolsillo. Pero los muy malditos pagan. Russo me ha planteado en varias oportunidades ese problema: nuestra imagen de artistas —dice— la proyectan ellos, desde sus poltronas, a través de la radio y la prensa. Así es como conforman la mentalidad del pueblo. Hemos hecho en diversas ocasiones diligencias para que Russo haga un mural en la Universidad de Santo Domingo, pero estos mismos que dicen amar el arte para las masas siempre tienen un argumento, una «prioridad» como dicen ellos, y el proyecto se viene abajo. Pero ellos compran y compran. Russo se pregunta si debe trabajar los temas que complacen a estas solteronas y viejos oligarcas, o si debe seguir tocando con su paleta el mundo popular, los cuadros de miseria que lo han hecho famoso y que los ricos compran como si gozaran coleccionando en bellos colores la situación que ellos mismos crean robándole pan y paz al pueblo dominicano. No obstante, la revolución vendrá de cualquier modo, dice Russo. Vendrá Sanluis, con el látigo en la mano,

aprovecha los momentos de la presentación para descargar su furia, su intransigencia política sobre estos grupos de viejos y viejas acaudalados que soportan, riendo, el flagelo verbal. En el fondo han de reírse de nosotros, «del grupito», para ellos somos ilusos que jugamos a la revolución; nuestro «error» dicen, fue perdonar a toda esa cáfila de traidores en abril de 1965, cuando los tuvimos entre las manos y los dejamos escapar.

Sanluis dice que la pintura de Russo está cimentada en los principios más elementales de la justicia (van llegando los demás y nosotros nos vamos reuniendo en el rincón habitual, diferenciándonos de ese mundo que nos mantiene vivos porque compra nuestra obra, nuestros cuadros o libros, pero que nos niega el derecho de ser libres). Golpea abiertamente la pintura abstracta. Es partidario (todos lo somos) del mensaje directo, de lo figurativo, del arte como objeto de violencia, capaz de cambiar las estructuras, de entrever nuevas formas sociales... Allá están los «abstraccionistas», miran a Sanluis con encono, pero no pueden dejar de venir a la exposición y escuchar sus palabras. «Cuando se estudia con atención el abstraccionismo —cita a Marinello— resulta que su naturaleza es ajena a toda preocupación social y humana. El abstraccionismo enfatiza dos actitudes fundamentales que parten del mismo centro: la decisión del total aislamiento —intelectualista o dionisiaca—, o la elaboración de un mundo fantástico con los elementos circundantes. En el primer caso tenemos a Mondrian y a Delaunay; el primero nos habla de una pintura topográfica, matemática; el segundo confiesa su ebriedad colorista y su solitario ímpetu instintivo. En el segundo caso habría que recordar a aquella visión anárquica en que Kandinsky y Marc se alzan contra el progreso técnico, elaboran un panorama ilusorio y nos muestran al europeo de su tiempo como a un ser ciego y atormentado, que tiende las manos ansiosas... Sanluis se refiere a ese mundo cerrado en contraposición con el abierto y fundamental del arte figurativo y neofigurativo... busca rostros y entrecejos con sadismo; habla de los *vernissages* y de las improvisaciones:

de los críticos, homosexuales que persiguen a los escritores y pintores noveles para acostarse con ellos y hacer después el artículo de rigor, el artículo bautismal; y de los escritores que —viciados por la sociedad en que vivimos— usan su prestigio para llevarse a las chicas a la cama, para luego elogiar, en alguna escondida columna de la prensa —también dominada por la burguesía— la calidad literaria o artística de su trabajo. Más que un análisis de la obra de Russo hace un análisis de la podrida sociedad en que nos movemos. La Crespo ríe, se abanica. Alberto también, sabe que alguna frase de Sanluis va dirigida contra ciertos miembros del grupo. Miro en derredor buscando a Juan y tropiezo con la mirada de Alberto que me guiña un ojo. Viene acompañado de una hermosa mujer alta y rubia, como de treinta y cinco años: «la americana que me levanté anoche en El Hispaniola», explica. Samuel se ha quedado pensativo. En el brindis Sanluis se acerca a Persio, quiere escuchar su opinión. Persio está solo en un rincón, como es habitual en él. Le dice que estuvo muy bien, pero que debió incidir más sobre el problema pictórico como tal. Sanluis replica que no se trata de hablar de la pintura de Russo que ya todo mundo conoce, sino de joder a estas viejas que porque compran se creen dueñas del arte del país; molestar y herir a estos señoritos «high» maricones abstractos que no quieren tomar contacto con la realidad.

Se acerca la sobrina del dueño de la galería con aspecto de haber bebido más de la cuenta o de traer un centímetro cúbico de droga corriéndole por la sangre. Se dirige a Ramón y le dice que quiere tener una reunión del grupo en su casa. Quiere presentarnos a importantes personalidades de una galería holandesa; además, dice, ha conseguido que en Inglaterra se interesen por algunos de nuestros cuentos y novelas. Ramón le contesta, secamente, que no hacemos reuniones de «exhibición». Ella blanca, ojos azules casi transparentes, envuelta en un vestido de gasa rosada de amplio escote, hace un mohín que pretende ser un beso y se

arrepiente, la señora Crespo se acerca. Los tragos abundan gracias a que el administrador de una casa licorera que conocemos los obsequia. La viuda dice que Tichi es muy simpática ¿no la conocíamos?... Russo está allá, al final de la ringlera de óleos, solo. Observa cómo la mitad de la exposición tiene ya puesta la tarjetita: adquirido. Al parecer el discurso de Sanluis no afecta a los compradores, por el contrario, los estimula. Son masoquistas, dice como para sí, Noble. La Crespo tiene un enorme moretón en el cuello, algún beso desenfrenado, pienso. Le ha fallado el maquillaje, le digo burlonamente. Se ríe, Matilde también, a carcajadas... Más tarde me dice que se imaginó a aquella bola que es la Crespo, haciendo el amor. Es un mundo con el que me encuentro en guerra, que trato de borrar de mí... Es el mundo del piano-bar y de los hoteles y de las fiestas intelectuales... Sigo perdiendo el tiempo, pienso, pero mi fuerza de voluntad flaquea. Zinia no ha venido. Estará, seguro, escribiendo otra novela o es que ha logrado vencer el tedio de los carnavales y de los tragos. ¿Será porque es mayor o porque teme desenmascarar sus interioridades? Nunca la vemos, para intercambiar opiniones con ella hay que visitarla en su casa decorada con mosaicos romanos, espantajos de carnaval y muchísimas piezas de arte. Sin embargo siempre tiene tiempo para clavarnos el dardo de la inseguridad: sus obras inéditas suman cientos; sus conocimientos son inabarcables... la escuchamos embelesados, como a una diosa. Bueno, la escuchan ellos, porque a mí Persio me ha dicho que hay mucho de exhibicionismo en Zinia. Matilde ha bebido más de la cuenta; toma mi mano derecha y pasa sus dedos suavemente sobre mi palma. Melissa la observa y enrojece mientras Raúl parece embelesado con el «Niño jugando desnudo» de Russo. Contengo la respiración, desde que cedí una vez a Melissa no puedo reprocharle sus celos. Por suerte se acerca Alberto y dice: ¿listos? Vamos en mi coche, no al Embajador, sino a la Terraza. Durante el trayecto, por el malecón, escucho la voz de la rubia que le dice a Alberto «te amo». En el espejo sus rostros

juntos, los cuerpos apretujados. Desde la terraza del hotel vemos la luna enorme reflejarse en la piscina y se escucha el ruido incansable del mar. Llegamos temprano, pero la botella de ron, el hielo y la Coca Cola no se hacen esperar. Alberto me habla de su próximo cuento: una trama bien urdida, donde un ladrón, que aprendió a robar en la guerra del 65 adonde le enviaban de niño los estudiantes a hurtar proyectiles y comida a las trincheras enemigas, discute con el juez que lo ha de condenar sobre la bondad y la malicia del hurto, depende de a quién beneficie... (Matilde se ha descalzado y por debajo de la mesa roza mi muslo con la planta de su pie derecho). Le explico a Alberto que ese es un tema peligroso, de doble filo. Que si la revolución hubiera triunfado, indudablemente ese niño hubiera sido reeducado. Alberto dice que estos son problemas que se plantean en todas las revoluciones. Opino que el suicidio del juez como solución es excesivo, melodramático. Matilde quiere bailar y la gringa de Alberto (Gingers, como el anuncio del Canada Dry) también. Suena el merengue, las luces entornadas... diviso a una conocida pareja bailando en medio del salón. Le hago señas a Alberto y este rompe en una carcajada. ¡Hey, Russo, —grita—, volviste a las andadas! La señora Crespo conserva todavía cierta elegancia cuando baila el merengue...

SUBCAPÍTULO

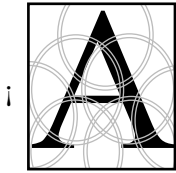


El sol revienta por el este y aún estás tirado en el sillón de extensión junto a la piscina, tras el festín de la noche anterior. El General no pudo venir. Pides a los camareros que te sirvan otro trago para matar la resaca. Bello hotel este de El Embajador. El Generalísimo hace las cosas en grande, piensas. Sobre tu cabeza, qué cielo tan azul y cuántas golondrinas. Junio en pleno. Hacia el sur se pueden ver los edificios de la Feria de la Paz y de la Confraternidad del Mundo Libre, también obra del Generalísimo. Benefactor de la Patria, Padre de la Patria Nueva y bla, bla, bla... Si te viera así, todavía medio borracho, abierta la casaca militar, un botón extraviado, el cuello de la camisa lleno del pintalabios de Brunilda, reaccionaría de dos modos: poniéndote en chirola o satirizándote... Aquí todos te conocen, coronel Aguirre, te has hecho famoso por las propinas generosas. Y, además, tú mismo has traído el yip militar para estacionarlo tras el hotel. Atraviesas el *hall* entre los saludos de tus admiradores: los empleados, los mozos, el barman —muchos de ellos también del Servicio de Inteligencia Militar como Rubén, el jefe de ascensoristas, encargado de observar el movimiento de las visitas en las habitaciones, las horas de llegada y salida, el tipo de equipaje y otras nimiedades, para informar al Servicio—,

Rubén que te admira profundamente, eres su modelo, hubiera querido llegar a coronel, a ayudante del Jefe, y que ha tenido que conformarse con permanecer allí como jefe de ascensores y grado de sargento, nada más.

Subes al yip, arrancas. Bajas hacia el mar; el sol a tu izquierda, al filo del horizonte (rojo intenso, como un disco, una gran medalla de oro lisa, sin esculpir). Te restriegas los ojos. ¡Qué noche! y esa muchacha, Eduvigis, cosa muy seria, opinó el coronel Teruel, amigo del Capitán y con buen ojo para las mujeres. Es él quien recomienda amigas al Capitán y a veces al General, aunque este acostumbra utilizar al mayor Antón para estas cosas.

DOCUMENTO I



y!

—Debe doler terriblemente.

—Sí, duele muchísimo, aunque empiezo a sentir que las piernas van adormeciéndose, como si me las hubiera anestesiado.

—¿Crees que podrás seguir?

—Imposible.

Pronto las fuerzas del gobierno comenzarán a disparar nuevamente. Yo también estoy muy cansado. Y ahora tú, con esa herida... Los demás se han desperdigado.

—¿Estarán muy lejos?

—No sé.

—Sálvate, no podré seguirte.

—No digas eso. Escaparemos por la noche. En las montañas es más fácil caminar por la noche. Y pensar que mi hija está a solo unos kilómetros de aquí y que mis familiares no saben que estoy casi junto a ellos. Mira, allá abajo, un bohío... pero no, sabes que...

—Han entregado a varios. Quizá por eso no regresaron ni José ni el Mudo... ¿Escuchaste?

—Sí, ráfagas de ametralladoras. Habrán topado con alguno de los nuestros...

—Ellos no saben pelear entre montañas; los nuestros los aniquilarán esta misma noche.

—Sin embargo, nuestras bajas aumentan.

—Yo no lo creo. Tengo que verlo. Nosotros porque hemos perdido el camino... esta maldita desorientación.

—Nos reuniremos nuevamente, seguro. O mejor dicho, se reunirán ustedes, los sanos. Como cuando Fidel y el Granma...

—¿Te duele?

—Ya no siento la pierna, tendré que arrastrarme. Con lo fácil que fue tomar el puesto de guardia... Oye, tendrás que ayudarme...

—Sangras mucho.

—Es que la herida es enorme, tengo que sostener con los dedos la presión de los intestinos... Es mejor que te vayas, Larancuent.

—¿Y dejarte?

—Sí, pero muerto.

—¿Muerto?

—No quisiera que me cogieran vivo.

—¿Qué insinúas?

—Imagínatelo.

—No, no, eso no...

—Sí. Eso sí. Tienes que hacerlo. Ellos me harían atrocidades antes de asesinarme... les gusta eso, dicen... me destrozarán los testículos... entonces, creo que debes... mira, hazlo...

—No digas tonterías. Esta noche nos arrastraremos hacia arriba, hacia las lomas, ya en la casa de algún campesino pediremos ayuda. Los dominicanos no son tan malos.

—No es que sean malos, son buenos, pero no nos ayudarán; saben que los enemigos del gobierno sufren la pena de muerte y también cualquiera que los ayude. No sea pendejo, necesitas estar claro. Vete, déjame, pero muerto.

—Estás delirando.

—No puedo moverme. Tendrás que hacerlo tarde o temprano, si no, lo harán ellos... caerá sobre tu conciencia...

—Probemos a moverte. Así, así, ¿ves?

—Es inútil, no puedo.

—¿No puedes mover las piernas? ¿nada?

—Ya no las siento... ¿escuchaste?

—Sí.

—Se acercan cada vez más, nos matarán.

—¡Qué importa!

—¿Qué dices? Somos unos cuantos y quieres dejarte matar... No eres un buen patriota, Larancuent... ¿Te estás aflojando?

—Soy tu amigo.

—Por eso. Yo te hubiera matado. Ve, se ven los intestinos y sangro muchísimo, tengo el plomo bien adentro.

—Haz un esfuerzo, arrástrate un poco, así... ¿ves? Detrás de aquel pino grueso será difícil que nos encuentren.

—Trata de unirte a los otros. Los aviones no dejarán árbol en pie. Incendiarán el bosque; los pinares arderán como antorchas, moriremos carbonizados...

—No insistas.

—No volveré a moverme. Puedes irte.

—¡Estás loco! Ya te das por perdido.

—No estoy loco, ojalá lo estuviera.

—Solo a ti se te ocurren estas cosas.

—Pronto vendrán los perros y nos harán pedazos o igualmente nos matará el bombardeo; perderás la vida cuidando algo que ya no sirve... Larancuent, ya no sirvo para nada. Hablemos de hombre a hombre. Si caemos en manos del ejército nos torturarán y luego nos ametrallarán. Si te quedas conmigo, el ejército de liberación habrá perdido dos hombres en vez de uno. Dos hombres son muchos para una guerrilla, Larancuent. No puedes desperdiciarte cuando sabes que de todos modos estoy listo... Mátame: un balazo en la cabeza y adelante.

—Esa no es una solución, compañero. Si quieres morir tendrás que morir luchando.

—He perdido las armas al cruzar el salto, se han quedado en el fondo.

—Yo tengo mi fusil y cuatro granadas y no haré lo que me dices.

—Golpéame entonces con una piedra, fuerte...

—Qué piedra ni qué mierda. Mira alrededor y verás el paisaje más bello de la tierra. Es tu patria, compañero. Años sin verla y ahora quieres salir de esto como un cobarde. ¡Vamos!, a caminar, coño...

—¿Oyes?

—Sí, están ya cerca. Se oyen los ladridos de los perros, pronto estarán aquí.

—Puede ser el eco.

—Quizás.

—Oye: ruido de carros de asalto. Están muy cerca, han tomado el camino vecinal.

—Este es mi plan, escucha:

—Sí.

—Tendrás que hacer cuanto te diga.

—Sí.

—No puedes moverte, pero todavía puedes llevarte un grupo contigo. Toma dos granadas. Si llegan hasta ti las harás estallar cuando estés rodeado. Te las metes debajo con la espoleta zafada. Tienes que calcular.

—¿Y si no...?

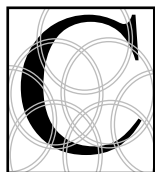
—Trataré de regresar antes de mañana.

—Apresúrate, oigo pasos.

—Toma, ya tú sabes. Me llevo un par de granadas. En caso de un encuentro final haré lo mismo. Adiós...

—Oigo pasos. Los tuyos... se alejan, los de ellos se acercan. Tendré que hacer lo que dices. Escucho los ladridos. Me rodean. Son muchos, tal como dijiste. Ojalá no tengas que tomar también esta decisión. Adiós, Larancuent. Adiós, valiente.

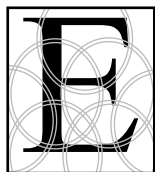
SUPLEMENTO



uando llegas a tu casa apenas puedes conciliar el sueño. El Generalísimo está al teléfono. Te llama. Te llenas de terror, te sudan las manos. (Será días más tarde cuando digas: sí, naturalmente, debe llevarlo a un sitio donde no pueda ser localizado, cabo Ramírez...). Viene el yip de la comandancia a la puerta de tu casa. Apenas tienes tiempo de cambiarte la ropa hedionda de la noche de juerga. Me reclama el deber, dices para infundirte valor. «Coronel Aguirre, te informan, partimos ahora mismo, el Generalísimo quiere que usted se ponga al frente de la acción antiguerrilla»... Cómo será todo aquello, piensas. Repasas lo aprendido en Panamá, en la zona del Canal, cuando fuiste a especializarte en explosivos y guerra de montaña. Pero de eso hace ya mucho, mucho tiempo... Fidel Castro no había subido todavía a Sierra Maestra, ni los vietnamitas habían declarado la guerra a muerte al gobierno de Saigón. Te lo ha informado ya telefónicamente el Generalísimo, pero tú piensas que es una locura. Cien o mil muchachos lanzados a las montañas; jóvenes con nuevas técnicas de lucha. Sudas... El aviso ha venido desde el propio aeropuerto de Constanza y el Generalísimo ha sentido el peso de la acción cuando varios camiones repletos de soldados gobiernistas volaron por los aires o fueron derribados en emboscadas perfectas. Ahora te llama. Tú eres su hombre de confianza. Pero tú jamás te has enfrentado a nadie. La paz de estos decenios,

magnífica para ti, no te ha permitido conocer lo que es una batalla. Tus enemigos nunca tuvieron un fusil para defenderse. Fueron casi siempre pobres muchachos de barrio que hablaban mal del régimen y a los que había que liquidar o algún farmacéutico de pueblo, cuyas ideas decimonónicas iban en consonancia con sus antiguos frascos de porcelana primorosamente decorados. Ahora es distinto. Tienes ante ti a una juventud entrenada y valiente y no sabes cómo establecer contacto con ella. Tú que te caracterizas por aplastar movimientos juveniles, tienes miedo. Por qué negarlo ¡Vamos! tienes miedo. Es natural, se tiene miedo cuando uno tiene conciencia de que no podrá controlar la situación y se descubre que se desconoce lo que late detrás del porvenir que hasta ayer se creyó trazado definitivamente. «Lo esperábamos, coronel...» Oyes la voz de Monsanto desde el yip. Ese sí que sabe. Regresó el año pasado de Florida; estudió tanquismo en Saint Cyr, fue entrenado por gente que luchó en Indochina. Ese sí que sabe... Respiras hondamente cuando aciertas a descifrar su voz... Piensas... deberás pelear duramente. Monsanto te da las instrucciones del Estado Mayor en sobre lacrado. Él tiene copia. Le pides su opinión en el vehículo que los lleva al avión C-46 que los llevará a Constanza. Te calmas. Ves el parte, las instrucciones. El Estado Mayor tenía noticias de la invasión hacía más de un mes. Lo extraño es que el Generalísimo no te comunicara nada, dice Monsanto. Este oficialito se las sabe todas —piensas—, pero vuelves a sudar. A lo mejor el Jefe te ha escogido para probarte y Monsanto es ahora el hombre de su confianza. Vuelan... (será después cuando dirás: Mejor déjelo allí, cabo Ramírez. Regresaré al cuartel en unos momentos. Yo mismo me encargaré de hablar con él). El vuelo te produce ansiedad. Aterrizarán en pleno día. Tendrás que reunir la tropa y trazar un plan de acción, con Monsanto como ayudante. Y, mientras reflexionas en el camino a seguir, no te abandona el recuerdo de Brunilda. Quizá el Generalísimo la quiere para él y por eso me manda aquí a joderme... o quizá me quiere probar. Una vez me dijo: coronel Aguirre, mucho cuidado, los que se me voltean no se enderezan jamás... Piensas en tus hijos: Paco... y el pequeño, no sabes por qué. Quizá muchos de los jóvenes que vas a enfrentar no rebasan la edad de tu hijo... No estás del todo equivocado.

COMPLEMENTO



El muchacho apuntó hacia el centro del camino. A través de la mirilla telescópica el horizonte se transformó en un conjunto de pormenores pequeños, casi palpables. Dispersos, confundidos en la maleza, cercados por la indiferencia de los campesinos, los combatientes habían ido cayendo en manos del ejército. Él no sabía exactamente lo que sucedía. No pudo reunirse con los demás: ni con Laranquent, ni con Enriquito, con nadie. Estaba allí, solo, acodado, en medio del monte. Se percibía la tropa cercana. Escuchó voces: «¡dos explotaron granadas cuando iban a ser cogidos, murieron, pero mataron a varios, es un truco jodón...!» En el risco no había agua, solo jejenes y moscas verdes. Una de ellas, transparente, bella, empezó a girar sobre su cabeza. La oía zumbear al compás de su sangre, como si el rumor producido por el insecto se mezclara con el ruido de su corazón. Y otra vez, las voces: «casi todos están ya presos. Monsanto dice que han de quedar dos o tres. Esto mañana está listo».

Estuvo a la expectativa por unos segundos. No sabía si era un truco. Hasta que el bulto empezó a entrar en la mira. Era un soldado de baja estatura, gestos indecisos, miedo e inseguridad. Titubeó antes de apretar el gatillo. La muerte era segura, pero le parecía cobarde matar a un infeliz sin darle oportunidad para la defensa; era algo que no cabía en su corazón

universitario; durante los entrenamientos no se planteó nunca el problema, pero ahora debía resolverlo. Dejarlo escapar significaba, también una nueva oportunidad para un enemigo que no posibilitaba treguas.

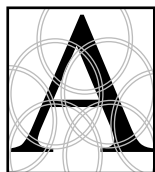
El soldado se detuvo buscando tras los arbustos sin presentir que sobre su cabeza, mejor dicho, en la mitad de su frente se acomodaba la puntería del guerrillero. Este vio como aquel soldado caminaba hacia la muerte sin saberlo. Tendría hijos, muchos quizás, pensó. Tendría madre, una vieja campesina cansada de sembrar yuca y recoger café. Tendría esperanzas de ascender, de «ser» mejor, confundiendo «ser» mejor, con «estar» mejor. Dejó de acercarse. Ahora la cruz del fusil parecía estampada sobre su pecho. Al guerrillero le asaltó nuevamente la duda. Se imaginó la sorpresa de aquel joven soldado traspasado de pronto por una bala imprevista. Se imaginó su grito al sentir la mordedura de la bala. No era lo mismo lanzar una granada de mano que meter una bala a sangre fría. Vio el cuerpo magro, desnutrido y lo imaginó en un charco de sangre cálida o la masa de sesos desparramada sobre la yerba.

No —pensó—, imposible disparar así. Aquello era un asesinato a sangre fría. Prefirió bajar un poco la pendiente y eliminar al enemigo de frente. Haría un poco de ruido, obligando al soldado a darse vuelta, a comprender. Eso resultaría humano. El enemigo tendría la oportunidad de ver quién le disparaba. El enemigo... ¿quién era el enemigo?

Desenfocó la mira del fusil y comenzó a bajar. Allí recordó las palabras de Enrique antes de salir: «cuando tengas en frente al enemigo ya no hay paz, debes desarticularlo, perforarlo sin perder tiempo». Bajaba con dificultad, llenas de lodo las botas. Cuando había descendido unos veinticinco metros se volvió hacia el lugar donde estuvo antes para ver y le pareció que algo se movía. Se detuvo para cerciorarse mejor. Entre tanto el soldado apenas se había movido de su lugar. Volvió a apuntarle para tratar de ver su rostro por el telescopio: tendría unos veinte años —como él— y era de facciones más bien finas y de tez

curtida. Desencañonó nuevamente y descendió otra vez hasta que oyó ruidos cercanos. Buscó dónde apostarse. Vio una roca grande que podría servirle de refugio. En ese momento, desde lo alto de la montaña se desprendió un trozo de tierra que iba produciendo ruido tras ruido al caer. Volvió el rostro nuevamente y se le llenó de frío el corazón. Antes de que pudiera apuntar una vez más sintió el tableteo de la ametralladora. Estaba rodeado. Pensó que pese a ello a sus enemigos se les haría difícil capturarlo. Las balas silbaban a la altura de su cabeza. De improviso sintió un chirrido de hojas y un intenso olor a yerba quemada. Una manga de fuego arrasó las faldas del monte por la boca de un lanzallamas US ARMY. Un chorro de candela lo alcanzó en pleno pecho; así y todo se levantó y apuntó. Apretó el gatillo. Cayó abrasándose, mientras el proyectil entraba en el cerebro del soldado. Había muerto cuando el coronel Aguirre, junto a su cadáver, dijo que todo había terminado y que lo penoso era haber perdido en el combate al capitán Monsanto.

IMPLEMENTO



quella misma tarde le diste la noticia a la tropa. La operación había sido un éxito. Habías perdido muchos soldados, quemado aldeas enteras, torturado a campesinos y asesinado a ancianos, pero lograste infundir miedo al colaboracionismo con el enemigo. La operación antiguerrilla había resultado un éxito. Lástima grande que perdieces a Monsanto y que nadie pudiera hacerle los honores de rigor porque no se encontró su cadáver. Quizá esos huesos carbonizados que aparecieron en la falda de la montaña fueran los del capitán Monsanto. Según sabías, él andaba por esa zona cuando los lanzallamas, facilitados diligentemente por el cónsul norteamericano, comenzaron a funcionar.

ESTÍMULO

Ni ruidos ni estrellas. El mar se mueve y a lo lejos se columpian en las aguas los navíos. Este es Montoro y aquel Tantoro y este otro Pintoro. Y a mí me entran ganas de mandar todo a la mierda. Para qué escribir y joder y cantar y todo eso. Para nada. Soplaban el viento y las estrellas mudaban de un espacio a otro, como fichas de ajedrez. Y el sol, el viejo sol... Escribir esto y lo

otro y lo demás... mejor el merengue: *Santo Domingo*, mi amor, lleno de luz tropical..." o el barman, o el vendedor de frutas; mejor el sueño y la borrachera... y la cabeza vacía y campanillas de teléfono sonando, sonando incansablemente, como espadas. Asco, es lo que me da, asco. Para qué hablar de la sociedad, ni de la burguesía, ni de nada. Mejor callar. Silencio compañeros, silencio. Zinia y su premio. Te ves impulsado a hacer cosas, pero no sabes qué. Sales a la calle, ojeas las vitrinas repletas de productos americanos: a tantos dólares la yarda, la libra, el kilo o el quintal. Miras las estilográficas en las vitrinas de la Casa Cerame. Estilográficas para escribir, para pensar... y pensar que se escribe a máquina y que se derrumba el ciclo vital... te sofocas, más, si persigues con la vista a las hembras que no te dejan concentrarte nunca en nada... te sofocas, más, si piensas en Matilde y su llamada: quiere acostarse contigo, como Melissa, que ahora ya se comprobó que es lesbiana. Te sofocas y me sofoco y nos sofocamos, porque estamos de espaldas a la realidad. (Mira mamá, déjate de pendejadas, no me caso con Matilde porque a ti te venga en gana; mira papá, puedes suicidarte cuando te salga de los cojones, ¿estamos?... Pero ¿les dijiste eso? No, no se lo dije. Entonces piénsalo para tus adentros porque para fuera nadie te lo creería...). Y el malecón y la brisa frescalenturienta del mar y las damiselas en pantalones moviendo con insistencia el culete perfumado todo el año; y yo ¡ay! yo con esta maldita novela que he de hacer solo porque Zinia salió finalista... Y claro, si así era, porque de él no se supo nada jamás. Excepto su nombre y la leyenda, claro. Montoro, según Emilio, debió desaparecer en Cuba, ya bien entrado el siglo XVII, es todo lo que se sabe... Y vas a hablar de Montoro y de abril del 65. Y tendrás que decir sobre los cañoneos y lo del vino espumante y lo del trago continuo y de lo que hacía Juan con las viejas, menos viejas. No, no te vas a atrever... No, no me voy a atrever. Miro (miras) la cigarrera y pienso (piensas) en que nada me (te) parecerá tan extraño como nuestro (tuyo, mío, de aquél, qué sé yo) modo de ver las cosas...

Zinia llamó, dejó dicho que la reunión de ayer, que no hizo, la hará hoy y que ya, que me esperan y tengo que salir con los pantalones a medio abrochar para que no digan que si miedo, que si esto, que si lo otro. Y en el fondo, la resaca; se te hace grande la sed cuando Pedrito aprieta, para abrirla, el cordón de la botella... Y sí, esto es la evasión ¡madre mía, la evasión! Es como huir, como dejarlo todo atrás... bueno y qué... preséntame a la chica del pantalón rojo; sí hace calor y el mar invita a un beso. Pero, si no hay playa, si estás frente a los arrecifes... No (me) importa, ni (te) importa, nos la tiraremos. Ella moverá las caderas y ya no habrá más Nueva York, ni Aguirre, ni más mierda, ni más vomitadas y meadas en los callejones de Santo Domingo colonial (ciudad primada de América). Hernando Montoro se irá a la mierda igual que los otros, los del sanatorio... No dejo (dejas) de pensar en tantas barbaridades. Al fondo la noche y al fondo de la noche, otra vez la noche... y, mira, te sacuden el hombro: hemos ganado, estamos ganando, las granadas de mortero están cayendo y el coronel Montes agachado, esperando el disparo final y frente al hotel los tanques de guerra y junto al coronel, Héctor y junto a Héctor un soplón, descabezado por una bala cincuenta; y más adelante, también descabezado, el coronel Lora... Entonces, ¿qué vas a escribir? ¿qué vas a hacer? No, no ni te mires las uñas... Sepúltame este muerto que ha caído al lado, sepúltalo por favor, me ha manchado de sangre la camisa ¡mamá!... Mamá tomará el teléfono y me llamará (te) y me dirá (te): mira muchachito del carajo, como en los buenos tiempos... y pensaré en Felipe II; tonto, Felipe, dice ahora Ramón: «spanish, como siempre, uj, uj, spanish como siempre. Tonto Juan, y Pedro, y tú y yo...» Me llamará Melissa, como hace dos días (como lo hace siempre). Y allí está, desnuda, los labios entreabiertos, diciendo adiós al sexo, los pies finos descalzos, muy perfumados; las piernas abiertas como una letra V. Y la miras y mira (la miras-la miro) y te llama (me llama) y te le subes, y... y ahí, ahí, ahí...

Y luego, tropezar con estos del sanatorio a todo trance, no te (me) dejan vivir; no ni nada, ni nada... no. No se puede respirar. Había muertos en las cloacas y veías pasar las ambulancias, y nada, todo normal. La fuente se ha secado, las azucenas están marchitas. Pipí, dame un trago... Mira Pipí, no tienes hijo ni tienes nada, eres un mierda Pipí. Y tú, Manuel, otro mierda; dizque inválido y ahí sentado hablando de los yanquis como si fuesen los padres de la humanidad. Pero bueno ¡Y adónde llegaremos! (Te metes a hacer novela y ves que Zinia sabe hacerla. Te metes a hacer teatro y ves que ella también, tampoco...) Miras las láminas en las paredes de la habitación mientras Melissa suda debajo de ti y cantas mentalmente melodías conocidas. Y ella te dice: papacito y tú le dices mamacita. Mira cómo beben los peces en el río, beben y beben por ver al Dios nació. Y te cagas en la infancia y en las navidades y en los villancicos. Mira cómo te (me) han jodido los amigos, piensas. Y así, loco de contento, con su cargamento para la ciudad, sí... para la ciudad. Y creías que Rafael Hernández hablaba de revolución en sus canciones. Y el matarile... Infancia, policía,

- Aviones
- Nueva York
- Nubes
- Baní
- Provincia

(Dijo Trujillo, palabra santa del gran caudillo). Mira Melissa, ponme los pantalones, que me siento m...

Mira Melissa, esto del cuerno a Raúl no está del todo bien, ni que mires tanto al Alberto ese.

Ahí, Melissa, ahí, Melissa, Melissa, ahí...

Sí, desde los edificios disparan, te agachas y ya está. Lo demás es todo como decir: vaselina, o tanto por ciento o producto feriado.

Se acercan las cabezas de los USAS vestidos de caqui y todo el mundo espera; eso sí no te (me) largas... Aaag, vomitivos, purgantes y mundos enredados. Oye, mira mijo, mira mijo, Matilde es buenita, hazle caso. Mamá sabe demasiado. Pero, qué joderse es esta. Mamá llama a Matilde y Melissa y la trabajadorcita de donde Ramón (debería llamarte [me]...). Si está de lo más buena, si hasta en mi novela por escribir, si hasta ni en novela se piensa cuando la trabajadorcita se inclina y se le ven las nalgas lilas. Ahí Melissa. Y mira, es mejor que Raúl olvide eso de la droga porque es peligroso, porque tú también (y tú y yo?) estás cayendo. Melissa, responde, si es cierto te voy a dar una golpiza... *sabes lo chulo que soy con el trago adentro, me sale lo Aguirre, Melissa...*

Y pienso en Montoro, tintoro, en el sanatorio, en montoro, nuevamente. Caramba, y de dónde sale todo esto... La puerta del establecimiento está abierta y allí todavía el cadáver, y Eddy aún en el avión y la madre pensando en que llevaré la buena nueva y siempre... ¿Otra misa, mamá? Están allí reunidos, tienes en la mano el tintero para escribir. Solos, en la vida. Solos. Algún modo habrá de atravesar la barrera yanqui, de algún modo habrá que romper el cerco y pasarán los meses y luego vendrán los asesinatos (provisionales) hasta que todo se arregle y las cosas queden bien. Montoro se rebela contra las órdenes de Felipe II y se levanta en armas. Piensa en Matilde... Matildá, Matildá, Matildá, cogió mi plata y coming from Venezuela. Y el calipso se te (me) mete dentro, como viniendo del pasado. Matilde, comprobar que está mejor de lo que se pensaba; imaginarla desnuda por los pasillos de la casa, los senos gruesos y duros, tensos, como atabales, como acero bien forjado; pensar en ella metiéndola bajo el chorro del agua, refrescándola, tocarle los glúteos suaves de vellos finísimos... Y te (me) debilitas. La llamas SOS, SOS, las ambulancias corriendo por la Arzobispo Nouel hacia abajo, adonde los heridos, adonde el impacto de los yanquis es más feroz...

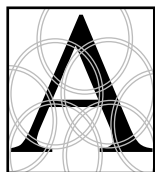
Vienes a tu trago, pones el disco de Brubeck, tarareas la canción que te (me) place. Mira cómo beben... No, Melissa,

es mi amigo. Sí, Melissa, está bien, Melissa, me desnudo, me acuesto Melissa, ahí Melissa. Y qué ganas de llorar en esta tarde gris, y allá en El Pino, el cotorro relleno de lechuga, de cáctchup, de carne vieja, vomitiva. Y el guardia que intenta no pagar. Matilde, dile a Ramón que me opine sobre eso y a Persio, dile que me opine, que me opine. Dejo el fusil en la habitación-comando y salgo a la calle desarmado. La bala me rozó el pie y anduve calle arriba como buscando algo que no se había perdido. ¿Dónde estás Raúl? ¿Dónde te has ido? Eres estimulante, Melissa. Siento tus dientes casi cortando mis encías. Siento tú, así, ahí, así, así, ahí... Trae el viento las quejas de la guitarra. Mi guitarra bohemia, la que llora por las madrugadas. Serenatas ahora no, Paco, estamos en guerra... Mierda. Eso es lo que quieres, serenata y ron, y Césare, y fiestas y piano bar y libros para copiar a amigos intelectuales. Y los artículos del periódico. No, no sabes, nadie osa decírtelo. Tu madre no lo dirá jamás. Pero nada dura siempre.

Entonces, el asunto está en ver cómo hacer coincidir la acción de Montoro con la de los del sanatorio y a la vez tratar el tema de la Restauración. Ella te ve detrás de la cortina del baño... Estás loco, estamos locos... ¡Viva la puta que te parió!, ¡Vive la France! Patatí, patatá, patatí, patatá... Cornetas y cadetes nuevos y a cantar el himno, a cantar. The country is the country america for the americans; shot-shot-shot. Podemos bajar las cortinas y nadie nos verá de fuera. Te he llamado porque no puedo estar sin ti. Pon a Manzanero... Después seguirás escribiendo. Ah, qué bien. Mira, ponme las manos y verás cómo estoy. No te rías... Entonces colocaré a Montoro como líder de una insurrección popular. Lo verás... No, ahora no, Matilde. No puedo pasar por ti esta noche. No, estás equivocada, no hay nadie aquí. Ahí Melissa, ahí... No hay nadie... Coño, mira cómo me llenaste de pintura el cuello de la camisa. Lo haces porque sí, porque se te da la real gana. Entonces bajaron de la

montaña y pretendieron entregarse, pero nada, los fusilaron igual. Ya estábamos en 1963. El proceso se aceleraba. La característica del imperialismo es la agresión, la violencia, decía Lenin. No Matilde, no hay nadie. Pedrito, pon a Brubeck. Te lo juro Matilde... Ahí, Melissa, ahíííííííí...

CAPÍTULO



quella mañana la mujer del químico leía en voz baja: «Esta lucha no la hace un hombre ni un grupo de hombres. Es la lucha del pueblo, y todo el pueblo debe participar en ella para que el triunfo sea el fruto del esfuerzo común». —Y seguía leyendo mientras la conversación continuaba— «Quien dijera estas palabras, murió asesinado en un gris atardecer en las montañas dominicanas por las tropas del general Aguirre. El 28 de noviembre de 1963 un grupo de jóvenes del Movimiento Revolucionario 14 de Junio se lanzó a la lucha armada».

SAMUEL: No he querido decirle nada. Me lo encontré en el malecón. Vimos sacar a un muerto de las aguas. Me dijo que venía hacia donde Ramón —después de muchos rodeos— por lo de la novela. Se le ha metido entre ceja y ceja escribir una novela.

RAMÓN: Tú ves lo que he tenido que hacer: leerle algo para dar tiempo a que llegaran los demás. De lo contrario hubiera tenido que aguantar su pendejada y darle consejos: que esto, que lo otro. («... El resultado inmediato de ese golpe de Estado y del asesinato de Tavárez Justo y sus compañeros fue la paralización momentánea y el descabezamiento del movimiento revolucionario y reivindicador dominicano»).

No es que él no tenga cualidades, pero escribe pendejadas. Dame un trago. Y los artículos esos que publica —no sé ni cómo se los pagan— lo demuestra.

RUSSO: Bueno, aquí nadie es profesional, todos somos un poco aficionados. Ustedes solo esperan que Paco dé la vuelta y al ataque. Tiene derecho. No creo que sea un estúpido. Y, detrás de todo, está la vaina esa del padre. Ustedes no se reúnen sino para la crítica.

CARLOS JULIO: Thomas Mann es muy importante (el Químico, medio novelista, medio poeta, medio profesor, asiente). Yo creo que más que Joyce con todo y todo. Bueno... me excedo, no tanto como Joyce, porque la técnica del monólogo interior es suficiente.

EL QUÍMICO: Es que hay personajes abiertos y personajes cerrados. Yo veo los personajes dinámicamente. Para mí son capaces de reaccionar —como cualquier fórmula química; exacto, no te rías— y son capaces, también, de rebelarse. Ya lo decía Unamuno —y lo demostraba, creo, en San Manuel Bueno Mártir—. Yo digo, hay personajes que se dejan narrar y personajes que no.

(«El resultado mediato fue el estallido revolucionario y popular del 24 de abril de 1965, que por varios meses ha ocupado la atención pública mundial, poniendo de relieve la valerosa combatividad de la juventud dominicana y la brutal agresión armada de los Estados Unidos contra un pequeño país del Caribe»).

ALBERTO: Se las da de pendejo y vive de hembra en hembra y criticando a los demás. Yo creo que lo que hizo Ramón estuvo bien. Que se quede con sus artículos de periódico y que no joda.

NOBLE: Entonces por qué insisten en que debe venir al grupo. Esto se está convirtiendo en una maldita capilla literaria y el arte se va a casa del carajo. Yo me estoy hartando. He tenido que comprarme a Borges y a Sábato y a no sé quién más, porque los pintores estamos jodidos. Yo no sé filosofía y matemáticas como

Russo ni gano premios en la televisión. El crítico este —Sanluis lo mira y fuma— no defiende los intereses nuestros. Y ahora quieren joder a Paco. Mierda de grupo este, en vez de ayudarlo, de demostrarle solidaridad. Allá, cuando estábamos en plena guerra y firmó todos los documentos a cual más comprometedores, nadie se acordó de juzgarlo incapaz.

(«Algunas personas podrán pensar que todo se ha solucionado y que imperará la paz en el país con la renuncia del expresidente constitucional, la imposición de un gobierno provisional, la expulsión de algunos militares al exterior y las proyectadas elecciones para dentro de nueve meses. No sería de dudar que el presidente Johnson y los jefes del Pentágono considerasen haber salido del atolladero en que se metieron cuando ordenaron el desembarco de los “marines” y de las tropas aerotransportadas en Santo Domingo el 28 de abril»).

CARLOS JULIO: Sí, pero el personaje cerrado que dices no es tan importante como el abierto. Hay varios estudios sobre esto. Es precisamente por eso que se le llama personaje cerrado, por su incapacidad de comunicarse con el mundo que lo rodea. No, no quiero trago ahora, gracias. Es el caso de los personajes de Pirandello o los del propio Proust. Personajes que agotan su propio ciclo vital y que no son generosos. Cualquiera que trate de imitar a Proust o a Joyce está perdido, sin embargo Thomas Mann...

MIGNÓN: Faltan unos poemas de Samuel, Ramón los tiene engavetados.

SAMUEL: Mira, no es que yo tenga nada contra Paco.

JUAN: Que vaya donde Persio y verá cómo le dice la verdad.

RUSSO: Insisto en que ustedes actúan gregariamente.

ALBERTO: Ja, oye al extremista hablando en términos de individualismo.

RUSSO: ¡Eh, coño, si son todos unos hipócritas!, ¿por qué no le dicen la verdad frente a frente? Porque cojones sí que tiene...

NOBLE: Ahora sí nos jodimos. Russo se ha convertido en el abogado defensor. Russo, deja que estos malditos literatos se acaben unos con otros; nosotros no sabemos de literatura.

RUSSO: No sabrás tú, pero a mí me interesa. Déjate de vainas, que ahora andas con Sábado debajo del brazo.

(«Cuán equivocados estarán. Porque el proceso revolucionario que comenzó el 24 de abril no fue un simple estallido—Russo, déjate de pendejadas. Sabes que es un incapacitado... Así no se puede leer con tanta bullanguería— La revolución dominicana tiene profundas raíces políticas, económicas y sociales y quien las desconoce está expuesto a formarse juicios falsos y superficiales»).

SANLUIS: (*Pantalones estrechos. Camisa a cuadros de cuello alto. Pelo engominado. Hermosas pantuflas de piel de becerro, buena colonia y de vez en cuando un cigarrillo Marlboro, mira pasar los automóviles con insistencia, como si esperase el arribo de alguien muy importante*). Bueno, basta de discusiones sin sentido.

SAMUEL: (*Largas patillas hasta el pie de barba. Pantalón corduroy apretado, tipo cowboy; suéter amarillo y uñas amarillentas por la nicotina. Voz firme y gruesa*). No son discusiones sin sentido; que haga su novela y luego venga a leerla y ya le diremos nuestra opinión. Pero resulta ridículo y cargante eso de andar preguntando aquí y allá, y llevando y trayendo cagarrutas de libélula escritas en media hora... Todo por lo de Zinia.

(«El 24 de abril un grupo de militares honestos da un golpe de Estado contra el gobierno más antipopular de nuestra historia. Todo parecía indicar que una junta militar asumiría el poder para preparar las condiciones para la celebración de un proceso electoral, como es la práctica común en los países latinoamericanos para beneplácito de los Estados Unidos»).

RUSSO: (*Bajo. Rechoncho. Ojos saltones, pelo crespo, manos cortas. Ropas amarillas, casi militares. Voz de tono dolido. Amplias ojeras y zapatos sucios*). Ni por Zinia ni por nada. Él tiene derecho a

hacer lo que quiera. Esto se va convirtiendo en capillita, pierde su objetivo.

SANLUIS: No es cuestión de capillita, compañero; este pen-dejo, hijo de un maldito militar trujillista, criado entre la burguesía, viene y se esconde en el grupo como buscando limpiar a su familia y a todo el mundo del problema de su padre... (luego comprende que no ha debido decir aquello).

NOBLE: Mira, Sanluis, ese argumento no vale y me resulta sumamente extraño en tu boca. Resulta difícil creer que lo esgrimas, porque sabes que Paco se fajó en abril del 65 y sabes también que aunque viene de la derecha es un tipo honesto. Tendrá sus lacras o lo que quieras, eso sí, pero todos las tenemos. Lo que pasa es que nos molesta la vida de Paco, su relación, su mundo de adinerados. Pero eso no debe importarnos. Yo creo que Paco vale y que estamos actuando hipócritamente.

ALBERTO: Lo que yo dije hace un momento no lo expresé por criticarlo.

RUSSO: No, si tú eres el que menos puede criticar aquí. Te pasas la vida de falda en falda, buscando las páginas de los periódicos e inventándote obras inéditas que no publicas nunca. Yo estoy dispuesto a irme del grupo si se empieza a discriminar. Aquí en el fondo lo importante es la actitud política. Si él puede hacer un arte combativo, un arte de denuncia, tiene tanto derecho...

NOBLE: Señores, es que no hemos llegado aún a una sociedad nueva, no podemos exigir lo imposible, lo irrealizable.

RAMÓN: Aquí nadie está diciendo que se va a realizar lo irrealizable o que estamos al borde de una revolución. Pero tenemos que cuidarnos de los que no son verdaderos intelectuales, de los que juegan a la literatura como si la misma fuera un pasatiempo más y no algo de extrema importancia.

MIGNÓN: (*Sorda, morena, labios carnosos y piernas entreabiertas*). ¡Huf!, ¡verdaderos intelectuales! Yo viví en París, en Alejandría estos últimos años y hace tiempo que no veo verdaderos intelectuales. (Mirando hacia a Alberto y guiñándole un ojo). Los intelectuales de hoy se conocen en la cama. (Risotada de ella, silencio de los demás). No se opongan a Paco, es tan bueno, tan sincero, es hasta ingenuo.

(«Los militares neotrujillistas se oponen al pueblo. Se inicia la lucha entre los dos sectores de las Fuerzas Armadas en la que el ejército reaccionario no parece tener probabilidades de triunfo. Ha salido a las calles el pueblo, y pese al ametrallamiento contra la población indefensa, la lucha crece. Diezmada la población civil, el ejército se prepara para entrar a sangre y fuego a la ciudad de Santo Domingo. Aquí es donde surgen dos hechos que le dan carácter popular a una amplia proyección histórica a la revolución del 24 de abril»).

EL QUÍMICO: De acuerdo. Yo por ejemplo prefiero a Sartre en *La Náusea*. Lo prefiero como novelista. Como filósofo me parece un poco ensalada de todo. Existencialismo con marxismo, a veces ideológico y otras existencial. También el teatro es muy bueno, es cierto. El diablo se las trae.

CARLOS JULIO: (*Alto, flaco, camisa a cuadros azules. Ojos grandes y redondos, pómulos salientes. Sonrisa corta, manos largas y pantalones grises con rayas oscuras. Pelo largo y lacio*). Bueno, yo creo que el teatro es su fuerte. Defiendo algunos de sus postulados filosóficos, pero en el fondo sus mejores ideas están plasmadas en sus obras de teatro. Prefiero verlo a leerlo, eso sí. Tú sabes, Sartre es dialéctico, primordialmente...

(«El primero, la adhesión de los militares que lo encabezan a los principios democráticos. El segundo, la entrega directa de armas a los obreros, a campesinos, estudiantes, profesionales y a movimientos y partidos revolucionarios y democráticos para que defiendan, fusil en mano, los derechos

populares. El pueblo queda armado y se bate heroicamente en el puente Duarte, obligando a retroceder a los neotrujillistas. El ejército reaccionario se retira para rehacer sus diezmadas fuerzas y se apresta para un nuevo ataque que inicia el 26 de abril»).

—Russo, siempre discutes por discutir.

—Eso crees tú, buen pendejo, lo que pasa es que estoy harto... Bueno, alguien dijo ya que por qué no iba donde Persio.

—Ustedes saben lo exigente que es Persio. Coño, parecen miembros de un circo romano. (Risa general).

—Vamos con los poemas de Samuel.

—Tú cállate, tú solo piensas en Alberto y en el hotel Puerto Rico.

(«El pueblo y los militares constitucionalistas luchan hombro con hombro, ya saben hacia dónde van, cómo llegar a su objetivo y cómo conquistarlo. Se reanudan los combates y nuevamente son derrotadas las fuerzas reaccionarias en el puente Duarte. Las masas populares asaltan el último reducto de la Policía Nacional y la Fortaleza Ozama cae en su poder. Allí se encuentra abundante material de guerra y se forman nuevas unidades automáticas, bazookas, fusiles y su correspondiente parque. Las fuerzas constitucionalistas parecen triunfantes y deciden tomar la base aérea...»).

—Dejemos la discusión.

—Eso sí te gusta, ¿no papá?...

—Bueno, aquí se dijo que se leerían mis poemas y no fui yo precisamente quien hizo la sugerencia.

—Sí, pero Paco... lo dejaron largarse con sus papeles.

—Otra vez con esa vaina, Noble, deja eso.

—Es que no tengo ganas de escuchar poemas de nadie ¿sabes?

(«En la opinión de los imperialistas norteamericanos los militares constitucionistas cometieron un imperdonable error: armar a los sectores populares»).

LA MUJER DEL QUÍMICO: (*Morena, baja, hermosa, salvadoreña. A su marido*) ¿Leíste este artículo sobre la guerra de abril firmado por Emilio López en la revista *Comando*? Creo que para el momento en que se escribió es bien directo y claro.

EL QUÍMICO: No. No lo he leído. Sin embargo no creo que supere lo de Tad Zsulc. Es un buen reportaje. Yo, como vivo en los Estados Unidos tengo que atenerme a las fuentes yanquis...

—¡Qué sincero!

—Oye, pero hablas como un agente de la CIA. ¿Quieres decir que fuentes de aquí no te importan? ¿Nosotros, que nos fajamos, no somos fuentes?

—Vamos Russo, no empieces con acusaciones.

—¡Coño! es que me molesta cómo habla este, parece que vive en la luna.

—Russo, no puedes tomar un trago, porque empiezas a hablar mierda.

—Mira, a mí no me pongas trabas.

Yo digo con mi pincel y con la boca lo que me da la gana; este viene dándoselas de pendejo, de que no sabe, de que las fuentes yanquis...

—Russo tiene razón.

—Los pintores, Dios los cría y el diablo los junta.

—Frasecita burguesa de la peor ralea, compañero; en desuso desde la época de Cervantes.

—Russo, no seas necio.

—Es que me voy a tener que tragar esos malditos poemas, pero no puedo primero cagarme en todos ustedes?

EL QUÍMICO: Ha sido agradable la velada, nos veremos.

LA MUJER DEL QUÍMICO: Estás borracho, Russo.

—Tú sabes que no, mami.

—Bueno, orden; Russo, orden.

MIGNÓN: Russo, te hace falta la vieja, no lo niegues.

—Maldita gorda sebosa, no vuelvas a hablar o te hago tragar los dientes.

—Espera, Russo, Mignón no se merece eso.

—El gran valiente, ¡helo aquí!

CARLOS JULIO: Me voy con ellos. Viven cerca de casa, me dejarán allí.

—¿Seguirás hablando de Thomas Mann?

—Russo, estás borracho.

—No. Lo que pasa es que hago mi revolución donde y cuando me da la gana. No quisieron escuchar al pobre Paco, pero escuchan los poemas de la comemierda de la «high», y ahora hay que fumarse los de Samuel. Vamos a leer ¿no? Vamos a leer el artículo que leía la salvadoreña, que habla de nuestra gran revolución, de nosotros, de nuestro heroísmo... pero no dice nada de nuestra cobardía; nada dice de estar sentado aquí diciendo sandeces sin ocuparnos de preparar el pueblo...

LA REVOLUCIÓN DOMINICANA NO HA SIDO FRENADA, NI MUCHO MENOS AHOGADA. SIMPLEMENTE CERRÓ OTRO CAPÍTULO DEL LARGO PROCESO QUE CULMINARÁ EN LA LIBERACIÓN NACIONAL.

SUBCAPÍTULO



o imagino el motivo por el que estoy aquí —dijo el capitán Monsanto. Habermé hecho cargo de las operaciones no es un delito. Órdenes del Generalísimo, tal vez. Algún chisme... alguna denuncia hija de puta...

Habías ido a visitarlo y te cebabas en la seguridad de que no podría decir una sola palabra. Eras el dueño de la situación. El cabo Ramírez estaba presente y atento a tus órdenes. Sabía que los ascensos se consiguen así: cumpliendo órdenes sin chistar.

No querías recordar que Monsanto era también fiel al Jefe. Y te llenabas de rabia si reconstruías mentalmente el combate en las montañas, donde este Monsanto, más valiente que tú, atento a tus órdenes sin embargo, que no eran otras que sus sugerencias, llevaba a cabo las operaciones, mientras tú tenías miedo, sí miedo, porque la paz del Generalísimo no te dio nunca la oportunidad de conocer la guerra.

Miras a Monsanto y recuerdas aquello de: «se acabó la cosa, vieja. Solo quedan presos y muertos»; y lo dices con todo el sentido malicioso de saber que entre esos presos está el capitán Monsanto, un hombre que odias, al que siempre temiste por su astucia; un hombre cuyos apellidos ya han entrado al Palacio Nacional en recomendaciones de altos oficiales y que puede convertirse de pronto en un ayudante, en un hombre de confianza del Jefe;

bueno, podría si lo hubieses dejado, ya no... y recuerdas, por qué no, aquella escena, hace muchos años en Mao, cuando una noche de tragos violabas a una joven de 16 años, hija de un tal Monsanto, cuyo hermano, entonces apenas estudiante de bachillerato, juró vengarse.

Y otra vez, recurrente en tu mente, él: «se acabó la cosa, vieja... lo de los invasores ha sido brutal, pero necesario. Nos condecorarán».

—Cállese o lo jodo, capitán, dijiste a Monsanto cuando empezó a hablar de órdenes del Jefe, o denuncias, o chismes; porque en el fondo comprendiste que había captado tus intenciones. Aunque te quedaba la duda de si este Monsanto, tu preso único, solo de ti, del cual nadie sabe hoy, es aquel Monsanto, hijo del viejo de Mao y hermano de aquella muchacha a la que ultrajaste; y del cual alguien te dijo en alguna ocasión que había jurado vengarlo. No caíste en cuenta en todo esto sino en el C-46, cuando el teniente Vázquez, con treinta años en el ejército te recordó aquella escena en Mao y te dijo que el entonces bachiller Monsanto se hizo cadete, y como cadete era peligroso por su capacidad para todo. Capacidad, piensas, que quedó demostrada hace poco, cuando hubo que culatear a varios prisioneros y también, cuando en pleno campo de batalla sacó su 45 para ultimar a aquel negro, herido de muerte, al que no querías dejar vivo en el campo, aún sabiendo que moriría después, adelantándose a tus deseos.

(Mi oportunidad para deshacerme del coronel fue aquella escaramuza en la que cercamos a un grupito casi dentro de la población. Y si te cojo mal puesto te parto coronel Aguirre... y sé ahora que sospechas lo de mi hermana y sé también que tratarás de matarme. Pero esposado qué voy a hacer, sino tratar de convencerte, hacerme el pendejo. Porque no sabes, coronel Aguirre, que en aquella fiesta —donde celebraban que el Generalísimo quisiera volver a ser presidente— y yo era apenas un adolescente, casi un niño, te admiré cuando llegaste con tus polainas de cuero curtido y admiré tu altura y tus gestos

cuando vi cómo los mayores te rodeaban y sentían respeto por ti. Tú eras el ayudante del Jefe. Hacía calor. Te sacaste la corbata y desabrochaste tu camisa. Miraste hacia el campo y se te llenaron los ojos de arboledas y caminos. A lo lejos cruzaban, hacia la finca de don Raimundo —que era grande— perros y carretas sobre el trillo. Allí trabajaba mi padre y vivíamos en la casa de campo donde se llevó a cabo el festín. Don Raimundo no quería que los visitantes, llenas de lodo las botas por las lluvias recientes, ensuciaran los mosaicos de la casona. Te vi y te admiré. Mi hermana Graciela servía el ron y la barbacoa humeaba con sus enormes filetes dentro. Doña Mariquita hacía girar el puerco en la puya. ¡El olor, ah, qué olor tan sabroso! La vitrola toque que toque un merengue dedicado al Jefe por don Raimundo: «El General llegó a su país... llegó para alegrar... llegó a su país... llegó...» Ahora quisiera ablandarte el corazón con estos argumentos, con estos recuerdos, pero no, no lo haré. Has decidido. Sería tu condena si me dejases en libertad. Ahí está el cabo Ramírez —sabe Dios de dónde salió ese engendro, ese asesino incansable, de qué familia, de qué barrio— el oficio nos reúne. Debí hacerme ingeniero como lo quería mi padre, don Raimundo, pero no podía olvidar tus medallas y tu quepis rameado y tus charreteras doradas. Y tampoco podía olvidar lo otro: aquello que fue creciendo como un rumor. Que dizque inventaste darte un baño en el río y escogiste a Graciela como guía y ella, inocente, creyendo en tus promesas... La hiciste beber, ella no había probado el alcohol nunca. Cuando nos dimos cuenta de tu ausencia era tarde. También Graciela se deslumbró con tus charreteras doradas y tus propuestas de matrimonio... Ella dijo que no, que nunca había tenido novio. Tenía dieciséis años y era silvestre. Lo dijo todo después. Yo estudiaba en Santiago y venía a casa en las vacaciones, por eso estaba allí aquel día, ese día que marcó nuestro destino, Aguirre.

Al principio pensaste que alguien te explicaría lo que estaba pasando. Tú allí, en una celda, sin saber por qué, sin conocer realmente el motivo que impulsaba a Aguirre. Luego fuiste

cayendo en la cuenta... los motivos eran esto y lo otro, sí así como dicen las gentes del campo: Esto y lo otro. Alguien podría explicárselo, pero tú mismo eres capaz de explicártelo, también. Desde luego, alguien, a su tiempo, te explicará lo que sucede. Alguien debe saberlo a fondo; pero ni el cabo Ramírez, ni el capitán Monsanto —tú mismo— pueden imaginar totalmente el drama. Antes mirabas por las rendijas de la puerta: oscuridad plena. Ni siquiera sientes en la celda el olor de los yagrumos y del salitre marino, tan cercano. ¡La celda, llena de pinturas obscenas, repleta de palabras sucias y de imágenes de sexos y mujeres desnudas, dejadas allí quién sabe por qué presidiario, consciente de que la masturbación sería su último acto sexual!... Ni siquiera tienes conciencia de los cuatro puntos cardinales. El viento de la cordillera no llena tus pulmones y tu valor, tus abusos o tus crímenes, que es lo mismo, ya no son capaces de convencer a nadie. Has caído en la zona del crimen que paga, pero que cobra también. Yo, el novelista que habla de un novelista que no puede escribir porque el medio lo asfixia, te veo perdido; porque lo tuyo sucedió, está hecho y nadie puede cambiar la historia de la muerte. Porque estás preso, capitán Monsanto y no te vale hacer recordar al coronel Aguirre tu amistad con el Capitán y con el General, porque cuanto más se lo recuerdes, aceleras más y más tu condena. Te encuentras en la región de la impotencia. Ahora comprendes el mecanismo de tu ascenso, precipitado para un camino de crímenes que tiene escollos y centinelas que se encargan de evitar la competencia.

—Se acabó la cosa, vieja. Solo quedan presos y muertos. Lo de Constanza ha sido brutal pero necesario. Nos condecorarán. Eso dijiste al llegar. El pequeño estaba dormido y Paco y yo habíamos escuchado por radio los incidentes. Aquella voz terrible que anunciaba lo que realmente había sucedido: ¡César Federico Larancuent, muerto!; Luis Enrique Ramírez Castillo, muerto! y así, una lista larga... Un combate sin heridos, todos los vivos fueron anunciados como muertos. Eras el héroe de

aquella mortandad; por eso, cuando mataron al Generalísimo aquel 30 de mayo sentí un enorme alivio, pensé que el motor del crimen había desaparecido, que los engranajes comenzarían a enmohecerse. Luego vino la lucha en las calles y los grupos políticos empezaron a presionar para echar fuera a los familiares del Generalísimo y a todo aquel que tuvo que ver con eso. Pero tú, quedaste siempre en tu puesto. ¿Quién osaría juzgar al coronel Aguirre? ¡Nadie! Los que tomaron el poder sabían que sabías, que eras un enorme baúl cargado de secretos. Los enemigos del Generalísimo hoy no eran otros que sus amigos de ayer. Esto te daba poder, los conocías. Tenían miedo de tu palabra y de tus conocimientos. Aumentó tu prestigio y tu poder mientras yo firmaba ingenuamente el documento lanzado contra el gobiernismo decadente, mientras yo apoyaba, sin saberlo, a los que tenían que apoyarte.

Coronel Aguirre —te dije— es mejor que me marche con los muchachos... Me habían narrado ya las atrocidades de Constanza, cómo el coronel Aguirre había logrado sofocar la invasión. Los periódicos te definían como el héroe total de la batalla, al frente todo el tiempo. Recuerdo cómo le dijiste entonces a Paco que debería estar orgulloso de su padre. Lo que nunca supiste fue que Paco fue escupido por las calles, que tuvo que esconderse, que sufrió en carne viva tu «heroísmo». Fue entonces cuando decidí abandonarte, coronel Aguirre —te dije— me voy con el niño. (¿Ya te decíamos coronel?). Y agregué que no me acostaría con un sanguinario. Después aquello me pareció ridículo, porque para ese tiempo tenías dos queridas y acaso una o dos veces al mes te acordabas de mí, de mi cuerpo viejo, al que venías a recalar cuando estabas borracho, después de las orgías del Capitán y del General. Entonces hablaste de que así era la milicia, el deber era el deber; y hablaste de la muerte de Monsanto —que era lo que más te dolía— y supe entonces que mentías... Me fui.

Me fui a la biblioteca, mi único entretenimiento durante años, y que sigue siendo mi refugio. Me seguiste, me hablaste de tus ascensos y del mal que recaería sobre ti, de tu rango y también me amenazaste, me dijiste que se me acusaría de antigobiernista... que eso era peligroso, porque eras el héroe, porque habías triunfado. Yo debí seguir representando mi papel pero mi condición fue liberarme de ti interiormente. Seguí escribiendo a mis amigas para indicar que todo marchaba igual, pero de noche, cuando tú parrandeabas con el General, yo leía los viejos libros, comprados quién sabe dónde, en los cuales aprendí a conocer la vida. Te agradezco al fin y al cabo dos cosas: el amor por la curiosidad y la rebeldía que tu actitud encendió en mi hijo mayor. Quizá esto lo lleve un día a la cárcel, a la muerte o a la gloria. No espero menos del pequeño y trato de suavizar ahora tu recuerdo...

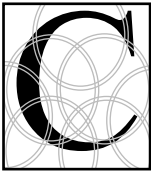
Desde luego alguien me explicará en un momento dado por qué estoy aquí. Pero será una explicación, nada más.

—Cabo Ramírez, vuelva a encerrarlo.

—Quisiera hablar con usted coronel. Volvamos a ser amigos...

—Sí señor, sí señor, ya lo encierro.

ANTICAPÍTULO



ómo voy a escribir, impulsado por qué? Nadie vendrá a decirme: anda, escribe. No hay estímulo. Habré de imaginarlo, habré de soportar la mentira de imaginarlo. Hace tiempo que frecuento los grupos literarios, porque me gusta y porque es el único modo de sobresalir, de ser alguien. Publicar en revistas de vez en cuando, hablar mucho de literatura y asistir a las sesiones espiritistas donde predicen el porvenir. En suma, hacer lo que hace el grupo. Lo demás es un intento, un deseo, una crisis personal y profunda.

Perucho ni me mira ni me alienta. Está silencioso y borracho. ¿Por qué entonces escribir que converso con él y que me escucha? Y lo mismo pasa con Luis y los otros. ¿Mitomanía? Pienso, medito, pero todo es inventar que hago lo que no hago y que haré lo que no haré. Ojalá que Zinia hubiese quedado más que finalista... Pero ¿será cierto? Esto me aplasta, no solo a mí, también a ellos. Me dejan asistir a sus reuniones, estar allí, presente, nada más. Realmente el papel de héroe no se ajusta a mi postura. Figureo, eso sí. El traje bien cortado, las patillas visibles, mucha agua de colonia. No he tomado ningún habano porque no me gustan. Y eso que dicen sobre las volutas es obviamente incierto. Mierda, qué destino ni qué destino, el destino no puede ser entrevisto por nadie, ni leído, menos en volutas de humo. Jamás me he puesto

a meditar realmente sobre una novela, mentira... Y mi padre vive y no se llama Aguirre, ni es coronel —aunque puede tener también su mentalidad, claro, y salirse de los hábitos de franciscano, como cualquiera ¿no?—; en el fondo ¿quién soy yo? ¿un resentido? ¿un loco? ¿un carajo? ¡Huf!... La realidad es que leo los periódicos y me entero de lo que pasa sin que me conmueva. Entonces ¿por qué hablar de crímenes, de pueblos, de masacres, de yanquis invasores, de todo eso? ¿Por qué mentir? Mi novela no será difícil, porque jamás la escribiré, no tengo que hacerla.

Quien vive predicando su genialidad no es Zinia, sino Persio, el insoportable Persio; que, además, sí puede ganar en cualquier momento. Soy un antiPersio, antitodo. Quisiera estar molesto con los grupitos, pero ¿qué grupitos, si apenas circulo en su periferia, si apenas me uno a sus movimientos con el fin de alcanzar prestigio? Y, además, me toman el pelo constantemente. Lo único claro de todo esto es nuestra participación en la guerra de abril, nuestro comunismo a medias y nuestro afán de ampliar un revolucionarismo que no nos atrevemos a llevar a cabo. Además, no están obligados a dejar que nadie entre a su esfera por el solo hecho de haber estado en la revolución constitucionalista y porque fusilaras con tu 45 a varios ladrones. ¿No te das cuenta, Perucho, porque casi no existe? Eres la otra cara de Perucho, el antiPerucho. Rodeado de antitodo, de antiaire, de anticielo, de antiamigos, de antipueblos, de antialegría... ¡Qué disparate, compañeros! Quisiera describirles la lluvia. Pero no estoy en ninguna casa de campo, sino aquí, en Los Mina, donde puedo vivir a solas. En este barrio marginado, lleno de obreros que sufren atentados todas las noches, junto a líderes políticos de base, entre prostitutas que van al mercado y niñas que esperan el autobús para ir al colegio. Aquí estoy. ¿Por qué pretender que vivo en una casa de campo? Ya se sabe, no se puede vivir sino de la imitación aquí. Si presento mi candidatura a literato me toman el pelo. Es demasiado real la solidez del círculo de

los intelectuales, nuestros amigos. No quiero que diga nadie que soy un héroe, te lo aseguro, te lo aseguraría si existieras, Perucho. ¿No sabes por qué pienso en ti? Pues es que nadie reconoce que has evolucionado, pero a la vez todos reconocen, ¿ves? Y yo observo la brega, el trabajo, los brincos que cuestan los valores verdaderos, los valores morales exentos de toda literatura; y estos intelectuales siempre están a la caza de gazapos; no dudo que alguno piense en hacer una novela con todas estas cosas que a mí me han ido sucediendo ¿comprendes? Aunque no es mucho lo que me ha sucedido. Pero mi romo, y mis fiestas y mis mujeres, eso sí me gusta y es buen material, Perucho. Lo que pueda suceder a mis alrededores, finalmente no tiene importancia, aunque no deja de tenerla... Russo viene casi diario a casa, vive cerca. Él tiene la idea de que hay que irse a la lucha real, al campo, que estamos maduros, dice.

No todo mundo fue revolucionario en aquel abril, no es cierto. Para junio, cuando comenzó el bombardeo en grande y estuvimos en el fuerte de Santa Bárbara lanzando plomo contra el enemigo ¿cuántos huyeron? mejor no decirlo. Yo, ese día no pude resistir más. Me arrastré por detrás de la Atarazana y me oculté donde una prima que vivía en el centro. Supe que el amigo hizo lo mismo, que se afeitó la barba y desde entonces sufrió de un constante delirio de persecución. Oculto donde mi prima, cuando sonaban los disparos me metía en la bañera, consciente de que para llegar una bala allí y penetrarme tenía primero que atravesar cinco paredes de concreto, girar hacia la izquierda, atravesar la puerta del baño, entrar, hacer ángulo recto de noventa grados y finalmente traspasar la bañera y alcanzarme. Durante las noches soñaba con esa maldita bala, y de vez en cuando, cuando suena el estallido de un neumático, me lanzo bocabajo, cierro los ojos y veo el infierno de los obuses haciendo mil pedazos el casco colonial de la ciudad, los morteros cayendo sobre la iglesia de Las Mercedes —aquella Virgen que protegió a los españoles dirigidos por Colón, cuando los hijos de la madre patria inventaron que los perros

tenían predilección por la carne de indio. Escena terrible que nos han hecho aprender de memoria en las escuelas públicas, en la que la Virgen, patrona de los dominicanos lo es a través de los españoles, que masacraban a los indios, pobres aborígenes desnudos y la Virgen de la Altagracia, patrona de Higüey, escogida por el Generalísimo como patrona de los dominicanos fue enterrando casi, a la otra— y sobre la catedral y sobre el alcázar de los Colón y sobre el río Ozama y sobre los patios pobres donde solo hay niños, ancianos y animales domésticos. Veo los morteros cayendo sobre las calles y avenidas y pienso en las alambradas que se oxidaban al tercer día de haber sido colocadas por las tropas yanquis y pienso: estos intelectuales, ¿por qué no hacen su literatura con todo esto, por qué no se dejan de estar hablando del mar y las estrellas? Estos intelectuales... No, no me callo, Perucho, no es la cerveza ¿por qué tengo que callarme si al hablarte hablo conmigo mismo? Y además, es verdad lo que digo. Me cago en los que andan hoy diciendo que son muy revolucionarios cuando ya la pólvora no hiede. Ese abogado que anduvo con la ametralladora que nunca disparó es uno, pero no el único. Igual que yo, pero desde el primer día, se metió bajo un escritorio y no salía más a la calle sino cuando se sabía ya, seguro, que los yanquis no meterían un solo disparo. Allí estuve, en aquella bañera, largas horas, tal vez días. Mi prima en cambio salía al balcón aunque las balas silbaban de esquina a esquina, no temía. Pero ella no resistió al enemigo en la vanguardia como nosotros, naturalmente. Los capturados fueron llevados a un campo de concentración yanqui al este de la ciudad; allí levantaron los yanquis trincheras y alambres de púas y mantuvieron como esclavos a los cientos de muchachos y muchachas capturados, un verdadero circo romano. Las mujeres hacían los oficios para la tropa, los jóvenes eran torturados de vez en cuando. Terminada la guerra, tú lo sabes, nos topábamos en las calles con rostros amigos que habíamos dado por muertos; como Fello, o como Noble, que había quedado atrapado cerca del río y

no fue fusilado de milagro; fue por él que supimos que había allí un campo de concentración y las barbaridades que allí se cometieron. Aquel abogado y yo nos encontramos más tarde en la universidad, aunque no es verdad que estrictamente hablando nos encontráramos; lo que sí, es que hubiese querido encontrármelo, para quebrarlo, Perucho. No me gusta acusar a nadie de CIA, pero tú sabes, Perucho. He pensado hasta en largarme del país no por la literatura, al fin y al cabo eso no interesa; me quisiera largar porque pienso que los americanos seguirán poniendo y quitando gobiernos a su antojo, siempre, eternamente. Recuerdas que estuve una vez en Nueva York, Perucho, cuando la dictadura, con el hijo del coronel Aguirre (Eddy, creo) al que le mataron al padre porque le gritó vivas a un candidato no oficial del Generalísimo en una farsa electoral. Él me narró el camino de su padre como apoyador de la dictadura y como su madre había tenido que huir a Nueva York y como allá se había casado con un italiano rico. Este es el problema, Perucho. Persio ha hablado alguna vez de hacer algo con este personaje y hasta yo he pensado en escribir... Pero, por qué voy a escribir si ni tengo vena, como decía mi abuela, porque la vena se hereda. Mira a este Eddy, Perucho, uno de los riquitos del barrio cuando su padre no era más que un cabo del ejército, allá en Villa Francisca. Quiso una vez, muy joven —apenas tendrá mi edad— escribir guiones para cine. Pero... no tenía vocabulario, ni tenía nada. Era un iluso, como yo. Sin embargo, estuvimos en Nueva York... Llegamos; nadie en el aeropuerto. Tomamos un taxi y nos dirigimos a la casa de su madre, en el Bronx. Llegamos preguntando —él sabía un poco de inglés, yo menos—. La madre nos recibió con sorpresa y alegría. Eddy era su único hijo, el más pequeño, Antonio había muerto de epilepsia mucho antes de la captura y el asesinato del coronel Aguirre. Esa noche cenamos pavo y avellanas, porque era 25 de diciembre y por alguna razón —aunque parezca increíble— los millones de luces de aquella ciudad enorme, estaban apagadas. Así fue la llegada. Yo entonces era

corrector de pruebas en el periódico oficial y había yo organizado un trabajo clandestino para transmitir telefónicamente las noticias censuradas, una célula, en suma. Por esto te digo, Perucho, el grupo debería nutrirse de la realidad. Si yo escribiera así lo haría. Si yo pudiera, escribiría mil páginas, pero sé que no, que no... Te lo digo sin pena. Si Eddy hubiese cogido a su padre en la guerra de abril lo hubiera fusilado, porque sí, porque lo odiaba. Pero no fue posible, Aguirre murió antes. Pero ¿sabías que Eddy vino desde Nueva York cuando estalló el conflicto? Logró entrar por Puerto Rico y estuvimos juntos en un comando antes de que el 15 de junio me trajera ese horror por los disparos, no sé cómo reaccionaré si viene otro conflicto, que en definitiva, tiene que venir... ¡Qué lío! Fue tan corto aquello que no hubo tiempo para depuraciones finales. De veras, te lo digo. Fue suerte la de Aguirre la de haber muerto antes del 65, porque el hijo vino empujado por las barbaridades que cometía su padre. En una ocasión quiso hacerlo militar y el muchacho se rebeló. Dicen que hasta hubo disparos, pero Aguirre era malo para disparar (Persio dice que tomando sus características se podría encarnar el típico militar de la dictadura) y allí quedó, porque Aguirre siempre quería que el chico hiciera todo lo que él pretendía. Porque Aguirre no hizo carrera, no venía de la academia, era casi analfabeto y si ascendió fue a base de crímenes, tal y como ahora, Perucho. No, no te sorprendas, dame un trago, te diría si estuvieses aquí, conmigo, en medio de la tarde caliente y llena de moscas, porque los obreros del ayuntamiento están de nuevo en huelga y las calles se han vuelto basureros; además de que la ciudad está repleta de hoyos (ve tú la paradoja literato) y lagunas; llueve constantemente y nadie se ocupa de los barrios. El río que transcurre por Los Mina, a la derecha o allá, izquierda, según se viene o va, baja cargado de lodo y de peces muertos, porque el mangle ha comenzado a florecer y los pétalos envenenan, según dicen los habitantes de por aquí. Las moscas están en todas partes y ya empiezan a sentirse, como una constante, los olores de los excrementos en las calles que se mezclan con el olor a perro

podrido, porque el servicio de sanidad pretende que para que los perros no transmitan las enfermedades hay que envenenarlos, ¡Huf!...

Lo conocí hace años, cuando vivía en una pieza de la calle Ravelo, todavía existía aquella columna que está hoy en la Duarte cuando el Generalísimo decidió cambiarle el nombre por José Trujillo Valdez, en una época como esa lo conocí. Lo venían a buscar temprano, a las cuatro o cinco de la madrugada y los muchachos del barrio nos entreteníamos viéndole matar ratones con un fusil calibre 22. La familia Aguirre vivía en los altos (un decir, porque los altos no eran otra cosa que una habitación dejada en pie sobre varios pilotes por el ciclón de San Zenón ¿te acuerdas? No, claro que vas a acordarte. Si ese ciclón fue en 1930) y debajo de aquella habitación de los Aguirre se formaba algo así como un sótano abierto, donde los vecinos del sector vertían los cubos de basura y los ratones campeaban por allí a su gusto, por encima del basurero y un poco a las orillas de aquel sótano. Aguirre había instalado una bombilla eléctrica y la encendía momentos antes; hasta que los ratones ya acostumbrados al reflejo salían a la luz, primero lentamente, después con paso seguro, uno por uno, y eran muchos. Se escuchaba entonces el ruido seco del fusil, un Browning de ocho balas. Nos divertíamos luego recogiendo los casquetes vacíos de las balitas U y los coleccionábamos. El propio Eddy los guardaba y los usábamos como fichas cuando en aquel mismo sótano, en el lugar más limpio, jugábamos a cara o cruz los centavos que ganábamos en los ventorrillos o vendiendo astillas de cuaba, robadas del maderamen de las construcciones de la parte baja de la ciudad, y seccionadas para que encendiesen bien el carbón en las viejas casas de Villa Francisca, donde no había gas ni luz eléctrica, ni otra luz que el candil para las noches más oscuras y la cáscara seca de naranja y cajuil para espantar a los enjambres de mosquitos.

Te digo, Perucho, que conocí bien a Aguirre. Persio me ha dicho que es un tema formidable. Y si estuvieras conmigo te

preguntaría qué crees tú, o quizá te diría: dame un trago, Perucho, pero no estás...

La noche que salimos en busca del coronel Paz, Eddy pretendía descargar su odio para con los suyos, para con una serie de familiares que jamás lo tuvieron en cuenta por el hecho de que el general jamás se casó con su madre y porque las hermanas de su madre habían conseguido maridos de la «high class» y no deseaban mezclarse con la gente de Villa Francisca.

¿Tú crees Perucho, que me puedo refugiar en la literatura? Leer sí, eso y nada más. Ponerme al día. Comprar las obras de Lenin que acaban de ser reeditadas, leer *La ciudad y los perros*, o a Herzog, que es lo que estoy haciendo y comentar después con los muchachos, cuando les sale de los forros, como se dice. Sé que si llegara a ellos con un trabajito literario se pondrían en guardia, intentarían bloquearme inmediatamente, como lo han hecho con Carlos Julio, quien quiere escribir una novela, pero los demás le dicen que él es crítico, que jamás escribirá novelas o que siga estudiando a T. Mann o vaya a su universidad, en Nueva York y enseñe literatura, que adquiera experiencia y así. Celos y zancadillas. Zancadillas y celos, un mundo cerrado al que no se entra si no se tiene calidad y aunque se tenga. En el fondo está bien. Están enfrascados en hacer literatura revolucionaria con materiales nuevos, con materia nacional. Eso es difícil o no, según se vea. Eddy siempre reconoció que el viejo fue eso que dicen al igual que su primo Paco, Paco el de las grandes parrandas y el de las viejas solteras, el hijo de mamá, pero también revolucionario, sin duda.

Nadie ha quedado finalista, nadie. Sin embargo ¿por qué no? ¿por qué no se hubiese podido quedar? Es un certamen fácil, dicen. Yo tengo mis dudas. A veces pienso en eso de «figurar», estar rodeado de damas de la alta que te lo dan todo sin pedir mucho. Así conocí a Russo, en la fiesta que daba aquella vieja, con la que luego se peleó y se arregló; volvió a pelearse y volvió a arreglarse, y así... Le ayudó mucho: óleos, pinceles, telas, dinero, todo. No se le puede criticar. Y sobre el problema de ir al Napolitano a la una de la madrugada después de una llamada de Pedrito, el asunto era

ponernos en vía en «onda» tú lo sabes, Perucho. Siempre en «vía». (Estás como embobado, Perucho). A las once en El Napolitano; sí, Pedrito. Sí, en el piano bar, tú firmas, sí, ya sé. Lleva a Luis. Ya sé que no sale de allí, «yo firmo», esto hubiese querido decir. Ni llegamos al Napolitano en la madrugada, ni empecé a beber ron, ni Pedrito bebía rápidamente, ni tampoco es cierto que tuviera problemas. ¿Qué explicación puedo dar a esto? Muy simple: Era lo que imaginaba. Creía que Persio tenía ya problemas con el tema de Aguirre que le sugerí, y así, pensaba en cómo haría Persio para decir a los otros que tenía un tema y como lo desarrollaría; lo que es peor, como si Persio hubiese sido yo —es decir, lo contrario, si yo hubiese sido Persio— que no sé mucho de literatura como hubiera podido dedicarme a escribir impulsado solo por un premio literario ganado por Zinia y entonces, claro, se explicaría que si Zinia —esta vez Zinia, aunque podía haber sido otro cualquiera— queda finalista, el grupo entero —o cómo decir, estos carajos puestos de acuerdo, naturalmente— comenzarían a punzarme, o a punzar a quien fuera. Lo demás, es cierto, más que cierto. No he pensado en escribir nada intenso. Este es mi único intento literario, el único de mi vida, véase:

* * *
** ** *

Que el juez martilleó tres veces y la sala quedó en silencio. *Y que* el hombrecillo, de aspecto humilde y mirada inteligente, se quedó observando fijamente el símbolo de la justicia, el cual parecía dividir en dos partes iguales el amplio salón del juzgado. *Y que* el juez, entonces, le dirigió la palabra y le dijo que se le acusaba de robo en diversos lugares y de utilizar toda clase de recursos para lograr sus objetivos. *Y que* la revolución había triunfado y que ahora el poder era compartido por hombres que comprendían a fondo los grandes problemas políticos y sociales. *Y que* robar era un delito imperdonable y, a veces, hasta se castigaba con la pena de muerte. *Y que* en muchas ocasiones las descargas de la revolución habían segado la vida

de hombres cuyo oficio fue desposeer a los demás de sus honradas pertenencias. *Y que* la justicia social no podía permitir que la sociedad soportara lacras, ni que se diera el mal ejemplo, porque una sola rama dañada en el sistema, podía, sin duda, echar por tierra el árbol. *Y que*, de este modo, día tras día, cuando aquel juez salía de su hogar —con su traje muy pulcro y planchado— sentía el placer, el convencimiento de que la equivocación ya no es posible. *Y que* para Emilio Rodríguez, abogado, juez de un tribunal sumario a dos años de producirse la revolución, una condena a muerte es a veces, una necesidad imperiosa. *Y que* el veinticuatro de abril de 1965 veinte o treinta años antes, diez, cinco quizá, el pueblo dominicano se había levantado en armas pretendiendo lograr lo que se había conseguido largo o corto tiempo después: un cambio social, la implantación de nuevas y más productoras estructuras, una revolución... *Y que* el juez Emilio Rodríguez, que tomó las armas en aquella ocasión para defensa de la integridad de su patria cuando aún era estudiante de Derecho, se hallaba ahora frente a la oportunidad de hacer valer la justicia con mano precisa y sin vacilaciones. *Y que* una revolución exige cierta visión drástica de los acontecimientos. *Y que* ... el juez miró al reo y le formuló una pregunta, sobre si sabía o no que atentaba contra los principios de una sociedad que no aceptaba la corrupción. Y, le dijo, «usted ha dado un mal ejemplo a la sociedad y por ello el Ministerio Público, el pueblo, ha solicitado que se le condene a muerte, petición que yo acepto...» *Y que* el ladrón tragó en seco al escuchar la decisión. *Y que*, de improviso, levantó la cabeza, y miró con detenimiento el rostro inmovible del juez; y luego levantó aún más la cabeza y comenzó a hablar, porque al parecer, cuando se está cerca de la muerte las palabras brotan con mayor facilidad o se estancan, definitivamente. *Y que* el reo sentía en su garganta un enorme nudo de desesperación y de silencio. *Y que* también el magistrado miró los ojos centelleantes del hombre que dentro de unas horas debería morir por no haber sido capaz

de cumplir con el ideal de la sociedad. *Y que* el juez iba a dejar cerrado el proceso, cuando el reo quebró el angustioso silencio y dijo que conocía al juez, que desde largos años atrás lo conocía. *Y que* su cara no la olvidaría jamás, y *que* también el juez haciendo un esfuerzo, podría recordar. Y entonces, en el salón reinó un gran silencio, un silencio aplastante, porque el reo hablaba casi mecánicamente. Y dijo: «yo tendría ocho o nueve años, cuando en 1965 el juez comandaba un grupo de hombres durante el estallido, durante la guerra de abril». Y dijo que «sus amiguitos y él (el ladrón) habían bajado a Ciudad Nueva huyendo de los bombardeos de los yanquis y de las tropas del ejército reaccionario contra la ciudad y los barrios más pobres». Y dijo que «como en momentos así hay que hacer de todo, el comandante, ahora juez, creaba los «grupos palomos» que debían acercarse a las guarniciones enemigas y traer, tarde por tarde, lo que pudiesen robar, ya que la defensa nacionalista estaba cercada y muchas veces no había otro modo de conseguir alimentos y pertrechos». *Y que* así, siendo niños, todos pequeños, colaboraron con la revolución. Y dijo que cuando acabó aquello no pudieron liberarse —ni él ni sus amigos— de la tentación de seguir robando, y *que* lo hacían con facilidad... *Y que* si no era cierto que después de cada robo a las líneas contrarias los ascendían de grado y los mostraban como ejemplos de niños revolucionarios... *Y que* el mismo juez, Emilio Rodríguez, le había felicitado en aquellos días. *Y que* era posible que hubiesen confundido la heroicidad con la delincuencia. *Y que*, a pesar de haber asistido a las escuelas más tarde, primarias y secundarias, él no pudo borrar jamás de sí ese deseo de adquirir todo con facilidad y sin el riesgo que suponía su actuación en aquel abril. *Y que* estaba seguro de que si la revolución hubiese triunfado aquella vez él no hubiera devenido en ladrón, y que no tenía la culpa de que solo ahora triunfara esta otra. *Y que*, entonces, el juez Emilio Rodríguez, sorprendido

aún, pero angustiado, después de haber pensado incluso en suicidarse, cambió la condena y reflexionó en escribir unas memorias sobre aquellos tiempos...

* * *
** ** **

Así, esto es lo único que realmente yo he escrito, y conversando con Alberto le he referido el tema, por si quiere usarlo, lo mismo que a Persio. Persio afirma que algunos escritores necesitan nutrirse de anécdotas, pero que él no, que él extrae sus temas de la realidad. Aunque, cuando Persio dice esto, yo me pregunto si esto no es realidad...

Aquella noche, en El Napolitano hubiese podido decir a Alberto: mira, te regalo este argumento, pero no se lo dije entonces, sino después, en una de las tantas reuniones —aunque aparte, naturalmente—. Si hubiésemos estado en El Napolitano Luis hubiera vuelto a lo de su mujer, al problema de la batería y al disco de *jazz* y Pedrito, que me acompañaba de vez en cuando a los cabarets de la calle París, también se hubiese puesto firme con aquello de «profe» esto y «profe» lo otro porque a todo mundo le dice profe y porque solo quiere hablar de Brubeck todo el tiempo.

Debajo de aquel gran árbol de javilla, en Los Mina, cerca del parque y mientras los demás juegan dominó, suena la guitarra y Noble canta. El viento caluroso de la tarde de junio se entra por los oídos y te derrite la cerilla. Ya estás harto de *Día de luz, fiesta de sol y un barquillo ha de llegar deslizándose en el mar*. Ya estás cansado del mar Caribe y su profundo olor a yodo. También estás cansado de que te digan: vamos al piano bar del Napolitano, hoy toca Danilo y canta Alejandro; y también, de preferir quedarte en casa, porque en plena guerra (antes del 15 de junio) antes de que te metieras en aquella bañadera y pensaras en escribir ese cuento cuyo argumento obsequiaste a Alberto, y sobre el cual Alberto consultará a Paco o a Persio; antes de que te sucediera aquello de tirarte bocabajo cada vez que estalla un neumático, nos reuníamos en el lugar aquel,

con el coronel Francis, nuestro jefe de armas, y con Héctor y con Montes, los coroneles, y cantábamos con Enriquillo la composición de Aníbal y que fue el grito de la lucha armada: *a luchar soldados valientes, que llegó la revolución* y este recuerdo te hace mucho daño, y también te trae a la mente —no sabes por qué— aquello otro de: *refieren los narradores de esa época, que en el hoyo en cuyos bordes se arrodillan anualmente millares de peregrinos dentro del templo, y que a pesar de las inmensas cantidades de tierra que desde hace siglos vienen extrayéndole para aplicaciones religiosas, no parece aumentar la profundidad, ni dar señales de derrumbe, estuvo plantada la cruz milagrosa, alrededor de la cual siempre ventó sus tiendas la Conquista... Y que empeñada la sangrienta lucha y desalojados los españoles del cerro por el asalto bravío de los indios, comandados por Maniocatex, hermano de Caonabo, presenciaron la acometida tumultuosa de que hicieron objeto los indígenas a la santa insignia de la cruz, la que quisieron destruir a flechazos y quemar sin lograrlo. Reaccionados los españoles por el padre Infante, religioso de la orden de Las Mercedes, que los acompañaba —cuánta brega te dio dejar de creer en esto; durante largos años los repetías de memoria— como capellán, se prepararon de nuevo, durante largas horas de aquella noche memorable, en que solo distinguieron las HOGUERAS AMENazantes y fatídicas donde serían arrojados sus cuerpos, para librar con la aurora del nuevo día el duelo por demás desigual a que los obligaba y provocaba su situación y el inmenso y salvaje vocerío de esos indómitos guerreros de la selva... Como a las nueve de la noche —te sientes indignado cuando comprendes que los intereses de clase fueron introducidos en la isla sobre un madero ardiendo, una leyenda de vírgenes santísimas que apoyaban el crimen, y perros que se comían los intestinos de sus enemigos— dicen que se observó, desde el campamento español, merced a una luz desconocida y suave, sentada en uno de los brazos de la cruz, a Nuestra Señora de Las Mercedes, y ante esa visión, todos, absolutamente todos, desde el descubridor y su hermano don Bartolomé que lo acompañaban, hasta el último soldado, postrados de rodillas oraron con fervor—pobres indios, y en abril del 65, también, en los brazos de una cruz, cuando teníamos tomada la ciudad y la*

revolución era un hecho, desembarcaron cuarenta y dos mil infantes de la marina norteamericana, y aquellos no oraron con fervor, sino que tomaron el teléfono y firmaron «aceptando la ayuda» y vendieron nuestro pueblo y en vez de perros, tanques de guerra enormes quebraban los intestinos de nuestros compañeros—. *Al fin la batalla se empeñó con denuedo y decisión y el éxito definitivo coronó los esfuerzos de las huestes castellanas que produjeron espanto* —con la anuencia del historiador— *en todas las tribus coligadas, cuyo número, según algunos historiadores, alcanzó al de treinta mil indios, en tanto que los españoles solo ascendían, poco más o menos al de doscientos*. En tanto que los infantes eran cuarenta y dos mil, y el número de los residuos del ejército regular «solo ascendían, poco más o menos (otra vez) al de doscientos». Miles de personas llevaban fusiles, lo del puente Duarte era un hecho: derrotadas las tropas regulares en la capital, las del interior se irían del lado ganador, entonces apareció la Virgen, la cruz no se incendiaba y los marines inventaron el corredor militar, dividieron la ciudad y crearon devoción entre los regulares ya vencidos por el pueblo en armas.

CAPÍTULO



usso me llamó y me dijo las incidencias de aquel domingo. La postura de Alberto, la de Samuel. Persio no asistió a la reunión. Tampoco Zinia. Quedaron de acuerdo en ir a La Vega, donde Juan, para allí reunirse y conversar nuevamente. Nada me han dicho ni me dirán. Puedo, sin embargo, imaginarme perfectamente ese viaje: dos automóviles: el de Samuel y el de Alberto. Ramón irá silencioso. Sanluis sacará a colación el tema (eterno) de la política y el arte. Russo quizá decida no ir, pero Mignón o cualquier otro lo convencerá: aquí no vas a hacer nada, los domingos en la capital son muy aburridos o a lo mejor Juan tiene chivo asado y mucho ron... Entonces irá. Noble se sentará silencioso entre todos pensando en el esquema de sus nuevos cuadros. Ese día —que puede ser ayer, hoy o mañana— Melissa me llamará por teléfono más temprano que nunca y Raúl, y Matilde querrá venir y mamá volverá a insistir en el asunto: Matilde está profundamente enamorada de ti... Tomaré la máquina de escribir y de inmediato sonará la campanilla de la puerta... Es así.

Samuel va conduciendo, la interminable cinta de concreto se mete bajo el automóvil con rapidez. Samuel piensa en miles de situaciones: en los días amargos de la dictadura,

cuando comía lagartos y caracoles en la isla Beata porque a los presos políticos no se les daba comida: en la prisión junto a Russo y los otros que desaparecieron. Aquella tuberculosis que lo mataría de un momento a otro, atizada por el salitre y el yodo marino. Desnudos, víctimas del mundo, de un universo que nos negaba todo. Allí, junto al preboste, jugábamos a los dados las cazuelas de caracolillos y los vasos de agua salobre... Ahora voy aquí en mi automóvil, miembro de una pequeña burguesía que quiere llegar a ser cabeza de revolución, que se siente capaz de orientarla, de llevarla a cabo. Comprendo, medito, leo, ¿amo a los demás o no los amo? No es posible haber pasado por la tortura sin quedar resentido para siempre. Salen a la luz mis viejos resentimientos, los dejo flotar, y entonces actúo hipócritamente. Con Paco, por ejemplo. Hace un esfuerzo enorme por ser escritor, por abrirse paso. Su madre le ha metido en la cabeza eso de hacer artículos y él lo dice a veces con ingenuidad y orgullo: mamá descubrió mi vocación. Digno de lástima, sí, pero también se hace digno de nuestro desasosiego, de nuestro afán por verlo largarse definitivamente del grupo. Pero ¿cuál grupo? Estamos jugando al grupo y no somos realmente sinceros. En el fondo, por cobardía, no le decimos: «mira Paco, no das para literato, te has colado en el grupo porque en abril también teníamos nosotros una misión política: podías redactar comunicados y memorándums, corregir cables de prensa en el edificio Copello, pero de ahí a escribir cuentos y novelas hay un abismo. Podríamos decirle que...»

—Ramón, corrígeme esto, me dice, y realmente siento pena. Yo paso las noches leyendo, estudiando. Él vive de orgía en orgía, con sus amigotes. Realmente no pretendo que se le expulse del grupo (¡mira qué lindo paisaje! ve más despacio, Samuel, quiero ver esos prados. ¡Mira el verde de los arrozales! ¿No ha ido nunca hacia Bonaó por Juma y Caracol? Es precioso...) ni que se le diga: Paco, no sirves ni para barrendero. Sin embargo,

así, por encima, me parece que los párrafos (bueno, algunos) de su intento de novela tenían buena arrancada. No digo que garra, garra no tiene todo el mundo. Entonces pienso, justifico un poco la actitud de Russo, deberíamos respetarlo y ayudarlo, pero luego medito: si nosotros mismos no podemos ayudarnos, si estamos cercados, buscando a ciegas un mundo que necesitamos descifrar... (Mira, Samuel, mira el fondo. ¡Llueve detrás de las montañas, en el valle!) Estas palmeras me recuerdan mi infancia, verdor de todo el año. Juan debe estar esperándonos porque le enviamos el telegrama anoche. No es que crea que Paco...

TRES DE LA TARDE : *Melissa*:

El bueno de Paco terminará casándose con la Matilde esa, afrentosa y descolorida. Ahora la debe estar estrujando allá en su casa a la orilla de la carretera. ¡Qué clase de mujer soy! Mira que decirle aquel día en el hotel Comercial que siempre me había gustado... pero es tan suave, tan atento, tan bueno, Raúl... Piensa que Raúl es su amigo y no sabe que Raúl no siente amistad por nadie. No sospecha siquiera que Raúl habla de él con desprecio: Ese maldito comunista... pero tú sabes que hay que tenerlos como amigos. En la revolución de abril Paco me fue muy útil; como estaba ahí, pegado a los jefes, evitó que me confiscaran parte del negocio. En la revolución de abril Paco le fue muy útil, porque de no haber sido por él, con la necesidad que había en la ciudad, le hubiesen echado mano a las mercancías y comestibles de los cinco negocios de provisiones que Raúl posee...

También a Juanito, aquel de los contrabandos, lo ayudó Paco. Le puso guardias a sus comercios y almacenes y conversó con los jefes de los comandos del sector para que todo aquello quedara vigilado. Y este Paco no se da cuenta de que sus amigos lo quieren solo por conveniencia. Me molesta verlo así, entregado, ingenuo, creyendo que vale la pena ser fiel a sus amigos, cuando los otros, los comunistas de su grupo, lo critican y dicen que tiene relaciones con este y con el otro...

No es que crea que Paco deba salir del grupo. Tengo la convicción de que es un buen tipo y un amigo excelente. Apoyo a Noble en esto. Pero Sanluis todo lo quiere ver con el ojo de la política. Sanluis nos mete entre ceja y ceja que debemos sacarlo del grupo, que este debe ir depurándose, que Paco, con tantas amistades ricas y tantos nexos con la pasada tiranía...

Este Paco hay que sacarlo del grupo, se lo estoy diciendo a Russo y a los demás. Yo no puedo aceptar un tipo que ni es escritor ni es revolucionario. Lo más que quiere (¡Mira, mira cuántas longanizas enganchadas! Detén el auto, Samuel, compraré una vara)... Deja eso para luego. Qué pasa, que todos están más que silenciosos, vamos, digan algo.

—Vamos, dilo tú, Samuel. Te gusta que los demás hablen, pero tú jamás dices lo que piensas.

—Si pensara en voz alta, mi querido pintor, hubiese tenido mayores problemas.

—Creo que el otro automóvil se ha quedado muy atrás.

—Ya nos alcanzarán. Noble es buen volante.

—Por fin Carlos Julio y Alberto decidieron venir.

TRES DE LA TARDE: *Raúl*

Me estoy cansando de tantas vainas. Ahora me llamará Melissa y querrá que volvamos a donde Paco. No

puedo dejar de ir allá por lo menos tres veces por semana. Y Paco medio se encojona cuando nos ve llegar juntos. Gesticula, como si le molestásemos. Ciertamente que hemos llegado a veces pasados, con una dosis mayor, pero se confunde mucho con el trago. Melissa me ha dicho de las sospechas de Paco. La he soltado para que lo amanse. Cuando logre meterlo en esto, ya lo tendremos, ya no podrá joder más con lo del comunismo... La verdad, me cansan su tono reposado y sus borracheras, porque dice muchas sandeces. Como aquella noche, le pusimos una dosis en el vaso sin que lo notase. Qué risa. El gran revolucionario diciendo disparates. Que Montoro, que la revolución, que si esto, que si lo otro. Ah, Melissa, pero creo que te estás enamorando. Anoche, en la fiesta del ministro, mientras bailábamos, cerraste los ojos y murmuraste el nombre de Paco. Y más tarde, cuando veíamos la colección de grabados antiguos de la embajadora, te acercaste a la esposa del ministro y volviste a mencionar su nombre por el mío. Cierto, hubo tragos, largos tragos, y este mar de confusiones que nos hace cambiar los nombres. Luego llegó Alberto, el amigo de Paco y salió con la esposa del ministro dizque a dar una vuelta por el malecón, mientras el embajador repartía a varios invitados en el Rolls Royce de la Misión.

—Los del automóvil de adelante van muy rápido.

—Es que llueve en el valle y querrán atravesar el lugar antes que arrecie el aguacero.

—Oye, hace unos días que me estoy tirando a la mujer del ministro, sí, la morena, alta, la de las ojeras.

—Muy extraña ella ¿eh? Tiene un tipo egipcio, esquemático, frontal, resultaría un buen boceto de su cara. Desde el primer día me pareció una hembra fácil.

—En una novela de Thomas Mann hay un personaje parecido.

—Si vieras aquella hembra desnuda. Me ha inspirado un cuento.

—Otro cuento inédito. Irás al periódico y dirás que tienes listo un libro. Saldrá tu foto y entrarás en el «figureo».

—Coño, Noble, te estás poniendo como Russo. No escuchas nada sin hacer una crítica mordaz.

—Viejo, es que te pasas la vida de hembra en hembra y escribes en función de los ejercicios de tu glande.

—Sabes que he publicado varios cuentos y que tengo uno premiado.

—Sí, y has publicado un libro de versos comemierda y sin sentido.

—¿No pueden ustedes estar juntos? ¡Parecen marido y mujer!

—Todavía no veo por dónde van los otros.

—Déjales quietos.

—¡Mira que linda longaniza!

—Carlos Julio oscila entre la longaniza y Thomas Mann.

—Dame un trago y déjate de pendejadas. Todo lo tomas en broma, maldito pintor. Cuando empiezas a hablar de tus bocetos y esquemas nadie osa interrumpirte.

—Qué sucede, viejo, ¿te ofendiste?

—No.

TRES DE LA TARDE : *Persio*:

Sin embargo es buena temática la de Paco. Comprendo perfectamente lo que intenta hacer. Lo que dudo es que pueda. No sé cómo a estos que no tienen temperamento se les ocurren temas sólidos, de buenas proporciones para una obra gruesa. El tema debió ocurrírseme a mí. Ahora viene este y lo daña. Va de grupo en grupo pregonando sus intenciones y lo que hace es actuar como el

caballo que pisotea la yerba que no comerá. Me gustaría tratar el tema que Paco tiene en mente, pero habría que imaginarse a los señoritos del grupete cuando se enterasen de que desarrollé un argumento ajeno. Yo ampliaría el radio de acción. Hablaría también de las primeras rebeliones de esclavos en la isla Española. Y de la rebelión de Enriqueillo y de la Colonia. Buscaría una especie de personaje único con la misma función subversiva en todos los períodos históricos del país. Pero si me lanzo ahora a esta aventura me acusarían de plagiarlo.

—Sanluis, ¿por qué no seguimos hacia Santiago?

—Si quieres podemos llegar, tengo amigos allí.

Cuando te hice aquellas críticas fui bastante duro, y hasta es posible que actuara egoístamente cuando vi que a este incapacitado se le ocurría un tema cojonudo.

—¿Sabes que el Químico y la esposa se largaron ayer del país?

—Yo creo que Russo tenía razón, el tipo debe haberse colado en el grupo para investigarnos, para ver en qué consistían las reuniones.

Ayer estuve largo rato sopesando las posibilidades del tema, y como me conozco, sé que no estaré tranquilo hasta desarrollarlo yo, para mí, aunque no lo publique nunca. El asunto estará en ver lo que vaya haciendo Paco, en ir siguiendo sus ideas y reformándolas, es decir, convirtiéndolas en literatura.

—¡Cuidado! No vires tan rápido. Maldito poeta, se te ha metido un complejo de Fangio.

Ayudarle a escribir y ver lo que escribe. Escribirlo uno para mostrarle cómo puede hacerse mejor lo desanimaría, pero los tropezones hacen levantar los pies.

—Leía yo algo de Ulises, el monólogo aquel.

Sí, debo hacerlo. Sería un experimento interesante. Una especie de juego sádico.

A esta hora deben estar llegando a La Vega. Me imagino las discusiones banales y la pedantería de Sanluis y los reproches de Russo otra vez. Quizás es el único que me estima. De todos modos trataré de escribir algo hoy, de continuar. No puedo seguir viviendo pendiente de los amigos, de las llamadas.

TRES DE LA TARDE : *Juanito:*

Nada, el plan es buscar a Luis y Pedrito, que traigan la guitarra y directos para donde Paco. La vaina de Paco es que siempre tiene la casa llena de literatos e intelectuales que viven hablando pendejadas. Son todos unos locos. Eso debe ser.

CUADRO

Aquí, en medio de la calle, con este sol abrasante, tengo la impresión de que es una bala grande —es enorme— y la siento girar dentro de mi cuerpo, no termina aún su recorrido. Si pudiese levantar un poco la cabeza vería, a mis pies, las trincheras y puestos de mis compañeros de lucha. Y a mi cabeza, los cascos de los soldados yanquis, apostados en los edificios más altos.

¿Cuánto tiempo estaré así? No siento dolor, pero no puedo moverme.

Como si me hubiesen soldado al asfalto. Como si me hubiesen pegado con cola de esa, fuerte, de esas

que utilizan en las ebanisterías para construir mue-

bles y marcos de ventanas.

Escucho

el ruido de las ametralladoras muy abajo, quizá por la Bolívar.

Los muchachos contestan el fuego. Arriba, unos doscientos metros, la respuesta del yanqui.

Lo imagino:

volcado, con la barriga hacia el infinito y esa sensación de sangre que se me escapa continuamente de la espalda... puedo seguir la trayectoria de las balas que

zumban de norte a sur, de sur a norte, como mi cuerpo, en esta una de la tarde en que nadie podría ni podrá siquiera arrastrarme; sería avistado inmediatamente por el enemigo, sería hombre muerto. En la mano derecha, abierta sobre la palma tengo todavía el fusil AR-15

Una locura. Yo no creo en nada de eso, ni entiendo.

Yo con mi ron y mis hembras, y ya. Le digo a Paco que deje esa vaina del comunismo, para ser culto no hay que ser comunista. Él dice que yo no entiendo nada. Mire eso. Que solo entiendo de mis “asuntos”, así les llama. Es bueno el Paco y tiene suerte. La vieja lo quiere mucho. Ayer me encontré con ella en la Mella, comprando fichas de póker; me dijo lo de Matilde; dice que Matilde le confesó que una noche regresando del Embajador Paco se tiró a la Matilde, y ahora ella cree —la vieja— que Paco debe cumplir con ella. No sé, a mí ella siempre me pareció medio puta, como la Melissa, pero menos. Que por cierto, ya corre la voz de que se acuesta con Melissa y esto va a traerle problemas con Raúl. Paco es un gran intelectual.

Se lo he dicho así
 a Pedrito y a Luis que
 también
 lo creen así. Para
 escribir artículos en los
 periódicos hay que ser
 intelectual... Yo le había
 dicho a Luis que le cuente
 a Paco todo el lío de su
 mujer, de cómo le pegó
 cuernos, y él la encontró
 con el amante, y todo eso,
 para que Paco escriba una
 novela, pero Luis no quiere
 hablar de eso. Le interesan
 solo los tragos,
 oír a Pedrito tocar bossa
 nova y de vez en cuando
 hacer su chiste de siempre.

—¡Qué te parece! Le habíamos avisado lo del viaje y llegamos y nada. El gran intelectual se olvidó de que un grupo de pendejos viajaría más de cien kilómetros para hacerle el honor.

—A lo mejor no recibió el telegrama.

—Ahí viene el otro automóvil. ¡Hey! Alberto, Juan no está. Se largó para la capital hace dos horas. Dice la trabajadora que aquí no han recibido ni telegrama ni nada.

—¡No me digas!

—Si hubiera sabido me quedo con Mignón. Me invitaba al béisbol esta noche...

—Habló el chiquito singón.

—Oye Sanluis, ¿estás de mi parte o no? ¿Te gusta o no mi pintura, maldito crítico?

—Me gusta, me gusta, querido tapón.

—Este es un viaje chino.

—Noble le pone nacionalidad hasta a los viajes.

—¿Qué hacemos?

—En Santiago hay un baile de carnaval.

—Tendríamos que andar de saco y corbata.

—Nada, lo que hay que hacer es regresar. Compra un ron, cualquier marca, no soy exigente.

Llegarán donde Juan y allí reunidos volverán al asunto, contra mí. Volverán a la crítica, mientras Alberto le mira las nalgas a la trabajadora de Juan. Russo se callará la boca. Sanluis hablará de la función social y política de la pintura de Noble. Noble hablará de que se harta de todo. Samuel leerá un nuevo poema. Carlos Julio dirá que Pirandello y Joyce son prototipos de escritores cerrados, de una nueva escuela, y que, naturalmente... Thomas Mann debe ser mejor estudiado; es un autor al que no se le ha valorado, definitivamente. Y... y suena el teléfono, ¡como no!

—Sí, mamá. Podemos hablar cuando quieras. Mamá, por favor... estoy ocupado ahora. Debo escribir... sí, sí, adiós...

Otra vez lo de Matilde. Enciendo la luz, descorro la cortinilla y destapo la máquina de escribir. Realmente ya no estoy seguro de querer escribir una novela, de si vale realmente la pena embarcarse en una empresa de este tipo.

ANTICAPÍTULO



stábamos en la baranda; desde lo alto del puente veíamos pasar los enormes pedazos de hielo. Veníamos de caminar lentamente y me preguntaste por Eddy, ¿qué hizo desaparecer a Eddy? y yo, te narré aquella historia, Mariella, una historia de heroísmo ilimitado y que ahora la leyenda hace que se confunda con la realidad. Y, si todo había sido así ¿por qué entonces Eddy odiaba al coronel?, ¿por qué? Por su pasado, porque pensaba que sus actos posteriores no podrían redimirlo jamás.

—Mira cómo flotan miles de preservativos en el agua. Es posible que aquí la humanidad haya decidido suicidarse antes de nacer, dijiste y te reíste. Te gustaba decir aquellas frases llenas de doble intención, pero era cierto: miles de condones bajaban desde lo alto del río depositados en las aguas como un tributo al placer de días anteriores, por las cloacas. Orgasmos y eyaculaciones de unos cuantos segundos persistían en las aguas como si aquel mundo de plástico pudiera seguir recordando, prolongando el estremecimiento. Pensamos en la cerveza, en el whisky, en los baratillos de Wall Street y de la 14, donde puertorriqueños y dominicanos se agolpan a comprar chucherías, igual que los viejos indios de América, ansiosos de entregar su oro al conquistador que les entregaba a cambio cuentas de vidrio y cacharros andaluces.

—¿Crees que Manuel podrá ir con nosotros? preguntaste, y el viento del Hudson llenaba de escarcha tus cabellos. Al Oeste, sobre los edificios y el hierro del puente de Manhattan se veían, lejanas, negras nubes de tormenta. Eran los días en que comíamos pizza a diario —pizza de 15 centavos el trozo— porque dinero y trabajo escaseaban. Eddy había conseguido colocarse en una fábrica de maniqués y Manuel y yo pintábamos casas en Nueva Jersey. De noche escuchábamos el programa de radio dominicano, de consumo exterior, en los que adivinábamos —con esa vieja malicia antillana que traemos dentro— lo que la dictadura pretendía ocultar.

Bajamos, otra vez lentamente, hacia el centro por las callejuelas donde la nieve vieja nos hacía resbalar. Yo calzaba mocasines ligeros y vestía un pantalón de cowboy apretado, cálido, forrado de lana por dentro. Tú llevabas tu abrigo negro de siempre, tus botas de siempre y el desarreglo de siempre. Pensabas desaliñada y constantemente en Eddy y también en Jimmy, aquel negro que tuvo que huir de Alabama porque golpeó a un senador y al que Manuel protegía a pesar de su marihuana y su cocaína. Recuerdo la amplia sonrisa de Jimmy y también aquella canción de Laserie: *hay una cosa muy negra en mi vivir, tal vez sea un gran querer lejano...* y me lo decía, todavía lo creo, que Laserie no podría llegar nunca a donde Benny Moré. Yo decía esto y entonces comenzaba la discusión. Manuel creía que Laserie era mejor cantante, daba sus razones, se acaloraba, hasta que Jimmy, de improviso ponía un disco de twist, el maldito twist y empezaba a bailar con una gracia enorme, una gracia de dos metros de altura y cien kilos de peso. Y nosotros allí: ¡dale! ¡dale! Jimmy. De pronto sonaba el teléfono. Cabrera llamaba para informarnos de la próxima reunión del comité de exiliados, en el que Eddy era, en pocos días, líder indiscutible.

Aquella tarde, no sé si lo recuerdas, bajamos hacia el centro, hacia donde el santomeño, al fumadero, allí debíamos esperar a Eddy. Me ajusté el sombrero lo mejor que pude y quise ponerte al tanto de lo ocurrido realmente con el coronel

Aguirre; quise decirte que todo aquello que se decía de él era cierto; y también quise decirte que era malo y bueno a la vez, o viceversa. Hoy lo tomará Persio como personaje de alguna novela y destruirá su reputación; o quizá Carlos Julio haga de él un personaje interesante. Persio dice que es paradigmático, que poco importa el hecho de si murió antes o después de los sucesos que él pretende narrar y si estuvieron rubricados por el coronel Paz, aquel al que Eddy, durante la guerra de abril persiguió para no encontrarlo jamás. Porque si bien la historia de Aguirre es oscura al principio la verdad sobre su muerte admite muchas variantes. Una de ellas, esta:

Eran las once de la noche y la ciudad estaba desierta. El Jefe había ordenado colocar en La Romana los polvorines del ejército. Durante años se estuvo trabajando en esto. Las órdenes del Generalísimo se cumplían, pero ¿quién conocía a fondo estos trabajos? Aguirre. Ya para entonces su enemistad con la dictadura había comenzado a tomar cuerpo. No es cierto lo que dicen de su muerte, que dizque por gritar vivas a un enemigo del régimen. Esa noche, allá en La Romana, se escucharon las primeras explosiones. Primero tres disparos, luego el incendio. Y en los balcones —pocos— los rostros cenizos de miedo. ¡Es al otro lado del río! ¡Están bombardeando! y allí, aquel anciano, casi desnudo en plena calle meándose y gritando: ¡Me acaban de avisar que estalló el polvorín! Y la gente asustada —miles— el polvorín a pocos metros de la ciudad y también poco más allá los tanques de gasolina amenazando también con incendiarse. Naturalmente, Aguirre había pensado en aquella fiesta que diera el hermano del Generalísimo, cuando este le regaló toda la costa este del país y parte de la isla Saona para que empezara su negocio de carbón vegetal y también para que demostrase que el poder había sido nuevamente restablecido. Aquello había sido terrible. El hermano del Generalísimo llegó con el rango de general y se hizo cargo de la fortaleza. Impartió órdenes precisas al gobernador y el señor gobernador dijo que sí. Y comenzó el negocio, la explotación

del mangle de la isleta; llegaban las barcazas llenas de carbón y el carbón vegetal llenaba los bolsillos del General. Y este General, hermano del Generalísimo, invitaba a sus amigos y amigas a fiestas que nacían y morían con el sol fuera. Eso se cuenta así, Mariella. Tú eras muy pequeña cuando sucedió eso. Las dos hijas de doña Matilde eran bellas y frescas como dos piedras de río y muy putas, además. Con enormes deseos de subir hacia la «high». Y el hermano del Generalísimo era, si se quiere, un puto mayor, pero con deseos de cagarse en la «high». Porque, además, el Generalísimo había acabado con los clubes y con las fiestas de alta sociedad en su época, la alta sociedad fue él solo; y así su hermano. Un buen día decidió darle un viajecito a la más pequeña de las hijas de doña Matilde. Se la llevó a la isleta y allí estuvo con ella y sus amigos por espacio de una semana. Cuando regresó le dijo a doña Matilde que deseaba permiso para darle un paseíto a la otra, llamada Luisa, y se llevó también a Luisa a la isleta, con Juana; y con las dos hermanas estuvo allí, durmió con ellas sobre la arena mojada, bebió champagne y whisky e hizo todo lo que le dio la gana. Pero, además, cuando volvió —mucho o poco tiempo después, que eso no importa— le dijo a doña Matilde —buena hembra— que si deseaba ella acompañarlo a la isleta. Y con ella durmió también sobre la playa y se hartó también con ella. Y pronto vivieron bien aquellas muchachas, y decían —decían— que en la cama la madre había funcionado mejor que las hijas. El General decía que eso era natural, porque la madre tenía veteranía y a las hijas había que «educarlas». Imagínate, Mariella. Se produjo el escándalo. Pero ¿quién osaba oponerse a los designios del General, a las necesidades más urgentes, animales y perentorias del hermano del Generalísimo? Él era un hombre alto, de buen porte, aunque ya viejo, con muchos años y arrugas en el rostro. El gobernador sufría todo eso porque era hombre de bien, hasta que un día, el hermano del Generalísimo decidió por sobre la cabeza de aquella aristocracia azucarera —empleada de los ingenios y centrales norteamericanas— un balde de mierda y

basura y trajo desde la capital dos melenudos sucios y llenos de remiendos. Los trajo y procuró que todo mundo los viera así, como eran, sucios y melenudos. Después los hizo afeitar y bañar. Los vistió y anunció en el club más aristocrático (previa invitación de papel de hilo) con una gran fiesta, al son de tambores y cornetas y la banda de música municipal y protegido por su enorme escolta militar, que la Juana y que la Luisa contraerían matrimonio dentro de una semana con aquellos señores capitaleños, que eran sus novios y que él sería el padrino de bodas. Y el hermano del Generalísimo visitó al señor cura y le expresó que deseaba aquella boda con buena cantidad de latín —se celebrara como era acostumbrado en las bodas solemnes— y además, con el mayor retintín y varias amonestaciones en una sola semana, por lo que se entreveía la rapidez que ya entonces tenía el General. Dos días antes del evento comenzaron a llegar camiones cargados de bebidas y de sillas, porque las bodas habrían de ser celebradas en la residencia del General (te narro todo esto para que tengas una idea de todo ese mundo que muchos niegan, pero que otros no se atreven a creer) y a la boda asistirían todos los personajes importantes de la localidad, a excepción, naturalmente, de los integrantes de la oposición: un pequeño grupito de necios —según el General— encabezados por un joven maestro de escuela primaria llamado Pagán y por un tal Natera, antiguo guerrillero de la primera intervención armada de los Estados Unidos en Santo Domingo, que murió asesinado después por el Generalísimo. Así, pues, entre el temeroso silencio de la «high class» y la risa de la pequeña oposición, se inició la celebración de las bodas. De improviso, en plena celebración, las luces de la iglesia se apagaron y el General salió disparado hacia el patio del recinto, saltó una verja, se introdujo en su automóvil negro, su Cadillac, y arrancó hacia su finca, dejando instrucciones a los soldados de que todo mundo debería acudir a su fiesta.

De modo que cuando el gentío quiso salir de la iglesia, se encontró con los soldados y las ametralladoras, amenazantes

y violentos, que cumplían las órdenes del General. ¡Todo el mundo debe ir a la boda! Y así fue, Mariella. Y uno de los capitaleños escogidos para el cuento de las bodas, Paco, sobrino del coronel Aguirre, cuenta que alguien había sido sacado de la cárcel a condición de que se matrimoniase; y no digo que esto haya sido motivación suficiente para crear animadversión en Aguirre, pero me atrevo a asegurar que allí se encendió la chispa de su rebeldía... (MARIELLA, AÚN VEO TU PELO ENVUELTO EN MEDIO DE AQUELLA TORMENTA. ÍBAMOS TAN JUNTOS QUE SENTÍA SU RESPIRACIÓN CÁLIDA. Y SÉ QUE PENSABAS EN EDDY. QUE PENSABAS EN EL POR QUÉ AL FIN Y AL CABO PRETENDÍAS QUE CAERÍA EN TUS BRAZOS. PERO TODO FUE UN FRACASO. SI LO VIERAS HOY TE SORPRENDERÍAS. TIENE CUATRO HIJOS, VIVE CON UNA PUERTORRIQUEÑA, TRABAJA DE CONTABLE EN NUEVA YORK ADONDE REGRESÓ DESPUÉS DE LO DE ABRIL. Y DICEN SUS AMIGOS QUE DE VEZ EN CUANDO LE DAN ACCESOS DE AQUEL MAL TAN GRANDE QUE MATÓ A SU HERMANO...) La fiesta fue maravillosa. Cerveza, ron, champaña. Los novios allí junto con sus esposas, cerca del General. Tras una verja de zinc el maestro de primaria observaba el espectáculo y reía. El señor gobernador con su señora esposa asistían al acto, con su hija mayor y con su hija menor, desde luego. Y el señor director de rentas internas y su esposa. Míster Pillgrin, el administrador del central azucarero y asesor de los bateyes y comercios americanos (que pagan religiosamente su diez por ciento al General) estaba allí también, con su rubia hija mayor, graduada en Oxford. Y así, la alta sociedad se reunía en aquella boda de envergadura. A las tres de la mañana la borrachera se fue haciendo general. Hasta los de oposición recibieron, por encima de la verja y a escondidas del General su pequeña ración de whisky. De pronto el General se incorporó de su asiento, se acercó tambaleante a Juana, lentamente, la desnudó con la mirada y tomándola por la cintura la levantó en vilo para colocarla en medio de la mesa principal

mientras gritaba con los ojos inyectados y la voz gangosa: ¡Dónde están mis dos mujeres, coño, que vengan mis dos mujeres! La alarma cundió en aquel patio alfombrado de grama verde y enormes árboles frutales y se inició la desbandada. La esposa del gobernador provincial se cubrió los ojos con ambas manos y exclamó: ¡Dios mío, qué escándalo! mientras el gobernador ponía sobre los ojos de sus hijas su duro sombrero de pajilla importado, en un gesto inútil por hacer desaparecer la imagen creada momentos antes por el General. La esposa del director de rentas sufrió un desmayo y la hija de Mr. Pillgrin perdió un zapato en la carrera hacia la puerta principal. Pero allí, en la puerta, estaba aquel teniente y su guardia con la bayoneta calada y las ametralladoras apuntando. Y aquel teniente, comandante del grupo de guardaespaldas del General decía: señores, lo siento mucho, pero la fiesta no ha terminado, todo mundo a su puesto. Y aquel tumulto que se había lanzado como una sola fuerza hacia la puerta principal fue reculando, reculando, ante el amenazante filo de las bayonetas y las ametralladoras. ¿No oyeron, coño? ¡Todo el mundo a lo suyo! volvió a decir el teniente aquel de mierda; y el señor gobernador provincial y el señor director de rentas internas y Mr. Pillgrin y su hija, perdidas las esperanzas, regresaron. Y la fiesta continuó, y la única alternativa posible era hacerse el bobo y no ver hacia donde el General, rasgando las ropas nupciales de Juana y besándola en el ombligo y de allí hacia arriba... El maestro rural y la esposa del farmacéutico miraban por las rejillas de la verja, cuando ante el asombro de la concurrencia (un asombro menor, que había perdido su fuerza inicial) tomó a Luisa por la cintura e hizo con ella lo mismo, solo que a Luisa empezó a besarla del ombligo hacia abajo. Y entonces, aquello ya no tuvo manera alguna de «componerse» y aquella gente, más violentamente que antes, dolida en lo más hondo, rescatando aquel último resquicio de dignidad que le quedaba, se hizo compacta y pudo romper el cerco armado y no fue posible ya detenerla, porque ya para entonces estaba claro que muchos hubieran preferido el disparo o la bayoneta antes

que seguir presenciando aquello. Y así fue como la residencia del General quedó completamente vacía y fue como el General, en un momento de reposo, sacando la cabeza de entre los pliegues del vestido de Luisa se dio cuenta de su soledad y gritó desesperadamente: ¡Coño, y los malditos invitados del carajo dónde están! ¡Hey! ustedes, comemierdas, salgan en los yips y tráiganme de nuevo a los invitados, que la fiesta no termina, ¡coño!... Y así fue como cinco yips militares con sus ocupantes armados con fusiles y ametralladoras fueron recogiendo casa por casa a los invitados, y media hora después la fiesta continuaba y el padrino de bodas entregaba sus esposas al tal Paco y al otro muchachote, que le miraba con admiración y miedo a la vez... Y volviendo a lo de Aguirre, allí poquito más lejos, pero de todos modos allí, los tanques de gasolina. Y la gente llena de pánico. Nadie se explicaba cómo había tenido lugar todo. Aquella carta que dejó Aguirre lo explicaba, dicen...

Entonces, ¿por qué Persio quiere tomarlo como paradigma de lo peor, Mariella? ¿Por qué? Cada uno es responsable de sus hechos. Y la carta dejada por Aguirre —que se suicidó, dicen— hablaba de que los supervivientes de la explosión se encontraron en una habitación abandonada. Llegaron hasta la capital por diversas vías y se encontraron finalmente en aquella habitación. Escucharon la radio que daba parte de los muertos y el parte de los muertos los incluía. Eran tres, Mariella: Aguirre, un tal cabo Ramírez y otro, cuyo nombre no recuerdo. El parte manifestaba que un grupo de personas habían perecido en el sabotaje. Y la gente del Partido Comunista me dijo que efectivamente, se trataba de un sabotaje y que Aguirre era el hombre clave y que había muerto como un héroe para no delatar el movimiento... Y de seguro se acercaron a la ventana y vieron las calles limpias y pensaron que todavía, al principio, no era un plan suicida o que, por lo menos, nunca lo pareció. Y según los muchachos del partido es posible que Aguirre, ese que se quiere tomar como paradigma —del mal por unos, del bien por otros— dijera que no pensaba en

el fracaso, que una revolución no fracasa mientras quedan hombres honestos que la defiendan. Y es posible que dijera también —quizás pensando en aquel Paco— que los privilegios que llevaron al grupo a la decisión de iniciar la lucha con la quema del polvorín y de comenzar un movimiento para derrocar al régimen, seguirían creando descontento en el pueblo. Y según los muchachos del partido diría: «la semilla de un nuevo orden está sembrada». Y diría también que tenía confianza en que militares honestos, más tarde se levantarían contra el sistema, gobernase quien gobernase. Y sucedió así, porque no podemos olvidar lo del 65 Mariella, una guerra que era un sueño que se convirtió en pesadilla cuando cuarenta y dos mil soldados norteamericanos, como en los tiempos de la Roma imperial, cortaban la cabeza de Decébal y pretendían llevarla a tierra como un galardón. Pero sabemos bien, Mariella, que la cabeza de Decébal nunca llegó a Roma, y que en Roma hubo que matar a un esclavo parecido a Decébal, rey de los Dacios, para mostrar su cabeza a la multitud, que inconscientemente gritaba por más sangre creyendo que el derrocamiento y la muerte de los enemigos del imperio apaciguaría su hambre. Y también dicen los muchachos del partido que el cabo Ramírez —que había sido torturador del régimen hasta 1960— expresó que no todo estaba perdido, aunque para sus familiares ya eran muertos irremediables. 20 Cuando Gonzalvo figure como muerto, cuando sea un desaparecido más, estaremos tranquilos. De lo contrario, habrá que decidir aquí mismo nuestra suerte. No retornaremos al cuartel y no podremos salir a la calle sabiendo que el traidor permanece vivo. Eso sería denunciar el movimiento. Vendrían los interrogatorios violentos que tú conoces, Ramírez. Y ninguno de nosotros sabemos cuánto resistiría. Es mejor no pasar la prueba... Y así. «El coronel tiene razón, salir es entregar al movimiento». Y así. Hasta que el coronel Aguirre sin dar mucho tiempo a elucubraciones y razonamientos, toma la

ametralladora y dispara contra sus compañeros; los deja allí, tendidos. Y cuando los agentes de seguridad suben las escaleras atraídos por los disparos encuentran los dos cadáveres... (¿TE ACUERDAS, MARIELLA? ÍBAMOS EN EL TREN DESPUÉS DE LA ENTREVISTA. VEÍAMOS Y CLASIFICÁBAMOS LOS CÓMICOS ESTILOS DE DORMIR DE LOS VIAJEROS DEL METRO. AQUEL CON EL CUELLO RÍGIDO QUE PARECÍA UN TRAGADOR DE ESPADAS, EL VIEJO QUE DORMÍA TODO EL TRAYECTO EN EL VAGÓN, PERO QUE DESPERTABA JUSTO EN EL MOMENTO DE LLEGAR AL PUNTO DONDE IBA A BAJARSE. Y AQUELLA NEGRA, LLENA DE HERIDAS LA CARA (NO RECIENTES, SINO VIEJAS, CICATRICES), POR TODO EL ROSTRO QUE HOY DORMÍA ALLÍ EN EL VAGÓN, EN EL MISMO SITIO DONDE YA LA HABÍAMOS VISTO DORMIR OTRA VEZ. Y EL PUERTORRIQUEÑO BORRACHO QUE VINO TODO EL TRAYECTO HABLÁNDOME EN INGLÉS Y QUE CUANDO LE DIJE QUE YO NO HABLABA INGLÉS ME RECLAMÓ Y DIJO QUE ENTONCES PARA QUÉ VIVÍA EN NUEVA YORK; EL MISMO QUE CUANDO LE RESPONDÍ QUE NO LE IMPORTABA AQUELLO, INTENTÓ DARMER UN BOTELLAZO QUE PARÉ CON EL CODO Y LE DIJE QUE SE FUERA A LA MIERDA Y TUVE QUE DARLE CON EL PUÑO EN MEDIO DE LOS OJOS PARA FRENARLO, HASTA QUE VINIERON DOS NACIONALISTAS, TAMBIÉN PUERTORRIQUEÑOS, Y LO SACARON, Y ESTA ERA LA QUINTA VEZ QUE TENÍA BRONCA EN EL METRO. Y RECUERDAS, QUE LLEGAMOS A DONDE MANUEL, Y AQUELLO DE NARRAR QUE UNA ITALIANA O BELGA, Y DECIR CÓMO ENCONTRAMOS EL CADÁVER DE AQUELLA MUJER SOBRE LA NIEVE, Y LAS FOTOS DE MANUEL PUBLICADAS EN LA REVISTA LIGHT O LIFE, FOTOS TOMADAS CON UNA CÁMARA PEQUEÑA A LA LUZ DE UNA CERILLA EN PLENA CELDA, DESPUÉS QUE SE NEGÓ A DESEMBARCAR Y NO FUE CAPAZ DE PROTEGER A LOS PRIMEROS, QUE YA HABÍAN DESEMBARCADO Y

CAÍDO EN MEDIO DEL FUEGO ENEMIGO...) Cuando los agentes de seguridad recibieron la otra noticia corrieron hacia el margen del río Ozama y recobraron el cadáver del capitán Gonzalvo con un disparo en la nuca. Y según los muchachos del partido, el coronel Aguirre murió, posiblemente, en lucha con la policía. Y entonces... ¿por qué hacer de él un paradigma de la maldad?, ¿por qué prolongarlo y prolongarlo hasta convertirlo en el coronel Paz, por qué?

Mira Mariella, hoy no hace tanto frío y el cielo en Manhattan está lleno de golondrinas. Hay más preservativos que nunca en las aguas del Hudson, bajan cardúmenes de condones por la corriente. Debe haber sido una noche dura para los neoyorkinos, deben, te digo, haber rebasado todos los límites posibles de la inhibición... Y te ríes, te ríes maliciosamente, mientras sigues pensando en Eddy.

ALBERTO



stábamos reunidos, y yo pensaba en el fuego de abril, el fuego de aquellas granadas de los morteros cayendo, en aquel automóvil incendiado y nosotros intentando protegernos porque desde la torre de Los Molinos —al otro lado del río— el sargento Lukas, luego muerto en VietNam, hacía fuego contra la población indefensa. Y juro que sentí el mismo escalofrío, aquel de las noches de cárcel, cuando nos sacaban de las celdas a la una de la mañana y nos desnudaban. Eran los tiempos del coronel Paz. Dirigía los servicios. Venía a «visitarnos». Paco me miraba con los ojos preñados de temor y silencio. El coronel Paz... ¿por qué no hablar de él, de su asquerosa vida? Es un buen tema. Hace tiempo que pienso (¿piensas? o te hacen pensar) en utilizarlo.

Estábamos en el Palacio de gobierno: 15 de junio de 1965. De improviso, sonó el conocido cañoneo. Por debajo de los puentes de madera crujieron las raíces de una primavera sorda. Y antes, los cañones enemigos sonaban en el casco de la sabana y ellos, mirones, pobres soldados, alzaron el rostro, el cansado rostro campesino. La gente de Bayajá, sentada junto al terrateniente mulato, ya había recibido la noticia. Del mismo modo que nosotros cuando ayer en la madrugada desembarcaron los marines en Haina. Traen enormes tanques de guerra Shermans,

grandes fusiles automáticos y cañones 105 sin movimiento de repetición, con disparador electrónico. Dicen que vienen a probar esas armas aquí. Luego irán a VietNam mejor entrenados. Vienen del fondo de la noche, de lo más oscuro de la noche. Y allí estuvimos, con ellos dentro, desplazándonos contra ellos, viviendo y muriendo contra ellos.

—Déjame fumar.

—Es el último cigarrillo.

—¿No han estado hoy en las trincheras los «palomitos»?

—No han podido.

—Y sigo fumando cigarrillos yanquis.

—Ya veo.

—Mira la luna.

—En cualquier momento se convierte en nuestra enemiga. Si nos alumbra, nos denuncia.

—Que va, ellos tienen focos ultravioletas e infrarrojos y nos ven en plena noche como si fuera de día.

—Eso dicen.

El coronel Paz está con ellos.

—Por ahí anda Eddy tratando de matarlo, vino a eso.

—¿Eddy es el hijo del coronel?

—El mismo.

—Dicen que anoche hubo seis bajas yanquis en Villa Francisca; los del comando B-3 dispararon sus 50 mm contra bultos a la una de la mañana y acertaron.

—No entiendo por qué no han bombardeado.

—Temen pelear.

—...Hernando Montoro, con gruesas polainas hasta la rodilla, sombrero de ala redonda y látigo en la mano, gesticulaba en medio de la noche: de improviso surgía de las tinieblas, giraba sobre sí mismo. Esclavos y seguidores le miraban con temblor en los labios. Hablaba y hablaba como un endemoniado, se oponía a la decisión real. Crecido en sus cinco sentidos de hombre quemado por la sal marinera, quebrado por el sudor, portaba sobre el faldón casi medieval, junto al cinturón de cuero legítimo, al lado derecho de la cadera, un largo puñal con mango de oro. Alto, casi negro,

curtido por el sol y el yodo, joven en sus cuarenta años, Montoro había encendido con sus palabras arrogantes el ánimo de la comarca. «Oíd el cañoneo —dijo— creen que nos asustaremos...»

—¿Qué dices?

—Una vez leí esto y se me quedó para siempre en la memoria.

—¿Y ese Montoro, quién fue?

—Pudo ser un héroe nacional. Se rebeló en 1605 contra la despoblación del norte. Cientos de hombres lo siguieron. La Corona española tuvo que buscar refuerzos en Puerto Rico, pero no logró domeñarlo; se largó para Cuba y allí encabezó un nuevo grupo armado, fue el primero de los primeros...

—Nunca lo oí mencionar.

—Así es.

—Pienso en esa frase tremenda: Oíd el cañoneo, creen que nos asustaremos. Cualquiera día tendremos que pensar así.

—Vamos al César.

—Vamos.

—Enriquillo dijo que tocaría temprano y los muchachos que no están de servicio se comerán su pizza y cantarán.

—Hoy no habrá tragos, Francis lo ha prohibido; dice que los yanquis pueden atacar en cualquier momento.

—Así es, vamos.

—Mira la noche de junio. Es clara. De un momento a otro verás caer las bombas y hasta el color de las explosiones. Con tus ojos, sí, con tus ojos verás el río de cadáveres que fueron antes niños y viejos, todos indefensos. Santo Domingo está cercada por el odio. Tras el viejo mar, el Caribe Mar, sus aguas anegadas de tiburones besan el farallón y se retiran con el labio destrozado. Relumbra el trazo de las balas y aumenta el tableteo de las ametralladoras. La gente se refugia como puede en las calles; los combatientes, heroicos, caminan en zigzag para burlar el vuelo recto, duro, de los proyectiles enemigos, presintiendo la muerte. Sonó el conocido cañoneo. ¡Creen que nos asustaremos!

CAPÍTULO



¡ ué misa! Allí, reunidos en la hipocresía los «dueños» del país. Esos mismos que me convirtieron en un instrumento de sus intereses cuando recién venido de Nueva York no tenía yo una verdadera orientación política. También estaba Matilde —desde hace días se mudó con todas sus pertenencias a casa de mi madre, que dizque necesita una hija que la ayude y la comprenda—, muy guapa, vestida de negro; un vestido ceñido que le sienta muy bien el collar blanco de perlas auténticas (de mamá) y los ojos entornados bajo las pestañas pícaras, engañosas.

La misa estaba dedicada a la hija de una amiga de mi madre. Vi en la primera fila a don Esteban, un hombre que nunca dijo sí a la dictadura, y que, cuando se presentó la oportunidad, encabezó grandes grupos y enormes manifestaciones a favor de una agrupación popular que luego se convirtió en partido político, todo ello sin que lo sospecháramos los simples antigobiernistas, los ingenuos. Un plan interesante: transformar en partido una organización de masas aprovechando el furor popular del momento, lanzarla rápidamente a elecciones aprovechando los resortes de un gobierno que representaba sus mismos intereses y encaramar legalmente en el poder a las clases pudientes del país, las mismas que habían auspiciado la dictadura

y también las mismas que rápidamente se acomodaron en la oposición una vez muerto el Generalísimo. Y don Esteban, un poco ingenuo, pero aprovechando el prestigio de su postura de muchos años, encabezando esto. Cuando regresé de Nueva York firmé los documentos del partido y corrí tras la figura inmaculada de aquel hombre. Me reconocían mi capacidad intelectual, pasé de una vez a los comités de prensa del partido y se me facilitó un buen empleo en el gobierno; fue entonces cuando empecé a ganar dinero, a ser un empleado importante. Noté sin embargo el desinterés con que el secretario general del partido trataba al campesinado pobre; a ese campesinado que se desplazaba de su lugar de origen y recorría cientos de kilómetros atraído por la fama de don Esteban. Fue entonces que se nos dio la orden de iniciar campañas anticomunistas y de acusar a su vez de tales a aquellos partidos considerados mayoritarios. Mientras, en las calles la lucha entre el pueblo y los remanentes de la tiranía se convertía en abierto enfrentamiento, en choque partidista. Allí estaba Paco, en medio de la barahúnda y sin embargo observando, lentamente, cuidadosamente lo que acontecía dentro del partido. José Miguel llamó un día y me propuso algo que acepté gustoso: formar una facción en el seno mismo del partido para frenar lo que él llamó «las derechas». Nunca supe antes que existían «las derechas». En las reuniones del partido se decía que este representaba a «la izquierda» y los comunistas eran tratados de «ultraizquierda»; sin embargo, empezábamos a sentir el engaño. Estábamos tan adoctrinados por la organización que leíamos con enorme prejuicio todo aquello que sonara a «ultraizquierda». Leíamos, sí, pero para criticar, para acusar, y, sin darnos cuenta, para mentir. Como yo tenía acceso a las reuniones del comité central pude conocer a sus integrantes. Allí estaban, juntos, los «representantes» de una sociedad que hablaba de masas con cierto desprecio, dando por descontado que los allí presentes eran todos de «buena familia». Yo recordé entonces los barrios de Villa Francisca,

donde pasé los años infantiles, cuando el coronel Aguirre era un simple soldado, un clase más. Comenté con mamá aquello alguna vez. Ella había firmado también aquel documento y todavía es amiga de ellos y de ellas. Yo me fui separando poco a poco del partido y cuando José Miguel, miembro del comité del Distrito, sugirió aquello, estuve de acuerdo. Para no levantar sospechas incrementamos la virulencia radial y escrita, pero empezamos a descuidar conscientemente el trabajo proelecciones en los sectores capitalinos. Durante seis semanas estuvimos en contacto con la dirigencia política de otros dos partidos mayoritarios. Poco después, y ante la sospecha de antipartidismo, renunciaron en pleno los grupos del Distrito; yo quedé dentro, pero ya José Miguel y los otros me habían «abierto los ojos». Comprendí la razón de las tantas visitas del cónsul y funcionarios de la Embajada norteamericana; la instalación de un teléfono directo con el consulado y así, iba saliendo del engaño, mientras veía con pena cómo eran utilizados otros de mis amigos. Había siempre el cuidado de mantener dentro del comité central a un par de tipos humildes, obreros de preferencia, previamente colocados con buenos sueldos en dependencias gubernamentales. Era la época del regreso del exilio de los antigobiernistas y cada uno quería ser político. Cada uno quería llegar al poder, como fuera. Los veintitantos partidos políticos que entonces se formaron estaban dirigidos en su mayoría por exiliados. Esto hizo que se produjera inevitablemente una definición de posturas. Pudo entonces verse que la mayoría del grupo antigobiernista en el exilio estaba podrida, que su afán por derrocar a la dictadura no era sino un deseo de arribar a un puesto que envidiaban. Algunos, nacionalistas, mantuvieron sus posturas y no cedieron ni a presiones ni a prebendas, pero los más se convirtieron en empleados del Estado, grupos con nominación partidista que exigían todo: la exoneración de vehículos, muebles y equipos que no utilizarían... época propicia para enriquecimiento «lícito», para el reclamo de tierras dejadas por el Generalísimo, para la

exigencia de indemnizaciones para cubrir los «daños» de un exilio muchas veces cómodo, subvencionado por colectas públicas cuyos fondos jamás aparecieron. En fin, una época de corrupciones solapadas, recubiertas del prestigio que traía consigo el haber estado en el exilio. Y nosotros, los más jóvenes, que habíamos escuchado durante años la voz de los líderes y luchadores verdaderos en la radio extranjera, identificábamos todo exilio con la honestidad y valor y comparábamos a todo exiliado con Mauricio Báez o Andrés Requena, sin comprender el engaño. Pronto aquel partido cayó en manos de estos otros exiliados, de los «jugados», cuyas conversaciones me llenaban de odio. Exiliados cuya actividad principal era el contrabando y la venta de divisas para «incorporar a la lucha del partido la ‘experiencia’ de exiliados cubanos ‘gusanos’, anticomunistas de toda laya y expertos en luchas verbales insospechadas. Un día de diciembre de 1962 llegué a mi despacho en el partido y encontré allí instalado a un técnico radial cuyo historial conocía: había intentado asesinar en Cuba —después del triunfo de Fidel Castro— a otro exiliado que tenía funciones directivas en el partido. Pese a la oposición de una parte de la dirigencia, el técnico (Manés) se quedó en mi lugar. Dos o tres días antes de las elecciones quedé vacante; sospechaba la creencia de partido en su triunfo; nosotros ya no éramos necesarios, se comenzaba a nombrar a quienes luego serían objeto de cargos importantes en el próximo gobierno. Visité la oficina de don Esteban, lo encontré eufórico. Los altos oficiales de las Fuerzas Armadas —dijo— le habían asegurado el triunfo. Le expliqué mi caso. Llamó una vez y otra al secretario general y a otros funcionarios del comité central sin poder aclarar nada. Pero al final me dijo que no tenía importancia, que regresara después de las elecciones. Yo interpreté aquellas palabras como «vuelva después que hayamos ganado». No ganamos, sin embargo. Yo asistía, a pesar de todo, al conteo de los votos que se hacían telefónicamente de provincia en provincia. A las tres de la mañana el secretario general del partido

desapareció. Entonces comprendí. Llamé a José Miguel. «Mira, dijo, no podíamos permitir una nueva dictadura. Estamos celebrando, ven para acá...» Supe entonces que tenían razón. Supe que el partido había apoyado o silenciado matanzas de campesinos, desalojos en las regiones este y central del país y entendí cabalmente a aquel grupo de millonarios, ricos, aristócratas y plebeyos corruptos que lo único que deseaban era escalar posiciones. Experimenté una amarga sensación: la de haber sido atrapado durante meses, trabajando para ellos... Sin embargo yo también había estado viviendo para mis ideales, estos se iban aclarando paulatinamente, hasta que se hicieron transparentes en 1963, 25 de septiembre, cuando ese mismo partido que pregonaba la democracia, apoyó con firmas en medio de las cámaras de televisión, el golpe de Estado militar que culminaría con el asesinato de los prisioneros de las guerrillas de Manacías y el estallido revolucionario de abril de 1965. El agrio proceso sigue en pie... ahí está todavía don Esteban. De vez en cuando, ya sin fuerza moral, produce un comunicado de prensa, alguna sosa declaración. Una especie de método para evitar que lo olviden.

Recuerdo que a raíz del golpe el coronel Aguirre me dijo: ¿Ves tú como son todos unos comemierda? Ahí están, peleándose por el botín. Yo los cogería y los fusilaría a todos. Él los conocía.

Ya para ese tiempo el coronel Aguirre estaba casi fuera de servicio. Tenía mejor sueldo y poco trabajo. Decía que lo habían inutilizado y los odiaba. Le habían dado una finca de café en Moca mediante arrendamiento del Banco Agrícola y allí criaba ovejas y de vez en cuando daba alguna fiesta. Estaba en decadencia. Perdía importancia. No lo utilizaban, pero tampoco lo molestaban porque le temían. Allí estuvo, neutralizado, hasta que se presentó aquel asunto de Manacías. Fue entonces cuando él se dio cuenta de que solo era importante para ciertos casos y poco a poco se fue apagando. Un día discutimos —después de los sucesos de abril— y luego se suicidó.

Allí está sin embargo don Esteban. En esa aparente paz con su conciencia. En la primera fila de la misa. Y ahí está también mamá, todavía influida por ese grupo. ¿Cómo pedirle que tome conciencia? No podría cambiar sus esquemas. Tendría que volver al principio de todo. Renunciar a su vida de canasta y de póker (lo único que la mantiene animada) porque se ha ido cansando de los libros y es capaz de vivir con los seiscientos dólares de pensión que el Estado le entrega desde la muerte del coronel, aunque sabe, como se lo he dicho, que con los doscientos dólares que recibo de los artículos y lo que produce la finca podríamos vivir sin tener que seguir recibiendo la limosna del coronel. Pero no. La imagen de Aguirre debe estar presente todavía en ella. Por eso me he ido aislando, para no escuchar las necias conversaciones de sus amigas que no dejan de elogiar la memoria del coronel. Le he dicho que deje eso, pero ella responde que el día que haga pública su disconformidad con Aguirre, habrá perdido contacto con ese mundo falso, pero que la entretiene. Vive atrapada. Y ahora aparece Matilde. Putísima como la que más, como no me imaginaba y se le quiere meter de por medio. Le intereso, claro, pero también le interesará la finca, y la pensión de la viuda y todo ese mundo donde se mueve la vieja. ¡Pobre Matilde! Yo ni le trato el tema. En el fondo no es mala. Y, además, temo un escándalo, un encuentro con Melissa, que es bien tremenda; o con Mignón, que en cuanto se emborracha cae por casa y me cuenta lo que es y lo que no es.

«It e Misa est».

ANTECAPÍTULO



e pregunto cómo vas a hablar de tus actividades dentro del partido en Santo Domingo si al regreso de aquel viaje a Ginebra te fuiste a Santiago. Era la época de aquel proyecto general que aún desconocías. El sol de la mañana resbalaba sobre el monumento a la paz levantado por el Generalísimo, donde los domingos subías a ver la ciudad, con sus casas techadas de zinc y sus amplias arboledas, y donde la brisa sopla fresca y olorosa a tierra cultivada. Recuerdas que el coronel Paz llamó por teléfono para protestar ante la junta organizadora de no sé qué asociación, porque pensaba que sus terrenos de la carretera Duarte iban a ser afectados con la creación de una universidad allí cerca. Esa noche —ya tenías la llama de la revuelta dentro— recibiste una llamada. (Y ¿cómo es eso de Los Mina de que vives junto a líderes políticos de base?) La reunión a las diez de la noche. Tomó la palabra el amigo —tu amigo— Sócrates, secretario del coronel Paz y manifestó su desacuerdo. Tú tratabas de explicarte el motivo de todo aquello. El Generalísimo había muerto hacía algunos meses. Entonces escribiste aquellas líneas que guardas hace tiempo y que son como un documento del que no te deshaces por cariño, porque no deseas olvidar

tu pasado, porque no te sientes culpable de haber vivido en ese mundo.

Anotaste los datos siguientes:

«Cuando se produce la muerte del Generalísimo esta gente cree que le viene encima el de-

sastre. Las empresas del Estado siguen estando en manos del Estado. (—Di. ¿Cuál es tu verdadero nombre: Persio, Carlos Julio, Alberto, Zinia o qué? No es posible este mundo de confusiones.

Este afirmar y negar lo mismo).

Pero hablan también de que el comunismo se acerca y de que lo mejor es evitar

que la miseria siga creciendo. (Recuerdo la cita de *El Gatopardo*: debemos ceder en algo para que todo continúe igual —más o menos. Y traía yo ese mundo de claridades que me dieron los Max. Y sin embargo, debería entrar a un comité de creaciones económicas nuevas, con gente de empresa, joven. Con un tal Raúl, al que conocí en una de esas reuniones y con quien logré que sus comercios fueran protegidos en la zona constitucionalista, durante la guerra».

1.º Combatir el comunismo con reformismo.

2.º Romper la centralización capitalista de la dictadura en bancarrota.

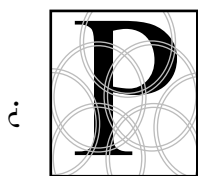
3.º Crear una red de instituciones de tipo educativo, económico y financiero, aprovechando para ello el capital norteamericano.

Fui enviado donde el cónsul de los Estados Unidos. El consulado inaugurado en Santiago días antes, obedecía a ese plan. Ahora, comprendo que el proyecto es más amplio de lo que había imaginado.

Comenzaron a crearse las instituciones. Tenía a mi cargo ciertas relaciones públicas y luego... ya se sabe. Toda aquella mentira del artículo. Ese mundo imaginario donde dizque lo perdía todo debido a un artículo denunciando la penetración de los capitales extranjeros. Luego todo aquello de los planes denunciados no sé dónde, que siempre pensé en denunciar, pero que no lo hice jamás.

No piensas ya ni en Russo, ni en Carlos Julio, ni en Alberto ni en Samuel. Realmente ya no sabes qué ha pasado. Has perdido el rumbo y no sabes dónde empieza la verdad y donde la mentira. Deberías escribir una novela con ese material, pero seguro no concordaría, no podrías hacerla coherente. Porque es difícil hacer tantas cosas al mismo tiempo. Nadie va a creer que fueras viajero ginebrino, jefe de relaciones públicas, combatiente en la guerra de abril, director de programas de radio en la capital, miembro de un grupo literario. Todo ello en un mismo espacio. En todo caso si se puede hay que presentar los hechos coordinadamente, de modo que puedas mostrar a los demás que no sientes por ellos ni odio ni pena. No vuelvas a caer en círculo vicioso. Entonces no tendrías miedo de denunciar las ramificaciones de los grupos poderosos del Cibao hacia la capital y el este. No tendrías que inventar un mundo de fantasía para decir que buscan una vinculación directa con las fuerzas armadas para retener definitivamente el poder. En estos largos años te has dado cuenta de lo que sucede, cierto. Piensas en Eddy, en Persio, en los demás, que es igual que decir que piensas en ti mismo. Los ves girar en torno a tu vida. «Los veo girar como mariposas en derredor de la luz». Por momentos te oscureces. Cada vez más y más oscuro. Menos tú, más tu yo profundamente desconocido.

CAPÍTULO



or qué este círculo vicioso, este ir de un lugar a otro recalando siempre en los mismos puntos? (Nos hemos citado aquí en el Sublime, tú sabes por qué). Persio me mira fijamente, busca leer mis pensamientos, está atento a cada una de mis palabras. (—Sí, yo voy a ayudarte, mira lo que tienes que hacer). Y los vendedores de billetes gritan sus números a todo lo ancho y lo largo de la calle El Conde, de extremo a extremo con sus malditas voces intolerables... partida de pendejos —pienso— que deberían buscarse un empleo y dejar esto de los billetes a los ciegos, a los mancos, a los mudos. (He pensado bastante en tu caso, sé que podrías hacer algo, no creo como dicen los otros que no tengas vocación). ¿Piensan los otros que no tengo vocación? De sobra sé que sí. ¿No serán fanfarronadas de Persio? No, tú sabes que no. (El automóvil público placa número 122236. Una señora de aproximadamente cuarenta años dentro. Veo desde aquí su amplio escote. El auto se ha detenido porque está muy congestionado el tránsito. ¡Huf! qué calor...). —Pienso que podría ayudarte. Tengo experiencia en narrativa. Lo ideal sería que me fueras entregando los capítulos y que yo los reescribiese, ¿no te importaría? En cierto modo, podría servirte de ejemplo...

«Hermano, hermanito, cómpreme este numerito. Es el premio mayor, hermanito...» ¡Coño! maldito billetero, sí que molesta. No, no queremos ningún numerito. —No se podrá hablar con calma aquí. —Ya se va, pero ahora llega el camarero. —Desde luego, esto tendrías que hacerlo sin comentarios. Tú sabes que algunos del grupo no quieren saber de ti. —Sí, lo sé.

—Entonces, les podrías dar la sorpresa.

—¡Hummm! Persio, yo tengo la idea, lo que no tengo es la forma.

—Sin forma no haces nada.

(Ahora es el pordiosero. Se arrastra por el piso con sus manos sucias, inválido, lleva la camisa hecha pedazos, andrajos. Hay que darle una limosna ¡Eh! Camarero, dele cinco centavos y los cargas a la cuenta. Y pasará otro automóvil y otro, y otro, y otro más. Pienso en Matilde, anoche, ¡brutal!... Tres veces. Y Melissa, anteanoche, sensacional. Esa es una pérdida. Russo, me dice que ha dejado a la vieja con el gusto sin cumplir, justo en el momento culminante. Que lloró la pobre vieja porque cuando: ahí, ahí, decidió terminar y la dejó «oliendo donde guisan». Dentro de unos momentos saldrán del cine las niñas. Todas muy bien vestidas, señoritillas de sociedad que salen del Rialto y cruzan por la acera del frente).

—No sé si esto es válido.

—Pues sí, lo es.

—Creo que es una trampa.

—¿De qué trampa hablas? Todos estos comebolas

del grupo se quedarán lelos cuando vean lo que has hecho. (Ahora los borrachos. No hay domingo que no aparezcan. Se sentarán ahí, tras de nosotros, en la mesa grande.

— ¡Hey! camarero, una cerveza, coñazo, dirán. El camarero vendrá, como todos los domingos y después de decirles que tengan cuidado, que es un lugar adonde asiste gente de-

cente, y después de que uno de los borrachos lo amenace con el puño, y después que el camarero diga que no tiene ganas de pelear, seguirán pasando automóviles públicos, azules con franjas blancas, a los que a ratos observas más detenidamente).

—Lo que tengo es que sacar tiempo para escribir; tengo la casa siempre llena de vagos.

—Lo mejor sería que te mudaras.

—Allí me siento cómodo. Quizá lo que habría que hacer es descolgar el teléfono, a través del maldito teléfono me tienen atrapado.

(.....una hembra que pasa. Alta, morena, se detiene a comprar chiclets a la puerta del café. La persigues ansiosamente con la mirada.....)

—.....y ¿qué interés tienes?

—Ayudarte, ¿qué más?

—Eres buen amigo, Persio. Voy a decirte algo: a ti también te hacen menos en el grupito. He oído algunos comentarios.

—Ellos saben que no pueden conmigo. Tienen que consultarme, tienen que venir a «dar la boca».

(Ahora es Teddy, el maricón, con sus medias rojas y sus zapatillas de mujer. Indignado porque en la revista le han censurado su artículo donde elogia a un matrimonio entre homosexuales, en Londres. —Hijo ¿tú sabes lo que es eso? ¿País civilizado? Mierda...

¡Imagínate! Anoche hubo reunión en casa de Octavio. Por cierto, ¿cómo se llama tu amigo el comerciante? Sí, ése, Raúl. Allí estaba. No sé. ¿Se estará también dedican-

do...? Bueno, déjame contarte. Decidimos hacer una protesta a través de una circular. Esta semana //Pienso en Teddy, en la noche aquella de abril en que cayó en la primera redada que hicimos// enviamos las circulares).

(El movimiento brusco de alguna cadera, el pelo chorreante como cascada de alguna mulata..... No puedes..... concentrarte..... No puedes. Hay un mundo con el que estás compenetrado hasta los tuétanos. Raúl, ¿será cierto? Mejor no averiguarlo. Teddy vive vengándose, desacreditando a todo el mundo. Pero, aquella vez, en la Uruguay ¿recuerdas? Frank quiso entrar él primero, los demás entraron luego. Hacía apenas unas horas del bombardeo yanqui, cuando en el comando de la avenida Independencia se recibió aquella llamada. Que unos maricones esto y que unos maricones lo otro... Una fiesta de hombres desnudos y los vecinos dijeron estar muy incómodos. Pobre Teddy. La casa estaba a oscuras y cuando Frank encendió la luz, ¡zas!... —Mira esa hembra ahí, Persio. —Buena, ¿eh?, se encontró con el espectáculo más extraño.

—¿Entonces, cuándo comenzamos?

—¿Cómo dices? ¿Qué cuándo comenzamos?

—Sí, hombre, te pones a trabajar y empiezas a pasarme el material.

...allí desnudos y bailando.

—Quizá pueda hacer algo.

—Seguro que podrás.

...y Frank, que se cortó el pecho con la alambrada de púas, comenzó a repartir golpes. De repente sonaron disparos y corrimos,

—¿Cuándo, cómo me entregarías los originales reformados?

—Bueno, creo que lo mejor sería que los viese todos de conjunto y entonces entregarte algo definitivo.

—Sí.

Cortamos por la Independencia y los brasileños y paraguayos disparaban, disparaban; las balas iluminaban con su trazo el cielo. Y —debes aceptarlo— viste, con sorpresa cómo aquel «señorito», subjefe de comando, llegaba al frente primero que tú y disparaba mucho mejor que todos, p'alante y sin miedo. Y pensaste en lo extraño que es este mundo: los ideales, el

invasor, las nacionalidades, los malditos yanquis, los ricos, los pobres, la derecha, la izquierda y todo eso en medio del caos individual, de los problemas hormonales de cada uno: de los maricones por aquí y de las parrandas que comenzaban en el Césare por allá, parrandas que terminaban en la playita si la noche era oscura, antes de que supiéramos que los yanquis dizque tenían focos infrarrojos que podían ver en medio de la oscuridad. Y entonces ¿qué pensar? ¿qué decir? Aunque, eso sí, dicho sea de paso, en el comando de prensa no había tiempo para eso. Allí se imponía la seriedad. No había tiempo para recreaciones de ningún tipo. Allí solo se recibían quejas. Nos turnábamos y no dormíamos sino tres noches de cada semana. Las demás noches, de descanso fuera del comando, podíamos tomar un trago, pero moderadamente. Al coronel Francis le molestaba que los hombres bebieran alcohol en ese tiempo, de modo que no íbamos muy lejos; y eso, antes de que se empezara a hablar de un convenio forzado entre el gobierno constitucionalista y los invasores.

INFRACAPÍTULO

No se podría hablar de los hitos familiares/ sin hacer una pausa a media guerra y pensar que cada poeta canta lo que le viene en gana/ prosaico el poeta este/ decir así: lo que le viene en gana/ Resulta que los héroes de Lampedusa se pondrían alegres/ con aquello de hablar risiblemente junto a la restorancia aristocrática/ Os narraré — soy bufón de feria— lo acaecido en las ferreterías/ decía Ramón: era una vez y dos son tres que el que no tiene azúcar no bebe café/ perdóneme el soberano/ hago poesía a mi modo/ la escuela de los necios me fascina/ y es que/ cansadamente/ como quien se hace bueno sin saberlo/ como quien se hace malo a ras de polvo/ como una tela blanca mar adentro/ como un mar amarillo tela afuera/ como... ¡Cállate/ vuelve a los nombres, tú, borracho indecente/ los nombres familiares te reclaman, cuenta o

CUADRO

Cierro los ojos ahora el sol es duro como una brasa y parece arrojar sobre mis párpados una ceniza picante y amarga. A la derecha el Palacio Nacional, que hemos querido tomar por sorpresa con el fin de levantar el ánimo del pueblo en armas; estratégicamente no sirve para nada. A mi izquierda, cuerdas abajo, el resto de mis camaradas frenados por los yanquis asesinos; y aquí, como una brújula humana, yo, tendido en medio de la calle, desangrándome, pensando que los muchachos

cállate/ cuenta o vete al carajo/
 bien, muy bien. Querida Matilde
 mía —canción— ricordo
 del nostro amore/ querida Melissa
 mía, ¿me has traído los pases para
 el juego?/ ¿No me has traído los
 sueños que dejé en la gaveta abier-
 ta?/ ¿No?/ muy bien/ alguien dijo
 una vez que
 el sueño se evapora/ te perdono,
 las perdono/ en abril las balas
 mil/ sopla un viento acurrucado
 y entre nublado y nublado hay
 restos de muerte. Sí/ Francis junto
 al reloj/ Francis mirando junto
 al muro del tiempo colonial/ yo
 había previsto el fuego de las tier-
 nas granadas/ los hijos híbridos
 tejanos del norte parabólico y
 brutal vibraban/ creyendo que el
 VietNam era esta tierra caliente/
 donde los niños y las escopetas
 tienen sangre además/ No te das
 cuenta hermano/ ellos, los apache
 yorquinos no sabían dónde esta-
 ban/ eran los inmigrantes sosos/
 los catapulapobres ignorantes que
 lanzaron metralla a ras de muerte
 cumpliendo con el Army, única-
 mente/ vendrá para las pascuas,
 qué dolor, qué dolor, qué pena/
 fueras Asunción Silva y escribirías
 un poema cargado de puertas oji-
 vales y de abuelas pesarosas/ y san-
 juanes crecidos/ Hace tiempo que

habrán de ingeniárselas
 para rescatarme, aunque
 los tiradores gringos trata-
 rán de cazar a todo el que
 se me acerque para resca-
 tar también este fusil que
 es ya entre
 mis manos un artefacto
 inútil, para otro comba-
 tante. Cuando leí el pró-
 logo de Sartre al libro de
 Fanon, *Los condenados de
 la tierra*, no comprendí
 bien el sentido de aquella
 frase: “Cuando los campe-
 sinos tocan los fusiles los
 viejos mitos palidecen, las
 prohibiciones se derrum-
 ban una por una;
 el arma de un combatien-
 te es su humanidad”. Su
 humanidad, porque de él
 mismo depende la perso-
 nalidad que haya de ad-
 quirir cada fusil. Vuelvo la
 mirada hacia la derecha
 y veo el cadáver del mu-
 chacho, con la cabeza al
 borde de la acera, cerca
 del desagüe, casi perpen-
 dicularmente colocado
 entre la cuneta y la calle.
 Debe haber muerto;
 puedo mirar desde aquí
 el viejo máuser a unos
 tres o cuatro metros de

pienso (sas) en los míos (tuyos)/
 en la familia supraciadina/ en
 Marcuse y en Engels hace tiempo
 que pienso en que los hombres
 deberían nacer desde los postes/ y
 los nombres también desde
 el tendido eléctrico/ desde las
 librerías de última hora/ desde el am-
 biguo abrigo y las zalemas/ desde el
 taqui-titaqui de la mina/ es decir, me
 explico: quiero decir más o menos:
 abandonar el calendario y hacer del
 nombre historia, repetimos/ Decir
 por ejemplo: ¡ejem...! ¡Fu-
 lano, que murió en Ciudad
 Nueva junto a una alcanta-
 rilla, se llamará así: “alcanta-
 rilla”/ decir, muy por ejem-
 plo: “a Jacques en el B-3 le
 partieron las piernas y murió/ y nada
 pudo el plasma ni el soldado que lo
 veló en silencio...” Bajo el fuego de
 abril los campos siguen igualmente
 blancos e igual la cibernética y el
 tiempo/ bajo el fuego de abril hemos
 pensado en los que luego se han de
 sentir traidores y hablarán a favor del
 exterminio!

No tenemos gran fe/ sabemos que
 la muerte poco a poco vendrá y que
 nadie —dame un cigarrillo Samuel—
 habrá de confundir la paz en benefi-
 cio de los oprimidos sin antes regar
 muertes necesarias/ ahora te quiero
 mucho Matilde-Melissa-Melitilde-

distancia. Ahora el sol
 brilla, pero hace un
 buen rato, horas quizá,
 cuando fue cazado,
 el cielo estaba lleno
 de nubes y una lluvia
 incómoda dejaba char-
 cos sobre la ciudad.
 Luego ha venido el
 sol y ha evaporado las
 grandes humedades
 y secado las calles.
 Es cuando pretendo
 rescatar al muchacho
 y cuando escucho un
 sonido diferente, recio,
 seco, lleno de muerte
 y me desplomo y aquí
 espero... El sol brilla,
 rebota en la culata del
 fusil y se pierde en el
 asfalto caliente. Quin-
 ce de junio: día de la
 muerte. El muchacho
 se había precipitado
 hacia la línea de fuego,
 quise detenerlo, solo
 lo vi caer. Después vino
 esa pausa larga, como
 cuando en la tormenta
 el ojo del huracán
 anuncia una paz com-
 pletamente ficticia.
 Tres cruzaron la calle,
 saltaron por encima del
 herido y se parapetaron

Metilidisa: ahora, amor, yo te quiero mucho. Lo sabes bien amor(es), ven(gan) a la cama, desnuda tus muslos inciertos y dime que sí/ abril ha llegado/ nos iremos lejos/ cualquiera que leyese estas líneas diría que la cursilería nos traiciona, somos así. Es que sueñas con incesantes rostros y con nombres que avistas en las calles. Es que bajo el silencio de las estrellas se te aniquila el juicio y aborreces la multiplicación lógica y amplia de los años enanos, infantiles.

Sobre los estamentos de la duda navegas a ras de estrella loca. El cambio se produce cada día con el acuerdo de los desacuerdos. Mi historia en pocos gestos:

te podría decir así, o asá, o asé y comprenderías que mudo y tembloroso aún puedo —dame un cigarrillo Samuel— burlarme del silencio. La primavera eterna de mi tierra me llega en el bolsillo. Y la primavera ha venido —me descorro igual que una ventana en tiempo seco, y me muestro en tierras para turistas: usted que hizo la luz podrá decirlo: usted que hizo la mierda, no miento. En la piel del lagarto de mi tierra de la jutía y del sapo hay muchos siglos de tragedia aprendiendo a

en el muro. Los yanquis no dispararon. Preparaban la celada: aquel compañero cuyo nombre no conozco les serviría como carnada.

No debí cometer el error de tratar de auxiliarle, no tengo ya la agilidad de la juventud; pero no sé por qué la imagen de este joven combatiente es la imagen de Pablo, aquel hijo del que jamás he sabido, porque el exilio me hizo saltar de playa en playa sin darme la oportunidad de reunirme definitivamente con él.

Aún vuelvo los ojos hacia ese cadáver casi niño, y pienso que Pablo debe tener ahora esa edad, quizá su madre inglesa ha logrado convertirlo en un magnífico súbdito de la monarquía, o quizá esté ahora en la Guayana dirigiendo alguna plantación o sirviendo de contable en una de las tantas empresas capitalistas que he combatido desde que

morir/ Discursivo y tenaz,
 lugónico y nerúdico siento
 un precinto de niñeces
 muertas todavía. Hubo
 una vez un pueblo llama-
 do Numancia que se co-
 mió a sus niños sitiado por
 Cipión y por el hambre y
 por el hombre.

Según dicen los que
 saben de pueblos era un
 pueblo romanizado/ se
 llamaba Numancia o qui-
 zás Biafra. Hubo una vez
 un pueblo igualmente
 sitiado (situado) Santo
 Domingo, Cuba, Puerto
 Rico... Hermanos en la sombra levanta-
 dos, hermanos en el cerco levantados. Un
 pueblo.

Muchos pueblos. No mueras en domingo
 que no hace falta, en domingo se mueren
 las cucarachas si crees que las estrellas
 están muy altas corta la luz eléctrica y
 despedázalas Ella se había convertido en
 azafata y viajaba a Londres semanalmente.
 (Oigo voces fuertes a mi izquierda. Suena
 algo como un megáfono: Profesor, no
 se mueva, trataremos de hacer algo para
 rescatarlo! ¡Atención: en lo alto de la torre
 hacia el norte, hay un tirador yanqui con
 telescópico! No podía mirar hacia el norte
 pues la bala me paralizaba, pero los mu-
 chachos tenían razón. ¡Estamos planifi-
 cando algo, profesor,

tomé conciencia de
 esta lucha.
 La última vez que lo
 visité fue en 1960.
 Tenía doce años, yo
 entonces frisaba en
 los cuarenta (45).
 Aún no se decidía
 el desplome de la
 dictadura y sin
 embargo ya se pre-
 sentía. Tomé la
 avioneta en San Fe-
 rnando de Apure,
 Venezuela iba con
 la esperanza de que
 ella me dijera que
 regresaría. Durante
 largos años vagué
 en viejos lanchones
 Orinoco arriba, y
 entre selvas tupidas,
 pensando en aquel
 hijo, mi fiel retrato,
 al que jamás pude
 estrechar por largo
 tiempo. Las tardes
 en la selva, las ma-
 drugadas en pleno
 río, visitando los ca-
 seríos, las viejas mi-
 siones religiosas, las
 pasaba pensando
 en aquella mujer
 Judith, que durante
 tantos años me es-
 peraba en Caracas

tenga calma!) Establecí contacto con ella y empecé a recibir fotos del niño y aquellas primeras cartas en inglés porque el chico no sabe español (¡Profe, profe, no se mueva! Manténgase ahí. Trataremos de rescatarlo en la noche, estamos haciendo diligencias, no se mueva, la pelea sigue firme en Santa Bárbara. Ahora atacan el B-3 y Jacques Viau ha caído herido. ¡Se ha comportado como un héroe! (Para qué me dan

esta información. Ojalá lo de Jacques no sea mortal. Reconozco la voz de Juanchi, muchos años mi alumno en Macorís. Al regreso del exilio me fue de gran ayuda para organizar el Instituto de Preparación Política. Quisiera contestarle, quisiera preguntarle... Profe, después de las ocho, no hay hora fija...) y supongo que la misma Judith le traducía las mías. A pesar de los años seguí como agente viajero medicinas, pieles, carnes, baratijas. Salía de Caracas en avioneta los lunes, tomaba las barcas y a mitad de semana establecía contacto con arawacos, maquiritares, uaicas, caribes, indios del Orinoco, con las misiones. Pienso en ellos, pobres diablos comedores de culebras y “de todo lo que alienta”; creen que el blanco es un dios venido

donde nos conocimos y que jamás me expresó su deseo de que me uniese a ella definitivamente. Pienso que lo hizo más atenta a su libertad que al cariño que pudiese tenerme. Desapareció y no tuve noticias de ella sino largo tiempo después, cuando recibí una carta desde la Guayana Británica en la que me comunicaba que mi hijo deseaba conocerme, encendido el candil no quedan dudas nos estamos robando unos a otros tú el gesto gris de paco yo la sonrisa táctica de algún oficinista alguien la duda indómita de alguien encendido el candil se muere el rostro de una vergüenza infame y decidida/ cada quien con su gesto ajeno, derrochándolo como ahorro legal —Samuel dame

del infinito. Pienso el día que puedan comprender que existen las revoluciones para cambiar la tierra, para extirpar la miseria del mundo. El sudor corre por mi cuello, rueda, me cosquillea... ¿Por qué no sonreír?

un cigarro— apagado el candil ya somos otros y así en la oscuridad somos un mapa oscuro donde el ciego tantea su lotería de números colgando sobre el pecho ya no sueltas la voz los movimientos hacen densa la sombra y la voz se quiebra maldita maldita la melancolía.

INFRACAPÍTULO

Lema: *Shakespeare hubiese dicho con su vocecita: un infracapítulo no necesita personajes.*

Y todos le hubieran creído:

Shakespeare es Shakespeare y nadie lo discute...

Así, ese quemante sol antillano se dará cuenta de que no le temo, de que su intento de deshidratarme es fatuo, inválido. Desde esta posición puedo ver la torre del reloj más alto de la ciudad. Son las dos y cinco de la tarde. Comienza a soplar una brisa fresca, y así, con el oído a medio pie del suelo, a menos de medio pie, escucho. Me parece escuchar el ruido que producen todos los seres que se mueven y desplazan sobre la piel, sobre el cuero cabelludo de la ciudad de Santo Domingo. Llegué a la capital de Guayana un día en que Judith volaba a Londres. Los abuelos del muchacho se negaron a mostrármelo porque

entendían que podía raptarlo. Les reclamé mi derecho a tenerlo, a tocarlo, a verlo. Se negaron. De modo que tuve que llamar a Judith por teléfono a Londres, a su compañía, para que resolviera el caso. Regresó en el primer vuelo, y fue así como la vi por vez última, y también por última vez pude hacer contacto con aquel

hijo cuyo parecido con el muerto que ahora divide en dos las calles como una perpendicular tremenda, es extraordinario. Ahora pasan los helicópteros, pasan a buena altura, pero así, con los ojos puestos sobre un cielo azuloso, salpicado de nubes, veo las botas de los pilotos yanquis relucir en medio de la tarde, y no sé por qué, al pensar en ellos, me los imagino como enormes caballos con frenos de hierro entre los dientes amarillos y herraduras en cada zapato.

En el andén las golondrinas turbias con su equipaje gris, y de improviso ahííí, Melitilde, ahí, Matildissa, así. Es posible que en medio de las balas te levantes (me) y lamentablemente reclames tus (mis) tirantes revolviendo a la infancia. Es que Raúl y Samuel y Alberto y Ramón han hablado deeeeella... Te incitan— es un viaje fantástico entre balas, te dicen (me)/ recoges tus objetos menores, diminutos, te (me)

Giran sobre la ciudad y, seguro, para ellos soy un cadáver más, si es que no represento un bulto insignificante sobre el asfalto.

colmas(mo) de valor de
valentía y caminas,

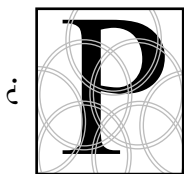
ca-mi-nas(no)... Pero ya ves, de pronto te(me) arrepientes(to)... Te aburre el miedo y ya te hace falta el anuncio: la cocacola grande... Te... Oye Francis: a diario nace un rey/tan pequeño este rey, tan diminuto/dónde vituperarlo: en qué espacio colocarlo/ quién cederá su trono... El recogebasuras le cederá su asiento bajo la granizada y el mortero —Samuel dame un cigarrillo— buscas a la mecanógrafa y a Persio. Éramos tres: hombre, mujer y toro; alguien falló en buena hora y nos rebautizamos minotauros/ éramos tres: caballo, hombre, mujer y alguien falló en buena hora haciéndonos centauros... Sembremos estos fusiles compañeros; algún día el plomo crecerá como un caobo.

ponte mejor así, ¡Matildissa!

Cesa nuevamente el tiroteo. De nuevo tengo encima el ojo de la tormenta. No quiero morir sin mirar el rostro de este cadáver joven que me acompaña. Se me nublan los ojos ¿lágrimas? y respiro con fatiga; la tarde se me echa encima como un mastodonte, con su peso enorme me va sacando el aire poco a poco.

Se agrupan, de repente los recuerdos: carcelazos durante la tiranía, golpes en las celdas, patadas en las ingles, asilos políticos, horas de oposicionismo, huida, regreso... más de veinte años. Las horas de maestro rural en La Romana y Macorís, en plena dictadura. (Ay, esta luz brillante, parece quemarme el cerebro hacer como el agua que bulle. A la superficie afloran las burbujas del pasado que se inició con la violencia y así terminará o quizá no, quizá termine en la inmovilidad total). Nuevamente las voces a mi izquierda, lejanas, retazos de conversación: «...el profesor, planearlo... rescatarlo alguien... perfectamente». Alguno dice mi nombre y sufro y sufro esta posición mía, adherido al asfalto, una bala grande, creo, alojada en plena columna vertebral. Veo pasar ahora enormes nubes blancas. Por la calle, de la calle sube el olor a isla, a yerba marinera, a salitre, el olor que viene desde el mar cuando la ciudad se calienta y las nubes desploman en las afueras polvorientas su lluvia inventando la humedad.

SANLUIS



or qué no escribes una novela? Podrías, por ejemplo, tomar a cualquiera de nosotros como personaje principal. No, no nos ofenderíamos. Todo el mundo entendería que lo dicho allí no es cierto. A mí, por ejemplo, puedes ponerme en primer plano. No tengo miedo. Pero ¿y si resulta que no te he dicho eso? ¿Y si resulta que nunca te he dicho que me coloques en tus escritos en medio de tus putas y tus amigachas y el caso es que me colocas? Yo jamás te he sugerido escribir una novela. ¿O sí? ¿te lo he dicho? No sé. Tú resuelve. Salga lo que salga. ¿Recuerdas al viejo, don Esteban, allá, en aquella plaza, hablando de solidaridad, de democracia? Estábamos juntos aquellos primeros días del partido. Luego volvimos a encontrarnos en la guerra de abril, bajo el zumbido de las balas y el ruido de los morteros. Entonces nos necesitamos. Te reías al verme con el fusil-ametralladora bajo el brazo. No obstante yo entonces era Sanluis y sigo siéndolo. Me gustan —siempre fue así— las pantuflas de piel de becerro y las correas anchas de cordobán. Todavía fumo desesperadamente y creo en la revolución y no seré nunca como aparezco en tu literatura. Yo soy Sanluis, coño, simplemente Sanluis. Me gusta —por las tardes— escuchar el rugido del mar e imaginarme los malditos infantes de marina desembarcando y pensar que puedo detenerlos con

mis manos, hundirlos para siempre en el lodo seco de la playa; constatar que son mortales. Seres quebrados por su ignorancia, muertos en vida, muertos en miedo. Soy eso, un soldado al que además del arte le gusta la guerra; que pronostico la muerte para más allá, para cuando Russo regrese, si regresa. Entonces es hasta cierto punto justo que te detengas a pensar si me gustaría o no ser personaje de tu novela y andar en las líneas de tu literatura paseándome con pantalones apretados. ¿Por qué no escribes una novela? ¿Te he dicho eso alguna vez? Quizá sí. Cuando me narrabas con entusiasmo aquellas aventuras que tal vez no eran tuyas: el paso de las derechas a la izquierda; cuando hablábamos de las reuniones con el Químico y su mujer —donde apenas respiraban— porque el Russo los tenía catalogados como agentes de la CIA. Quizá sea justo que pienses en nosotros y nos pasees por tus escritos. Lo que es injusto es que disimules lo mejor de nosotros y entresaques lo peor. ¿Por qué no escribes una novela? Hablarías de Raúl, de Melissa, de Eddy, del coronel Paz, del coronel Aguirre, de Pedrito. Pero, mejor es recordar el mar lleno de palmeras que bordea la costa sur de Santo Domingo. O pensar en los niños de los poblados fronterizos, de Dajabón, por ejemplo, donde no se habla ni castellano ni francés; o en la Caleta, donde los pescadores cazan enormes careyes y tiburones de aletas rosadas cuya carne va al estómago de los perros en tanto la población no ha conocido nunca lo que quiere decir la palabra «proteína». Me dices de enfrentarnos a la realidad, de hacer un sacrificio y ser nosotros mismos. Y me pregunto si tú mismo tienes conciencia para revelarte, para decir cuál de todos eres, cuál serás, cuál sigues siendo.

Saco el cigarrillo que odias, lo enciendo. Miro el finísimo papel quebrarse suavemente como si desde afuera alguien lo fuese carbonizando lentamente con un aliento infernal. Aspiro lentamente porque dicen que las volutas de humo son buenas para hacer de las ideas retablos magníficos. Dicen

que se pinta con el humo y hasta hay quien lee el destino en los círculos blancos. Tú meditas nuevamente sobre la novela. Comprendes entonces que todos somos uno. La guerra nos ha hecho uña y carne; se ha producido un acto de cicatrización colectiva en la que yo he pasado a ser tu brazo, tú, mis dientes; Persio tu saliva; tú, las pestañas de Persio; Raúl el brazo de Russo y Russo un poco la Melissa; Melissa el pie derecho de Ramón, y así, el infinito. La guerra nos ha herido uno a uno, pero al cicatrizar nos dejó unidos, siameses para siempre. Russo, allá con su fusil, nos lleva colgando. Somos su mochila. ¿Cómo separarnos?, ¿cómo restablecer nuestra vieja e individual constitución arruinada para siempre?

Hace frío; veo desde aquí las estrellas. Roncan los niños y mi mujer sueña con el premio mayor de la Lotería. Ella cree en los premios y en las brujas. Tú osas decir esto y entonces me convengo de que todos somos uno. ¿Por qué no escribes una novela? Tienes material por demás. Aunque será difícil, tendrás que tomar como punto de partida cualquier hecho no fundamental para los otros: el finalismo de Zinia, por ejemplo. Y si no, te inventas uno. Mientras mi mujer despierta y vuelve a dormirse me pregunto hasta dónde tienes derecho a presentarnos como no somos, como quisiéramos ser, quizá, o como nunca fuimos ni seremos, es decir, hasta dónde tienes derecho a reinventarnos, incluyéndote. Tienes fe en nuestro sentido del arte, de la amistad, de la benevolencia, y en el mundo que te circunda. Tienes fe en Ramón y en Samuel y en Alberto y en Juan y en todos. No importa que se sientan aludidos, piensas, y me dices (y te digo, desde luego) porque ellos entienden ¿entienden? que esto es así o asá. Y en lo impersonal habría que pensar digo (dices, claro) que esto es una justificación tuya (¿nuestra?) y que temes (o ¿tememos?) nuestras reacciones.

Hace frío. El mar suena con más violencia que nunca. Si me asomara al balcón vería las aguas grises y brillantes, con su luna de tarjeta postal, en un vaivén calmo apenas perceptible. Vivimos esperando un nuevo desembarco. Vivimos para combatirlo, denunciarlo o detenerlo o aliarnos con él, según se trate. Total, no creo que importe mucho la muerte ni los que vivimos a su alrededor.

CAPÍTULO

*¿Y miras con cariño las navajas?
¿Y piensas en los altos edificios para un salto mortal
serenamente?*

¿Miguel H.?



e dieron el dato. Mejor dejar por ahora la novela y hacer el artículo. Lo publicará la revista. Nada de periódicos, no se atreven. El plan se está llevando a cabo con precisión. Cuando se produce la muerte del Generalísimo los grupos económicos sienten el doble pánico: por una parte la subida de Castro en Cuba y sus consecuencias, y la crisis interna. (Datos precisos, me los facilitó alguien que estuvo en todo esto). Tienen pánico psicológico. (Por cierto, extraña coincidencia, Ramón vino ayer a recoger sus libros; Samuel me pidió los suyos y Sanluis me habló para que le devuelva su colección de grabados sobre el Quijote. ¿Algo detrás? Ayer entregué a Persio tres capítulos, pero tendré que dejarlo por algunos días. Este artículo... este artículo:

«Datos precisos: las clases pudientes del interior del país inventan un sistema para la protección de sus intereses: hay que

disfrazar los capitales, diversificarlos creando una red de instituciones; además, mezclar el capital criollo con el norteamericano. 1961: se inicia el proceso que hoy culmina. Se empezó creando institutos de agricultura, centros educativos, bancos, planes de vivienda y ahora, una gran financiera. Alianza para el Progreso (cinco millones de fuera y un millón de los capitalistas nacionales). En 1962 se crea el Consulado norteamericano en el Cibao. Dirigencia, penetración de capital, todo en silencio. La enorme red que todo mundo desconoce. Entrega de tierras a compañías «mixtas» que sembrarán bananos donde había tomate y viceversa, con nombres semicriollos: Dominican Can Inc., Sotociolm Dominicana. Nuevos grupos de poder se ramifican hacia la capital y el este. Búsqueda de vinculación directa con las fuerzas armadas, (me van a joder con este artículo) rasgos psicológicos de los integrantes del plan y currículum: bachillerato en los Estados Unidos; hablan inglés mejor que castellano; conformación social con matices «aristocráticos»: mundo cerrado. No frecuentan clubes sociales de ningún tipo. Dos fiestas al año: el carnaval de Santiago y la presentación «en sociedad» de las quinceañeras del grupo. Uno de los primeros pasos: promover asociaciones de créditos para la fabricación de viviendas. Resultado: incentivo a la propiedad privada en sectores profesionales e incorporación de los mismos a la maquinaria económica de control estadounidense. Las asociaciones parecen abiertas. Base amplia e integración a las mismas —se permite— de elementos de clase social inferior hasta cierto límite; pero las clases pudientes, ligadas al capital norteamericano, conservan control y quórum... (¿Indagarán quién me dio los datos? Me van a joder...) Es más, participantes medios y revolucionarios de la guerra de abril han sido incorporados al proceso. Se inicia, lento, un proceso de roce con la vieja oligarquía; crecen ciertas zonas urbanas en peligrosa colindancia con los antiguos latifundios ciudadanos. Otra cosa: se proyectan a través de conferencias, seminarios, cursillos, mesas redondas. Vehículos todos intelectuales e importados. Y

luego, los nombres, por lo menos algunos: este grupo, aquel latifundista urbano, el otro terrateniente en el Cibao, el de más allá un profesional comprometido, el otro ¿un revolucionario? Todos, aparentemente inocentes, interesados en el bien del país y siempre muy «educados», muy «moderados».

Tengo que decírselo a Paco pero ¿cómo? Por más que pienso no encuentro manera de seguir manteniéndolo sin que lo sepa. Es una desgracia. Los periódicos están irritadísimos. Tienen razón.

—Por favor, explíqueme usted, señor director ¿qué ha pasado?

—Estimada señora, usted sabe, el joven ha escrito en una revista un artículo que por un lado calumnia y por otro lado echa a perder toda una serie de planes de los inversionistas. Hasta uno de los dueños de este periódico ha sido alcanzado. No, naturalmente. Sí, la comprendo. No tengo inconveniente en seguir haciendo ese giro a su nombre, pero no podremos publicar más sus trabajos, su firma ha perdido vigencia en el periódico. Usted comprende... También Salas, del otro diario está muy molesto, entiendo.

—Pero ¿qué dice el tal artículo?

—Léalo usted misma. Toca temas muy delicados. Acusa a sociedades muy importantes y grupos de antinacionalismo. Para usar palabras claras, acusa a gente que solo busca el bien del país, de estar poniendo la tierra urbana y rural y las principales inversiones en manos de los norteamericanos. Es escandaloso. Y una cosa, a partir de ahora no me comprometo a que su hijo no sepa el origen de sus mensualidades. Sí, lo haré, lo seguiré haciendo, por la amistad que tuve con el coronel por más de veinte años. Pero, excúseme, el muchacho se ha arriesgado demasiado.

—Sí señor director, muchas gracias.

Entra el sol por la ventana y se desparrama sobre un fajo de papeles amarillentos. Salas fuma lentamente su cigarro, un cigarro que apenas quema y tiene un agrio color pajizo.

El escritorio de caoba y el viejo teléfono que suena constantemente. Detrás la pizarra y detrás de la pizarra la pared de madera prensada, detrás de la pared, quién sabe qué.

Los redactores en fila como en la escuela. Se oye el tecleo de las máquinas y de cuando en cuando el «pruebero» sube con las galeradas. Los correctores, en escala de edad: uno joven, el siguiente menos joven y el último menos joven que el menos joven. Junto, el diccionario de la Real Academia Española, el «mataburros».

—¿SupistelodePaco?

—Uysí.

—Lehanenviadounacarta.

—Túsabíasquelperiódiconuncalehapagado,melodijoSalas?

—¿Yquiénlepagaba?

—Sumadre.

—¿Cómoquesumadre?

—Sísumadre.

—Explicameso.

—Lamadrequería tenerintelectualesenlafamilia ylepagabaPaco haciéndolecreerqueeraelperiódico.

—¿Y Paco?

—Comunista. ¿Novisteelarticulo?

—No.

—SemeteconlasociedaddeSantiago y tocalosinteresesdelos dueños delosdosprincipalesperiódicos.

—¿Locharán?

—Yocreoquesí.

—Iráaotroperiódico.

—Sí. Pero¿quiénlepagará?

—Laviuda. DizquellamóaSalas.

_ParadecirlequelehanpuestounaCartaaPaco,aclarandolasi
tuación. Peroquesoaellanol ehagustado.

—¿Qué situación? ¿ladelartículo?

—No, la situación desupago en el periódico. Quesumadreen-
víabalos cuartos.

—Nnnn-no... bro... brom... mees.

—Noesbroma.

—Per... pe... roeso es un... un... unabarba... barbar... idad.

—Sí, gago, es así.

MEMORÁNDUM

Señor Francisco Aguirre

Sus Manos

Ciudad

Por medio del presente memo-
rándum se le comunica que a partir
de hoy el diario bajo nuestra direc-
ción, por órdenes del presidente de
la compañía, ha decidido prescindir
de sus servicios; y hacerle saber que,
habiendo colaborado con su señora
madre en el sentido de mantenerlo
en nuestra nómina, siendo ella la
persona que cubría su salario, se ha
decidido igualmente comunicar a la
misma esta decisión, acorde con los
mejores intereses de la empresa...

—Cre... cre... creoquees... hast... hasta unamal... maldad.

—Déjate devainas gago, es un maldito comunista.

SAMUEL: ¿Se han enterado de lo de Paco? ¡Coño! es increí-
ble. Lo han dejado vacante, y lo peor de todo es que se ha re-
gado la noticia de que su madre era quien pagaba los salarios
del «señor periodista», ¡Vergonzoso!

RUSSO: Eso no tiene importancia. Error de la viuda. Lo importante es que afectará a Paco, sin duda.

SANLUIS: Es un comemierda. Siempre lo dije.

RAMÓN: Bueno...

CARLOS JULIO: (Carta de Nueva York, siete días después de enterarse de la noticia). Lo de Paco es de novela. Imagínate, con los traumas que tiene, uno más. Pobre Paco. Tan buen amigo, tan discreto. Un personaje que Thomas Mann hubiera aprovechado. En cuanto a echarlo del grupo yo creo que eso debe ser bien

discutido, Noble. Sé que tú estás de su parte, como Russo, pero ¿los demás?, ¿qué piensan? Paco es un muchacho valioso y es verdad que se «fajó» en la guerra. Creo que echarlo del grupo sería como retirarle nuestro apoyo, nuestra confianza. ¿Quién sugirió echarlo? —Paco, Paco, no te desanimas. Leí ayer tus tres capítulos. Van bien. Creo que se puede lograr algo. Sí, trae lo que tengas. ¿Cinco? Mejor, mucho mejor. Sí, ya he oído el run, run. ¿Qué dice tu madre? (Naturalmente, lo hizo por ayudarme. Pero yo estoy hundido en la desconfianza, en la inseguridad. Estoy haciendo un ridículo padre. Me he encerrado, no quiero ver a nadie. Lo que he estado

haciendo es trabajar, completar los originales. En una semana te entrego todo, Persio...).

Matilde, Melissa, sí, ya me siento mejor.

Dame un trago, ponme a Brubeck. Bésame

Matilde. Mira cómo se besa, Melissa. Raúl no importa.

Ustedes son mías, las dos. Me casaré con ambas. Una

me pondrá las manos sobre el pecho y la otra me acariciará

los muslos. Inventaremos juegos amorosos. Seremos material podrido. Nos amaremos y nos besaremos unos a otros. ¿Qué te parece, Melissa? Tienes que sentir el calor de mis manos. Y tú, candidata de mi madre. A ti te escogeré como esposa o tal vez te daré veneno... qué sé yo, no te rías Melissa, es así, justo.

¡Coño! Qué jugada de mamá. Y luego mi ignorancia sobre el embarazo de Matilde, con razón, todos me tratan como un estúpido. El grupo empieza a serme francamente hostil. Todo, todo junto. Todo, y Russo decidiendo irse a las guerrillas, allá por Nagua. Todo, después que fuiste hijo del coronel Aguirre (eres); todo, después que te fajaste en la guerra: la ametralladora en una mano y la pluma en la otra. (Quiere ser escritor, Cristina, cómo voy a oponerme a sus deseos? Ayer llamé a don Félix y a Salas. Les expliqué mi plan. Que le publiquen sus artículos y yo pagaré por eso. Es muy orgulloso, Cristina, te lo digo a ti porque sé lo reservada que eres. El coronel jamás hubiese querido que hiciera esto. Odiaba a los periodistas. Además, decía que siguen en los puestos claves de los periódicos los mismos que antes elogiaban al Generalísimo. Tú sabes cómo era el coronel, que en Gloria esté. Sí, prefiero que Paco se mude, como él quiere, que viva solo. Sí, le gustan las fiestas y las muchachas y los amigos, pero no hay peligro, querida, no, yo creo que no hay peligro.

—Mire Paco, vamos a pagarle cien al mes por los artículos culturales que envíe. Nos han interesado los primeros, sí, creo que tiene usted madera. No puede negar que es hijo del coronel Aguirre —quise entonces romperle la cara a este tipo que tomaba la memoria de mi padre para hacerme ver que aquello era un favor—, un hombre recio. Sí, fuimos amigos mucho tiempo. Un hombre valiente, ahora ya no puede decirse eso de los jóvenes, los muchachitos hoy se creen los únicos capaces de reformar el mundo.

—Mire, señor Félix, puede usted irse a la mierda. Eso le hubiera dicho. Pero no. Me quedé en silencio. Sí, te quedaste en silencio, te interesaba sonar, abrirte campo, ver tu nombre

en letras de molde. Tenías y tienes tus ideas: «Russo, debemos ir penetrando la prensa burguesa; debemos ir colocando cuadros en los diarios y en las revistas, un día, cuando llegue el zafarrancho nos alzaremos con todo». Déjate de vainas, Paco. No es tan fácil todo eso. Yo pinto y repinto y a la gente le da igual. El instinto los hace defender sus posiciones desde arriba. Nunca nos dejarán tomar nada si no lo hacemos por la fuerza. ¿Crees que don Félix no sabe cómo piensas? ¿Crees que Salas no se caga en ti todos los días? Lo que pasa es que en cierto sentido te necesitan. Utilizan nuestras firmas para presentarse como «liberales»... No me digas que piensas que soy una especie de conejillo de indias... Pues sí, es lo que pienso. Ah, ése Russo siempre tan sincero, tan franco. De seguro él recuerda, como tú, los años de la Escuela Normal de Varones, cuando leían a Kant y les placían las clases de literatura. Y el morbosos interés que despertaba en ustedes hacer llorar a la maestra de clásicos hispanoamericanos. Leíamos una novela reciente y preguntábamos a la maestra si lo conocía, ella aceptaba que no y entonces íbamos a la carga: que cómo era posible, que una maestra de literatura, etcétera, etcétera, era algo vergonzoso, le decíamos y que esto y que lo otro. Llegamos un día al extremo de apostar por ver quién de nosotros —Mario, Russo y yo— la hacía llorar primero. Ganó Mario. Se inventó un argumento y un autor fantásticos. En aquella ocasión ella nos llamó indecorosos, dijo que no éramos caballeros).

Te digo, ayer hablé también con Salas, el muchacho necesita desahogarse. Tanta gente escribe artículos que uno más no importa señora, me dijo. No sabes cuánto se lo agradezco. Muy amable, señor Salas, le dije. Lamento no haber podido hablar con el señor director, pero es igual... No, me dijo, no es igual —qué tú crees que quiso hacerme sentir que le debo el favor a él y solo a él—, dijo, quizá el señor director no hubiera accedido tan fácilmente. Además, el coronel Aguirre y yo éramos realmente buenos amigos. Nos debíamos favores. Siempre me trató bien en mis visitas a Palacio. No se preocupe,

señora. Gracias, señor Salas). Conque, todo al mismo tiempo. Y el viento de la tarde, andando al trote por las calles de Santo Domingo. Así sucede, quizá Russo tenía razón con aquello de conejillo de indias. Porque tú ya habías sido corrector allí, y tu voz entonces era bronca; y muchos de los de ahora no ignoran que tú habías ya trabajado en ese periódico con la directiva anterior, en tiempos del Generalísimo, cuando te largaste a Nueva York y regresaste, muerto él, y te quisieron enviar como reportero —los periódicos se habían vaciado— para cubrir los últimos actos agónicos de la tiranía. Sí, Russo, tienes razón. El viento gris de la tarde y... sonó el conocido cañoneo y más tarde, en 1965, el mar se llenó de barcos y metrallas. Ya entonces no eras el Paco suave, el fácil. Dicen que desde el aplastamiento de las primeras guerrillas en Manaclas, te decidiste definitivamente por el comunismo. Dicen que te convertiste en un fanático. Pero tú: «es que dudo, me asusto de lo que digo, de lo que empiezo a pensar, casi no llego a sentirme yo mismo, Pedrito; necesito de vez en cuando este alcohol del que trato de apartarme constantemente...». Déjese de pendejadas, profe, escuche este bossa: *Día de luz, fiesta de sol, un barquillo ha de llegar, deslizándose en el mar*. Y suena el bossa, y Brubeck y luego Joan Báez. Y el círculo que me encierra: Abril, el mar, Nueva York, las mujeres, los amigos, el grupo, el ron, constantemente, continuamente lo mismo.

Está bien, Matilde. Ven esta noche, pero un momentito. Debo entregar a Persio esos originales antes de ocho o diez días máximo.

CAPÍTULO

Día 1



lamar a la sirvienta para indicarle que nadie, NADIE debe interrumpirme. Sí, solo llamadas telefónicas. Entregar esto lo antes posible.

Tic-tac-tic-tac-tiquitac-tic-tac...

PLAN: Primer capítulo: El impulso del odio y de la incapacidad, un joven burgués que desea escribir y no puede. Su mundo y su pasado lo acorralan. Su amiga Niorka ha ganado un premio y esto motiva al grupo —que entre lo odia, lo quiere y lo desprecia— a ponerle una prueba y a exigirle; todos se echan sobre él, lo apabullan. Pero detrás de este joven, que le gusta vivir bien, al que le gustan los habanos, un mundo se agita.

—Señor, el señor Russo está al teléfono.

—Dime Russo.

—Oye, Paco. Hablo para despedirme. Decidí irme a Nagua. Dejo el pincel por un tiempo. El partido ha decidido hacer algunas cosas, cierto trabajo de cuadros en el campo, (Nagua, ya te habían hablado de Nagua en el partido. No creíste nunca que Russo estuviera dispuesto a eso. No dudabas de su ideología, por supuesto que no. Pero nunca pensaste que alguno del grupo se atrevería a lanzarse así, en pleno estancamiento político, a trabajar en un ambiente hostil al parecer, y en el cual, lo más probable, es que apareciese un día, muerto.) estoy cansado del ambiente de la capital, me voy.

—¿Lo has pensado bien?

—Emilio lleva dos años allá y trabaja como un simple agricultor. Nadie lo ha descubierto. Ha iniciado ya un trabajo de adoctrinamiento campesino y necesita gente.

—Yo también estoy harto de este círculo vicioso. Por lo demás tengo siempre a los mismos a mi lado: Matilde, Raúl, Melissa, Juanito, Pedrito, ustedes.

—¿Confías en nosotros?

—En ti, sí.

—Ponte claro con esto. No te quieren en el grupo y buscan, ya definitivamente, un modo para echarte. No es chisme. Noble y yo nos opusimos. Todo por el asunto de los diarios.

—No me sorprende, Russo.

—¿Y la novela?

—Renuncio a la literatura. No escribiré más.

—Creí escuchar el tecleo de la máquina.

—Son solo unas cartas.

—Les he comunicado a los demás que me voy. Sanluis se entusiasmó muchísimo, pero tú sabes, tiene hijos. Y no es lo mismo en caliente, como en la guerra del 65, que irse a sangre fría a ver qué pasa.

—Son buenos en el fondo, no los culpo.

—Es todo. Lo del coronel, lo de que no has sido mártir

«como nosotros», que no has sido torturado y ahora lo del artículo.

—¿Bueno y tu dirección?

—Nada de dirección. Llevas cualquier cosa al partido, desde allí...

—Bien, *ciao*, un abrazo. Te recuerdo siempre, lo sabes.

—Hasta luego, Paco.

Este Russo tan serio, tan sorprendente, tan dispuesto siempre. Y también tan sincero «sin pelos en la lengua».

Tic-tac-tic-tac-tiactic-tinact-cat-preticact

amigos borrachos y amigas que quieren tenerlo siempre en la cama. Entonces, todo esto mezclarlo, con ese afán de hacer novela, con ese afán de sobresalir, de superar a los otros, de mostrar al grupo que no son mejores que él (Y..... te imaginas la reunión:

UNA VOZ : Imagínate, ahora que pensamos publicar la revista sería deprimente que viniese con uno de sus articulitos y que, con razón, otros grupos se burlaran de nosotros.

OTRA: No tanto, no exageres. Lo que yo no puedo asimilar es que sea cierto que Paco no sabía que su madre estaba detrás de todo eso. De veras, no lo creo... esa mentalidad pequeño-burguesa.

OTRA : Yo no me opongo a que lo saquemos del grupo.

OTRA MÁS : Yo tampoco.

RÉPLICA : Sigo pensando que cometen un error.

1.^a voz : Tú ya te vas, nada tienes que opinar.

RÉPLICA : Todavía pertenezco al grupo, o ¿qué creen?

2.^a voz : Nada, que te vas.

RÉPLICA : Es decir, que estando en Nagua no tengo por qué pertenecer al grupo. ¿Es eso lo que quieren decir?

3.^a voz : ¿Entonces?

ALTERNA : Bien sabes que sigues contando para nosotros. Como Carlos Julio. Escribe sus opiniones y las remite desde Nueva York.

RÉPLICA : Yo no podré remitir opiniones; Carlos Julio está estudiando, yo no estaré estudiando precisamente.

ALTERNA : Sí, sí, ya lo sabemos...

Tac-tic-tactic-tic-tac

(Pensar-discurrir-buscar-desear-sentir-obedecer-idear-descontar-remorir-cantar-vivir-representar...)

La última habitación de la casa de campo. Fuera el enorme jardín. La mañana crece entre ruidos de automóviles, camiones, vecinas, vendedores ambulantes y vendedoras con vestidos de «promesa» y enormes rollos —rodilleras sobre la cabeza— para soportar el peso de la mercancía. La máquina de escribir no cesa. Al frente la botella de coñac, al lado el diccionario. De vez en cuando te incorporas y echas una ojeada a los patios lejanos, separados entre sí y del tuyo por cuerdas de alambre de púas. Usas la puerta de tela metálica para frenar la entrada de moscas y otros insectos (miles) que si penetran te rondan las piernas calenturientas, velludas, blancas y te clavan su agujón y te dejan círculos rojizos en las pantorrillas. Traes el insecticida para acabar con los que quedaron dentro. Los malditos zancudos; vas tras ellos, los persigues tras los recovecos, en los rincones, tras los libros de la biblioteca, tras las puertas y los closets del “estudio” de la casona que está casi, casi en el campo. Vuelves a lo tuyo. Sopla un aire suave y cálido.

Sudas. Sacas constantemente el pañuelo y te secas las pestañas, la cara, el bigote grande y lacio que le gusta a Matilde. De tiempo en tiempo se te hace como un vacío muy grande en el corazón, como si de improviso la vida se te hubiese disuelto como un terrón de azúcar en un vasito de café negro. Estornudas, vuelves a sacar el pañuelo y recuerdas aquellas iniciales de aquel otro pañuelo con el que se quedó la madre del hijo de Pipí, que siempre no era, a fin de cuentas. Y recuerdas al coronel Aguirre (ayer mismo te has enterado que el cabo Ramírez dejó en Haití, antes de ser fusilado por Duvalier, una carta donde da las razones de la muerte de Monsanto. Te lo dijo Raúl que había viajado allá la semana anterior. Trajo el recorte de prensa y las acusaciones del dictador contra Ramírez. Tú siempre supiste que existía confianza entre Aguirre y Ramírez, pero imposible imaginar que fuera así, aunque, en realidad, nunca dudaste de lo que podía hacer un oficial en aquellos tiempos. Raúl te informó que Ramírez pasó a formar parte de los servicios del dictador de Haití después que pudo huir aprovechando los desajustes de la guerra de abril en Santo Domingo. Pero Raúl cree que lo mejor es dejar así las cosas. Al parecer Ramírez quiso complotar contra Duvalier y cayó fusilado con cinco o seis compañeros, todos ellos agentes del régimen del Generalísimo, escapados de aquí sabe Dios cómo)..... que no son mejores que él, tampoco, los que dicen que él es solo un hijo de papá.

Día 2

Llamar a la sirvienta e indicarle que no debe permitirle la entrada a nadie, NADIE. Solo llamadas telefónicas. Entregar esto lo antes posible.

—Señor, estuvo aquí el joven Raúl; también llamó, temprano, la señorita Matildita. Hay dos cartas sobre la consola y su mamá le avisa que salió a Santiago. Miras a la muchacha, sin duda inteligente, discreta, y también, de vez en cuando, descubres una chispa en

su mirada. Pero no, no puedes llegar a eso. Sería como la violación de todo principio. Carraspeas, la ves alejarse morena, la cintura estrecha —como te gusta— y esa dentadura campesina limada con ramas de naranjo, blanca, uniforme. Y hasta con cierta educación que nadie sabe dónde la adquirió. Ahí va, y piensas en que no eres capaz de ver un sexo sin estremecerse, menos aún cuando tienes al frente la botella de coñac.

PLAN A SEGUIR:

Sonó el conocido cañoneo. Por debajo de los puentes de madera crujieron las raíces de una primavera sorda...

Comenzar así. Luego, ir estableciendo que esto no será jamás un argumento. Que no escribirás realmente nada sobre los temas que no son sino principios, puntos de partida, inspiración; que es preferible narrar todo cuanto pasa alrededor de ti sin dar ninguna rigidez a los personajes, confundiéndolos. Ir haciendo de todos y de cada uno el mismo y otros muchos, personajes difuminados y concentrados a un tiempo, que revelen más que un modo de ser la atmósfera de hoy, lo que sucede, lo que te golpea, el medio a tu alrededor, el ambiente que te inmoviliza. Nada de inventarte un mundo de más interés y acaso hasta de mayor profundidad, pero que no puede narrar por falta de pruebas...

Y escribes: xxxxxxxxxxxxocxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx
xxxxxxxxxxxxxxxx
xxxxx y escribes
CCCCCCCCCCCCCCCC

CCCCCCCCCCCCCCCC

CAPÍTULO tras CAPÍTULO y ANTICAPÍTULO e INFRA-CAPÍTULO y xxxxx

escribes: _____

_____ no, eso no, tachas, escribes xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx
xxx vuelves,
piensas, r eeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee sssssssssscri-
bessssssssssssssssssssssss

ERRRRRRRRRRRREEEEEERERERERERERE

EREREERERERERERERERERRRRRRRREEEEERRRRR

Tic-tal-tac-tic-tiquitac-tiquitac-tic-tac... en la noche, cuando ven- gan los gorilas, cuando crezcan los gorilas el mundo se hará de plomo. Es una isla pequeña donde entierras proyectiles de plomo y más tarde, oh, increíble primavera de los trópicos, florecen enor- mes árboles cuajados de ametralladoras y fusiles, granadas y mor- teros. Una tierra cuya capa vegetal tiene debajo pólvora y candela, humo y sueño, sueño y pólvora, juntos. Si eres agricultor tendrás que ir, entre tanto, debajo del sobaco del gorila y decirle: querido amigo gorila ¿me prestas una azada? y el gorilón te responderá: te presto un plomo, para sembrar... Una tierra que tiene los ojos amoratados, morados los lagrimales, largos charcos de lágrimas como ríos que desembocan al mar. Y tiqui-tiqui-tic-tac-taquitic- tiquitac... por eso los cañones enemigos sonaban en el casco de la sabana y los tuberculosos se lanzaban a la guerra para volver luego a su enfermedad y a su vacío. Y he aquí que

“estuvo la pájara pinta
sentadita en su verde limón,
con el pico recogió la hoja
y con la hoja recogió la flor”.

Y mezclar todo, todo esto con lo que vamos viviendo. De vez en cuando, levantarnos para pensar en Persio. Y entonces decir: tengo que entregar esto...

Y así, ya, para qué pormenorizar.

Día 3

El coronel. La maipiola. Pipí. El grupo. Y de la novela qué. Nada. De aquello nada. Voy escribiendo así porque sí, mi círculo cerrado, mi desgracia o la de todos.

PLANEAR ASÍ: Tercer capítulo:

De regreso por la autopista circundada de enormes palmeras recorrimos nuevamente media ciudad. 20 de diciembre de 1960, reunión y luego, despiste de unos y otros.

—María, deme café, por favor.

—Voy, señor.

Y en tanto, el sol ardiente sobre el techo de tu casa de campo. El sudor cubriendo tu cuerpo. María entrando y colocando el café sobre el escritorio. María que te hace pensar en Sanluis y en Alberto que la miran siempre codiciosos, igual que a la trabajadora de Ramón, morenita asentada esa. Y luego el recuerdo de Russo: habrá llegado a Nagua ayer mismo, estará teniendo los primeros contactos con Emilio. Deslizas tu mano sobre la mano de María ¡qué suavidad! y ella te mira sorprendida; te das cuenta de su gesto y no atinas a nada más que a decirle: María, te aprecio mucho, eres muy buena. Ella no alcanza a contestarte nada, aunque te parece que habías notado en su mejilla alguna lágrima. María, cierto color que se asemeja al de la uva de playa, cuando el viento del mar la va haciendo madura, sabrosa, agarrosa y dulcísima... Y a su vez la uva de playa te recuerda aquellas mañanas en las que Russo y tú salían de la escuela y compraban anzuelos triples en la ferretería de Santa Eugenia para «robar» sardinas en los bancos de la costa. Y aquellos cardúmenes de jureles del vertedero de Las Golondrinas que ya entonces no era vertedero y los de la Boca del Infierno, donde el mar, debajo de la roca,

eructaba por entre rendijas y huecos y a veces mugía como un toro en celo. Y también, el sabor de las «palometas» en la boca del río Ozama, donde las aguas dulces se salan con el «beso del mar» y las saladas se endulzan con el abrazo helado de la ría, en cuya desembocadura relampaguean los «chinchorros» y las redes cargadas de congrios y «colorados». María se aleja y vas tras ella y la encuentras en la cocina con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué sucede, María, qué sucede?

—Nada señor, es usted muy bueno.

—Bajas la cabeza. Comprendes que ella tiene su dignidad campesina. Y crees llegar a la conclusión de que ella ha descubierto tus deseos... y en el fondo sabes que ella sufre por ti, por como eres, porque no puede comprender cómo se hace para llegar a ese nivel donde tus amigos de francachela se emborrachan y te emborrachas y ella ve a Matilde —antes muy quieta— insinuándose y a Melissa y a las otras, en el *strep tease* indispensable. Vuelves al estudio, no sin antes decir casi para tus adentros, más para ti que para María: No seas tonta, chiquilla, no somos del mismo nivel. Y te tragas las palabras mezcladas en una decisión y en un remordimiento.

Días 3, 4 y 5

Silencio: Tactitacitici-tiquitacisec-tictac-tic-tac

PLANEAR COMO SIGUE: Uno, dos, tres, diez, veinte, todos los capítulos:

Lo del coronel cabe. Pero hay que salir de todo cuanto pueda suponer una maldita lógica. Hacer y deshacer. Hablar de Brunilda y Eduvigis, soñadas, inventadas y existentes. Hablar del mundo del Generalísimo, ese mundo que conozco, que viví por dentro, sin confesar del todo. Y de los bailes. Y también de que eres un aborto de la burguesía y un feto de oligarca. Y así...

La melodía en el radio Zenith —transoceánico, de 15 transistores— empalaga. Como si el alma se fuera llenando de moscas y hormigas bobas. Biuti ladra. Maldito perro, debería dormir todas las noches en la casa, pero en cuanto le sueltas la cadena se toma vacaciones. Hasta han intentado envenenarlo. Atraviesa las cercas de alambre y vaga, vaga. Cuando regresa María tiene que bañarlo, despojarlo de garrapatas y pulgas y él allí, moviendo el maldito rabo con sus ojos de inocente. Te dan ganas de patearlo como hacía el coronel cuando no era sino un cachorro.

—María, calla ese maldito perro. No puedo trabajar.

—¡Biuti, Biutii!

Y Biuti llega, moviendo la cola, María le pone el collar y la cadena y ya puedes trabajar tranquilamente. Otra vez el silencio. Tú también callas (una mosca verde gira a un lado y otro de la habitación) después de un rato vuelves a ti, a lo que haces. Deberás terminar hoy, mañana o pasado. De nuevo se oye el tecleo de la máquina. Y se repite el ciclo mágico. El rostro de María, el café, y el pelo, crespo, oscuro, tenso, hoy arreglado con esmero.

ANTICAPÍTULO



elissa ¿por qué no vamos hoy donde el amigo que tiene la casa de campo? Sí, sí, aquel a quien le gusta desnudar a la prima en plena fiesta. No me digas que no, cuando te das tu dosis tú también caes en eso. Bueno y yo. La casa es bonita ¿te acuerdas aquel abril del 65? Se comportó bien con nosotros. Tú ya lo conocías ¿no es cierto? Ni me digas que no lo conocías, cuando llegaron las bebidas tú le hiciste «ojo bonito» y él se puso de lo más putón. Mira, a mí no me importa lo que hagas. Puedes hacer con lo tuyo lo que quieras, lo que yo quiero es mirromo, mi romo y nada más. Anda, acaba de levantarte y llama. ¡Bah!, que va a ser intelectual ni nada que se le parezca, yo conozco a los intelectuales. Son gente bien vestida, de saco y corbata y los zapatos lustrados. En tiempos del Generalísimo yo asistía a los conciertos y las conferencias del Partido Dominicano adonde invitaban a los comerciantes. Esa gente sabía hablar. Tenían todos un porte elegante. Ahora todos estos van con las mangas cortas privando en camisita de seda y... fenómeno. ¿Te acuerdas de un tal Persio que conocimos allí? Sí, un escritor. Creo que escribe novelas o cuentos y la tal Zinia. ¿Tú crees que con esa facha se puede ser intelectual? Anda, dime tú que sabes más que yo de estas cosas. (Y le dices que no sabes nada, que lo mismo que él vas a aquella casa

porque Juanito, el de los contrabandos, hace tiempo que se encuentra allí como visita a todos los de la «high» y que nada tienes que ver con esa gente. Que el hecho de que a veces te emborraches no quiere decir que compartas sus ideas ni mucho menos. Y la sirvienta, la María esa, ¿te has fijado cómo te mira de vez en cuando? ¿cómo pega los ojos sobre ti? Para mí que el de la casa se la está tirando. ¿Cómo dijo que se llamaba? No recuerdo ni su nombre. Mira, estaban un tal Pedrito, otro, Paco, un tal Persio, creo que otro Luis, ah, y también otro que se llama Carlos Julio, pero no recuerdo cuál es el nombre del dueño de la casa. Podemos llamar por teléfono y... no, mejor llamamos a Juanito y allí caemos. Es una buena idea.) Entonces llamamos a Juanito y Juanito dice que sí y nos deja de importar el nombre. Nos importa tan poco que llegamos a la casa y también olvidamos el apellido. Lo único que advertimos es que el guiso está puesto al fogón desde temprano y que esperan también a otros invitados. Llega una tal Mignón que solo habla de poesía y de viajes por Europa, cosa que molesta, porque si no hemos ido a Europa Raúl y yo es porque no hemos querido. Raúl tiene mucha plata y hasta dice que se va a casar conmigo. (La hora avanzaba y no tenía yo interés en que se conociese mi intento en todo el grupo. De modo que abordé a Ramón y le pedí que terminara cuanto antes sus malditos aseos matutinos. Samuel buscaba un disco de la Báez. Ramón se acercó finalmente y me explicó que aquel día se había escogido ya para la lectura de varios poemas. En silencio me entregó un texto ya corregido de un viejo relato, según me dijo, mal terminado y flojo. «Llévaselo a Persio, dijo, que lo vea; mi opinión es que tienes que arreglarlo, darle forma, está muy verde».) Raúl, ponme la mano aquí, en el seno, y verás qué dura se me ha puesto la puntita; vas a tener que sobarme un poco... Melissa... eres incansable, Melissa... «Tú me has enseñado, maldito, no te quejes».

¿Entonces, por qué dices que el coronel te había dado la pauta y que tres de tus compañeros de célula habían caído?

Por qué decir que Ramón, durante aquella reunión descorchaba una botella? ¿Por qué meter en esto a la trabajadora de la casa de Ramón y dizque decirle a él sobre ella: «es un ejemplar interesante»?

Todo esto puede ser una locura, Melissa. Hay ya muchos rumores sobre la droga. Vamos, vamos ¿no escuchaste lo que dijo una famosa actriz de cine recientemente? Ah, sí ¿y qué dijo? Dijo que la droga no es tan dañina como se piensa. Pues a mí me hace daño ¿Qué mundo éste, no?

Y dices que estabas solo, que Eddy había salido con sus maletas sin despedirse siquiera, después que había descubierto a su madre tras los cristales de la aduana neoyorkina. Dijiste que su madre se había casado (creo que por quinta vez) con un acaudalado italiano y entonces... aquella comparación de nuestro país con Decéballo (no, no voy a repetirla, para tranquilizar tu conciencia dejaré los paréntesis con la cita en blanco) ¿Recuerdas? Dices que cuerdas abajo estaba el edificio, sí, cierto, pero no es eso lo más importante. Vuelves a decir que Eddy se había marchado y allí comienzas tu cita (

) y luego continúas diciendo que «comimos en el restaurante italiano» y de que creías que el chofer del taxi era calié y luego, otra vez la cita (

)y que te habían llevado —recalado, es lo correcto— donde la hermana de tu amigo y allí hablas de un tal Pepín, —que dizque esto y lo otro— hasta que te dejaron en Broadway con la calle 72 en el Nevada Hotel en una habitación estrecha, con las colchas remendadas, excesiva calefacción y cuatro dólares por día. A medianoche no pudiste escuchar nada, mentira. Hace tanto ruido tu conciencia. Y entonces aquello de () —y oye, Aguirre, creo que estos capítulos son muy esquemáticos; como si tú también, en ese momento, usaras el idioma de los vencidos.

—Raúl ¿cuándo me compras las perlas?

—¡Coño!, te pasas la vida pensando en perlas y joyas de todas las calañas.

—Sí, pero tú sabes que si nos casamos tendremos que alternar en sociedad. Hoy mismo, de seguro que a esa casa van algunas “privonas” con sus collares y sus cosas.

—No te preocupes tanto, Melissa, yo soy tu mejor joyita.

—No empecemos con bromas, soy capaz de quitarme el vestido y no ir.

—Tú sabes que por la plata baila el mono.

(No es que trate de destruir eso que alientas. ¿Quién quiere hacer daño a los demás porque sí? Pero te exijo responsabilidad. ¿Por qué hablar de unos y otros sin identificarlos y mezclar los hechos de todos? En el fondo es miedo a la realidad. No, no me vengas con ese silencio, no me vengas con que (Decéballo está viejo...

fulminante, definitivo).

CAPÍTULO



Deberías venir a la fiesta, Zinia. Encontrarías un material de primera para tus novelas. Anda, no seas así, ven. Te mostraré a Melissa moviendo el vientre al ritmo del timbal y a Matilde, embarazada, con los senos brillantes de sudor y de estrellas. ¿Recuerdas el poema? Pero, no visitas a nadie. Los he invitado a todos, a todos, para que sufran el desconcierto de una fiesta lite-délica. Quiero celebrar el haber terminado el trabajo y haberlo entregado a Persio. Era un asunto para celebrarse. Vinieron los de siempre: Luis, Pedrito, Raúl, Melissa, Juanito y su vodka. Ni Ramón ni Noble ni la Mignón vinieron, para qué, solo me utilizan cuando me necesitan. Sonó el conocido cañoneo. Por debajo de los puentes de madera crujieron las raíces de una primavera sorda. Debo comenzar una carta. Mi estimado Persio: (me cago en ti) Hace unos días me preguntaste si alguno más del grupo conocía la novela completa y si había sacado copia. Eso me hace sospechar. Miramos al cielo. Los aviones tenían la forma de enormes gavilanes encaramados en el infinito. Creo que mi novela te place a pesar de la rapidez con que la hice. Ni sol, ni luna. La sombra, mejor dicho, semisombra. Lo de Zinia, Persio, se me va saliendo. No es que esté desanimado, es que

soy hijo de Aguirre. ¿Cómo evitarlo? Y hoy quiero ser literato y mañana líder político y luego qué sé yo. No confío en mí, nunca he confiado en mí y me estoy cansando de todo. Te entregué los originales y no sé si he de verlos publicados. ¡La guerra! Ahora la conocíamos. Gritábamos o reíamos. Ansiosamente nos tomamos de las manos y en medio de la oscuridad... (Juanito, ¿dónde consigues ese vodka? ¡De contrabando viejo!, ¿qué te crees?, para algo estoy en la cosa.) Y pienso en Zinia y en todos. He terminado lo que me proponía pese a todos. Solo tú Persio (me cago en ti) sabes que lo hice. Las tropas norteamericanas habían puesto pie en las playas de Santo Domingo. (¡Hey, profe! el bossa) *días de luz, fiesta de sol, un barquillo ha de llegar, deslizándose en el mar*, tatatarí, tatatá, rarirá... Muévete Melissa. Raúl, mira cómo se mueve tu Melissa, le dicen la reina del bugalú, imagínate. Tanques de guerra como enormes dinosaurios de crujiente metal hundían el pavimento con estruendo de cadenas en lucha consigo mismas. Tampoco sé el tiempo que ocuparás en darle lectura, corregirla, modificarla. Me voy enterando de lo que sucede. Los muchachos no han venido a mi fiesta. Tuercas, gases y gestos primitivos en las caras rubias. Miramos el letrero: US ARMY y entonces corrimos (Profe ¿otro bossa o un jazz? Lo que quieras, viejo, déjame pensar. Los del grupo quieren echarme, todos, los muy hipócritas. papaparí, papapará. Toma la batería Luis, venga, venga, dale Luis. Así Melissa, así, ahí. Ya supe que Raúl te ha dicho que sí en una borrachera histórica, insigne. Y yo, esta noche, quizá le diga que sí a Matilde. Raúl ¿por qué no nos casamos esta misma noche? Vamos, vamos arriba. Pedrito con la india, yo con Matilde y tú con Melissa. Profe, profe, déjese de vainas, está borracho. Raúl apoyas: ¡vete al carajo! Pedrito, Luis ¿tú qué opinas? ¡Venga, venga ese bongó! Dale... Íbamos avisando de puerta en puerta; gritando ventana tras ventana. De pronto escuchamos las ametralladoras... Trae la guitarra Pedrito, vamos al patio, hace una luna formidable. Se reían con ronco estrépito; se reían como si alguien les hiciera cosquillas en un

sobaco mojado de pólvora... (Este párrafo es brutal. Este pobre no sabe ni lo que escribe...) Pedrito, vamos a ponerle música al asunto: *un portaaviones norteamericano y una catedral gótica* (vamos, a coro: Y UNA CATEDRAL GÓTICA) *se hundieron en medio del océano Pacífico. Ahora los ángeles y los aviones no saben dónde aterrizar...* ¡Ujjuuy!, me encantó, repítelo.

Zinia, deberías haber venido. Te hubiésemos dado un dope... Oye, Raúl, déjate de hablar de dopes, no quiero que la gente... ¿Y tú crees que no lo saben?, qué pendeja estás, Melissita. Y de repente la luz, salíamos de nuevo a la luz. La esperanza nos aletargó. ¡Qué hacer, qué decir, qué cantar, qué vivir, que de todo, de todo...!

«Merengue caliente, merengue liniero, cantarte yo quiero, con ritmo candente...» Me gustaría que Russo estuviera aquí, pero ya no está. Se marchó a Nagua. Dejó el pincel y se entregó a la acción. Y yo ¿qué? Escribiendo, viviendo del recuerdo del coronel Aguirre, de las gestiones de mamá, de lo que pueda decir Persio. ¿Cómo llamar a esto que he escrito? ¿Cómo darle nombre a algo que ya escrito ni me interesa siquiera? Los cañones enemigos sonaban en el casco de la sabana y ellos, mirones, pobres soldados, alzaron el rostro, el cansado rostro campesino. «Es la guitarra que llora por las madrugadas, lágrimas suaves que arranco de su diapasón». Esa es la canción que te gusta, Juanito, la Guitarra Bohemia, de Lockward. Desde la frontera se escuchaba el ventarrón arrollando los pastizales cuajados de tórtolas... Ahora empieza a desnudarse Melissa, es la hora del *strip tease* de la noche. ¿No le dices nada, Raúl? Déjala que se encuere, déjala, me gusta que la vean. Déjela profe ¿no oye usted al sumo sacerdote Raúl cuya opinión debemos respetar? Dale al bongó Luis, dale a la tumbadora papá. Ahía, ahía, ahí Melissa, ahí. Se jodió Brubeck, se jodió todo el mundo, vamos, vamos la india de Juanito, que también se desnude ¡Ay no, no, que esa es la de la high! ¡Ujjuuy!, Ujjuuy!, larala, laralalarala, laralala, larala, laralala, lala, la... ¡Coño! qué cancionista

¿formidable, no? A lo lejos algún arrozal verdeaba empujado por las aguas de la laguna... (pero por Dios, en la época de la restauración no había arrozales ¡caramba!) Nubes de polvo y agua se entremezclaban convirtiendo en barro las pocas gotas de lluvia. (Cuando leí por primera vez esto no había reparado en la calidad de la descripción. A este pendejo se le ocurre cada cosa...) ¡Hey! ¡Hey!

—Creo que llaman.

—Es un militar.

—Tenemos órdenes de revisar la casa.

—¡Coño! sigue lo del artículo, hasta cuándo van a parar esa pendejada, ¿qué pasa? yo soy el dueño de la casa.

—Órdenes de allanamiento. Denunciaron que había armas aquí.

—¡Coño! que si yo soy comunista que me trague la tierra.

—Cállate Raúl, estás borracho.

—Tú abróchate el vestido y cállate la boca.

—Yo soy Juanito, sargento ¿no se acuerda?

—Juanito, no te había visto ¿qué haces aquí? Tenemos denuncias de reuniones comunistas en esta casa.

—Sí que las han de tener, a juzgar por el número de policías que rodea la casa.

—¿Qué, qué es lo que pasa?

—Tranquilo Paco, yo conozco al sargento.

—Bueno, han estado llamando para decir que aquí se reúnen los domingos grupitos de comunistas y que están conspirando.

—Dámele un trago al sargento.

—No, no, de veras, estoy de servicio.

—Péguese uno y déjese de vainas, sargento.

—Bueno... (pp. 244-245)

—Esta es una fiesta, vea. Llévase a su gente y luego viene a comerse su mondonguito.

—No, usted sabe, tengo que llevarme uno.

—Sí, a Francisco Aguirre. El coronel me dio órdenes de no aparecer en la comandancia sin él. Vamos, vamos, las cédulas en la mano ¿creen que me van a enliar?

Y el suave y sonriente sargento rastrilla la ametralladora y nos encañona mandando al carajo la diplomacia de Juanito. Yo soy Aguirre, le digo, iré con usted. La fiesta se va a la purísima mierda. Antes de salir Raúl y yo combinamos para el martes siguiente hacer otra y casarnos, él con la Melissa y yo con Matilde. Así, puedo seguir el cuerno con Melissa, complacer a mamá y volverme una mierda como quieren los del grupo. El sargento me lleva a donde el coronel. ¿Soy el comunista que escribí hace unos días un artículo contra los inversionistas de Santiago?, ¿soy el que hace reuniones comunistas en mi casa?, interroga. Sí, asiento, el mismo y también el hijo del coronel Aguirre y de la viuda Aguirre. El coronel se ríe. Muchacho —dice— si eres hijo del coronel Aguirre no puedes ser muy comunista, aléjate de eso, tu padre no era tan malo. Y mientras él habla yo pienso en Russo, debería irme allá, aunque ¿qué podría hacer allí? no puedo disimular quién he sido, quién soy. Me reconocerían.

Persio, debería escribir una carta diciéndote: me he matado trabajando para hacer algo que valga la pena; para mostrar que Zinia no es la única que puede escribir novelas, que todos tenemos fibra, que podemos realizar una labor. Sonó el conocido cañoneo. Las tropas españolas disponían de un buen cuerpo de caballería.

—Señor, el teléfono.

—Dime Alberto. (Fue una decisión de todos. Tú sabes cómo es la cosa. Sanluis te explicará mejor. Se te enviará una comunicación. Tú sabes cómo son esos asuntos) No te preocupes, Alberto. Ya no me interesa la literatura.

SUBCAPÍTULO



ubiste al yip. Y mientras recorrías las calles camino al cuartel pensabas en Monsanto. Todavía escuchabas el ruido de las ametralladoras reciente, vivo; y cada vehículo con el que cruzabas te recordaba, te parecía un tanque de guerra, coronel Aguirre. Confundías los taxis con carros de asalto. ¿Nerviosismo? No. ¡Imposible! Y sin embargo, hasta el palo de bandera de una escuela pública te pareció un cañón de más de cien milímetros elevándose, apuntando al infinito.

—Adiós coronel... a gritos y en voz baja el comentario: ahí va el coronel (voces de un pueblo ignorante, engañado, que admiraba tus insignias, tu uniforme, tu porte, pero que ignoraba que eras tú precisamente su asesino).

Y en el camino hacia tu urgencia, hacia Monsanto, avenidas, gente, estatuas del Generalísimo y más y más estatuas y obeliscos y palmeras, hasta llegar. Frenas el auto y bajas rápido. Atraviesas los sótanos oscuros, lúgubres, malolientes, húmedos, hasta...

—He venido por ti.

—Deme una oportunidad coronel. No sé qué pasa. Por qué me tiene aquí detenido, sin órdenes superiores.

Y entonces, de pronto, cuando has tomado la inevitable, irreductible decisión de eliminarlo, se lo dices:

—Te voy a ser sincero, Monsanto. Soy hombre de confianza del Generalísimo y no puedo perderla. Cabo, salga, déjenos solos.

—Sí, mi coronel.

—Sé lo que pasa, coronel. Créame, no tengo por qué decirlo.

—Te vas aclarando, capitán, lo sé. Te vas aclarando. Pero no puedo confiar en eso. Cualquiera día cambias de parecer, zafas y jodes mi vida.

—No diré nada, coronel, se lo juro.

—Ya te anuncié como hombre muerto. Tu cadáver apareció «carbonizado», capitán. Demasiado tarde. No puedo resucitarte.

—No fue culpa mía, general, lo vi quedarse atrás, tuve que sustituirlo.

—Sí y me salvaste, lo sé.

—Lo hice por el Generalísimo.

—Déjate de cobas, el Generalísimo no puede oírte. La tropa sabe que has muerto, te han rendido los honores ¿comprendes? ¡Cabo!

—Sí, mi coronel.

—Has enterrado muertos más pesados que este.

—Ni qué decir, coronel, seguro que sí.

INFRACAPÍTULO

¿Cómo hablar de incapacidad? ahí están los poemas de Ramón: “se le vio en Wall Street, paseando por la avenida de los mártires con un libro bajo el brazo, con su barba habitual y sus ojos penetrantes. Era Walt Whitman, un cosmos, un hijo de Manhattan. Una pintura medio abstracta medio realismo mágico. —Ramón ¿no te parece que debes meterle mayúscula a lo de la avenida de los mártires? —Eso lo veremos. Escucha: Mahler dirigiendo una orquesta sinfónica de brujos; rasgando por debajo de la tierra el intestino asónico,

CUADRO

—Mira ese cadáver, el de la izquierda, el que está en medio de la calle. ¿Ves? Pues no dejes que se vaya. Está vivo y es un buen cebo. Y entonces Lemaster pensó en el viejo Manhattan, en la Universidad de Columbia, en su primer año de estudios económicos, en los altos edificios y en la primavera. De Manhattan salió meses antes reclamado por las Army.

El cabo Gordon era de Alabama; hijo de terratenientes ricos. Le gustaba la carrera militar y corrió hacia las Army cuando se hicieron los primeros llamados voluntarios para aquellos que quisieran ir a Vietnam. Estaba hecho para la guerra. De modo que, momentos antes del relevo, cuando

—Cierra esa puerta, Russo
que entra un sol tremendo.
Ramón dile a
la muchachona
que se haga un poco de
café
¿quieres?
—No interrumpas...
o Erasmo elogiando
la locura, por supuesto.
Era un cosmos, un hijo de
Manhattan paseando por
la avenida de los mártires...
(o encaramado en lo alto)
de la torre con su fusil
de sombras, digo yo)
...del Wall Street
crujiente.
Allí estuvo, pensaste,
la estación torturante
Ah, tontos.
¿De parte de quién
estuvo la verdad?
Tu credencial fue el libro
(el fusil también, diría
yo)
—Sanluis, lo que has
escrito hoy contra las
viejas de la “vernissage”
está formidable. Por ahí
andan los burguesitos
contentísimos
—*Leaves of Grass*,
algunas páginas en blanco...
Descúbralo si quiere.

observó el movimiento en el
cruce de calles preparó la mira
y esperó. Primero cayó el joven-
cito. El Máuser en la mano de-
recha. Vio con precisión cómo
la bala desparramó sobre el
borde de la acera la masa encefálica.
Cómo movió ambas pier-
nas en un último movimiento
instintivo, agónico; y se llevó el
brazo izquierdo hacia la frente.
Así quedó, silencioso, barrido
por el viento y la lluvia. El cabo
Gordon vio todo eso y lo supo,
lo que el cabo Gordon no po-
dría saber jamás, ni siquiera lo
sospecharía, fue lo que cruzó
por la mente de aquel joven.
Tampoco le importaba. Volvió
a observar y vio al grupo (tres)
cruzar y saltar la valla. No dis-
paró. Quería tener una presa
más segura. Cuando el hombre
de cabellos grises salió al medio
tratando de socorrer al mucha-
cho volvió a apuntar, disparó
dos veces: el hombre se desplomó
cerca del cadáver del mu-
chacho, pero de vez en cuando
se movía, giraba la cabeza con
lentitud. Desde la torre, que
abarcaba casi toda la ciudad,
Gordon veía el cerco de fuego
que las llamadas Fuerzas Inte-
ramericanas de Paz (cuarenta

(Y Ramón lee con lentitud y en ningún momento se ha hablado de echar a nadie del grupo. Y el grupo es compacto y serio y hace labor consciente de que tiene que hacerla. Entonces ¿por qué inventarse todos esos vericuetos? ¿Por qué hablar por encima y por debajo de los demás?... Y es cierto: Zinia no va a las reuniones, prefiere hacerlas en su casa). A través de los ojos puede leer su nombre. Ma-niou-ka-tik. Messón, de vez en cuando suelen también llamarlo. Ah, ¡tontos! Y después, las agencias noticiosas, el golfo de Áqaba, el mercado común y comunero, la Commonwealth. Mal para el cántaro, así dé el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro. Entonces tú escribiste: (¿Qué escribiste, Samuel?) Morirán sin los abetos de Vermont; morirán sin los grandes pastos rizados por

y dos mil norteamericanos dentro) habían puesto en la ciudad primada de América.

En Santa Bárbara los cañones de 105 milímetros lanzaban sus obuses contra los edificios coloniales. El cabo Gordon vio desde allí, cuando una de las torres de la iglesia de Las Mercedes se desplomó con estrépito. Cinco, casi cinco siglos de historia se desmoronaron ante el golpe de la monocrónica artillería, al golpe de la estulticia y la ambición. Pero el cabo Gordon jamás pensó estas cosas. Ni tampoco, que el peso anciano de las piedras aplastaba al caer a dos niños que intentaban huir del bombardeo. El cabo Gordon como todos los marines norteamericanos creía que la guerra es un inocente juego, en el que solo muere el enemigo, en el que quienes mueren, lo hacen a discreción del contrario, sometidos por el odio de los mejor dotados para ejercer la masacre. De modo que cuando Lemaster llegó a relevarlo le informó del asunto. De un momento a otro, seguro, los compañeros del hombre de los cabellos grises tratarían de rescatarlo. Había que evitar que lo consiguieran.

el viento, sin los frescos
terrones de California, ni
la cordillera del oeste
donde el cielo es un
pálido patriarca en
mansedumbre.

—Y entonces, mientras
Samuel lee,
recordamos los cuarenta
y dos mil marines y aquel
abril de fuego y sangre—
Morirán
sobre una tierra que
no es suya,
entre hombres de distinta
lengua, ojos diferentes y
distinto corazón.
Porque son invasores.
Destrozan nuestros niños
y aúllan las raíces del
planeta.
Matan nuestras madres
y el mundo gime pateado
en los ovarios.

Lemaster, sargento, sustituía
al cabo Gordon. Gordon dijo:

La labor de Lemaster debería
continuar —según Gordon—
en el mismo lugar donde este la
dejaba. No había otra alternativa
que meter en la mira a todo el
sector y esperar. Era de creerse
que tratarían de rescatar a aquel
hombre en plena noche o cuan-
do estuviera muriendo la tarde.

Me detuve a mirar las go-
londrinas. Enoel llega por las
noches y me daba noticias. En
la capital están recogiendo a
los comunistas, profesor. Por
suerte usted está bien aquí es-
condido en el campo. Aquellos
días los agentes de los diversos
partidos políticos embarraban
las calles con su propaganda/
La noche va subiendo intenta-
rán el rescate de un momento
a otro. Ya no siento la sangre,
pero estoy inmóvil, seguro la
bala me ha tocado un sitio im-
portante del cuerpo/ En este
momento como entonces,
mejor no moverme. Quedar-
me allí, sentado, mirando las
montañas o aquí/ Hoy cual-
quier movimiento significa
mi muerte, entonces, exilio.
Cuando los exiliados antitruji-
llistas regresamos y empezamos
el adoctrinamiento; cuando
comenzó a verse claro que la

* * *
** ** **

lucha no había terminado, que realmente, recién ahora comenzaba, lo que sucedió fue que los del gobierno que sucedió al Generalísimo decidieron aislarme, hasta que el estallido de abril me abrió nuevamente las puertas. Cuando vino el desorden y el descontrol pude volver a Santo Domingo burlando su vigilancia. Casi a mi vuelta recibí la visita de un tal doctor Ramírez, subsecretario de Interior y Policía. Llevaba órdenes precisas. Se había constatado, dijo, que yo era el cabecilla de una serie de sesiones de adoctrinamiento socialista en todo el país; se me acusaba de haber organizado núcleos y de haberles enseñado la fabricación de bombas. Mi fama recorría el país. Quise convencer al funcionario de que no era verdad, pero tenían pruebas contundentes. El tal Ramírez, que había llegado acompañado de dos hombres armados me mostró un portafolio con el resumen completo de mis actividades en el exilio: en Nueva York, en Cuba, en Chile, en Argentina, Venezuela y Guayana. Fue en Nueva York que conocí a Persio y a Eddy. Después se fue estrechando mi amistad con el resto del grupo en Santo Domingo, todos artistas, afines ideológicamente y ahora, combatiendo al invasor, mientras yo, tendido en el asfalto recuerdo estas cosas de mi vida no sé con qué motivo... Un resumen de mis actividades de exiliado: años de entrenamiento político y militar. Cayo Confites, cuando pretendimos el apoyo del gobierno de Grau, en Cuba. Hubo allí hombres de todas las nacionalidades. Y luego cuando Masferrer quiso utilizar la tropa de Cayo Confites para conspirar contra el gobierno, inició contra nosotros una serie de hostilidades y violencia que culminó en algunos casos con algún fusilamiento. Ramírez dijo que debería tener «mucho cuidado profesor, tiene cien ojos encima». Eso dijo. Debería abandonar el proyecto del Instituto de Ciencias Políticas, eso especialmente. Abandonar el alumnado

y enterrar esa idea... «irse al interior, a la montaña, o largarse al exilio...» No me valió entonces el mundo de mis viejas amistades, de modo que fui a la montaña; para parecer fieles a la amistad de años, venían a veces a visitarme los viejos amigos burgueses. Cada vez que alguien llegaba de la capital buscaba al «profesor». Los contactos con ellos, sin embargo, fueron beneficiosos. Nadie sospechaba de ellos. Y la situación política, que se había tornado inestable, confusa, los hacía parecer «liberales»; y a través de ellos y de la situación que provocaba el temor al cambio pude entonces colegir el mundo que se estaba viviendo en todo el país. De vez en cuando también, mis exalumnos, algunos de ellos oficiales de las fuerzas armadas, me visitaban. Así crecía mi prestigio en el pueblo de la montaña y los japoneses —ubicados allí por el Generalísimo desde antes para un plan de colonización— me traían en ocasiones algún regalo. El viejo empleado de correos, Enoel, con el que sostenía buena amistad vino después y me dijo: ¡Anjá, profe, le vi hablando con unos jefes! Los jefes no eran otros que mis exalumnos de Macorís: Augusto Martínez y José Antiles, ahora mayores de la Fuerza Aérea. Cuando venían al pueblo —una o dos veces por mes— se acercaban a mi «residencia gubernamental» y me traían cigarros y periódicos. Hablábamos largamente recordando los tiempos en que era yo su maestro de primaria en la región del este y pequeñas y graciosas anécdotas de sus tiempos de exámenes; las clases particulares para alguno (Antiles era un malísimo estudiante). Y reconstruía para ellos la historia, aquellos días en que se iniciaba la oposición al régimen.

Entonces tú escribiste:

:em-ein-ai-ou-si-ei-ti-i-si.

Maniou-k-tik. Improperly named Messon: poem to write.
Hojas de hierba, página en blanco número cinco.

Y tú, Samuel:

Morirán sin la sana harina del
labriego cocida con el fuego
saludable de los árboles.
Morirán sin los cánticos
de la campiña,
sin la ronda amorosa de la escuela,

sin el jubileo de los pájaros cantando en la ventana cuando la edad sitúa el mundo lejos, en el marco de la madera tibia labrada con las manos. Morirán sin el cedro, sin el olmo, sin el roble que escuchara el vaguido de su nacimiento... Eso dices, Samuel y Ramón sigue diciendo:

Patria y cemento.
Cement and country.
Poem to disfuss. Hojas de hierba,
página en blanco número cinco.
Y tú, Samuel, dirás:
Porque son' invasores,
porque matan al hombre que defiende su heredad,
la tierra en que nacieron sus padres y murieron, la
tierra en que nacieron sus hijos y morirán...

—Emilio, todo está preparado. Hemos conseguido un fusil con mira telescópica. El padre Miguel, de Las Mercedes lo encontró. Lo abandonó un yanqui cuando lo de la zona norte. Tienes que ir por detrás de San Carlos, al sur de la Padre García y colocarte. Ahí hay un edificio de apartamentos de buena altura. Puedes tomar posición tras una caseta de concreto que hay en la azotea. Tienes que apuntar bien al soldado, sino le das inmediatamente disparará contra el profesor.

...Porque vienen sin el amplio corazón de Lincoln. Morirán lejos de los grandes bosques de Oregón donde el aire es una canción silvestre...

—Fello, carga de nuevo la ametralladora. ¡Ya bajan hacia el fuerte de Santa Bárbara! ¡Fuego, coño, fuego!

...Morirán sin los dulces brazos de ríos, sin las cálidas palmas de sus madres, sin los besos temblorosos de la amada, sin la risa de sus hijos...

—Dame el fusil, compañero, tienes miedo o no sabes disparar ¡dámelo!

...Porque son invasores. Porque no defienden su patria sino que agreden a la nuestra. Patria pequeña de tierra, inmensa de hombres...

—Ahora, ¡fuego! pongan a funcionar las cincuenta. ¡Comandante, les estamos dando, ahí en la Mella hay muchos muertos y en el edificio Zaglul, mírelos comandante, les estamos dando! Desde luego que les estamos dando, compañero, ellos también son de carne y hueso. ...Porque vienen a enterrar el alba que subimos con huesos y con sangre, con pólvora y con llanto y con amor...

Lemaster dijo que sí, que no había problema y encendió su cigarrillo Lucky con calma. Se ajustó el casco de acero y tomó los binóculos Leitz. ¡Qué ciudad maravillosa! —pensó—. Podía ver hacia el este los viejos muros coloniales parecidos a las construcciones que aparecían en las postales españolas que le enviaba su tío desde Torrejón, adonde le había prometido llevarlo de vacaciones una vez que terminara la carrera de económicas. Vio hacia la derecha la ciudad moderna, los grandes edificios que una vez albergaron la «Feria de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre» cuando el Generalísimo se gastó muchos millones de dólares en propaganda política, la misma época en que florecieron por todas partes las villamisería, las más importantes a la margen derecha del río Ozama. En el centro, la ciudad intermedia: barrios residenciales arbolados; nuevos edificios en medio de las construcciones poscoloniales. Y un poco más a la izquierda, la ciudad «enemiga» la zona tomada por los constitucionalistas, por la gente armada que reclamaba no se sabía qué (a Lemaster le habían dicho, solamente que la tropa había desembarcado

para proteger a los norteamericanos residentes aquí). Eso en abril, pero ahora, en junio, había combatido ya en varios frentes sin haber visto nunca un ciudadano de su país.

El General estaba seguro de que la ciudad podía ser tomada en cinco o seis horas, pero, dijo, veinte mil civiles armados eran mucha tropa. Habría que tomar la zona calle por calle, casa por casa, habitación por habitación y eso produciría muchas bajas, seguro. El ejército tampoco se atrevía a entrar en el sector sin tener cubiertas las espaldas por el fuego norteamericano (las Fuerzas Interamericanas de Paz, como empezaron a llamarles después que arribaron soldados paraguayos, brasileños, hondureños, nicaragüenses y unos cuantos policías de Costa Rica). Se volvió hacia el mar, hacia el enorme mar azul que se perdía en un horizonte de nubes grises. Vio a lo lejos las siluetas grises de los portaaviones llegados de Ramey Field, Puerto Rico y de donde salían periódicamente los helicópteros. De lo alto de la torre observaba el corredor militar casi completo. En puntos más cercanos podía distinguir, con toda precisión, cómo se realizaban a esa hora de la tarde los cacheos, los registros; la enorme fila de coches detenidos y la gente, pesados, bajando para ser revisada, al igual que en las aceras, para quienes iban a pie. Sin embargo, el tránsito hacia la zona de conflicto, cercada, era constante. Aquel día de junio la ciudad estaba semidesierta y el registro se hacía con lentitud, cuando el fuego cesaba por momentos.

* * *
** ** **

Lemaster tenía un calor tremendo. No se acostumbraba al 80% de humedad característico de los trópicos cerca del mar, ni a aquellos cambios bruscos de clima, de sol a lluvia, de lluvia a sol, cuando los brisotes del mar mueven las palmeras que se llevaban a las pequeñas aldeas cercanas a la capital, el eco de los disparos (de las cincuenta, el estampido del máuser, el tenso rugido del cañón ciento cinco) y las modalidades de un

terror sonoro que generaba, en contrapartida, silencio y recogimiento. No se parece nada a Manhattan, pensó. Allá los estudiantes no están armados, no disparan y temen a la guardia distrital, aunque, de pronto, se aclaró en su mente esta realidad a la que había llegado sin saberlo: mientras aquí en Santo Domingo, tenía como misión cazar estudiantes en las calles desiertas, allá, en Manhattan, había tenido como misión agredir a los guardias cuando surgieron los primeros disturbios universitarios en Columbia, en 1964. Ambas situaciones giraban en su mente. No sabía que habría en el fondo de todo esto. Le quedaban dos meses para terminar en la Army. Y se preguntó, casi sin darse cuenta, hasta dónde era justo combatir en tierra extraña lo que en su predio, de algún modo apoyaba, lo que había sido para ellos, los suyos, los norteamericanos en su propia tierra «un acto de justicia».

Sacó la foto de Niobe, su novia puertorriqueña y recordó sus palabras: Mira Lee, luchamos por ser libres. Los latinos somos diferentes a ustedes.

Nada, cosa de mujeres, pensó aquella ocasión. Las mujeres hablan demasiado.

Sigue Ramón: ¡Un cosmos! un hijo de Manhattan paseando por Gualey. ¡Habrás visto! Claro el barco habrá zarpado llevando millares de melones en la bodega. José Contreras, medio ciego, disparando al aire y gritando: Patria y cemento, cemento y patria. Patria y... la voz de Alberto allá, en ronda con el silencio: Venido de la noche, quizás de lo más negro de la noche, un hombre con pupilas de piedra calcinada anda por las orillas de la noche. De oscuro plomo el pie y hasta los besos, viene del vientre lóbrego de un águila que parirá gusanos y esqueletos para llenar su mar, su territorio. Y aquí está... LA NOCHE ES BIEN OSCURA. PONGAMOS LOS FUSILES EN EL PISO Y ARMEMOS LA BAZUCA. PRESIENTO QUE HOY EN LA MADRUGADA COMENZARÁ EL BOMBARDEO. PERO JACQUES ¡ESTAS LOCO! ¿QUE DICES DE ESTO, JUAN?: Pasa Jacques Viau montado en una estrella y

abajo nadie duerme, ni los niños. Y abajo nadie duerme, todos están despiertos... (¡Ay! malditos gringos, mira, le han quebrado las dos piernas). Todos miran a Jacques cruzar rumbo al oriente por el cielo y la tierra y el hombre invadido entre los helicópteros... Y... Ramón ¿qué más? —¡Cómo no voy a llorar, José Contreras! Cómo no voy a llorar, pensaste... Boba España, pedro el bobo bobo juan bobo pedro animal (o pedro de urdemalas convertido) Había una vez y dos son tres que el que no compra azúcar no bebe café. ¿Tú dijiste entonces, John bobo, Peter animal: poem to think about? Página en blanco número cinco. Habráse visto, un hijo de Manhattan paseando por la avenida de los mártires. Cuando el cabo Gordon subió a la torre para tomar el relevo, se encontró con Lemaster colgando del balcón con una enorme tronera en el pecho.

—Atento, profesor, atento.

Entonces lanzamos la cuerda, y con gran rapidez lo arrastramos hacia el lado este de la calle. El yanqui de la torre no se movió. Emilio había planeado perfectamente el rescate.

Y aquí está, estuvo —saltando por las sombras, por detrás de alambradas, y del miedo, recorriendo caminos enlodados con palabras de sangre para todos... Este hombre destruyó —destruye— con sus botas la rosa y la sonrisa de los niños, se traga nuestra luz con su saliva, destroza las raíces y los frutos y esparce las espinas para hacernos sangrar hasta los pies de dulce carne... Hay un hombre vestido de la noche, con fusil y puñales... y tormentos. Hay un hombre vestido de soldado— TE LO DIJE, JUAN. HAN COMENZADO A LLOVER GRANADAS Y MORTEROS. ESTOS YANQUIS QUIEREN ABLANDARNOS DEFINITIVAMENTE, JUAN. NO SEAS LOCO, JACQUES, ¡QUÍTATE DEL MEDIO!

* * *
** ** *

Profe ¿recuerda usted aquellos carcelazos?

¡Que si los recuerdo! Era la época dura, la más difícil. Habíamos integrado un grupo en La Romana y otro en San Pedro de Macorís, y cuando vino la reacción gubernamental nos atacaron a palos en las calles y luego nos condujeron a la fortaleza del pueblo, donde se perdieron muchas vidas por el maltrato y las condenas sumarias que llevaban a cabo los perros de la dictadura.

—¡Cómo no voy a recordarlo! Ustedes eran muy jóvenes, pero yo tenía ya 21 años. ¡Cómo no voy a recordarlo!... Recuerdo también la primera vez que me culatearon. Había caído en prisión por segunda vez y ya me consideraban peligroso. Una noche, sin que lo esperara, se presentó a mi celda uno de los altos oficiales de la dictadura y me hizo subir a su despacho, un segundo piso en aquella barraca situada al medio de la fortaleza. Me dijo que si yo era aquel profesorcito tal y tal de mierda, que jodía noche y día con mis panfletos. Cuando le dije que sí, que yo era, que mis ideas... ¡zas! me lanzó una bofetada. La esquivé con agilidad y casi se va de bruces el maldito (comienza a crecer la noche, los muchachos intentarán algo para rescatarme, seguro). Se encabritó, —y yo pensé—: me llegó la hora. Dos soldados me lanzaron escaleras abajo. Rodé golpeándome y cuando después de chocar con el último peldaño caí definitivamente, vi una bota militar cerca de mi boca y un teniente con la cuarenta y cinco fuera de la funda. Miraba hacia arriba y preguntaba: ¿le rastrillo la cuarenta y cinco en la cabeza? Miré entonces su rostro y me sobresalté. Era uno de mis compañeros de infancia, de allá, de San Pedro Macorís. Nunca supe si hacía aquello para evitar que el General sospechara que alguna vez hubo amistad entre nosotros o si se trataba, realmente, de meterme un plomo en el cerebro. El general no contestó. Bajó lentamente la escalera, tomó a dos soldados a uno y otro lado suyo de la manga y les dijo después de patearme varias veces: «llévenlo al cañaveral número cinco», (solo ahora me encuentro tan cerca de la muerte como entonces) allí verá este hijo de

puta si puede burlarse de mí». Fue una noche dura: primero la tanda de golpes, luego, bajo un aguacero enorme y por caminos oscuros entre cañaverales, detrás de los soldados, uno de los cuales apoyaba su metralleta sobre mis costillas descubiertas y yo sentía el frío del cañón, el frío de la muerte. Yo había comprendido que no podía salvarme y empecé a desarrollar una extraña sensibilidad: escuchaba los ladridos lejanos de los perros y a ratos me parecía escuchar voces que se desarrollaban a miles de kilómetros mientras el ruido del aguacero parecía aumentar en mi cerebro y escuchaba amplificado por la angustia mi respiro y el respiro jadeante de los soldados porque íbamos casi corriendo. Entonces sucedió algo inesperado. No sé por qué, cómo, en aquel momento —y desde entonces hasta ahora, cada vez que lo recuerdo, me cruzó por la mente aquella fiesta, aquella brutal orgía del hermano del Generalísimo, cuando casó a sus concubinas con «señoritos» de la capital— que no tenía relación alguna con aquel presente donde el oficial, que se había quedado retrasado un poco, para fincar su autoridad gritaba de cuando en cuando «al número cinco» recordándome la proximidad de la muerte. Los guardias nada comentaban. Cuando casi llegamos al campo número cinco una bocina de automóvil sonó y las luces de dos faros potentes a mis espaldas me saltaron por encima de la cabeza y se desparramaron en la brillante alfombra de la caña mojada, revelando al mismo tiempo enormes bultos de gramínea apilada puestos allí por los cortadores. ¡Alto! —dijo el oficial—. No me atreví a volver el rostro, pero me detuve y lo mismo hicieron los soldados. Sentí, por primera vez, el descanso del retiro del cañón que se alejaba de mi carne. Luego una voz dijo: General ¿qué va usted a hacer con este muchacho? Reconocí aquella voz, era la del coronel Plumer, un ayudante del Generalísimo a quien mi madre conocía desde hacía tiempo; hombre amigable que sabía de mis andanzas y que me había aconsejado, sin convencerme. Fue entonces que comprendí —sería la única explicación— que el teniente de la cuarenta y cinco había telefoneado a mi

madre y esta a su vez lo había hecho al coronel Plumer el cual nos salía al encuentro. Voy a liquidar a este hijo de puta, contestó el oficial, así se acabarán las revueltas en el este. Discutieron. Plumer sabía perfectamente que mentía cuando arguyó que el Generalísimo prefería, por ahora, que no se hiciera ningún escándalo; que yo era conocido en todo el este y que si me «arreglaba» crearía una reacción en cadena... «Profesor, profesor, todo listo, ahí va la sogá (La voz de Juanchi, la sogá ha cruzado precisamente por encima de mi pecho, sobre mis manos y puedo aislarla. El soldado se habrá retirado, seguro) ¡Ahora, profesor, sujétese, ánimo!... Pensé en mi madre, supe entonces que el coronel Plumer, lo que quería realmente era salvarla a ella del dolor tremendo de perderme. (Ah, qué alivio, veo las estrellas; el dolor vuelve a medida que me arrastran. Ah, el viento de la noche, ligero, húmedo, suave. El asfalto se ha rendido y se va llenando de humedad). Llegaron finalmente a un acuerdo. La lluvia arreciaba, me subieron en el yip del coronel y me cubrieron con una capa militar, tiritaba de frío. Entonces, el coronel Plumer, con una sonrisa grande y el tono de advertencia me dijo: ve dejando esa vaina de la oposición, cualquier día te meten una bala por la espalda.

—Bien, profesor, Juanchi, llama al practicante.

—¿Qué del soldado?

—Lo apeamos.

—Profesor, no debiste salir así, te han metido una bala en la espalda.

—No puedo mover las piernas.

—Llémoslo al hospital. ¡Ánimo! profe, usted está todavía duro como un guayacán.

Y ALBERTO, DIME, PIENSA: Hay un hombre vestido de soldado venido ciertamente de la sombra. Y este hombre vestido para el crimen no sabe que la sangre se endurece, no piensa que el amor y las banderas resisten más allá de las batallas. ¡Yo soy Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan! Página en blanco, número final: no entiende que su pólvora y

su plomo servirán para el canto de otros hombres. ¡América Northsouthgod: Poem not to write, or if written, poem not to publish: No comprende este hombre sin mirada, que la mano, matando, se le quema, que sobre la tragedia la alborada borrrará su agria carne, su estatura de animal entrenado para el fuego y el musgo crecerá sobre su muerte...

—¡Ahora, fuego, otra vez la cincuenta! LA NOCHE ES BIEN OSCURA. PONGAMOS LOS FUSILES EN EL PISO Y ARMEMOS LA BAZUCA. PRESIENTO QUE HOY COMENZARÁ EL BOMBARDEO... PERO JACQUES, ¡ESTAS LOCO! ¿QUÉ DICES DE ESTO JUAN? TE LO DIJE, JUAN. HAN COMENZADO A DISPARAR, SON LAS OCHO DE LA MAÑANA Y LLUEVEN GRANADAS Y MORTEROS. ESTOS YANQUIS QUIEREN ABLANDARNOS DEFINITIVAMENTE, JUAN. NO SEAS LOCO, JACQUES, ¡QUÍTATE DEL MEDIO! Viene del vientre lóbrego de un águila que parirá gusanos y esqueletos para llenar su mar, su territorio.

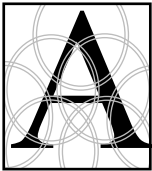
—Les estamos dando, comandante. ¡Ahí, en la Mella! Los cogimos en fuego cruzado. Les estamos dando.

—Desde luego que les estamos dando, compañero. Ellos son también de carne y hueso.

* * *
** ** *

* En este texto se incluyen poemas y fragmentos de Ramón Francisco, Miguel Alfonseca y Juan José Ayuso.

INFRACAPÍTULO



quel, con un sombrero de fieltro calado hasta las cejas y con gafas oscuras, que baja lentamente las escaleras y toma la primera calle ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel que llega a la primera cabina telefónica, pone la moneda en la ranura, marca el número correspondiente y contesta si le interrogan ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel que dice: quisiera conversar de inmediato con el capitán Gonzalvo. Y aquel al que le contestan: el capitán Gonzalvo no regresará hasta la noche ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel que lleva en el rostro el dolor de dos amigos muertos, la seguridad de una traición; y que siente también que está ya muerto, que nada tiene que buscar entre sus compatriotas, los dominicanos (porque alguien podría reconocerle y reconocerle sería echar por tierra el movimiento y el movimiento es importante para el país y a más de importante es complicado y si el gobierno lo conoce tomaría represalias contra cientos de personas) ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel que decide esperar noche a noche la llegada del capitán Gonzalvo allá, en la esquina próxima a la Duarte, donde vive el capitán con sus diez hijos y su mujer y su sirvienta y su perro y su buen sueldo y su magnífico aparato de televisión y su gran automóvil Chevrolet Impala ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel que antes ha estado en la farmacia situada frente a la casa del capitán Gonzalvo mirando por sobre los cristales oscuros de sus gafas lo que se mueve en esa casa y piensa que Gonzalvo aún no ha tenido tiempo de informar a los otros el plan en todos sus detalles y que por lo tanto si lo mata a tiempo, lo salvaría todo ¿sería el coronel Aguirre?

Aquel del cual dicen que es un bandido y un sinvergüenza y un descarado y un buscador de mujeres para el Generalísimo y un buscador de mujeres para el capitán ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel que después de varios (tres o cuatro) días de guardia vio finalmente la figura del capitán Gonzalvo apearse de un yip y subir la escalinata de su casa y sentarse en la sala a ver televisión y volver a salir y no darse cuenta que lo siguen a pie por la avenida Mella y que se detienen cuando él se detiene, y caminan cuando él camina, y se acercan cada vez más ¿sería el coronel Aguirre?

Aquel que justamente al doblar hacia el fuerte de Santa Bárbara grita en medio de la noche: ¡Capitán Gonzalvo, Gonzalvo! y ve que el capitán acelera el paso y que tiene que correr hasta alcanzarlo ya cerca de la puerta de San Diego ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel que siente el viento de la casi madrugada y observa con detenimiento la soledad de las calles coloniales y sabe que debe «eliminar» al prófugo y por eso corre y suda, suponiendo que también Gonzalvo está armado y que lentamente va ganando distancia, cortando distancia ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel que pensó en la suerte, cuando ya tuvo muy cerca al capitán Gonzalvo y este se volvió violento y sorprendido porque jamás pensó que esa persona estuviese viva ¿sería el coronel Aguirre?

Aquel que sacó la pistola cuarenta y cinco y encañonó al enemigo por la nuca cuando este intentó defenderse con la bayoneta que llevaba al cinto, pues había salido vestido de civil ¿sería el coronel Aguirre?

Aquel que dice a Gonzalvo: ahora mismo me vas a decir qué ha pasado y si has denunciado el movimiento ¿es, era, sería el coronel Aguirre?

Aquel a quien Gonzalvo contesta nerviosamente ¡cómo pudo escapar de la explosión! y si está loco ¿sería el coronel Aguirre?

Aquel que pregunta a Gonzalvo con la cuarenta y cinco sobre el cuello qué pretende hacer con lo que sabe sobre el movimiento ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel a quien Gonzalvo ruega que no lo mate ¿es, era el coronel Aguirre?

Aquel a quien Gonzalvo trató de arrebatar la pistola.

Aquel de quien Gonzalvo recibió un culatazo en pleno rostro.

Aquel que desarmó a Gonzalvo y con su propia bayoneta le rozaba el cuello.

Aquel a quien Gonzalvo le dijo que todo estaba resuelto.

Aquel a quien Gonzalvo le ofreció veinte mil dólares, unos sobre otros.

Aquel a quien Gonzalvo volvió a pedir perdón.

Aquel que dijo a Gonzalvo: eres un hijo de puta, voy a matarte y lanzar tu cadáver al río.

Aquel que recibió otra vez la súplica de Gonzalvo: por favor, no me mates, tengo diez hijos.

Aquel que contestó a Gonzalvo: los otros que murieron y los que morirán tienen todos juntos diez veces más hijos que tú.

Aquel a quien Gonzalvo entonces ofreció cincuenta mil dólares.

Aquel que preguntó a Gonzalvo entonces, de dónde provenían esos dólares.

Aquel a quien Gonzalvo informó que de un fondo que había para eso.

Aquel que volvió a inquirir a Gonzalvo sobre si había denunciado el movimiento.

Aquel al que Gonzalvo contestó que no.

Aquel que dijo a Gonzalvo: ¡mientes!

Aquel al que Gonzalvo contestó: pues sí, miento.

Aquel que le dijo a Gonzalvo: sabes lo que te espera.

Aquel a quien Gonzalvo rebatió diciéndole: No saldrás vivo, coronel...

Aquel que respondió a Gonzalvo: sé que estoy muerto.

Aquel que oyó a Gonzalvo gemir: ¡ayyy, me voy en sangre! me has matado...

Aquel que cargó al moribundo sobre los hombros y luego lo hizo rodar por las escaleras aledañas al río después de balearlo...

¿Es, era, sería, podría ser, fue el coronel Aguirre?

¿Y el coronel Paz, qué dijo?

Que los dos estaban bien muertos.

Y entonces ¿por qué confundirlos?

¿Por qué hacer de los dos un solo personaje?

¿Por qué mezclar las acciones buenas y malas de uno con las malas y buenas y malas y malas del otro?

¿Por qué el morbo?

¿Por qué?

¿Por

qué?

¿Y de quién se habló largamente durante aquellos días? ¿De quién se dijo que había estado en Constanza y había sido asesinado más tarde por problemas personales con el coronel Paz? ¿De quién se comentaba en el Sublime, en reuniones de intelectuales, que había sido «tremendo» y estado alguna vez en La Romana en una fiesta de un hermano del Generalísimo en la cual este «se cagó» en la sociedad romanense?

¿De quién se decía que lleva 'chiquitas' al Capitán y al General, y al otro General?

¿Y de quién se decía que era un traidor en las filas reaccionarias del ejército nacional?

¿De quién se hicieron correr desagradables noticias de un punto a otro del país?

¿Y de quién no quisieron hablar bien los partidos de izquierda porque consideraron que, pese a su heroísmo de última hora no convenía proyectar una imagen positiva de ese hombre?

¿De quién se comienza a hablar ahora como de un héroe?
¿Y de quién se dice todavía en grupos y corrillos intelectuales que su caso no está muy claro, que no existen pruebas suficientes?

¿De quién se habla en las filas progresistas del ejército nacional como de un hombre imitable?

¿Y... por qué es mejor callarse y no decir la verdad?, ¿por qué mejor no esclarecer los hechos y difundirlos?

¿Y aquel al que Gonzalvo dijo: ¡ayyy, ayyy!, me voy en sangre, me has matado ¿es, era, sería, podría ser el coronel Aguirre?

Y lo dijo el coronel Paz.

Y la interrogante: ¿por qué mezclar las acciones malas y buenas con las malas y malas?

¿Por qué?

¿Por

qué?

POSTCAPÍTULO



e hubiese gustado pasar toda la noche revisando originales tal y como hacen los verdaderos escritores. Plantearme el problema de si ampliar aquí, tachar allá. Imaginarme que la novela de Zinia sería publicada en Argentina, España, Venezuela y México y que esto no hubiera encendido aún más mi deseo de hacer algo. También me hubiera gustado imaginar a Zinia como finalista y que eso de que se le publicara en varios idiomas me llenara de indignación, porque entonces habría descargado mi odio sobre ella y habría escrito —por ejemplo— que Ramón considera la novela híbrida y que yo habría reunido al grupo y hasta hubiese inventado lo de Raúl y Melissa, de tal modo que todo mundo hubiera quedado confuso. Me habría inventado la comedia de publicar una serie de artículos denunciando «la farsa» o, quizá simplemente de hacer algo mejor. Podría imaginar, para justificar eso, que es cuestión de suerte ser elegido y que un jurado «a veces escoge lo peor», lo que se ajusta a su mediocridad intelectual.

Me imaginaría un viaje adonde Ramón en el que no pudo hacerse nada y que momentos antes o después de mi llegada, de manera normal y no en silla de ruedas, arribaba el grupo de los pintores y los críticos. Mezclaría entonces, o trataría

de mezclar, aquel artículo de Sanluis contra los «vernissages» de las clases dominantes contra la crítica que Samuel llama ‘maniquea’, parafraseando creo que a Cortázar. Como aquella noche, en la exposición de Russo. ¿Pero cómo fue realmente aquello? ¿Era accesible? A pocos días de la exposición, creo, los dueños del salón impidieron la entrada a Noble a otra muestra, porque no llevaba frac ni tenía a la mano la invitación en papel de hilo. De modo que es cierto que existe el uso de la calidad de otros para el encumbramiento de la anticalidad. Sanluis habló en aquella ocasión de formas y antiformas en la pintura de Russo. Y si mi memoria no falla dijo: «toda obra de arte responde cabalmente, como tal, cuando está organizada alrededor de estructuras equilibrantes» y señaló que, basado en ese criterio, trabajaba Russo «uno de nuestros auténticos y sólidos pintores». ¿Dónde está Russo? ¿Dónde estaba realmente en aquellos momentos? ¿Había ya abandonado el pincel por la guerrilla? Y ¿fue realmente a la guerrilla? (El hombre, elemento esencial en los cuadros de Russo, se encuentra compenetrado con lo que existe a su alrededor y paradójicamente hostilizado por el medio —y las viejas de la alta miraban a Sanluis con terror y admiración a un tiempo—. Y continuaba: catarsis, «sí; esa es la intención lograda, la idea convertida en equilibrio plástico, pasión, desasosiego, inquietud, lucha, incertidumbre, todo ello purificado en la emoción estética». Pero, nadie tiene derecho a escribir una novela haciendo parecer como acontecimientos reales en la vida de los demás, lo que no sucedió nunca. ¿Por qué entonces ubicar a Russo bailando esa noche en el Embajador, si Russo jamás pisó ese sitio; ya Ramón como «un sacerdote duro y tenso» si es blando y magnífico; y a Samuel comido por la envidia cuando no tiene ese defecto; y por qué Alberto envuelto en el bajo mundo de los deseos más primitivos, si sabe salirse de ellos a tiempo? Y era cierto que allá en el rincón Persio miraba a los demás y tomaba mentalmente notas, igual que yo. Y no importa quién sea Persio, ni lo que pretenda ser, ni si lo hizo ni si lo está haciendo.

(Profesor ¿usted cree que la Virgen de Las Mercedes se apareció en esa mata de naranjas? Mire, Eddy, nosotros los católicos creemos que fue así. ¿Y no es eso demasiado injusto para los no católicos, profesor? Mire, querido Russo, los católicos creemos que así fue. Profesor, y ¿no era brutal eso de ponerse de parte de los españoles que tenían lombardas y arcabuces? Mire, querido Persio, nosotros los católicos pensamos que fue así. ¿Y no era un abuso excesivo que cuarenta y dos mil infantes de marina de los Estados Unidos desembarcaran para apoyar, también, los dictados de la virgen? Mire, señor Paco, yo soy católico y creo que fue así. Y yo soy comunista, señor profesor, y creo que no fue así. Creo que no se apareció la virgen en la mata, ni tenían razón los españoles; que no solo es un abuso de los norteamericanos sino una traición de quienes los apoyan incluyendo los católicos y la virgen, su virgen, claro...).

Y al fondo, la poetisa vieja, a la que Sanluis venía apuntando hacía tiempo sus dardos a través de sus artículos en el diario. Y que en aquella reunión se bebió bastante, porque alguien era amigo del dueño de una firma licorera. Y hasta hubo barman y todo. Y «Russo piensa y se comporta como un hombre de nuestro tiempo, como el hombre de hoy; pinta como artista preñado de la historia del arte, magnífico y funcional eslabón de la gran cadena que oscila y gravita en la sensibilidad humana y reafirma a Cézanne... pintar no es copiar el tema como un esclavo, es encontrar armonía entre varias relaciones; penetrar en el modelo, separar su esqueleto del carácter». Y luego de aquel primer aviso ya esperamos el segundo. Russo decía que aquel mundo de la oligarquía no podía vivir sin nosotros, que necesitaba de nuestro talento para hacer el suyo. (No debo decir «nuestro», me contagio. Soy tan...) Y veo ese cuadro de los tres niños desnudos y pienso de inmediato en abril del 65, en los cañones, en el tuberculoso que cayó muerto junto a Túbano, en la zona norte, cuando las tropas regulares fusilaron a todo aquel que pareciese adulto; igual que al otro también tuberculoso, aquel que dijo que prefería morir peleando antes

que volver al sanatorio; y que volvió a su enfermedad y a su vacío). Sanluis comenzó luego su artículo hablando de aquella exposición, aquella «vernissage» de una dama de la alta sociedad, pintora y poetisa (o al revés, o ninguna de las dos cosas) con premios y todo, porque la «high» necesita premios para poder mantener el prestigio: (EN LO QUE CONCIERNE A MIS RELATIVOS CONOCIMIENTOS DE PINTURA, HAGO TODO LO POSIBLE POR DARLE UN MATIZ PICTÓRICO AL ACTO; PERO LA EXPERIENCIA DE LA INCIDENTE OBSERVACIÓN, EL REBUSCAMIENTO INFRUCTUOSO DE UN VESTIGIO PLÁSTICO EN LO EXHIBIDO, ME DAN COMO RESULTANTE UN SECO Y CATEGÓRICO «NO». LA NEGACIÓN ES FIRME Y CONSCIENTE. ESA «VERNISSAGE» O QUÉ SÉ YO, NO ES UN HECHO AISLADO, ES UN ACTO MÁS DE LA TRÁGICA COMEDIA QUE SE QUIERE SEGUIR REPRESENTANDO CON EL ARTE EN NUESTRO PAÍS, SUSTENTADA POR LAS MÁS CADUCAS ASOCIACIONES, AGRIETADAS POR EL PESO DEL TIEMPO QUE HA IDO ACUMULANDO FANGOSOS LASTRES EN SUS BASES YA INSOSTENIBLES) —Dame otro trago, Russo, que esto se está poniendo bueno, como dicen por ahí. La chica de los pantalones pintarrajeados ¿es hippy o qué? Nada, compañero, es puta solamente. ¡Coño, Russo, déjate de esas respuestas! ¿No querías mi opinión? Total, la desnudas y parecerá un espárrago. ¡Jum!... si te oyen los del otro bando te acusarán de exótico, habiendo tantos frutos nacionales. (ES CRIMINAL, ANTINACIONAL, TRAIADOR, EL HECHO DE PRESENTAR EL ARTE COMO UN ENTRETENIMIENTO, COMO UN JUEGO; EL ARTE NO PUEDE SER, NO ES, CAPRICHOSSO JUGUETE DE LAS CLASES HASTIADAS DE LA OPULENCIA Y EL DERROCHE; EL ARTE ES PATRIMONIO SAGRADO DEL HOMBRE QUE LO ENTIENDE COMO TAL. EL ARTE ES DESEO, AHÍNCO, PERSEVERANCIA, SUBVERSIÓN, Y ES POR LO TANTO LA CONCIENCIA MISMA RECTORA DE LA RAZÓN DE SER) ¡Coño! Sanluis se ha puesto filosófico.

Y las palabras se quedan en el ambiente como un himno repetido contra la prepotencia de los incapaces mentales, pero de gran poder económico.

Entonces ¿no es cierto aquello de haber ido al hotel Embajador; lo de Alberto y su cuento; lo del baile de Russo con su amante millonaria; lo de la americana —Ginger— que acompañaba a Alberto?

(Las barcas se mueven en el mar. Grandes gaviotas graznan en lo alto. *Pétreas paredes grises de una cárcel. Pequeños cubículos intercomunicados, también de piedra gris. Tal vez, rejas. En algún lugar, disimulada, una gran pantalla para proyecciones. El vestuario no es moderno ni antiguo: bárbaro. Los tupa-nisa-pana-nienses visten completamente de blanco y los pana-nisa-tupa-nienses de negro; salvo cuando se indica lo contrario. Los nisa-nisa-nisa-sienses, de gris. El maquillaje debe ser trabajado con tonalidades negras, grises y blancas. La luz siempre blanca).*

—Oye, te estoy hablando ¿no es cierto aquello del hotel Embajador, lo del cuento de Alberto, lo del baile de Russo, lo de la americana?, ¿no es cierto lo de Matilde, lo de Melissa, lo de Raúl?

(Todos somos asesinos, todos hemos hecho de todo una repetición fatua, una repetición necesaria que sienta los precedentes de la rutina; es decir, comida, lo vital; la frase se ha colado por todas las brechas, nos ha mirado, nos ha acusado desde las fisuras más angostas, la hemos burlado con una sonrisa pícaro, oculta, casi cínica; se ha convertido en etiqueta de aspirante, en emblema de aspirantes a intelectuales que hoy en día se dedican al hombre como hace mil años los alquimistas se hartaban de la piedra filosofal).

—Escucha ¿no es cierto lo de Matilde, lo de Mignón?, ¿no es cierto que la italiana haya dejado a Luis y que en abril del 65 hubo marines norteamericanos y bazucas?

(El pie apretó suavemente el acelerador, mientras la mano hacía girar la rueda del volante para hacer entrar el enorme vehículo en el camino enarenado; la gravilla crujió al detenerse el automóvil

al frente de la lujosa residencia; trajes de etiqueta, vestidos de pieles, y debajo de ellos seres ansiosos, impacientes. Martín frunció el ceño al advertir todo ese aparato; le molestaban los recibimientos ostentosos; estaba harto de no poder llegar a ninguna parte y evitar esos empalagosos actos en su honor; saludando levemente con la mano hizo un gesto resignado y abrió la portezuela).

—Vuelvo a preguntarte ¿no es cierto lo de la ida al hotel, ni lo del cuento de Alberto, lo de Russo y su amante, lo de la americana Ginger, lo de Matilde y Melissa, lo de Mignón, lo de Raúl, lo de la italiana y Luis; ni lo del bossa-nova y lo de Brubeck y aquello de *un barquillo ha de llegar, desliziándose en el mar...*?

(Esta tarde. Hora fuerte. Tarde recién nacida. Fuerte azul, blanco de nubes, casi algodón y brisa. Un duro olor a jabón fabricándose, llega y con él mi infancia, toda de golpe, toda imprevista, asechándome alevosa en cualquier esquina del viento).

—Entonces ¿aquella discusión sobre los quantos lumínicos y sobre Thomas Mann y la voz de El Químico, no es cierta? ¿Y lo de Raúl queriendo comprar jueces? ¿Y lo de Melissa, amante del capitán? ¿Y el temor de Raúl por su hermano? ¿Y aquel mar de condones bajando por la corriente del río Hudson que Mariella observaba? ¿Y aquel encuentro con el músico asimilado? ¿Y aquello de «viva Marx»? ¿Y lo de aborto de oligarca? ¿Y aquellas reuniones en las que se pensaba —pensabas— en un mundo miserable y extirpable? Entonces ¿por qué decir que podía uno sentirse normal? Mirar, respirar, hablar de personajes de novela, pensar en ellos sin ser novelista? Imaginarse el mundo que podría ser, el que es, el que ha sido y adelante...

(LIQUIDANDO MÁRGENES—hasta la letra Z: Los síntomas se ocultan muy discretamente hasta que un día afloran las complejidades. ¿Conocía Helen New York? ¿Qué la inducía a fastidiar a Swain contándole cosas de esa metrópoli? Swain no se dejaba aplastar. Debía rebasar a Helen. Tenía que ir y conocer New York, iría. Fue, estuvo. La sinrazón no ha parido razones: habitaron un mes en la misma casa, en la misma habitación, en New York. El hombre. La hija. La nota latina lo

interpretó. El desbordado río humano: rico, duro y maldito se tragó el tiempo de los huéspedes. Swain y su padre regresaron luego de pretextar que iban a ver a unos médicos que nunca vieron).

Entonces, el coronel ¿ríe o no ríe? La esposa del coronel Aguirre o no ríe? Eddy, Paco, Carlos Julio, Persio, Zinia, el hermano del Generalísimo, el hijo menor, el hijo mayor ¿ríen o no ríen?

—Canta, camina por la sala contoneándose con una putería que me hace hervir la sangre por ver cómo Raúl aguanta todo eso. Ella lo sabe. Alberto baila con ella y ya no puedo más y en la próxima pieza bailo con ella. Raúl nos observa con muchos tragos dentro. Melissa comienza por tocarme la nuca, siento su aliento, caliente de ron, mezclarse con el mío saturado de vodka. Raúl ha salido a comprar hielo y no sé qué más y nos vamos al jardín. Ella me repite entonces, más claramente, lo de aquella vez, en el hotel Comercial. La beso, pongo mis manos entre su pecho para sentir sus pezones. Entonces ¿no es cierto todo esto?

(Dondequiera que un niño muera, dondequiera que un padre entierre su alegría para llorar junto a un muerto querido, dondequiera que niñas indefensas escondan su dulzura y salgan a pelear sin más armas que el llanto, no habrá paz ni alegría: solo miedo y el soldado y el fusil y el espanto, y las calles desiertas con pesado olor a muerte; y la sangre creciendo en la amarga mirada de los hombres, y el dolor de la madre que la angustia ha ido envejeciendo. No habrá paz ni alegría: solo un gran odio para los asesinos).

Entonces ¿qué hacer? El mundo comienza a girar sobre sí mismo y habremos pensado en Manuel y en su mujer, Wini y en el viento frío de Riverside en los meses del invierno. Y habremos pensado, ampliamente, en las costas de Maimón y Estero Hondo y en los guerrilleros traicionados, y en el coronel Paz y en el coronel Aguirre mezclados, hechos uno solo y continuo coronel. Y dejaríamos de pensar en Montoro y en los soldados de la Restauración y en los tuberculosos. Tacharíamos todo eso. Y dejaría vivo aquello de: «sí mamá.

Desde luego, vieja, desde luego», para dejar muerto lo otro: lo antimadre, lo antirrelato; o también vivo, tal vez. Y pensar en que (los últimos tropezones te han hecho —te han levantado— levantar los pies. Dices y repites que los tiempos no están para dormir despierto, para contar historias, reír con todos los dientes blancos y salir de cuando en cuando a pelear por las barrancas y los montes, acampar bajo el cielo, comer carne de animales salvajes y regresar al cabo de unos meses con buenas cicatrices, olor a pólvora y el botín en los ojos. Te engañaron. Más de un siglo peleando, matando y acampando, explorando raíces, midiendo la corriente de los ríos, bebiendo tu hemorragia, muriendo en los caminos y adelante y no encontraste paz ni tierra disfrutable. Después tus generales perdieron el amor por la montaña, perdieron el amor por la barranca y los ríos y la pólvora y decidieron hacerse pacifistas. Pero entonces vino como un pez cortando el agua la Democracia escrita con mayúscula a desarmar al pueblo, a construir cuarteles, a dividir la tierra, a marcar el ganado, mientras un batallón de códigos y leyes te atrapaba en sus páginas). AMIGOS IDOS EN LOS AMIGOS QUE TE HAN DADO SU SANGRE PARA QUE CON ELLOS HAGAS LO QUE DESEES. ¿Y por qué entonces, no mezclar estas citas, y por qué no mezclar estos mundos en un acto creador? No, no. Sí, sí. Mire, querido Eddy, nosotros, los católicos, creemos que fue así: LA NEGACIÓN ES FIRME Y CONSCIENTE. Pero desde lo alto se ven los pequeños cubículos intercomunicados, también de piedra gris. Y comprendemos que hemos hecho de todo una repetición fatua y ponemos el pie en el acelerador. Y allá, en Los Mina o donde sea, nos esperarán siempre los empalagosos, los que realizan actos en honor nuestro y en nuestro olfato un duro olor a jabón fabricándose, un duro olor a infancia; y es entonces cuando surge ese Nueva York —igual para todo el mundo— porque la sinrazón no ha parido razones jamás. Y es entonces cuando pensamos en ese mundo nuestro, quebrado, dividido en 1965 por el grito de abril. Y es entonces cuando

comprendemos que dondequiera que un niño muere habrá solo un gran odio por los asesinos. Y esta historia secular; nos engañaron: más de un siglo peleando, matando y acampan-do. (Luego la guardia nacional fue creada por los marines. Viejos gaville—.

LAS TROPAS DE LOS GRINGOS RECORREN EN MULOS Y CABALLOS LOS INNUMERABLES *ros* *asolaban la reforma agraria donde la caña se extendía como un lá*—

CAMINOS QUE SE PIERDEN ENTRE LOS CAÑAVERALES Y BATEYES. ELLOS SON DE *tigo verde*, y él acabó con ellos. He aquí tu premio: la isla. Montone—

UN PAÍS QUE SE LLAMA «LOS ESTADOS UNIDOS», UN PAÍS QUE A PESAR DE SU *ra, montonera, patria montonera, te acabaste. El díscolo tricornio* y NOMBRE NO QUIERE UNIRSE A NOSOTROS Y AYUDARNOS, SINO DARNOS MALTRATO

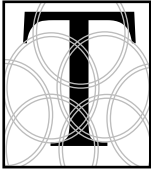
la medalla sobre el pecho y el corazón abierto, los ojos avizores y

MALA VIDA. LLEGARON UN BUEN DÍA LOS MARINOS DE ESTADOS UNIDOS Y OÍ *los órganos hombríos grandes como globo del mundo. Montonera, montone*—

DECIR QUE UN TAL MÍSTER KNAPP TENÍA LA MUÑECA FUERTE, ES DECIR: ERA *ra, te acabaste... llega la guardia nacional. CAPAZ DE METER EN CINTURA AL MÁS PINTADO.*

Y eso fue mucho antes de aquel abril de sangre y de fuego.

FINAL



Tomó el habano —siempre le habían gustado— y lo encendió. Miró las volutas ascender con lentitud. Durante largo rato mantuvo los ojos entornados y escuchó el ruido de los transeúntes lejanos. Había llovido. Rodó lentamente la silla hacia el estante y tomó aquel reportaje sobre la guerra de abril; lo hojeó lentamente. Lástima grande que en abril del sesenta y cinco tanto comemierda cogiera el fusil para el puro figureo, se dijo. Y pensó en los álbumes cargados de fotografías y las muchas películas de ocho milímetros que se archivaron luego como prueba de revolucionarismo. ¡Los oportunistas!

Llegó hasta el grifo del agua con la ametralladora al hombro... alguien lo acusó siempre de espía. «Después consiguieron empleo y se olvidaron del proceso. Hay toda una maldita historia que no es precisamente para contar». Por una de las tablas amarillas se deslizó un enorme lagarto verde. Venía de los pastizales, alrededor de la casa, donde crecía todo tipo de yerbas e insectos. De vez en cuando alguna serpiente arborícola se desplomaba desde el techo de asbesto-cemento; y en los días de lluvia, como hoy, las tarántulas buscaban refugio en los lugares secos y había que cerrar las puertas.

Fue entonces cuando empezó a barajar episodios y a mezclar nombres y citas, mentiras y verdades. Buscó un punto de apoyo para decidirse y lo encontró en aquella chispa de indignación que tenía por lo de Zinia. Se impulsó hacia el baño y pensó en la visita de Ramón, mientras el pensamiento se le desbocaba. Había muchísimo material, un mundo revuelto —incluidos sus años de exilio, sus tiempos de profesor en el este, sus aventuras y aquel hijo— una enorme cantidad de experiencias propias y ajenas que debería ordenar. Con el fusil o la máquina de escribir siempre a cuestas, como una cruz, había cosechado miles de momentos fructíferos, abierto caminos, denunciado tragedias. Pensó: ¿cómo ordenar todo esto?

Mientras se afeitaba pensó en aquel encuentro. Se hubiese montado en su automóvil —si lo hubiera tenido— desde luego. Habría encendido el aparato de radio y escuchado las inevitables canciones de Muñiz, las noticias de Vietnam con su dosis de mentiras yanquis sobre el número de muertos y heridos. Más tarde enfilaría hacia el malecón para respirar el yodo del mar y allí encontraría a Samuel y vería el ahogado —que ojalá se ahogase, ciertamente— aquel soplón de mierda, capaz de vender su propia carne —como un Shylock consciente— con tal de estar en paz con todos los gobiernos.

Mientras se refrescaba y restregaba los ojos buscando a tientas la toalla con flores amarillas y bordes rameados, pensó en aquella reunión durante la cual la poetisa de moda entre las clases altas del país debarraba con Alberto, mientras este utilizaba la venganza de enamorarla, de hacer el amor con ella. La imaginó: una bola de grasa desnuda con los senos desplazados hacia las costillas y Alberto allí, sobre ella, cansino, pensando en cualquier cosa: un plato del restaurante Mario, la rubia americana o Mignón u otros cientos de mujeres desnudas a la vez. Cuando abrió los ojos vio su rostro frío sobre el espejo también frío; observó sus canas crecientes en las cortas patillas y pensó, sin saber por qué, en aquel deseo de Persio —tantas veces expresado en las reuniones— de convertir al coronel

Aguirre y al coronel Paz en un solo hombre, en un solo personaje: «son la misma cosa —decía— aunque el maldito Aguirre se haya arrepentido». Y el pensamiento lo llevó a mezclar los hechos. Aguirre sufría de un morbo terrible: la violencia. Paz sufría de un morbo terrible: la criminosidad. En el fondo, pensó, si se mezclan los hechos nadie podrá ya conocer jamás sus vidas. Aquella explosión y la muerte de Gonzalvo y toda aquella trama... no hay clarificación posible.

Abrió la ducha y metió la mano derecha en el chorro duro, casi cortante, frío, con sonido de serpiente al acecho. Retiró la mano. Observó en el pequeño charco del piso el reflejo de los cartones del techo, con sus anuncios de Lucky Strike y sus oscuras telarañas repletas de hollín, porque de vez en cuando utilizaba esa habitación como cocina; y en los días de redada, con todo y su invalidez, tenía que quedarse en aquella habitación todo el tiempo. Imaginó entonces una casa grande con una enorme sala y la consola y los discos: una casa como la de Persio. Allí podría recibir a los amigos y hasta vendría alguna hembra como la de Raúl, el comerciante al que los muchachos le cuidaban el establecimiento durante la guerra. Y entonces podría poner una gran verja con rejas y compraría dos enormes perros amarillos. Recibiría a sus amigos en la puerta y vería pasar de aquí para allá a la trabajadora que sería joven y bonita, llena de vida, «capaz de hacerme sentir pasión por ella».

El viento sopla los tejados, esos tejados calientes. Porque el sol de Santo Domingo es duro, elástico, hirviente, agobiante, enloquecedor. Y entonces empiezan a hilarse una serie de pensamientos: Manolo, muerto en las lomas de Manaclas; las tropas de abril disparando contra los invasores —y sobre todo la batalla del puente Duarte— y los camiones repartiendo armas en todos los puntos claves de la ciudad. «Podría decir —piensa— que regresé en mi automóvil tiempo después, con mis amigos, todos borrachos, luego de oír cantar a Alejandro y podré pensar en Pedrito con su guitarra diciéndome como le decía a Persio: Profe, déjese de vainas. Y hablaría del Napolitano, cuyas noches

de farra desconozco pero las cuales puedo relatar porque tengo buena memoria y Luis describe muy bien sus noches de juerga. Y podría conversar sobre los problemas de Luis —sobre todo porque Luis nunca ha tenido problemas. Y hasta podría suponer —inventar— que en El Napolitano, mientras Alejandro cantaba, alguien abrió la puerta y se metió al salón el ruido del mar con su sabor a yodo».

Cerró el grifo de la ducha porque le era difícil cambiar de posición para bañarse. Desde la silla de metal podía ver la mitad o un poco más de la mitad de su cuerpo en el espejo. Y sin saber por qué pensó en aquella canción que tanto agradaba a Pedrito y que a él le causaba un gran sentimiento de frustración: *día de luz, fiesta de sol, un barquillo ha de llegar, deslizándose en el mar*. No entendía por qué, no lo sabía. La había escuchado muchas veces en su radio de transistores y la tarareaba de vez en cuando, pero le dolía tanto como aquella bala que se alojaba en su columna vertebral desde abril de 1965 y que los médicos habían preferido no extraerle para evitarle una muerte segura.

Pensó en que tal vez su situación le hacía odiar y confundir todo, hacer de su propio mundo y del mundo de referencias en el que había vivido un extraño amasijo de caídas y levantadas. Pensó que al sentirse así, lleno de dudas, indefenso, los demás —viejos combatientes— hasta lo odiaban un poco y odiarlos era realmente válido. Pensó también en Zinia, la pobre Zinia a cuya residencia llena de libros iba semana a semana, cuando los demás decidían acordarse de él y transportarlo —para que el «querido» profesor no se aburriese— a una de las tantas reuniones del grupo literario. Si hubiese sido novelista Persio no le habría sugerido tantos temas. Si hubiese sido novelista habría sido capaz de mezclar todo eso con el mundo vivido, escuchado, presentido. Pero allí estaba, deslizándose por aquel piso duro y esperando que los demás lo tomasen en cuenta como él tomó una vez en cuenta a los demás.

Escuchó el seco motor de los camiones cargados de caña de azúcar rumbo a los ingenios y más tarde, cuando tomó el cepillo

de dientes y el pequeño tubo de pasta dentífrica, volvió a oír la voz del carbonero, su pregón y el ruido de los cubos de metal en que las vecinas compraban su carbón al detalle. ¡Cómo le hubiese gustado hablar de sus proyectos! —pensó—. ¡Cómo le hubiera gustado decir a Pedrito que deseaba ponerle música a aquel poema sobre el portaaviones norteamericano y la catedral gótica! Pero nadie venía. Y solo de pensar en cambiar de posición con cualquier movimiento brusco se resentía, la bala le anunciaba desde dentro su dolorosa condena.

Había escuchado una y otra vez los grises relatos que sobre Eddy hacía Persio y también, los amargos relatos sobre Paz y las invasiones en aquel tiempo en que en el grupo se hablaba más de política que de arte y literatura, cuando todos pensaban que la mejor literatura era la nacida de la tragedia de los pueblos. Había estado en esas lecturas y tenía, siempre la tuvo, una gran admiración por la figura de Hernando Montoro; recordaba también el relato de los tuberculosos del kilómetro 28 y aquel cuento de Alberto, leído en casa de Ramón, el mismo día que se leyeron aquellos poemas de un tal Novaceanu sobre Decéballo, cuyo nombre quería decir, precisamente: rey de los dacios.

«Sonó el conocido cañoneo. Por debajo de los puentes de madera crujieron las raíces de una primavera sorda». No sabía por qué aquella frase, que casi nada le decía, le recordaba sus días de maestro en La Romana. Un mundo que hubiera convertido en algo palpable e inmortal si realmente hubiera tenido vocación de novelista. Persio insistía en que todo aquello constituía un material muy rico y que lo importante era ordenar ese material; ni siquiera hacerlo asequible, simplemente ordenarlo. Persio siempre pareció un albañil, un obrero que habla de cemento y empañetes, de cubrir y recubrir. Decía que todo ese mundo de tragedia que se inició con la llegada del Generalísimo al poder y la brutalidad de su régimen y las torturas y las invasiones, los muertos y el proceso de abril, era un mundo oculto, podrido en la memoria de los que un día dudarían hasta de sus propias vivencias.

Se acercó a la ventana. Vio, afuera, sobre los matojos de albahaca, dos lagartos haciendo el amor. El macho sobre la hembra, la cola enrollada sobre la cola y, por debajo del vientre de la hembra, el pequeño miembro que se curvaba buscando su destino. Palmoteó con fuerza y los lagartos abandonaron la cópula y tomaron diversos caminos. Rió, pero luego se quedó silencioso pensando en aquella mujer que durante las noches de la contienda se le entregaba en pleno comando sin decir jamás su nombre, sin ninguna condición. Solo pudo sentirla y palparla —y en alguna ocasión pensó en Judith, en la carne tensa de Judith bajo la colcha en la oscura y fresca habitación de Caracas— y una sola vez, rayando un fósforo, pudo ver el perfil aguileño y el pelo negro y cadencioso relampaguear en la oscuridad para no volver a aparecer jamás. Solo Melissa, que precisamente anduvo dentro de la zona revolucionaria, se parecía tanto a ella. Y entonces le creció la duda. Porque no sabía si Melissa, la amante de Raúl o lo que fuera, era la misma. Y abandonó todo otro pensamiento para entregarse al recuerdo de aquellas escenas cálidas, increíbles, aquellos momentos ardientes en que un cuerpo inédito le buscaba en la noche para satisfacerle y satisfacerse. Entonces ¿por qué no pensar en esta Melissa o en Mignón?, pero no, Mignón no. Era injusto con ella, en el fondo le molestaba su desfachatez y nada más.

Terminó con el tubo de pasta y dejó el cepillo sobre la tarima del viejo lavamanos. Giró sobre ambas ruedas la silla y la sintió pesada, falta de grasa. Había empezado a desesperarse; sintió un gran alivio al oír la bocina del automóvil de Ramón. Rodó hasta el vano de la puerta. Ramón, como siempre que le recogía por los domingos, le ayudó a incorporarse, plegó la silla de ruedas y la colocó en el portaequipaje. Luego aceleró, dejando tras sí una nube de polvo.

—¿Cómo se siente hoy, profesor?

—Ya tú ves, apenas puedo caminar, sigo lo mismo.

—Recogeremos a Samuel y luego, como siempre, iremos a casa por el malecón; quizá la brisa del mar nos reanime un poco.

OBRAS DE
MARCIO VELOZ MAGGIOLO

El sol y las cosas (Ciudad Trujillo, Editora de El Caribe, 1957);
El buen ladrón (Ciudad Trujillo, Editora de El Caribe, 1960);
Creonte. Seis relatos (Ciudad Trujillo, Editora La Nación, 1961);
Intus (Santo Domingo, Imprenta de Domingo Hernández, 1962);
El prófugo (Santo Domingo, Editora Brigadas Dominicanas, 1962);
La vida no tiene nombre. Nosotros los suicidas (Santo Domingo, Colección Testimonio, 1965);
Los ángeles de hueso (Santo Domingo, Imprenta Arte y Cine, 1967);
Arqueología prehistórica de Santo Domingo (New York, McGraw-Hill, 1972);
Cultura, teatro y relatos en Santo Domingo (Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra 1972);
Las poblaciones aborígenes de la Isla Española (Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano 1973);
Cayo Cofresí, un sitio precerámico de Puerto Rico (Santo Domingo, Editora Taller 1975);
De abril en adelante (Santo Domingo, Editora Taller, 1975);
Arqueología de Yuma, República Dominicana (Santo Domingo, Editora Taller, 1976);
Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo (Santo Domingo, Editora Taller, 1976);
Arqueología de Punta Garza (San Pedro de Macorís, Universidad Central del Este, 1977);
Sobre cultura dominicana y otras culturas (Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1977);
De dónde vino la gente (Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1978);
Investigaciones arqueológicas en la provincia de Pedernales

(San Pedro de Macorís, Universidad Central del Este, 1979); *Las sociedades arcaicas en Santo Domingo* (Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano-Fundación García Arévalo, 1980); *Sobre cultura y política cultural en República Dominicana* (Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1980); *Biografía difusa de Sombra Castañeda* (Santo Domingo, Editora Taller, 1980); *Novelas cortas* (Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1980); *Las sociedades arcaicas en Santo Domingo* (Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano-Fundación García Arévalo, 1980); *La arqueología de la vida cotidiana* (Santo Domingo, Editora Taller, 1981); *La palabra reunida* (Santo Domingo, Universidad Central del Este 1982); *La fértil agonía del amor* (Santo Domingo, Editora Taller, 1982); *Aparearse la máscara [poemas]* (Santo Domingo, Edición de la Biblioteca Nacional, 1986); *Cuentos, recuentos y casi cuentos* (Santo Domingo, Editora Taller, 1986); *Florbella [arqueonovela]* (Santo Domingo, Editora Taller, 1986); *Poemas en ciernes y Retorno a la palabra* (Santo Domingo, Editora Taller, 1986); *Materia prima* (Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1988); *Panorama histórico del Caribe precolombino* (Santo Domingo, Edición del Banco Central de la República Dominicana, 1990); *La fundación de la villa de Santo Domingo* (Santo Domingo, Colección Quinto Centenario, 1992); *Ritos de cabaret [Novela rítmica]* (Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1991); *La isla de Santo Domingo antes de Colón* (Santo Domingo, Edición del Banco Central de República Dominicana 1993); *El jefe iba descalzo* (Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1993); *Barril sin fondo [Antropología para curiosos]* (Santo Domingo, Editora de Colores, 1996); *Trujillo, Villa Francisca y otros fantasmas* (Santo Domingo, Colección Banreservas, 1996); *Cuentos para otros milenios* (Santo Domingo, Editora Cole, 1997); *La memoria fermentada [ensayos bioliterarios]* (Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2000); *Antropología portátil* (Santo Domingo, Edición del Banco Central de la República Dominicana, 2001); *El hombre del acordeón* (Madrid, Ediciones Siruela, 2003); *La mosca soldado* (Madrid, Ediciones Siruela, 2004); *El jefe iba descalzo*

(Santo Domingo, ABC, 2005); *Mestizaje, identidad y cultura* (Santo Domingo, Editora Búho, 2006); *Palabras de ida y vuelta [cuentos]* (Santo Domingo, Editora Cole, 2006); *Uña y carne: memorias de la virilidad* (Santo Domingo, Editora Letra Gráfica, 2006); *La verdadera historia de Aladino* (Santo Domingo, Editora Santillana-Alfaguara, 2007); *Gastronomía dominicana: historia del sabor criollo* [En colaboración con Hugo Tolentino Dipp] (Santo Domingo, Edición de CODETEL, 2007); *Ladridos de luna llena* (Santo Domingo, Ediciones SM, 2008); *Memoria Tremens* (Editora Santillana-Alfaguara, 2009); *Confesiones de un Guionista* (Santo Domingo, Editorial Norma, 2009); *Los retornos del jefe: La dictadura y su magia. Trujillo 2061* (Santo Domingo, Creamos, 2010); *El bolero: Visiones y perfiles de una pasión dominicana* [En colaboración con José del Castillo] (Santo Domingo, Edición de CODETEL, 2009); *La Iguanita Azul* (Santo Domingo, Editora Santillana-Alfaguara, 2012); *Memorias reversibles* (Santo Domingo: Academia Dominicana de la Lengua, 2012); *Juan Bosch: Apuntes sobre su obra* (Santo Domingo, Editorial Santuario, 2012); *La cultura dominicana: Momentos formativos* (Santo Domingo, Universidad Iberoamericana, 2012); *República Dominicana monumental* (fotos de Julio González) Santo Domingo, Serigraf, 2012; *En nombre del recuerdo [ensayos]* (Santo Domingo, INTEC, 2013); *Los dueños de la memoria* (Santo Domingo, Editorial Santuario, 2013); *El sueño de Juliansón* (Santo Domingo, Editorial Santuario, 2014); *La Navidad, Memorias de un Naufragio*, (Madrid, Ediciones Lacre, 2016).



PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005.* Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano.* Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos.* Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná.* Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño.* Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo.* Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501.* Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilandarias.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670).* Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916).* María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos.* César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista.* Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano.* Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Pearls de la pluma de los Garrido.* Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental.* Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras. Tomo I,* Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras. Tomo II,* Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega.* Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica.* Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición.* Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos.* Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías.* Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos.* Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro.* José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos).* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo I. Compilación de Alejandro

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno.* Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial.* Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575).* Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863).* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad.* Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia (2^{da} ed.)* Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854).* José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima.* Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales.* Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo.* Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509.* Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable.* Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales.* Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo.* Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944.* Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana.* Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano.* Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción.* José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos 1930-1939*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacóismo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona*. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3^{ra} edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2^{da} edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts*. Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez*. Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844)*. Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites*. Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico*. Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario*. José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República*. Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York*. Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas*. Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente*. Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959*. María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones*. Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guanani y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux (Lilís)*. Cyrus Veaser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos.* Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio.* Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas.* Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías.* Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana.* Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana.* Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo.* Volumen 1, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo.* Volumen 1, tomos III y IV. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias.* Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos.* Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista.* Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931.* Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965.* Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia.* Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etchevery Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero)*

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- de 2014*). Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives)*. Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana*. Tomo I. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana*. Tomo II. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy*. Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello*. Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominicano-haitiana 1763-2015*. Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití*. Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXII *Crisis de la dominación oligárquica burguesa (1961-1966)*. Álvaro A. Caamaño y Ramón E. Paniagua Herrera. Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXIII *Balaguer y yo: la historia*. Tomo I, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIV *Balaguer y yo: la historia*. Tomo II, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXV *Páginas dominicanas de historia contemporánea*. Antonio Hoepelman, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVI *Relatos biográficos. Francisco Alberto Henríquez Vásquez (Chito)*. Investigación de Pastor de la Rosa Ventura, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVII *El modelo anticaudillista y desarrollista del presidente Ramón Cáceres (1906-1911)*. José L. Vásquez Romero, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVIII *La Barranquita. Hablan los patriotas y la traición*. Manuel Rodríguez Bonilla, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXXXIX *ENCUENTROS. En la República Dominicana*. Miguel Sarró, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXC *Minería dominicana. Desarrollo irracional*. Teódulo Antonio Mercedes, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCI *Antes y después del 27 de Febrero*. Segunda edición, Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCII *Los dominicanos*. Ángela Peña, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIII *Obras completas. Guerra de la separación dominicana. Partes de la guerra dominico-haitiana...* Volumen 3. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIV *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo arreglado para el uso de las escuelas de la República Dominicana. 1867*. Volumen 4, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCV *El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVI *La Era II*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVII *Cronología: Revolución de Abril de 1965. Del 24 de abril al 25 de mayo*. Tomo I, Gerardo Sepúlveda, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCXCVIII *Historia de Santo Domingo. La separación (1844)*. Vol. X. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1578-1587)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCC *Voces de la Revolución de Abril. Testimonios*. Departamento de Investigación y Divulgación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCI *Horacio Vásquez. Mensajes y memorias*. Ricardo Hernández, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCII *Los intelectuales y la intervención militar norteamericana, 1916-1924*. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIII *Obras casi completas. Tomo 3. Notas críticas*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIV *Obras casi completas. Tomo 4. En la hora trágica y Días sin sol*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCV *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo*. Tomo I, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVI *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo*. Tomo II, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CCCVII *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana.* Ciriaco Landolfi, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVIII *Los silencios de Juan Pablo Duarte. Luces y sombras de un hombre excepcional.* Francisco M. de las Heras y Borrero, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIX *El gran olvidado.* Rafael Andrés Brenes Pérez. Compilación de Mario Emilio Sánchez Córdova y Margarita Piñeyro de Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCX *La Comisión Nacionalista y la ocupación americana de 1916.* Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXI *VI Conferencia Interamericana de Costa Rica (sanciones contra la República Dominicana). Intervenciones de la Comisión Interamericana de Paz, 1948-1962.* José Antonio Martínez Rojas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXII *El cementerio de la avenida Independencia: Memoria urbana, identidad caribeña y modernidad.* Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXIII *De súbditos a ciudadanos, siglos XVII-XIX (El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo), tomo IV.* Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXIV *Bibliotecas privadas y vida cotidiana en la colonia de Santo Domingo.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXV *Historiografía y literatura de Salcedo, 1865-1965.* Emelda Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXVI *Nacionalismo y resistencia contra la ocupación americana de 1916.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXVII *Mis dos Eugenio.* Giannella Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXVIII *Palabra, canto y testimonio.* Fernando Casado, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXIX *Crímenes del imperialismo norteamericano.* Horacio Blanco Fombona, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXX *Obras completas. Memorias para la historia de Quisqueya. Rasgos biográficos de dominicanos célebres. Diccionario geográfico-histórico. Volumen 5.* José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXI *Obras completas. Epistolario I. Volumen 6.* José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXII *El pasado como historia. La nación dominicana y su representación histórica.* Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIII *Normas editoriales Archivo General de la Nación.* Departamento de Investigación, área de Publicaciones, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIV *Tras los pasos de Balaguer. Desde los aprestos para la Vicepresidencia hasta las elecciones de 1966.* Pedro Carreras Aguilera, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXV *Un leviatán tropical: las redes clientelares de Trujillo en América Latina y el Caribe.* Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. CCCXXVI *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso*, tomo I. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVII *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso*, tomo II. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVIII *Brevísima selección sobre las ideas políticas en los escritos de Francisco Antonio Avelino*, Francisco Antonio Avelino, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXIX *Redes del Imperio*, Laura Náter, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXX *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, segunda edición, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, segunda edición, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXXII *Sin escudo ni armadura*. Orlando Gil, Santo Domingo, D. N., 2018.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo XIX)*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. IX *El montero*. Pedro Francisco Bonó, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. X *Rufinito*. Federico García Godoy, Santo Domingo, D. N., 2017.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. 4 *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidad de América*. Emilio Roig de Leuchsenring, Santo Domingo, D. N., 2017.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve.* Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación.* Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos.* Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

De abril en adelante, de Marcio Veloz Maggiolo, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, S.R.L., Santo Domingo, R.D., en el mes de septiembre de 2018, con una tirada de 1,000 ejemplares.

